
Adelaide Sinclair
Enamorarte de Nuevo
AMOR RECUPERADO II

Enamorarte de Nuevo

AMOR RECUPERADO II



Créditos iniciales:

Título original: Enamorarte de nuevo (Amor Recuperado 2)

Autor: Adelaide Sinclair

Primera edición: agosto 2025

Creative safe number:

Servicios editoriales: A.A.A

Reservados todos los derechos.

Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Introducción
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo
No te pierdas el último libro de la serie:
SERIE REGENCIA 1:
SERIE AMOR RECUPERADO

Novela dedicada a ti, que me lees.

Introducción



Londres, julio de 1809

La ciudad entera parecía contenida en un suspiro gris. El cielo, tan bajo como el luto de una viuda reciente, dejaba caer una llovizna persistente que difuminaba los contornos del tiempo. Las calles adoquinadas de Mayfair se fundían con el barro, con las pisadas inciertas de los criados y el rechinar impaciente de los carruajes que huían del silencio. Dentro de uno de ellos, un joven de porte noble y mirada tensa apretaba con fuEzra una carta, doblada con torpeza y manchada por el roce de sus dedos, como si pudiera arrancarle una verdad más profunda que la ya revelada.

Ezra Whitmore, futuro vizconde de Ashbourne, apenas contaba veinticuatro años y, sin embargo, el peso que llevaba en los hombros era tan antiguo como la culpa heredada. Su levita estaba abierta, descompuesta por la prisa, las botas manchadas de barro hasta la pantorrilla y el cabello le caía sobre la frente con descuido. Aun así, su sola presencia conservaba ese aire irrebatible de nobleza que la decadencia no logra destruir del todo. Aunque ya no fuera el muchacho idealista de Oxford, ni el heredero prometedor de una familia en ascenso, su andar, su voz, su manera de mirar —como si midiera el mundo con una sola ojeada— seguían siendo los de un Whitmore.

El carruaje se detuvo con brusquedad frente a la residencia familiar. El corazón de Ezra dio un vuelco. La verja de hierro forjado, siempre cerrada con puntualidad casi militar, estaba

entreabierta. Dos carros de carga aguardaban a ambos lados de la entrada, sus lonas húmedas dejaban entrever bultos envueltos en sábanas y cajas marcadas con números de inventario. Hombres con uniforme, sombríos bajo el aguacero, cruzaban el zaguán con candelabros, relojes de péndulo, tapices enrollados, y entre ellos, un criado arrastraba el escritorio donde Ezra había aprendido a escribir.

—¡Eh! ¡Dejad eso donde estaba! —exclamó, descendiendo del coche sin esperar a que el cochero le abriera.

Corrió por el camino empedrado, salpicando los bajos de su levita, hasta que una figura conocida emergió del vestíbulo. Carther, el mayordomo de la casa desde que Ezra tenía uso de razón se adelantó con paso rápido. Su rostro, siempre imperturbable, se había tensado con un rictus que no supo esconder.

—Milord… no lo impida. La orden es oficial. No hay nada que pueda hacerse ya.

—¿Qué demonios significa esto? —bramó Ezra, señalando a los hombres que sacaban una vitrina llena de porcelana—. ¿Quiénes son?

—Agentes del tribunal de deudas, milord. Han venido a ejecutar el embargo.

Ezra se quedó inmóvil. Un trueno, sordo y lejano, pareció remarcar el silencio que siguió. Levantó la vista hacia la fachada de la casa, y por primera vez, vio los detalles que antes le parecían invisibles: las jardineras vacías, el musgo trepando por las columnas, las ventanas empañadas, el portón sin brillo.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó en voz baja.

—En el despacho —respondió Carther, apartando la mirada.

Ezra no esperó más. Atravesó el vestíbulo como una sombra. La alfombra oriental había desaparecido. El suelo de mármol, que antes relucía como una joya, crujía ahora bajo sus botas empapadas. Al pasar por la galería, notó que los cuadros estaban descolgados, las lámparas envueltas en lienzos, y que la

gran urna china del salón había sido sustituida por un hueco lleno de polvo.

Empujó la puerta del despacho sin anunciarse.

Su padre, lord Thomas Whitmore, vizconde de Ashbourne, permanecía de pie frente a la chimenea casi apagada. Sostenía una copa de *brandy* entre los dedos y en la otra mano, un papel que apretaba con fuEzra. No se volvió al escuchar la puerta. Ni siquiera al sentir su presencia.

—Padre —dijo con voz tensa.

—Hijo.

Ezra avanzó hasta la mesa de roble.

—¿Qué ha pasado?

Lord Thomas tardó en girarse. Cuando lo hizo, Ezra sintió un leve estremecimiento. Su padre parecía más viejo de lo que recordaba. Los ojos —idénticos a los suyos— estaban enrojecidos, no por el alcohol, sino por algo más profundo. Algo que no se confesaba en voz alta.

—Nos hemos arruinado.

Ezra tragó saliva. El silencio que siguió fue brutal.

—¿Cómo?

—Invertí en el canal de Wolverhampton. Las obras se detuvieron. Luego vinieron las inundaciones. La deuda creció. Después vendí parte de la finca. Nada fue suficiente.

—¿Y por qué no me lo dijo antes?

El vizconde bajó la vista, avergonzado.

—Porque creí que podría evitarlo.

Ezra cerró los ojos con fuEzra, sintiendo cómo la rabia, la impotencia y el dolor se arremolinaban en su pecho. Abrió la boca, pero ninguna acusación salió de sus labios. No servía de nada y, además, ya no era el momento.

—¿Dónde está madre?

—Con tu tío Robert. Le pedí que se marchara antes de que llegaran los agentes.

El joven sintió un nudo en la garganta. Su madre, tan elegante, tan orgullosa… verla expulsada de su hogar era una imagen insoportable.

—¿Y ahora qué piensa hacer?

—Lo único que me queda —dijo Thomas, alzando el vaso —. Esperar a que se lleven lo último. Y después… desaparecer. Tal vez morir.

Ezra no respondió. Se dio media vuelta y caminó hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó el vizconde.

Se detuvo, con la mano ya sobre el picaporte.

—Salvar de esta catástrofe a la persona que amo.

El vizconde no dijo nada. Solo lo siguió con la mirada mientras se alejaba, con paso firme, por el pasillo desmantelado. Cuando la puerta volvió a cerrarse, el viejo lord se hundió en su sillón y dejó que el *brandy* cayera sobre la alfombra con un ruido sordo.

Ezra, al salir a la calle, no sintió la lluvia, ni el frío. Ni siquiera el lodo bajo sus pies. Solo un nombre resonaba en su cabeza, como una promesa quebrada que aún ardía: Violet.

La música flotaba en el aire como una promesa. Las cuerdas de los violines acariciaban los sentidos con dulzura, y los oboes teñían el salón con una armonía luminosa que parecía tejida para no extinguirse jamás. Las lámparas de cristal, encendidas

incluso antes del anochecer, proyectaban destellos iridiscentes sobre los peinados elaborados, los vestidos de muselina y seda, los camafeos familiares y las gargantillas de perlas que ceñían cuellos juveniles. Era una de esas veladas en las que todo resplandecía, donde las sonrisas aprendidas se esgrimían como escudos, y las jóvenes debutantes fingían un gozo tan frágil como el encaje que adornaba sus guantes.

Violet, sentada entre las damas más jóvenes, reía con las mejillas teñidas por una emoción difícil de disimular. Vestía un traje de gasa lavanda, bordado en hilo de plata en el corpiño y con mangas que apenas rozaban sus brazos desnudos. Su cabello, recogido con cintas del mismo tono, dejaba escapar un mechón rebelde que se negaba a someterse. Aquella tarde, la dicha le danzaba en los ojos, y no había disciplina ni corrección posible que la hiciese querer reprimirla.

Observaba a su amiga —la recién casada— deslizándose por la pista del brazo de su esposo, conmovida hasta el alma por la idea de que, muy pronto, sería ella quien ocuparía ese lugar. Ezra le había prometido el mundo, una vida feliz, un futuro apasionado. Recordaba cada instante con la nitidez de las cosas que aún no han sido mancilladas por la duda: la primera vez que rozó su mano durante una cena en casa de su tío, la tarde en que la sorprendió sola en el invernadero mientras la lluvia tamborileaba contra los cristales, el beso que selló aquella confesión robada. Las cartas escondidas entre páginas de poesía. Los paseos fingidamente inocentes por los senderos del parque, donde suspiros y miradas tejían el futuro que ambos creían seguro.

—Muy pronto será mi turno —murmuró, sin poder contener una sonrisa apenas velada.

La frase no había terminado de escapar de sus labios cuando algo imperceptible se quebró en el ambiente. Primero fueron unas risas. Luego, un murmullo tenue. Después, el silencio. No el de respeto ni el del recogimiento, sino el silencio frío que precede al desastre. Violet alzó la vista. Las sonrisas que la rodeaban se

desdibujaron en muecas tensas. Algunos rostros palidecieron. Otros miraban hacia la entrada del salón con el tipo de expectación que solo despierta lo escandaloso. Una de sus compañeras se inclinó hacia delante, como para decir algo, pero no pronunció palabra. Y entonces lo vio.

Ezra.

De pie en el umbral, como una sombra que no debería existir en ese escenario de luz. El cabello desordenado, el cuello de la camisa sin corbata, el chaleco desabotonado, la mirada enrojecida y una botella de licor pendiendo de su mano izquierda como una amenaza. A su lado, dos mujeres. Ninguna de ellas llevaba sombrero. Una vestía de rojo encendido, con un corsé que no dejaba espacio para la imaginación. La otra, envuelta en un tul raído, se reía con una estridencia vulgar que rebotaba contra los candelabros. Ninguna pertenecía a ese mundo. Ni siquiera a sus márgenes.

—¡Violet! —bramó Ezra, alzando la botella como si celebrara algo digno de júbilo—. ¿Dónde estás, mi amor? ¡Quiero presentarte a mis amigas!

Un murmullo creció como una ola. Violet no se movió. Por un instante, creyó que todo era una pesadilla, que el vino dulce que había probado minutos antes le había jugado una mala pasada. Y, sin embargo, Ezra seguía allí. Y la música, que antes embriagaba, ahora había cesado por completo.

Se puso en pie. Una de las jóvenes intentó sujetarla por el brazo, como si supiera lo que estaba a punto de suceder. Violet se liberó con suavidad y avanzó, temerosa, hacia el origen del caos. El murmullo se convirtió en cuchicheo. Este en un zumbido. Y, a medida que caminaba, las miradas se volvían hacia ella. Algunas reflejaban lástima. Otras, simple delectación. El resto, un escándalo que apenas contenía el placer de presenciar la caída de una estrella.

Ezra dio un paso adelante, tambaleante.

—No te escondas, querida —gritó, con voz pastosa—. He venido a darte una gran noticia.

La multitud se abrió a su paso, como si los cuerpos comprendieran que iban a ser testigos de algo irreparable. Violet avanzó. Cada paso era un puñal. Cada mirada, un juicio. Al llegar al centro del salón, alzó la vista. Y sus ojos se encontraron.

Él sonrió.

—Ah, ahí estás —dijo con un tono que apenas era suyo—. Quería decirte que he cambiado de opinión.

Silencio. El mundo entero contuvo el aliento.

—No quiero casarme contigo. No te quiero. Quiero a ellas —añadió, señalando a las mujeres que lo flanqueaban como espectros de una pesadilla grotesca.

Violet no reaccionó. La humillación aún no la alcanzaba del todo. Era como si el alma, negada a aceptar lo evidente, se hubiese quedado atrás. La frase tardó un instante en hundirse. Luego, el dolor la golpeó de lleno. Como una ola helada. Como una sentencia.

—Ezra… —susurró, con la voz atrapada en la garganta.

Él rio. No era su risa. Era un sonido hueco, cruel, el eco de algo que se había roto mucho antes de pronunciar aquellas palabras.

—No te quiero. ¿Me has oído?

Entonces, el mundo se desmoronó. No hubo gritos. No hubo consuelo. Nadie acudió. Nadie intercedió. Solo ojos que la atravesaban, que se deleitaban con la ruina de una muchacha que, apenas minutos antes, había creído en el amor.

Violet no lloró. Se giró con un movimiento que solo el dolor puede dictar. Alzó las faldas con torpeza y, sin mirar a nadie, corrió. Atravesó el salón, las puertas, los pasillos, el jardín. No sabía dónde se dirigía, solo necesitaba huir. Porque no podía seguir respirando bajo esas lámparas que aún brillaban como si nada hubiese sucedido.

Ezra la siguió con la mirada. La sonrisa se desvaneció. Las mujeres a su lado se alejaron. La botella se le resbaló de la mano y estalló en el suelo.

Cayó de rodillas.

—Te quiero, Violet —murmuró, con los ojos nublados—. Dios mío… te quiero tanto.

La amaba tanto, que prefirió alejarla de él y que lo odiara, antes de involucrarla en la pesadilla que vivía su familia.

Capítulo 1



Londres, febrero de 1816

La lluvia caía con obstinación sobre los tejados de las afueras de Londres, como si el cielo lamentara los pecados que se gestaban bajo las nubes. La noche se disolvía en charcos y brumas, y la niebla se alzaba espesa sobre los caminos embarrados, ocultando las siluetas de los carruajes que cruzaban a toda prisa hacia destinos inciertos.

En lo alto de una colina velada por el temporal se erguía la nueva mansión Whitmore, una construcción imponente que combinaba el aire austero de lo medieval con la opulencia de lo aristocrático en un equilibrio inquietante. Su ala oeste, de muros oscuros y torres sin ornamentos, era un santuario prohibido donde se resolvían apuestas ilegales, se celebraban combates clandestinos y se subastaban secretos que jamás debían salir a la luz. El otro extremo de la propiedad —la zona este— brillaba con mármol pulido, molduras doradas y lámparas de cristal veneciano: hogar del vizconde de Ashbourne. Ambas alas se unían por un pasillo largo y silencioso, como la espina dorsal de una criatura hecha de sombras y esplendor.

Ezra estaba sentado tras el escritorio, la espalda recta y la mirada fija en el libro de cuentas abierto. El crepitar suave de la chimenea apenas competía con el tic-tac del reloj de péndulo que presidía la estancia, cada segundo marcando la cuenta atrás de algo que solo él conocía.

El ambiente olía a cuero, tinta y cera derretida. En las estanterías se alineaban libros de economía, tratados de política y volúmenes de literatura clásica. Una alfombra persa, casi nueva, cubría parte del suelo. Todo en aquel despacho hablaba de orden, de estrategia, de un hombre que había hecho del control su credo.

Un golpe seco interrumpió el silencio. Ezra no levantó la vista de inmediato. La puerta se abrió despacio, dejando paso a un hombre empapado, el sombrero aún calado hasta las cejas. Se despojó del abrigo con un movimiento brusco, dejando un rastro de gotas en el suelo, y avanzó con paso firme hasta el escritorio.

—Milord —saludó con voz grave y seca.

Ezra alzó la mirada. Sus ojos, de un gris oscuro que a veces parecía carbón, centellearon bajo la luz del candelabro. No lo invitó a sentarse.
—¿Has descubierto todo lo que te pedí?

El hombre asintió. Se llamaba Haylock. No era noble ni criado ni espía. Era otra cosa. Una sombra útil, un informante que servía por lealtad o por miedo. Nunca lo había aclarado.

Sacó un papel del interior de la gabardina y lo extendió con cuidado sobre el escritorio de roble.

—Benedict Julian Merrinton. Treinta años. Heredó el título de barón tras la muerte de su padre, hace tres inviernos. Vive solo en la residencia de su familia, aunque hipotecó parte de la finca para cubrir deudas de juego.

Ezra no parpadeó.

—¿Cuánto debe?

—Más de lo que puede afrontar. Las tierras del baronazgo están comprometidas. Ha firmado pagarés con tres prestamistas menores. Las fechas de vencimiento son inminentes y uno de ellos —hizo una pausa para mirarlo con intención— se ha comunicado con uno de nuestros hombres. Teme que el barón desaparezca antes de pagar.

Ezra cerró el libro de cuentas con calma, se incorporó y rodeó el escritorio. Se acercó a la ventana y apartó la cortina con dos dedos. La lluvia resbalaba como lágrimas por el cristal.

—¿Ha intentado vender alguna propiedad?

—Lo hizo, aunque nadie quiere asociarse con él. Su reputación es inestable.

Ezra entrecerró los ojos. En su mente, las piezas empezaban a encajar. Cada cifra era una confirmación. Cada deuda, una puerta que se abría.

—¿Y su hermana?

—Violet Mary Merrinton —dijo Haylock con precisión—. Viuda del conde de Meriden. Reside en la finca de su difunto esposo, en la costa de Devon. No asiste a eventos sociales, rechaza invitaciones y evita el trato con las familias que frecuentaba antes de su matrimonio. Algunos afirman que vive retirada por elección. Otros, que se esconde del pasado.

Ezra no respondió. Siguió mirando por la ventana, el cuerpo inmóvil, la mano apoyada en el alféizar. La lluvia continuaba cayendo, implacable. Su reflejo en el cristal era borroso, pero él conocía cada rasgo.

—¿Algo más?

—Solo esto. —Haylock extrajo un sobre lacrado de la chaqueta y lo dejó sobre la mesa—. El pagaré principal vence en cuatro días. Es la ocasión perfecta. Está acorralado.

Ezra giró la cabeza apenas, sin apartarse del ventanal. Su perfil, recortado contra la penumbra, parecía de mármol conteniendo fuego.

—Hazlo venir.

—¿Esta noche?

—Esta noche.

Haylock inclinó la cabeza y desapareció con el mismo silencio con el que había entrado. La puerta se cerró con un clic

suave.

Ezra permaneció allí, inmóvil, contemplando la lluvia. Su reflejo seguía impasible, aunque algo se agitaba bajo la superficie. Un eco antiguo. Una herida no cerrada.

Violet.

No pronunció su nombre, pero su imagen acudió de inmediato. No como una fantasía amable, sino como una presencia firme y doliente. Recordaba cada detalle: el cabello pelirrojo recogido, el brillo peculiar de sus ojos cuando se enojaba, la forma en que entrelazaba los dedos cuando dudaba. Y, sobre todo, recordaba el dolor de aquellas lágrimas que nunca pudo consolar.

Llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó un pequeño medallón de plata, finamente labrado con una flor de almendro en relieve, símbolo de un amor que florece incluso en el frío. Un regalo de bodas que nunca llegó a entregarle y que, durante siete años, había guardado cerca del corazón.

—Volverás a mí, Violet… —susurró—. Y esta vez, nada ni nadie nos separará.



Ezra llevaba un buen rato caminando de un extremo a otro del despacho, las manos enlazadas tras la espalda y la vista fija en las líneas del suelo, como si cada paso midiera el tiempo que le faltaba para enfrentarse a lo inevitable. Había esperado tanto ese momento que, ahora que se acercaba, el pulso le latía con fuEzra bajo la compostura fría de su semblante.

Si todo salía como había planeado, estaba a punto de poner en marcha la única jugada que no podía fallar. Y, con ella, recuperar a la mujer que había perdido por su propia arrogancia.

Unos golpes secos en la puerta lo hicieron detenerse.

—Milord… el barón Merrinton ha llegado.

Ezra no respondió de inmediato. Solo cuando los pasos de Benedict resonaron sobre el suelo entarimado se giró con esa serenidad contenida que desarmaba a cualquiera.

El recién llegado vestía con corrección, aunque la levita mostraba los dobleces del viaje y los ojos azules, antaño vivaces, tenían el brillo opaco de quien lleva demasiadas madrugadas sin dormir.

—Gracias por venir, barón —dijo Ezra, grave, mesurado.

—Digamos que no tenía elección —replicó Benedict, avanzando con paso inseguro hasta el centro de la estancia.

El despacho parecía haberse vuelto más grande con su presencia: el escritorio cubierto de papeles, el tintero aún húmedo, el reloj de bronce detenido a las once y catorce. Ezra señaló una butaca con un gesto cortés. Se sentaron sin prisa, rodeados por un silencio espeso, cargado de viejas heridas y verdades no dichas.

—Le he hecho llamar porque he escuchado rumores sobre su… decadencia.

Benedict frunció el ceño.

—Siempre tan directo, milord.

Ezra ignoró el comentario.

—Decidí comprobarlo por mí mismo.

—Y los confirmó —dijo el barón, apretando los puños.

—Con tristeza, sí. Apuestas en tres clubes, créditos pendientes en dos bancos, intereses acumulados con prestamistas cuya paciencia es escasa.

El barón apartó la mirada, y el perfil que la luz de los candelabros dibujaba en su rostro parecía aún más demacrado.

—No necesito que me lo recuerde. Lo sé cada noche cuando el sueño me abandona y despierto empapado en sudor.

Ezra se recostó ligeramente, cruzando una pierna sobre la otra.

—Entonces comprenderá que esto no es una reunión social. Lo llamé para ofrecerle una solución. No gratuita, por supuesto.

Benedict soltó una breve carcajada amarga.

—No esperaba menos de usted. ¿Qué clase de solución?

Ezra abrió un cajón y sacó un pliego doblado con precisión. Lo extendió sobre la mesa; la tinta tembló levemente con la corriente de aire que se filtraba por la ventana.

—Este contrato certifica que cubriré todas sus deudas, incluidas las que generen intereses hasta su liquidación.

Benedict no tocó el documento.

—¿A cambio de qué?

Ezra se levantó y caminó hasta la ventana. La noche caía con un gris violáceo sobre los tejados de Mayfair, y una campanada resonaba en la distancia.

—Quiero algo que solo usted puede darme. Necesito que su hermana regrese a Londres.

El barón lo miró con incredulidad.

—No.

Ezra se giró despacio, sin sorpresa.

—No le pido que la obligue. Solo que le escriba, que le hable de su situación sin mencionar mi nombre. El resto será asunto mío.

Benedict se levantó de golpe; sus manos temblaban.

—Usted la destruyó. La humillación fue insoportable. Las miradas, los rumores… ¿sabe lo que fue verla marcharse con la cabeza alta mientras por dentro estaba rota?

Ezra sostuvo su mirada con firmeza.

—Lo sé. Por eso tengo derecho a intentar enmendarlo.

—¿Derecho? —la voz del barón se quebró—. ¿Llama derecho a querer volver a hundirla?

—Llamo derecho a corregir mi error —Ezra caminó hacia el escritorio y señaló el contrato—. Y usted puede ayudarme. Una carta, una firma. Nada más.

Benedict cerró los ojos. Sus hombros se hundieron como si cargaran el peso de todo un linaje.

—¿Y si ella no lo quiere ya? ¿Si vuelve solo para odiarlo más?

Ezra se inclinó sobre la mesa, con el rostro a la altura del suyo.

—Entonces aceptaré su odio. Pero si queda en ella una chispa de lo que fuimos, lucharé por encenderla de nuevo. No me detendré.

El silencio llenó el despacho como un muro. Afuera, la lluvia golpeaba los cristales con un ritmo casi ritual. Benedict abrió los ojos y miró el contrato. Tomó la pluma con manos temblorosas y firmó.

—No me pida que lo perdone —dijo al dejarla caer con un golpe seco—. Todo lo que hago es por mi reputación, no por usted.

Ezra asintió despacio.

—No busco su perdón.

Benedict giró hacia la puerta, pero antes de salir se detuvo en el umbral.

—Si ella regresa… no será la mujer que conoció.

Ezra sostuvo su mirada con un destello acerado en los ojos.

—Yo tampoco soy el mismo hombre.

El barón se marchó sin más palabras.

Ezra permaneció de pie, con la vista fija en la ventana. Los faroles de gas brillaban en la distancia, desafiando la oscuridad de Londres. Su mano se cerró sobre el bolsillo interior de su chaqueta, donde el medallón descansaba desde hacía siete años.

—Regresa, Violet —murmuró—. Esta vez, nada ni nadie nos separará.

Capítulo 2



La luz del mediodía apenas conseguía filtrarse entre los cortinajes cerrados, y el salón matinal parecía un santuario detenido en el tiempo, tejido con renuncias y costumbres que nadie se atrevía a desafiar. El frío, insidioso, se había instalado en las paredes como un huésped antiguo, un testigo silencioso de los inviernos pasados y de una soledad que no pedía permiso para existir.

Violet Mary Merrinton, condesa viuda de Meriden, estaba sentada junto a la ventana, el cuerpo erguido y las piernas estiradas bajo las faldas, como si aquella postura contenida fuese la única que sabía adoptar. Sus dedos, largos y firmes, empujaban la aguja a través del lino con la precisión de quien ha hecho del bordado una forma de resistencia. En el bastidor, un ramo de flores comenzaba a tomar forma. No tenían perfume. Nunca lo tenían. Era la forma que había encontrado de medir el tiempo sin relojes: cada puntada, un día perdido; cada hilo, una frontera entre lo que fue y lo que no volvería.

Su vida se había convertido en eso: una rutina elegida. Siete criados bastaban para mantener la finca costera del difunto conde en estado decoroso, sin excesos, sin brillo. No recibía visitas. No acudía a bailes. No respondía cartas. Había convertido el aislamiento en una forma de dignidad, y el silencio de aquellas habitaciones blancas le ofrecía un consuelo seco, sin testigos, que no pedía explicaciones ni lástima.

En otro tiempo había sido distinta. Había reído en los salones de Mayfair, había bailado hasta el amanecer con flores en el cabello, había soñado con un amor que parecía inquebrantable.

Ahora, esa mujer joven y ligera parecía un recuerdo ajeno, una versión de sí misma que no podía tocar sin sentir dolor.

El repiqueteo de un galope amortiguado por el lodo quebró la calma de la mañana. Violet alzó la vista con un sobresalto breve; la aguja se detuvo en el aire, y el hilo quedó suspendido como si dudara entre continuar o rendirse. Por la ventana distinguió la silueta de un joven jinete sin escudo ni librea. Desde el soportal apareció la señora Whendolyn, el ama de llaves, que avanzó con la serenidad práctica de quien sabe que las sorpresas rara vez traen alegría. El muchacho le entregó un sobre lacrado, giró las riendas y se alejó a toda prisa, dejando tras de sí un rastro de barro y agua.

Violet frunció los labios. Las irrupciones nunca habían sido bienvenidas en su vida, y las cartas aún menos. Respiró hondo, dejó el bastidor sobre la mesita de té y observó el hilo colgando, suelto, como un lazo a punto de romperse.

Tres golpes suaves sonaron en la puerta. La señora Whendolyn entró sin esperar permiso, con el sobre entre los dedos enguantados.

—*Milady* —dijo con voz baja—. Ha llegado una misiva urgente de Londres. El remitente es el barón de Hargrove.

Violet alzó la mirada con lentitud, como si aquel nombre le pesara en el pecho.

—¿Benedict? —susurró, incapaz de disimular la inquietud.

Se levantó de un salto, tomó la carta con firmeza y examinó el sello intacto. La caligrafía era inconfundible: la misma que había trazado su nombre en felicitaciones navideñas años atrás, cuando aún conservaba algo de orgullo.

Hacía mucho que no pensaba en su hermano sin sentir un amargo desasosiego. De niños, él había sido su cómplice: trepaban los muros del jardín paterno, corrían por los campos con las mejillas sonrojadas y un mundo entero por descubrir. Él le robaba flores del invernadero y se las entregaba como si fuesen tesoros. Juraba protegerla siempre. Y durante años, ella le creyó.

El hombre que había tomado el lugar de aquel niño le resultaba casi un extraño: amigo de apuestas arriesgadas, de compañías dudosas y de promesas rotas. Aun así, Violet nunca lo había abandonado del todo. Había enviado dinero a través de terceros, había evitado preguntar demasiado y había contenido las lágrimas cuando la decepción se hacía insoportable. Lo amaba. Lo había amado siempre. Pero su decepción era más antigua que su luto.

Rompió el sello con un solo gesto y desplegó el papel.

Mi querida Violet,

Sé que no tienes deseos de leer estas líneas. Sé que cualquier palabra mía pesa más de lo que alivia. Aun así, te escribo porque no puedo hacer otra cosa.

Estoy perdiendo la casa, Violet. La nuestra. Las tierras de padre ya no me pertenecen. El retrato de madre ya no cuelga en el vestíbulo. Los criados se marchan. Las deudas me alcanzan. No puedo más.

No te pido que me salves. Solo que vengas. Que veas con tus propios ojos lo que está ocurriendo. Si hay una salida, tú la encontrarás. Si no… al menos habré intentado enfrentar esto contigo a mi lado.

Con afecto sincero,

Benedict.

Violet dejó caer la mano con la carta aún abierta. Notó la presión de la pluma en las palabras, el temblor en algunos trazos. No era la voz altiva de siempre. Era la de un hombre derrotado.

Por un instante, cerró los ojos y dejó que un recuerdo la asaltara: la última vez que lo había visto, de pie frente a ella, con la arrogancia de quien cree poder doblegar el mundo. Aquella imagen se desmoronó al pensar en el hombre que ahora imploraba ayuda sin disfrazar su fragilidad.

Alzó la vista hacia el jardín. La lluvia había arrancado pétalos, doblado tallos, embarrado senderos. Nada permanecía en pie.

—Señora Whendolyn —llamó, con un hilo de voz.

La puerta se abrió de inmediato.

—¿*Milady*?

—Prepare un equipaje ligero. Partimos al amanecer.

La mujer parpadeó, sorprendida.

—¿A dónde…?

—A Londres —respondió Violet, sin apartar la vista del jardín—. A enfrentar lo que aún puede salvarse.

—¿Está segura, *milady*?

—No me queda otra opción.

La señora Whendolyn asintió, aún atónita.

—Transmitiré al servicio la orden. Tendrá todo listo en menos de una hora.

Cuando la puerta se cerró, Violet recogió el bordado caído del sillón. Lo sostuvo unos segundos, como si aquel ramo inacabado pudiera retenerla un poco más en su refugio de puntadas y silencios. Después lo dejó con cuidado sobre el sillón, se irguió y respiró profundamente. Por primera vez en siete años, su encierro había terminado.



El carruaje avanzaba con dificultad por las calles adoquinadas del oeste de Londres. El traqueteo hacía vibrar los cortinajes interiores, proyectando sombras móviles sobre el rostro de

Violet como si fuesen presagios antiguos. La ciudad la acogía sin ceremonia, con esa mezcla de neblina, hollín y arrogancia que nunca había abandonado sus esquinas. Había llovido hacía poco, y el olor a carbón, metal húmedo y caballos se confundía con el perfume tenue de las primeras flores de la primavera urbana.

Nada, sin embargo, la preparaba para el golpe de memoria que cada calle provocaba. Desde su asiento, con las manos enguantadas apoyadas en el regazo, no necesitaba asomarse a la ventanilla: conocía cada plaza por su historia, cada esquina por un recuerdo. Se vio a sí misma, siete años atrás, joven, ilusionada, sonriendo en los bailes de Mayfair, paseando por Hyde Park, eligiendo telas en Bond Street y escuchando rumores en salones demasiado cargados de té y vanidad. Entonces era una mujer enamorada del futuro. Ahora regresaba como viuda, como mujer sola, como hermana convocada por el naufragio de un apellido.

El cochero detuvo el vehículo frente a la antigua residencia de los Hargrove en Mount Street, un edificio de fachada noble que, a pesar del abandono, conservaba cierta arrogancia arquitectónica. La piedra grisácea, las molduras ennegrecidas y los balcones de hierro forjado hablaban de un pasado ilustre, aunque los cristales opacos y la herrumbre en las rejas del portal evidenciaban un tiempo malgastado.

Violet descendió con ayuda del criado que había viajado con ella desde Devon. Mantuvo el rostro sereno, los labios apretados y la espalda erguida, como si el peso del apellido —tan desperdiciado por su hermano— todavía pudiera sostenerla. La señora Whendolyn bajó tras ella, silenciosa, sombra fiel que comprendía que el mutismo valía más que cualquier consuelo.

La puerta tardó en abrirse. Pasaron unos segundos antes de que Foster, el mayordomo más antiguo de la casa, apareciera con el cabello completamente blanco, el chaleco gastado y los ojos humedecidos por una mezcla de sorpresa y remordimiento.

—*Milady*… —musitó, inclinando la cabeza con torpeza, incapaz de ocultar la emoción—. No sabíamos si vendría.

—¿Está el barón? —preguntó Violet con calma.

—Sí… sí, en el despacho. Lo anunciaré de inmediato.

—No es necesario. —Su voz sonó firme, cortando cualquier protocolo inútil.

El interior de la casa olía a cera rancia y abandono. Las alfombras más valiosas habían desaparecido; varias lámparas seguían apagadas por falta de aceite; los retratos familiares la observaban con un reproche silencioso desde las paredes desnudas. Violet subió las escaleras sin rozar la barandilla. Conocía cada crujido de la madera, cada desconchón en la pintura, cada rincón donde un día escondió sus juegos de infancia. Todo seguía allí, detenido, como si el tiempo se hubiese congelado el día exacto de su marcha.

La puerta del despacho estaba entreabierta. Empujó con decisión.

Benedict ocupaba el escritorio que un tiempo había sido de su padre, el lugar donde antaño se impartían órdenes y se tomaban decisiones que daban forma a la familia. Su rostro mostraba un desgaste prematuro; los ojos hundidos, la levita sin cepillar, el cabello revuelto. Al verla, se incorporó de un salto, con tanta brusquedad que el tintero se volcó sobre unos papeles, dejando una mancha que se extendió como una confesión.

—Has venido… —balbuceó, incrédulo.

—Sí —replicó Violet, con una neutralidad cortante—. Y cuanto antes empecemos, mejor.

No se acercó ni tendió la mano. Se despojó de la capa y la dejó sobre una silla próxima a la puerta. Después se quitó los guantes, uno a uno, y los abandonó sobre una mesita con deliberada elegancia. Sus ojos recorrieron la estancia, hallando solo decadencia donde antes hubo respeto.

—Esta biblioteca solía estar llena de vida —comentó, caminando hacia la chimenea—. Padre leía junto a esa ventana mientras tú jugabas a ser importante. Ahora solo quedan polvo y fracaso.

Benedict tragó saliva.

—Las cosas han cambiado.

—Tú las cambiaste. Y no para bien.

Sus dedos rozaron la repisa de mármol ennegrecida. Miró fugazmente su reflejo en el espejo turbio; no buscaba a la niña que un día lloró allí, sino a la mujer que había aprendido a levantarse.

—Dímelo todo.

Él obedeció, cabizbajo, como un niño ante un sermón.

—Las tierras de Sutherton y Westmere ya no son nuestras. Las escrituras, empeñadas. Northbury… probablemente embargada. Las joyas de madre, vendidas. El piano, subastado. Los sirvientes… se marcharon hace seis meses. Todos, salvo Foster, que se quedó por lealtad. Y porque es demasiado mayor para encontrar otro empleo.

Violet escuchó en silencio, sin fruncir el ceño, sin interrumpirlo. Cuando habló, su voz fue un filo guardado demasiado tiempo:

—¿Y qué hiciste tú mientras todo eso se desmoronaba?

Benedict se encogió.

—Intenté negocios. Tuve mala suerte.

—No digas tonterías. No fue mala suerte. Fue cobardía, incompetencia, incapacidad para estar a la altura del nombre que llevas.

Él dio un paso hacia ella, con el rostro crispado:

—¡No digas eso! No sabes lo que ha sido para mí. El peso, la culpa, las expectativas… Tú te marchaste. Tú pudiste rehacer tu vida.

—Y tú pudiste conservar lo que era tu deber custodiar —replicó, con una calma helada—. No lo hiciste. El conde de Meriden me libró del escarnio, sí. Pero no me regaló la vida: me enseñó a

pelearla, a gobernar una propiedad, a responder a los acreedores, a sobrevivir sin arrodillarme. Todo lo que tú no supiste aprender.

Benedict bajó la cabeza, la voz rota:

—¿Qué vas a hacer?

Violet avanzó hasta el escritorio. Pasó la mano por la superficie manchada de tinta y tomó una hoja en blanco y un portaplumas. No escribió nada; simplemente los dejó frente a él, marcando así un punto de inflexión.

—Voy a tomar las riendas. Revisaré cada papel, cada deuda, cada promesa. Desde ahora, yo decido. Y si eso te parece humillante, acostúmbrate. Has perdido el derecho a sentir orgullo.

Él la miró con incredulidad.

—Estás muy cambiada…

—Para bien —respondió ella, sin sonreír.

Por primera vez desde que entró, lo sostuvo con la mirada directa, firme.

—Tráeme los documentos. Ahora.

Benedict obedeció, sin una palabra más.

Cuando salió del despacho, Violet permaneció de pie, con los dedos apoyados sobre el escritorio de su padre. Aquel lugar, cargado de recuerdos, parecía respirar de nuevo, como si la simple presencia de ella lo reclamara. Y por primera vez en años, sintió que el pasado no la aplastaba: lo dominaba.

Capítulo 3



La tarde caía con lentitud sobre Londres, tiñendo de oro viejo las fachadas de piedra y los altos ventanales de la mansión del vizconde de Ashbourne. Una brisa tibia se deslizaba por los corredores silenciosos del ala noble, ajenos al bullicio velado que, en el otro extremo de la casa, comenzaba a despertar entre salones reservados a placeres que jamás se nombraban en voz alta.

Ezra estaba en su despacho, sentado con una elegancia deliberada frente al escritorio de caoba tallada. Sobre la superficie descansaban unos pocos objetos cuidadosamente dispuestos: un tintero de ónice, una pluma de plata, un candelabro de tres brazos con las velas consumidas hasta la mitad y una copa de coñac que apenas había probado. La chimenea chisporroteaba con un fuego modesto, no para calentar, sino para dotar de dignidad a la estancia.

La carta había llegado minutos antes. Un sobre sellado con el blasón de los Hargrove, entregado por un mensajero discreto. Ezra lo sostuvo entre los dedos con la cautela de quien manipula veneno, consciente de que su contenido marcaría el inicio del movimiento más esperado —y temido— de su vida. Tardó en romper el sello, como si ese gesto pudiera alterar el destino.

Desde un rincón, Haylock observaba en silencio. Permanecía de pie, la mirada fija y el semblante neutro. Llevaba años al servicio del vizconde y sabía reconocer el momento exacto en que debía convertirse en una sombra sin voz.

Ezra deslizó el dedo por el borde del papel y comenzó a leer. Sus labios se tensaron, los párpados se estrecharon, y, a

medida que avanzaba, su expresión fue transformándose: primero, un destello de incredulidad; después, la chispa de una emoción contenida; al final, una leve curva de satisfacción que no se molestó en disimular.

Estimado vizconde de Ashbourne:

Me dirijo a usted para informarle, tal como acordamos, que mi hermana ha llegado hoy a Londres.

Ha decidido encargarse personalmente del asunto de los acreedores. Por supuesto, no le he revelado que usted es el único acreedor principal, pues comprendo que dicha información podría arruinar todo cuanto usted planea hacer. Ella considera que es su deber poner en orden lo que yo, por desgracia, no he sabido preservar.

Quedo a la espera de sus indicaciones respecto al siguiente paso. Le agradecería también confirmar si ha saldado ya todas las cuentas menores con los prestamistas, pues no deseo exponerme a ningún contratiempo en público cuando acompañe a mi hermana por las calles de la ciudad.

P.D.: Violet ya no es la joven soñadora que conoció. Ha cambiado. Es fuerte, dominante y dirige con la seguridad de quien no necesita aprobación alguna. A veces, cuando la escucho, me pregunto si no habrá enterrado su corazón en algún lugar remoto. Y, si es así… ¿cómo podrá usted recuperarlo?

Atentamente:

Benedict Merrinton, Barón de Hargrove

Ezra dejó caer la mano con la carta aún abierta. Su pulso permanecía firme, pero algo en su pecho se agitaba como un golpe contenido. La frase final se le clavó como un alfiler: *¿cómo podrá usted recuperarlo?*

—Ha venido… —susurró, apenas audible.

Una sonrisa ladeada asomó a sus labios, tan discreta que cualquiera, salvo Haylock, la habría pasado por alto. Se levantó

despacio, cruzó la estancia y se detuvo ante la chimenea. La llama iluminó el papel, arrancando destellos dorados a la tinta aún fresca.

—Sigue amando a su familia —murmuró, más para sí mismo que para su mayordomo—. Por eso ha regresado. A pesar de todo lo ocurrido, ha vuelto para recuperar lo que le pertenece.

Regresó al escritorio, tomó la pluma de plata y la sumergió en el tintero. La decisión ya estaba tomada antes de escribir la primera palabra, pero aun así saboreó cada trazo, consciente de que con ese mensaje movía la primera pieza de un tablero que había estado esperando durante años.

Estimado barón de Hargrove:

He recibido su misiva con sincero interés y satisfacción. Celebro saber que lady Violet se encuentra ya en Londres. Con respecto a las cuentas menores, puede estar tranquilo: todas han sido liquidadas. No habrá contratiempos ni escenas indeseadas que empañen el nombre de su familia.

En cuanto al siguiente paso, le informo de que el marqués de Huntingdon y su esposa han organizado una velada para celebrar el nacimiento de su primer hijo. Muy pronto recibirán en Mount Street una invitación formal. Le ruego que no subestime la importancia de este evento. Usted y su hermana deben asistir. Nadie podrá ignorar el regreso de lady Violet si se presenta bajo el amparo del círculo más alto de la aristocracia.

Considere esta aparición social como el punto exacto donde comienza realmente el juego.

Atentamente:

Ezra Whitmore, Vizconde de Ashbourne

Con un gesto meditado, dobló la carta, la introdujo en un sobre de lino grueso y estampó su escudo en cera azul. Luego la tendió a Haylock, que aguardaba paciente, con las manos cruzadas tras la espalda.

—Entrégasela al mensajero —ordenó, sin apartar la vista del papel—. Asegúrate de que la entrega se realice sin contratiempos.

—Así se hará, milord —respondió el hombre, inclinando ligeramente la cabeza.

Ezra apoyó los codos sobre el escritorio y entrelazó los dedos frente a su rostro.

—Y otra cosa, Haylock. Preséntate en casa del marqués de Huntingdon y dile que necesito verlo esta noche. Que es urgente.

—¿Debo dar alguna explicación?

—Ninguna.

El mayordomo asintió y desapareció sin un ruido. La puerta se cerró con el leve clic de una bisagra bien engrasada.

Ezra quedó solo. El silencio se instaló como un manto pesado, roto solo por el crepitar del fuego. Llevó una mano a su rostro y lo frotó con fuEzra, como si quisiera borrar la presión que comenzaba a acumularse en su sien. La postdata de Benedict seguía resonando en su mente: *Tan segura de sí misma que parece no tener corazón. Y si no lo tiene… ¿cómo podrá usted recuperarlo?*

Ezra sonrió de nuevo, pero sin alegría. No tenía la respuesta. Aun así, pese a la advertencia velada de Benedict, estaba dispuesto a jugar cada carta que tuviera. Porque perderla otra vez no era una opción.



La luz de la tarde se diluía sobre los tejados de Londres cuando un carruaje discreto, sin escudo visible, se detuvo frente a la entrada principal de la mansión del vizconde de Ashbourne. La

portezuela se abrió con sobriedad y el marqués de Huntingdon descendió con paso firme, ajustándose los guantes de piel mientras alzaba la vista hacia la imponente fachada. No era la primera vez que acudía allí, pero presentía que algo había cambiado.

Subió los escalones de piedra y golpeó la aldaba de hierro forjado, una cabeza de león con la boca abierta en un gesto de desafío. Unos segundos después, la puerta se abrió y apareció un criado de mediana edad, que lo saludó con una inclinación precisa.

—Marqués de Huntingdon —anunció con formalidad—. Mi señor le espera.

—¿En el despacho? —preguntó Alexander, sorprendido.

—No, señor. En uno de los salones del ala noble. Si me acompaña, por favor.

El marqués arqueó una ceja pero no replicó. Siguió al criado por un corredor que no recordaba haber recorrido antes. Las alfombras eran nuevas, tejidas a mano con hilo de seda, las cortinas colgaban con el peso solemne del terciopelo azul noche, y el aire estaba impregnado de un aroma delicado a jazmín y lavanda, impropio de una casa dedicada en parte a placeres mundanos. No había cortinajes pesados ni luces rojas, tampoco el dulzón perfume del opio que alguna vez había percibido en otras estancias.

Esa ala era distinta. Brillaba con un lujo callado, sin la ostentación de las salas de juego o los salones de apuestas. En las paredes colgaban marinas en calma, naturalezas muertas y escenas bucólicas; en cada detalle se adivinaba un cuidado exquisito, casi reverencial. Alexander ralentizó el paso, recorriendo con la mirada cada rincón. No había duda: aquella parte de la mansión había sido creada con un propósito distinto.

Fue entonces cuando lo comprendió. Ese espacio no estaba pensado para socios ni conspiradores, ni siquiera para Ezra mismo. Era un refugio hecho para ella. Para la única mujer que había amado de verdad. Aunque Alexander no la conocía —durante el escándalo que la expulsó de la vida del vizconde él se hallaba

retenido en Irlanda por voluntad paterna—, no le costaba imaginar que Violet Merrinton había dejado una huella imposible de borrar en un hombre como Ezra. Una huella tan profunda como para reconstruir, piedra a piedra, un lugar solo para ella.

El criado se detuvo frente a una puerta doble de roble oscuro, tallada con hojas de laurel y rosas entrelazadas.

—Mi señor le espera en el interior —dijo, abriendo una de las hojas con un gesto medido.

Alexander cruzó el umbral sin esperar más.

—Ya estoy aquí —anunció—. ¿Qué demonios quieres?

Su tono era seco, más por desconcierto que por desdén. Frente a la chimenea, sentado con aparente abandono, estaba Ezra, girando una copa de licor entre los dedos como si esperara a alguien que había tardado demasiado en llegar.

—Si necesitas un compañero de borracheras, deberías haber llamado a Hastings —continuó Alexander, avanzando hacia él —. Yo tengo esposa… e hijo.

Ezra levantó la mirada con una calma engañosa.

—Violet ha regresado —dijo, con una serenidad que cortaba el aire.

Alexander detuvo su avance. La copa de brandy que llevaba en la mano permaneció intacta.

—¿Cómo dices?

—Está en Londres. Llegó ayer.

El marqués entrecerró los ojos.

—No esperaba que volviera. No después de lo que ocurrió.

—Ni yo —admitió Ezra, con un suspiro breve—. Pero lo ha hecho. Y pienso recuperarla.

Alexander permaneció inmóvil, midiendo cada palabra de su amigo, como si no terminara de creer lo que oía.

—Lo siento, Ezra. No puedo ayudarte con eso. Y aunque pudiera, no lo haría —replicó con frialdad—. Le hiciste demasiado daño.

El vizconde tensó los dedos alrededor de su copa, pero su voz se mantuvo suave.

—Alexander…

—No me mires así —interrumpió él, sin apartar la mirada —. Si yo hubiera sido su padre, te habría retado a duelo y te habría matado al amanecer. Y lo sabes.

Ezra cerró los ojos un instante. Lo sabía. Lo había esperado durante una semana entera después de aquella humillación, convencido de que Benedict o el difunto barón aparecerían con un segundo y una pistola. Pero nadie vino. Nadie exigió satisfacción. Y ella… simplemente desapareció.

—No lo hicieron —murmuró, con los dientes apretados—. Porque eran cobardes. O quizá pensaron que tu deshonra no merecía la sangre de un Hargrove.

Ezra se levantó entonces con una lentitud peligrosa y caminó hacia la ventana. Apartó la cortina y contempló los jardines del ala noble, aquellos que solo Violet debía haber pisado.

—Quiero verla —dijo tras un silencio largo.

Alexander no se movió, pero su expresión se endureció.

—¿Qué pretendes?

—En primer lugar, tengo al barón de Hargrove en mi poder.

El marqués dejó escapar una risa seca, sin alegría.

—¿Vas a chantajearla con las deudas de su hermano? Sé que has hecho cosas cuestionables para levantar tu imperio, pero eso… eso sería miserable incluso para ti.

Ezra lo miró con una calma tensa.

—No voy a chantajearla. Solo he pedido que venga porque necesito que la invites a la presentación de tu hijo. A ella y a su hermano. Así no podrá rechazarlo sin provocar un escándalo.

Alexander apretó la copa entre los dedos.

—¿Y luego? ¿Vas a montar otra escena? ¿Otro escándalo que la obligue a casarse contigo? Te advierto que esta vez, si intentas algo semejante, no responderé por mis actos.

Ezra sonrió, pero su gesto era más triste que arrogante.

—Solo quiero verla. Estar cerca de ella. Aunque no me mire. Aunque no me hable.

El marqués sostuvo su mirada en silencio. Había conocido a Ezra en los peores momentos de su vida, y sin embargo jamás lo había visto así: despojado de su orgullo, expuesto.

—Entonces… ¿solo has pensado verla?

—Por el momento —respondió Ezra, apurando la copa de un trago.

El crepitar del fuego llenó el salón, subrayando el silencio que siguió. Alexander paseó la vista por la estancia: las flores frescas en los jarrones de porcelana, las alfombras nuevas, un retrato cubierto por una tela, a la espera de ser colgado. Cada detalle hablaba de una esperanza obstinada.

—¿Ella lo sabe? —preguntó por fin.

—No.

—Y si lo descubre…

—Entonces se marchará otra vez. Por eso necesito que la invitación venga de ti. Necesito una oportunidad que no parezca mía.

Alexander exhaló despacio, como quien se rinde ante algo inevitable.

—Te daré esa oportunidad, Ezra. Una sola. No más.

El vizconde inclinó la cabeza, aceptando sin discutir.

—Gracias.

—No me las des. No lo hago por ti. Lo hago por ella. Por si todavía le queda algo de corazón para perdonarte.

Ezra no replicó. Solo regresó a su sillón, sirvió otra copa y la sostuvo un momento antes de beber. Mientras la noche avanzaba tras los ventanales y el recuerdo de Violet se instalaba de nuevo en aquella casa, comprendió que no podía borrar el pasado, pero sí luchar por un presente donde aún tuviera el derecho de mirarla a los ojos.

Capítulo 4



El cielo de Londres permanecía cubierto por una bruma ligera cuando Benedict se detuvo frente a la entrada principal de la vieja casa familiar. Inspiró hondo, como si el aire húmedo pudiera devolverle el valor perdido, y se quedó observando el incesante movimiento del patio. Criados cargaban cubos de agua, frotaban con cepillos los peldaños de la escalinata y sacudían alfombras sobre el empedrado aún húmedo de la madrugada. El contraste con el abandono de apenas una semana atrás era tan radical que costaba creer que aquel lugar fuera el mismo.

Doncellas ataviadas con delantales recién planchados se desplazaban en silencio por las estancias, restaurando tapices, puliendo candiles y retirando cortinas marchitas. Afuera, un grupo de jardineros arrancaba de raíz la maleza del jardín delantero, siguiendo las órdenes precisas de una mujer que, años atrás, no habría distinguido un rosal de un espino.

Violet se encontraba junto al seto perimetral, con las mangas de su vestido recogidas hasta los codos y un sombrero de paja clara protegiendo su cabello pelirrojo, encendido bajo la luz pálida de la mañana. No parecía una dama aristocrática observando el trabajo desde la distancia, sino la verdadera señora de la casa: una mujer capaz de arremangarse y enfrentarse al caos con una serenidad que imponía respeto. A su lado, la señora Whendolyn, ama de llaves llegada con ella desde Irlanda, anotaba con diligencia cada instrucción.

—Recortad también el boj hasta igualarlo con el borde de la verja —ordenó Violet, con voz firme pero serena—. Y limpiad la

fuente antes del mediodía; el mármol está cubierto de verdín y el agua huele a estancada.

Benedict se detuvo unos instantes, sorprendido. No recordaba haber escuchado ese tono en su hermana. No era autoritario, sino definitivo, como si la duda hubiese sido desterrada de su carácter. Aquella joven que él había dejado en Londres siete años atrás no sabía preparar ni una taza de té; su mundo estaba formado por bordados finos, bailes soñados y novelas sentimentales que devoraba entre suspiros.

Ahora, en cambio, veía a una mujer que tomaba decisiones con naturalidad, que revisaba presupuestos, contrataba personal y organizaba las cuentas con la eficacia de alguien que conocía el precio exacto de cada error. Por un instante, Benedict se preguntó qué le había enseñado el conde de Meriden durante los años de su matrimonio. No necesitaba una respuesta clara: el conde la había convertido en una mujer que ya no esperaba a que otros resolvieran por ella, una mujer que no temía hablar con hombres de negocios ni enfrentarse a decisiones que muchos caballeros preferían evitar.

Un chirrido metálico quebró el silencio del jardín: el portón principal se abría para dejar paso a un jinete. Vestía librea azul y sostenía una misiva con un lacre rojo que brillaba bajo la luz gris. El escudo estampado en el sobre bastaba para identificar al remitente: el marqués de Huntingdon.

—¿Se encuentra el barón de Hargrove? —preguntó el mensajero al desmontar con movimientos precisos.

—Soy yo —respondió Benedict, adelantándose unos pasos.

El joven le entregó la carta con un gesto cortés y, sin más, giró las riendas para alejarse al trote por el sendero arbolado. Benedict permaneció quieto unos segundos, observando el sobre con expresión grave. Sabía lo que contenía, y sabía que él mismo había provocado esa invitación con sus recientes gestiones.

—¿Qué ocurre? —preguntó Violet, acercándose mientras se limpiaba las manos con un pañuelo blanco que guardaba en la manga de su vestido.

—Una invitación —contestó Benedict, rompiendo el sello con deliberada lentitud.

—¿De quién?

—Del marqués de Huntingdon. Nos invita a una recepción con motivo del nacimiento de su hijo.

Violet extendió la mano. Benedict se la entregó sin añadir palabra. Ella leyó con el ceño fruncido, y al terminar, bajó la mirada un instante antes de alzarla de nuevo. Sus ojos, de un azul profundo, mostraban una determinación que no dejaba espacio a discusión.

—No pienso asistir.

—Violet… —comenzó él con cautela.

—No. —Su voz fue tajante—. No quiero volver a ese mundo, ni ver esos rostros, ni soportar sus susurros. No olvidan. No perdonan. Y no voy a mendigar su respeto.

Benedict apretó los labios y respiró hondo antes de hablar. —No se trata de mendigar —replicó con un tono más bajo—. El marqués es uno de los hombres más poderosos de Londres. Rechazar su invitación podría interpretarse como un desdén. Y eso, hermana, arruinaría todo lo que estás construyendo aquí. Todo este esfuerzo, toda esta transformación… ¿de qué servirá si la sociedad vuelve a cerrarte las puertas?

Violet guardó silencio. La brisa movía el ala de su sombrero y algunos mechones rebeldes escapaban del peinado, rozándole el cuello. Por un instante, Benedict creyó ver un destello de duda en su mirada. Pero desapareció tan rápido como había llegado.

—Mi vida no gira en torno a esa sociedad —respondió ella con calma gélida—. Ya no les debo nada.

—Eso no es cierto y lo sabes. —Benedict se adelantó un paso, bajando la voz—. Esta casa, nuestras tierras, nuestro apellido… todo sigue bajo su mirada. No basta con limpiar los suelos y contratar criados nuevos; si ellos deciden cerrarnos las puertas, todo esto será inútil.

Violet alzó la barbilla, con un gesto tan orgulloso como dolido.
—No pienso humillarme por su aprobación.

—No se trata de humillarte, Violet —dijo él, suavizando el tono—. Se trata de mostrarles que no te han vencido.

Por un momento, ninguno habló. Solo se escuchaba el roce de las escobas contra la piedra y el murmullo del agua al caer de los cubos. Ella volvió la vista hacia la fuente, como si la suciedad que ordenaba eliminar fuera menos molesta que el recuerdo del escándalo que la había expulsado de Londres.

Luego, sin más, giró sobre los talones y se encaminó hacia el interior de la casa. Su paso era firme, deliberado, pero el ligero temblor en su mano cuando retiró el sombrero al cruzar el umbral no pasó desapercibido para Benedict.

Él permaneció allí, con la carta todavía en la mano. La invitación cayó al suelo cuando ella cerró la puerta tras de sí, y Benedict se inclinó para recogerla. Guardó el sobre en el bolsillo interior de su chaqueta con un gesto pensativo. Sabía que aquella negativa no era definitiva. Porque Violet ya no era la muchacha que había huido del escándalo: era una mujer que había aprendido a dominarse, a esperar, a medir sus pasos. Y con ello, a sobrevivir.



Habían transcurrido cinco días desde que llegó la invitación del marqués de Huntingdon. Cinco días desde que Violet, al leerla, negó con frialdad su asistencia y arrojó el sobre al suelo con un gesto seco, inapelable. Ni el peso del título ni la cortesía de la misiva habían logrado doblegar su determinación.

Pero el tiempo, los silencios compartidos con Benedict y la realidad incuestionable de su posición en Londres fueron trabajando en su ánimo con la paciencia de la marea socavando una roca. Su negativa inicial se quebró poco a poco, hasta transformarse en una resolución distinta: no era vanidad ni nostalgia lo que la llevaba a aceptar aquella velada. Era estrategia.

El apellido Merrinton aún podía pronunciarse con orgullo, y el título de Hargrove —que su hermano ostentaba con tan poco arte como dignidad— merecía ser salvado del descrédito. Mostrar fuEzra no bastaba: había que exhibirla, envolverla en seda negra, en gestos seguros y en miradas altivas, y ofrecerla a los demás como una advertencia silenciosa. Esa noche, ambos regresarían al escenario social. Y lo harían como si jamás hubiesen caído.

Violet permanecía de pie frente al espejo, estudiando su reflejo con una atención casi feroz, como si contemplara la imagen de otra mujer. El vestido elegido no era azul, ni blanco, ni siquiera gris, como se esperaba de una dama en luto mitigado. Era negro. Negro absoluto, de seda opaca, con mangas ceñidas y escote contenido, aunque no casto. La tela seguía sus curvas con precisión implacable, insinuando poder más que dulzura, determinación más que modestia.

En otro tiempo, incluso dos años después de enviudar, habría vacilado ante un diseño así. Pero habían pasado tres largos años desde la muerte del conde de Meriden, y en todo ese tiempo no había vuelto a asistir a un solo evento social. Su reaparición, en negro absoluto, no era una muestra de duelo. Era una declaración de guerra.

Sobre el tocador descansaba un broche de ónice con un delicado camafeo, recuerdo de sus días como esposa. Lo tomó sin

pensarlo y lo fijó en el centro del corpiño, no como adorno, sino como un escudo. Su cabello pelirrojo, aún vibrante pese al recogimiento, había sido trenzado con precisión matemática y sujeto en un moño bajo, más propio de una amazona que de una dama de salón. No llevaba perlas ni collares largos. No pretendía deslumbrar, sino recordar, con cada hebra trenzada y cada línea sobria de su vestido, que había enterrado a una joven inocente y había renacido como mujer en un mundo que no perdonaba a las débiles.

Su mirada se mantuvo fija en el espejo unos segundos más. ¿Cuántos de aquellos rostros del pasado la verían esta noche? ¿Se acordarían de lo ocurrido en aquella maldita boda? ¿Susurrarían aún su nombre como si fuera una herida abierta? ¿O tal vez la observarían con esa mezcla de lástima y morbo que ella había llegado a odiar?

No importaba. Si iban a escandalizarse, que lo hicieran por lo que era ahora. No por lo que había sido.

Tomó aire lentamente y se colocó los guantes con un gesto calculado, como si cada movimiento sellara su decisión. Abrió la puerta con firmeza y salió al pasillo, donde la penumbra cálida de las lámparas de aceite bañaba las paredes recién restauradas. La madera del pasamanos, lijada el día anterior, estaba tan suave que al posar su mano enguantada le pareció sentir que incluso la casa renacía con ella. O quizá era ella la que ya no pertenecía al mundo viejo.

Se detuvo en lo alto de la escalera, contemplando el vestíbulo iluminado abajo. Benedict la esperaba junto a la puerta principal, vestido con chaqué oscuro, los guantes blancos en una mano y el bastón apoyado contra la pared. Al alzar la vista y verla, sus ojos se abrieron apenas, como si no supiera reconocer de inmediato a la mujer que descendía hacia él.

Violet lo notó y sonrió, apenas. Esa reacción se repetiría muchas veces esa noche, y no solo en los ojos de su hermano.

A diferencia del pasado, no bajaba temblando ni con la vista esquiva. Lo hacía erguida, con una elegancia implacable, como

si cada escalón fuera un peldaño hacia el lugar que le correspondía recuperar.

Cuando llegó al último peldaño, Benedict ejecutó una reverencia exagerada, más propia de un salón de ópera que de su viejo vestíbulo.

—*Milady* —dijo con una sonrisa torcida—, está radiante.

Violet aceptó el brazo que él le ofrecía con desenvoltura.

—Esta noche, el escándalo será tu sombra —añadió Benedict, con un matiz de orgullo que apenas se esforzó en disimular.

Ella levantó un poco la barbilla y respondió con voz suave, aunque firme, y una curva apenas insinuada en los labios:

—Eso espero.

Juntos atravesaron las puertas de la mansión: él con un ligero temblor en el pecho; ella con el fuego encendido en la mirada.

Capítulo 5



Desde que Benedict le envió su respuesta, Ezra no había vuelto a dormir con tranquilidad. No porque careciera de motivos para descansar —había logrado lo que durante años creyó imposible —, sino porque la expectativa le consumía como una brasa oculta que ardía incluso cuando todo parecía en calma.

La idea de verla de nuevo, de sentir su presencia en un salón abarrotado de ojos ajenos y no poder acercarse, lo mantenía en un estado de alerta febril. Había fingido normalidad, atendiendo reuniones con contables, revisando inventarios, supervisando subastas clandestinas y visitando clubes donde la ciudad se apostaba a sí misma entre humo y oro. Pero nada lograba retener su atención. Ni el beneficio neto de la última puja secreta ni la amenaza de un cargamento retenido en el muelle parecían dignos de su tiempo.

Todo en él estaba volcado hacia ella. Violet.

Su nombre se repetía con el ritmo constante de una plegaria y un castigo a la vez.

Ahora, apostado en un rincón en penumbra del salón principal de los Huntingdon, sabía con una claridad brutal lo que había querido negar durante siete años: nunca había dejado de amarla. Nunca.

La estancia, vestida con la opulencia discreta de una familia que sabía gastar sin ostentar, rebosaba de damas enjoyadas, viudas de luto mitigado y caballeros ansiosos de títulos ajenos para equilibrar sus arcas. Los violines desplegaban melodías que flotaban

como seda sobre las conversaciones, mientras lámparas de cristal multiplicaban la luz en los espejos venecianos. El aroma de flores frescas se mezclaba con el dulzor del vino y el perfume de las mujeres, creando una atmósfera densa y embriagadora.

Ezra se mantenía firme, con el hombro apoyado en una columna de mármol helado que contrastaba con el calor que lo atravesaba por dentro. Su vista no se apartaba de la puerta. Esperaba ese instante con una tensión que bordeaba lo insoportable.

Y el momento llegó.

—El barón de Hargrove y la condesa viuda de Meriden —anunció el mayordomo con voz clara.

La música no se detuvo, pero el murmullo general sí. Conversaciones truncadas, abanicos detenidos a medio gesto, miradas que giraron con la precisión de una maquinaria aceitada. Ezra contuvo el aliento.

Entonces la vio.

Su cuerpo reaccionó antes que su mente: el corazón golpeó con fuEzra, sus dedos se crisparon alrededor de la copa que sostenía y la respiración se le atascó en el pecho. Violet estaba allí, en el umbral, tan distinta y, a la vez, tan imposible de ignorar como la primera vez que la vio.

Vestida de negro, sin un solo adorno que suavizara sus líneas, entró con paso firme y el mentón elevado. Sus labios dibujaban una curva apenas insinuada, no una sonrisa, sino un desafío silencioso a todos los presentes. Ezra sintió un vértigo que ninguna noche de excesos, ninguna herida de cuchillo y ningún negocio peligroso había logrado provocarle jamás. Aquella mujer no era la joven dulce que había humillado, sino una figura esculpida en fuego y acero.

Benedict, a su lado, mantenía el gesto tenso pero correcto, como si la etiqueta fuera la única armadura que le quedaba. Violet, en cambio, avanzaba con una seguridad que

parecía decir al mundo entero: *No he vuelto para suplicar vuestra aceptación; he vuelto a reclamar mi lugar*.

Ezra apartó la espalda del mármol. Por un instante tuvo la tentación de acercarse, de atravesar el salón sin importar las miradas, de tomarle la mano solo para confirmar que no era un espejismo. Se obligó a quedarse quieto. Su tiempo no había llegado todavía.

Alexander, fiel al plan, se adelantó con su esposa, lady Emily, tomada del brazo. El gesto era medido, público, calculado hasta el detalle. Cada paso estaba diseñado para enviar un mensaje claro: los Merrinton no estaban solos.

—Barón de Hargrove —dijo Alexander con un tono impecable—, le agradezco que haya venido esta noche.

—El honor es mío, marqués —respondió Benedict con una inclinación de cabeza—. Permítame presentarle a mi hermana, la condesa viuda de Meriden.

Ezra tragó saliva. La memoria acudió con violencia. Una semana antes de aquel escándalo atroz, había buscado en secreto al conde de Meriden. No lo hizo por nobleza, sino porque sabía lo que se avecinaba. Sabía que iba a destruirla. Y si no podía ofrecerle matrimonio ni respeto, al menos le daría una salida. Una vida al amparo de un apellido fuerte y un hombre que, por sus propias inclinaciones, jamás osaría tocarla.

Jamás debí permitirlo.

Ahora, ese recuerdo le golpeaba con fuEzra mientras la veía caminar erguida, con un luto que no pedía compasión, sino que anunciaba guerra.

Alexander tomó la mano enguantada de Violet y la saludó con el respeto que se tributa a una reina.

—Es un placer conocerla, lady Violet. Permítame presentarle a mi esposa, lady Emily.

—El gusto es mío, milady —respondió Violet con una reverencia perfecta.

—Oh, nada de formalidades entre futuras amigas —dijo Emily, con una sonrisa cálida, tomándola del brazo—. Venga conmigo; necesito conversar con usted lejos de tantas miradas inquisitivas.

Violet no mostró sorpresa, solo asintió con un leve movimiento de cabeza. La joven marquesa la condujo con determinación hacia un sector más discreto del salón. Sus pasos eran firmes, la postura impecable. Ezra siguió el movimiento con la vista, sintiendo que el aire se le escapaba del pecho. Aquella mujer ya no necesitaba protección.

Benedict intentó seguirlas, pero Alexander alzó una mano.

—Relájese, Hargrove. Mi esposa se encargará de que su hermana esté cómoda.

—¿Está usted seguro, Huntingdon?

—Le doy mi palabra.



Emily condujo a Violet hacia un rincón apartado del salón, una zona resguardada por columnas de mármol que filtraban las miradas como si la penumbra misma se alzara en su defensa. Ezra, oculto tras uno de aquellos pilares, contuvo el impulso de seguirlas. La cercanía inesperada, la nitidez con la que su voz alcanzaba sus oídos, era más de lo que había imaginado: podía escuchar cada palabra sin moverse un solo paso.

—Antes de comenzar con las presentaciones —dijo Emily con una sonrisa cómplice, enlazando con suavidad el brazo de Violet

—, quiero que sepa quién soy… y por qué puede estar tranquila esta noche.

Violet arqueó una ceja, sorprendida. No era común que alguien se ofreciera como escudo sin pedir nada a cambio.

Emily respiró hondo y, por un instante, su mirada se perdió entre la multitud, buscando a Alexander. Había un brillo suave en sus ojos, un destello que transformó sus facciones antes de que volviera a hablar.

—Yo no nací en una casa como esta —confesó, bajando la voz—. Mi madre fue doncella, una mujer buena y honrada, que me crio con dulzura, pero sin falsas ilusiones. Crecí en un hogar donde la aristocracia pasaba de largo, sin mirarnos. Pero yo… yo me enamoré del heredero. Y él, de mí.

Violet no apartó la vista de su rostro.

—¿Del marqués?

Emily asintió, una sonrisa breve y nostálgica escapando de sus labios.

—Nos amábamos con esa clase de fe que solo poseen quienes no conocen el miedo. Creíamos que bastaba con sentirlo. Alexander prometió llevarme lejos… y yo le creí.

Su voz se quebró un instante, y Ezra, al escucharla, cerró los ojos con fuEzra.

—Pero desapareció —continuó ella, con una mueca triste —. Durante años no supe si estaba vivo. Mi madre murió, y yo quedé sola. Me entregaron a un tío que vio en mí una oportunidad. Me subastó como si fuera un mueble, un collar antiguo, algo que se entrega al mejor postor.

Los dedos de Violet se crisparon, un gesto apenas perceptible que delataba indignación.

—Y entonces —Emily volvió a mirar a su esposo con ternura— Alexander regresó. Me compró. Me sacó de ese infierno. No fue fácil al principio… pero ahora somos felices.

Su tono, cargado de amor, llenó el silencio. Violet, acostumbrada a contener sus emociones, se encontró por primera vez sin respuesta. Un marqués casado con la hija de una sirvienta. Un escándalo que el Londres que ambas conocían jamás habría tolerado.

—Eso… eso no lo sabe nadie, ¿verdad? —susurró Violet.

—Ni lo sabrán, si así lo desea. Pero quise que lo supiera. Quise que entendiera por qué no temo a las miradas ni a los susurros. Por qué no pienso permitir que usted se enfrente sola esta noche.

Ezra sintió un peso en el pecho. Emily había conseguido algo que él jamás se atrevió a ofrecer: comprensión sin juicio, protección sin condiciones.

Violet, después de unos segundos de silencio, dejó que una sonrisa breve y sincera suavizara su rostro.

—Creo que lo único que importa es la felicidad. Solo tenemos una vida, Emily, y hay que vivirla.

—Exacto —respondió la marquesa, apretando su mano con calidez—. El pasado… queda atrás.

Durante un instante, ambas se miraron con complicidad, una alianza nacida sin promesas ni testigos. Emily ladeó la cabeza con una chispa de travesura en la mirada.

—Y ahora, querida amiga, vamos a presentarle nuestra mejor sonrisa a esas damas que llevan toda la noche preguntándose quién será la primera en acercarse.

Violet no respondió, pero permitió que la condujera hacia el grupo de mujeres que las observaba desde su llegada. Cada paso de ambas era un desafío deliberado, un recordatorio de que la dignidad podía tener forma de seda negra y guantes de cabritilla.

Ezra permaneció inmóvil, cada palabra de Violet clavándole un ancla en el pecho. Esa no era la joven que él había humillado. O tal vez sí. Tal vez, por primera vez, estaba viendo la

mujer que siempre había sido, oculta tras la inocencia de otra época. Y Emily, sin saberlo, acababa de devolverle algo que él nunca le había ofrecido: un lugar seguro entre sus iguales.

El corro de damas calló de golpe al verlas aproximarse. Algunas fingieron sorpresa, otras esbozaron sonrisas tensas, y una o dos intercambiaron miradas, buscando una reacción común, una guía invisible. Aquel pequeño círculo de encajes, abanicos y diamantes tenía la ferocidad de un consejo de guerra.

Emily no se detuvo. Su voz, clara y melodiosa, cortó el silencio con naturalidad:

—Queridas amigas, permitidme presentaros a lady Violet Merrinton, condesa viuda de Meriden.

El nombre cayó pesado, como una moneda en el fondo de un pozo. Irrecuperable.

Una mujer alta, de mandíbula marcada y vestido malva, fue la primera en reaccionar, inclinando apenas la cabeza.

—Lady Violet, es un honor tenerla de regreso en Londres. Ha pasado ya… tanto tiempo.

—Siete años —respondió Violet con una sonrisa serena—. Y, sin embargo, parece que algunas cosas no han cambiado en absoluto.

La dama parpadeó, insegura de si aquello era un cumplido o una puñalada envuelta en terciopelo. Sonrió con esfuerzo.

—¿Y cómo ha encontrado la ciudad a su regreso?

—Inmutable —replicó Violet—. Como si hubiera esperado pacientemente a que uno regresara… solo para juzgarlo.

Emily ocultó una sonrisa orgullosa. A su lado, Violet parecía una reina caída que había decidido reclamar su trono entre cortesanas prestadas. Nadie podía hacerle sombra, ni con joyas, ni con linaje.

Otra señora, más joven, inclinó la cabeza con dulzura excesiva:

—Debe de sentirse sola tras el fallecimiento del conde de Meriden. Debió de ser un matrimonio muy… pleno.

Violet sostuvo su mirada sin pestañear.

—Fue… adecuado. Le estaré siempre agradecida por la estabilidad que me ofreció en un momento en que la necesitaba.

—Oh, qué prudente respuesta —murmuró la joven, llevando el abanico a sus labios—. Típica de una mujer que sabe moverse entre serpientes.

—O distinguirlas con rapidez —replicó Violet con una dulzura peligrosa.

Un murmullo recorrió el grupo, elegante y venenoso. Ezra sintió el impulso de intervenir, de plantarse junto a ella y callar a todas con una sola mirada. Pero se contuvo. Aquello era suyo. Era el terreno de Violet, y ella lo dominaba.

Emily, sin perder la compostura, se interpuso:

—Lady Violet es una de las mujeres más sensatas que he conocido. Y una de las más valientes. Su regreso honra a esta ciudad… aunque a muchas les incomode recordarlo.

Una pausa. Un silencio que cortaba el aire.

—Las que no tenemos nada que ocultar no tememos a los recuerdos —dijo otra dama, con un tono envenenado.

Violet sostuvo su mirada, fría como el cristal.

—Ni tememos ser juzgadas por quienes apenas pueden soportar lo que ven en el espejo.

Dos abanicos se abrieron al unísono, un gesto instintivo de quienes se sienten desnudas sin querer admitirlo.

Ezra, tras su columna, sintió un nudo en la garganta. Aquella mujer no era un fantasma de su pasado; era fuego vivo, implacable. Por primera vez entendió que quizá nunca la había conocido de verdad.

Emily la tomó del brazo con delicadeza.

—Creo que es momento de un poco de champán. Estoy segura de que lady Violet querrá brindar por esta nueva etapa de su vida.

Violet esbozó una sonrisa perfecta, casi peligrosa.

—Por supuesto. Y brindaré también por aquellas que, aun prisioneras de sus prejuicios no han perdido del todo la gracia.

El golpe final. Un revés elegante. Nadie replicó. Emily y Violet se alejaron con un porte tan natural que ninguna se atrevió a seguirlas.

Capítulo 6



Alexander se mantenía erguido cerca de la escalinata principal, conversando con Benedict, mientras un par de lacayos se movían diligentes a su alrededor, asegurándose de que la recepción siguiera el ritmo planeado. Desde su posición podía ver cómo las parejas giraban al compás de la orquesta y cómo su esposa, radiante y segura de sí misma, conversaba con Violet, atrayendo la atención de no pocas damas con esa serenidad natural que parecía desarmarlas.

El orgullo le hinchaba el pecho; nada en la velada había salido mal hasta ese momento.

Fue entonces cuando el maestro de ceremonias alzó la voz, provocando un murmullo inmediato entre los invitados:

—El conde de Everton.

El ambiente cambió. Bastó oír el nombre para que las conversaciones se fragmentaran en un sinfín de susurros curiosos. La expectación se hizo palpable.

Jackson Hastings apareció en la entrada, ignorando deliberadamente las miradas que lo seguían como si fuera un imán. Su porte dominaba la sala sin necesidad de palabras: un hombre alto, de hombros amplios y andar firme, vestido con una sobriedad impecable que dejaba claro que no necesitaba ostentaciones para imponerse. Su cabello, de un rubio oscuro que casi tendía al castaño, estaba peinado hacia atrás con precisión militar, revelando un rostro de facciones duras, marcado por el recuerdo de viejas cicatrices que se ocultaban bajo el cuello de la levita.

Sin embargo, lo que más llamaba la atención era su piel, apenas un matiz más oscuro que la de la mayoría de los presentes; un rasgo suficiente para que las malas lenguas se cebaran en rumores imposibles de confirmar.

Jackson no miró a nadie. Ni siquiera permitió que su expresión delatara incomodidad o interés. Se movía como un hombre que había aprendido a no dar explicaciones, a caminar entre la multitud como si su sola presencia fuese una advertencia.

Ezra, que se había mantenido discretamente oculto detrás de una columna, observó la entrada de su amigo con un destello de satisfacción en la mirada. No tardó en abandonar su posición para acercarse a Alexander y Benedict, justo cuando Jackson se detenía frente a ellos.

—Everton —lo saludó Alexander, con un gesto que combinaba respeto y camaradería.

Jackson asintió apenas, sus ojos oscuros —casi imposibles de leer— recorriendo primero a Alexander, luego a Ezra, y finalmente se detuvieron en Benedict con un gesto calculado, propio de un hombre acostumbrado a medir a quien tenía delante.

—Huntingdon —Su voz grave, con una ligera aspereza, resonó con naturalidad—. Ashbourne.

Luego giró la cabeza hacia Benedict con una inclinación cortés.

—Lord Hargrove.

Benedict respondió con una inclinación medida, propio de un caballero que no dejaba entrever juicio alguno, pero sí reconocía el peso social del saludo.

—Conde de Everton —contestó con formalidad—. Un honor al fin conocerlo.

Jackson no sonrió, aunque sus facciones se suavizaron apenas lo suficiente como para dar por sentado que aceptaba la cortesía.

—Será mejor —intervino Alexander, consciente de la expectación que la llegada de su amigo había provocado—, que nos retiremos al piso superior. Así la velada continuará sin interrupciones. Desde allí podremos observar todo con tranquilidad.

Ezra asintió con un brillo de complicidad en la mirada. Había algo en la postura de Jackson, en su manera de alzar el mentón y mantener los hombros rectos, que le recordaba al oficial que había sido alguna vez en sus días de entrenamiento marcial, antes de que la vida le diera un golpe del que todavía llevaba las cicatrices ocultas.

—Como siempre, pensando en la estrategia —bromeó Ezra, situándose al lado de Alexander mientras subían los peldaños.

—Y tú siempre con un ojo puesto en cada movimiento —replicó Alexander con una sonrisa apenas perceptible.

Jackson no intervino en la conversación. Ascendió un paso por detrás, sin apuro, con la mirada fija al frente y el semblante hermético. Solo un observador muy atento habría notado cómo sus manos se cerraban por un instante en puños, como si aún recordara algo que quería enterrar para siempre.

Cuando llegaron al rellano, Alexander condujo a sus invitados hasta una balconada discreta, un lugar perfecto para observar sin ser interrumpidos. Desde allí, la escena del salón se desplegaba como un lienzo: las luces de los candelabros brillando sobre el mármol pulido, los vestidos de seda ondeando al ritmo de los violines, las risas y el tintinear de las copas de champaña.

—Ahí tienes a tu esposa, Alexander —comentó Ezra con un tono casi de admiración—. Es… notable, la seguridad con la que se mueve entre todas ellas.

Alexander no ocultó la sonrisa de orgullo que le cruzó el rostro.

—Emily nació para ser la dueña de este lugar —dijo con una voz tan baja que casi parecía un pensamiento en voz alta—. Nadie lo diría viendo de dónde viene…

Ezra se inclinó ligeramente sobre la baranda, los ojos fijos en Violet, cuya elegancia natural parecía desafiar su propia timidez. Cada gesto suyo, cada inclinación de cabeza, estaba lleno de una gracia que desarmaba cualquier prejuicio. Pero para él, no bastaba con admirarla; verla rodeada de mujeres que aún no sabían si aceptarla o rechazarla lo mantenía con el cuerpo tenso, como si en cualquier momento tuviera que bajar y defenderla.

Jackson permaneció en silencio. Se limitó a observar con un gesto impenetrable, como si nada de lo que sucedía en la planta baja tuviera peso alguno. Para él, la noche no era más que otro recordatorio de lo que había perdido y de lo que el mundo podía arrebatar en un abrir y cerrar de ojos. Su corazón, endurecido por años de dolor y desconfianza, no se permitía el lujo de emocionarse con la felicidad ajena.

Aun así, mientras sus amigos hablaban, había algo en su mirada que delataba un matiz distinto: un destello de anhelo apenas contenido, como si se preguntara en silencio si algún día esa misma serenidad, ese mismo derecho a pertenecer, podría ser suyo.

Alexander percibió el gesto, aunque no lo mencionó. Conocía demasiado bien a Jackson para no saber que cualquier comentario al respecto levantaría un muro infranqueable. En cambio, posó su mano sobre la baranda y respiró hondo, dejando que el ambiente se asentara a su alrededor.

—Brindemos desde aquí, caballeros —dijo al fin, haciendo una señal a uno de los sirvientes que había esperado discretamente cerca de la escalera.

Tres copas de cristal fueron depositadas frente a ellos, y Alexander alzó la suya con un gesto decidido.

—Por los nuevos comienzos —pronunció, con un matiz de solemnidad que hizo que incluso Jackson lo mirara con atención.

Ezra sonrió.

—Por los comienzos… y por los que saben esperar.

Jackson no sonrió, pero sus labios se curvaron un poco, como un movimiento involuntario que se negaba a completarse. Alzó su copa y la sostuvo un segundo más que el resto, antes de beber en silencio.



Emily llevaba más de una hora de pie, saludando a esposas de comerciantes, a baronesas con exceso de joyas y a damas empeñadas en comentar hasta el detalle más nimio de la decoración. A su lado, Violet respondía con la cortesía precisa, sonriendo cuando era necesario, inclinando la cabeza con una elegancia que ya despertaba envidias entre las más jóvenes.

Sin embargo, la fatiga empezaba a hacer mella en ambas.

—Creo que si escucho una vez más la palabra *modisto* voy a perder la compostura —murmuró Emily con una sonrisa tan medida que engañaría a cualquiera.

—Pensé que las presentaciones serían más breves —confesó Violet, dejando escapar un suspiro contenido.

—Alexander dijo que esta noche debía ser impecable… y lo está siendo. —Emily posó su mano en el antebrazo de la joven, indicándole con un gesto de cabeza el lugar donde se encontraba el marqués, a lo lejos—. Ven, busquemos a nuestros hombres antes de que me quede sin voz.

Violet asintió agradecida. Ambas se apartaron del círculo de damas, avanzando hacia el pasillo lateral que conducía hacia la escalera. Fue entonces cuando un murmullo, distinto al habitual, llamó su atención.

A la derecha, un grupo de jovencitas formaba un semicírculo perfecto, como si ocultaran un secreto. El tono de sus

voces bajaba y subía, cargado de excitación impropia de una conversación inocente.

Emily alzó la mano, deteniendo a Violet.

—Un momento. —Su tono no admitía réplica—. Quiero oír esto.

No era curiosidad frívola. Conocía demasiado bien el tipo de rumores que circulaban en recepciones como aquella; la diferencia entre un chisme de salón y una calumnia capaz de arruinar reputaciones podía depender de un susurro malintencionado. Y si alguien se atrevía a tocar el nombre de Jackson Hastings, uno de los hombres que consideraba como un hermano, quería saberlo.

Las jóvenes seguían hablando, ajenas a la atención que estaban despertando.

—…dicen que nuestras madres nos lo han prohibido —susurró una, con el rostro encendido por la emoción de saberse portadora de algo prohibido.

—Claro, ¿no lo sabes? —intervino otra—. Por mucho que tenga un título, su sangre no es limpia.

Hubo un silencio expectante, roto por un tercer murmullo:

—La difunta condesa no podía tener hijos… y él, desesperado, buscó una mujer para engendrar uno. Una doncella.

El asombro de las demás fue inmediato.

—Una doncella… negra.

Las muchachas se miraron entre sí, como si acabaran de pronunciar un sacrilegio. Alguna dejó escapar una risa nerviosa, otra cubrió sus labios con el abanico, pero ninguna desmintió la historia.

—Por eso tiene esa piel —añadió la primera—. No es un tono normal.

Emily sintió un calor subirle por el pecho. Sus dedos se aferraron con fuEzra al brazo de Violet, que giró el rostro hacia ella.

Sus ojos verdes, cargados de furia contenida, parecían capaces de incendiar el aire.

—Emily… —susurró Violet con suavidad, dándole una palmada en la mano para que se relajara.

—¿Quién se creen que son…? —murmuró la marquesa con voz ronca por la indignación.

Violet negó con la cabeza y dio un paso hacia adelante.

—No merece la pena. Vamos a buscar a Alexander y a Benedict.

Emily respiró hondo y, aunque sus ojos seguían fijos en el grupo de muchachas, logró acompasar el paso. No merecía la pena armar un escándalo en medio del salón; Jackson jamás se defendería de un rumor, y si ella lo hacía, no haría sino dar más alas a la maledicencia.

Al pasar por detrás de las jóvenes, la marquesa ralentizó un instante el paso y habló lo justo para que la escucharan:

—Hay cosas que ninguna señorita respetable debería repetir si quiere conservar su lugar en sociedad.

No se detuvo para ver la reacción. Prosiguió con Violet hasta el pie de la escalera, donde un criado les indicó la dirección del marqués. Emily no habló más, pero su respiración seguía agitada, como si acabara de librar una batalla.

Violet, que había aprendido a leer el ánimo de los demás, le apretó suavemente la mano y dijo:

—¿Estás bien?

Emily soltó el aire por la nariz y negó con la cabeza.

—No… —murmuró con la voz baja, aunque firme—. Jackson está solo, Violet. No tiene a nadie que le defienda cuando la gente decide inventar algo sobre él. Y no lo voy a permitir.

La joven no respondió, comprendiendo que para la marquesa aquel asunto no era un simple chisme: era un ataque

personal hacia un hombre que, a falta de familia, había encontrado en Alexander y en ella su único refugio.

Capítulo 7



El leve repique de la campanilla rompió el silencio de la habitación. Minutos después, la puerta se abrió con suavidad y apareció Clarisse, su doncella, con la energía fresca de la juventud y la devoción de quien no concebía fallar a su señora. Había seguido a Violet desde Devon sin una sola queja, dejando atrás su vida conocida con la firme lealtad de quien no duda.

—*Milady*, la tina está lista —anunció con una ligera inclinación de cabeza.

Violet asintió sin palabras. Se levantó despacio, con la parsimonia de quien aún cargaba el cansancio de una noche demasiado larga, y permitió que la doncella la ayudara a despojarse de la ropa de dormir. Clarisse dobló con cuidado las prendas antes de retirarse discretamente, dejándola a solas.

El vapor del agua tibia se elevaba desde la tina, envolviendo la estancia con una calidez agradable. Violet se sumergió despacio, dejando que el líquido cubriera su piel y relajara cada músculo. Por primera vez desde su llegada a Londres, su respiración no pesaba y su corazón latía con un ritmo casi sereno. La noche anterior había sido larga, intensa, agotadora… y, contra todo pronóstico, había terminado con una sensación inesperada: paz.

Apoyó la cabeza contra el borde de la bañera y cerró los ojos. Recordó la sonrisa firme de Alexander al presentarla en sociedad, la manera en que Emily había tomado el control de cada conversación, atrayendo a las damas más influyentes con una gracia natural. Aquella imagen le arrancó una sonrisa ligera, casi

involuntaria. Había temido el juicio social, la murmuración cruel que solía perseguirla desde que el apellido de su familia se manchó con las deudas de Benedict. Sin embargo, la velada transcurrió sin un solo comentario hiriente hacia ella.

Nadie la ridiculizó. Nadie mencionó el motivo real de su regreso. Los saludos fueron correctos, las charlas, amables. Por un instante, había sentido que volvía a pertenecer.

Pero la tregua era frágil. La realidad se imponía con una crudeza imposible de ignorar: las deudas seguían ahí, aunque en la fiesta nadie se atreviera a recordárselo. Y ese, precisamente, era el motivo de su regreso. No había vuelto a Londres por nostalgia ni por deseo de brillar de nuevo en los salones; había vuelto porque el apellido de su familia estaba al borde de la ruina.

Benedict.

Su hermano, con su sonrisa despreocupada y su habilidad para eludir cualquier responsabilidad, había acumulado deudas suficientes para destruir la reputación de cualquiera. Violet lo adoraba, sí, pero su paciencia estaba al límite, y ese límite amenazaba con romperse.

Suspiró y dejó caer los brazos a los lados de la tina, mientras el recuerdo de la noche anterior regresaba con nitidez. En su mente volvió a escuchar aquellas voces jóvenes al otro lado del excusado:

«Dicen que el vizconde de Ashbourne se ha transformado en un hombre poderoso… demasiado poderoso. Que sus negocios son tan turbios como rentables».

Una segunda voz, teñida de duda, replicó: «No me sorprendería. Nadie asciende así sin ensuciarse las manos».

Ezra Whitmore.

El nombre golpeó su mente con la fuEzra de un puñal, haciéndola tensar los hombros. Un calor rabioso le subió por el cuello, como si cada palabra sobre él avivara una herida que nunca cicatrizó. Ezra, el hombre que un día quebró su confianza y destrozó

sus ilusiones con la frialdad de quien aplasta una flor solo por placer. No necesitaba verlo para sentirlo cerca, como si su sombra permaneciera al acecho, alimentando su rencor.

Para Violet, él no era más que un hombre corrupto hasta el alma, y si pudiera, le devolvería cada una de las heridas que le causó. Sus puños se cerraron bajo el agua hasta clavar las uñas en la piel. Su respiración se agitó y un deseo oscuro, casi primitivo, se abrió paso en su mente: si alguna vez se cruzaba con él, no habría cortesías ni medias sonrisas; solo odio. Un odio visceral, puro, que pedía venganza.

—¿Milady? —la voz de la doncella la sacó de sus pensamientos.

Abrió los ojos y se reincorporó un poco.

—Sí. Estoy lista.

Clarisse se acercó con una toalla de lino suave, lista para cubrirla. Violet se levantó, el agua resbaló por su piel mientras era envuelta con cuidado y ayudada a salir de la tina. Entre ambas siguieron la rutina ya aprendida: secar, perfumar, vestir. Hoy eligió un vestido negro de mañana, de luto atenuado, con detalles de encaje en el cuello alto y en los puños. La falda caía amplia, sin adornos superfluos, sobria, pero con un toque de elegancia. El cabello quedó recogido en un moño bajo, sujeto con una peineta de carey.

—¿*Milady*? —la voz de la señora Whendolyn interrumpió el silencio.

—Casi hemos terminado, Luisa —respondió Violet.

La dama de compañía se acercó, hizo una leve reverencia y confirmó que todo estaba en orden. Luego, caminó hacia el balcón y lo abrió; una de sus manías era airear la alcoba cada mañana, "para que salieran los malos augurios", como solía decir.

—¿Qué tal estuvo la noche, milady? —preguntó al regresar al tocador.

Violet la miró un instante, midiendo sus palabras.

—Tranquila —respondió al fin—. Demasiado tranquila.

Whendolyn asintió, captando la indirecta y comprendiendo que no debía insistir.

—¿Desea desayunar en el comedor?

—No. Que lo lleven al despacho de mi hermano. Allí pasaré la mañana.

—Así se hará.

Violet tomó aire y salió de la habitación. Sus pasos resonaron suaves sobre la alfombra mientras la casa comenzaba a despertar a su alrededor. La jornada, pensó, apenas empezaba… y con ella, una nueva batalla.



Violet abandonó la alcoba con paso firme, todavía con el aroma del jabón impregnado en su piel y el cabello perfectamente recogido por manos expertas. Clarisse la siguió unos pasos, pero se detuvo en el umbral como era costumbre, mientras la señora Whendolyn se ocupaba de llevar el desayuno.

En el pasillo, la casa comenzaba a despertar. El sonido lejano de cubertería, pasos apresurados de criados y el leve rumor de voces daban a la residencia un aire de actividad ordenada. Violet descendió la escalera con la serenidad propia de quien, pese a todo, había aprendido a moverse con elegancia en medio de las tormentas.

A la puerta del despacho la aguardaba Foster, el mayordomo. Era un hombre de edad avanzada, de porte impecable y modales que parecían grabados en piedra.

—*Milady* —saludó, con un leve gesto de cabeza—. El señor me indicó que dejara toda la documentación sobre su mesa para su revisión personal.

—Gracias, Foster. ¿Dónde se encuentra el señor barón? —preguntó Violet mientras cruzaba el umbral.

—Salió al amanecer para reunirse con el marqués de Huntingdon.

Aquella información logró relajar sus hombros. Si Benedict estaba con Alexander, no había peligro inmediato. El marido de Emily jamás permitiría que su hermano se viera envuelto en nada que pudiera perjudicar a la familia.

El despacho, bañado por la luz matinal, desprendía un orden aparente: estanterías repletas de volúmenes encuadernados en cuero, un gran globo terráqueo en una esquina y, sobre la mesa, varias pilas de documentos atados con cintas. La señora Whendolyn había dejado ya la bandeja con el desayuno sobre una mesita lateral; al ver a su señora acomodarse frente al escritorio, comprendió que no deseaba compañía y salió sin hacer ruido.

Violet retiró los lazos de la primera pila y comenzó a hojear los documentos. Al principio, su expresión se mantuvo neutra, con una taza de té entre las manos mientras repasaba las cuentas. Pero a medida que avanzaba, su semblante se endureció. Las cifras eran un desastre: gastos sin justificación, préstamos acumulados, intereses desorbitados. Cada hoja nueva parecía un clavo más en el ataúd de la reputación de su hermano.

—¡Por todos los cielos, Benedict! —murmuró con rabia contenida.

La indignación terminó por vencer su autocontrol y descargó un puño contra la mesa. El golpe resonó en la estancia, un eco de frustración que rompió el silencio solemne del despacho.

—¡Foster! —llamó con un tono que no admitía demora.

El mayordomo apareció casi de inmediato.

—*Milady*.

—Que preparen un carruaje de inmediato. Necesito visitar al administrador esta misma mañana.

—Así se hará.

Cuando el hombre se retiró, Violet recogió con cuidado toda la documentación, apilándola con una precisión que contrastaba con el enojo que hervía en su interior. No podía seguir permitiendo que Benedict llevara una vida de libertino sin pensar en las consecuencias. Esa etapa había terminado. Y si el joven barón se resistía a asumir su deber, ella misma encontraría la forma de obligarle.

El pensamiento llegó con la fuEzra de una resolución definitiva: Benedict necesitaba madurar, y tal vez la única manera de lograrlo era buscarle una esposa que pusiera orden en su vida.

Con los documentos firmemente sujetos entre sus brazos, salió del despacho con la mente enfocada en un único objetivo: poner fin, de una vez por todas, al desastre que su hermano había provocado.

Capítulo 8



El carruaje se detuvo con un vaivén suave frente al edificio de administración de las propiedades familiares. Afuera, la mañana londinense arrastraba un viento húmedo que calaba hasta los huesos, cargado del aroma metálico propio de la ciudad tras la llovizna. Violet se envolvió el chal de lana con un gesto automático, ajustándolo sobre sus hombros, y esperó.

El cochero bajó con destreza y, siguiendo el protocolo, abrió la portezuela con una leve inclinación.

—Milady. —Su voz era firme, neutra, sin alzar la mirada.

Violet aceptó la mano que se le ofrecía y descendió con la gracia que le era natural, sin perder el porte ni el mentón erguido que tanto le había costado recuperar desde su regreso a Londres. Tras ella bajó la señora Whendolyn, siempre un paso atrás, silenciosa, discreta, tan presente como el aire que se respira pero sin ocupar espacio propio.

El edificio, de piedra clara y columnas sobrias, transmitía respeto antes que ostentación. Un portero uniformado, de chaqueta verde con botones dorados, se apresuró a abrir la pesada puerta.

—Bienvenida, milady —dijo con una leve reverencia.

Violet cruzó el umbral con paso seguro. El interior olía a madera encerada y tinta fresca, y de algún despacho llegaba el rasgueo constante de plumas sobre el papel. Una joven escribiente, con el cabello recogido en un moño apretado y los dedos manchados de tinta, se levantó con gesto nervioso.

—Lady Violet, es un honor recibirla. —Hizo una reverencia apresurada—. Avisaré de inmediato al administrador.

Ella asintió, manteniendo la calma que solía ocultar sus pensamientos, y esperó. Sus ojos recorrieron la alfombra del pasillo, gastada por el paso constante de botas y zapatos ansiosos. Demasiados deudores habían pisado ese corredor. La punzada de ira hacia Benedict, su hermano, se clavó con fuEzra en su pecho.

La escribiente regresó con paso veloz.

—El señor Halford puede recibirla ahora.

Violet avanzó por el pasillo, con Whendolyn manteniendo la distancia correcta, hasta detenerse ante una puerta de madera maciza. Su dama de compañía se quedó fuera, tal como dictaba la etiqueta, mientras ella cruzaba el umbral.

El despacho era amplio, dominado por una gran mesa de roble sobre la que descansaban libros de cuentas, pliegos de papel perfectamente alineados y una pluma aún húmeda de tinta. Tras el escritorio, un hombre mayor, de cabello blanco y espalda recta, se puso de pie.

—Lady Violet —saludó con una leve inclinación—. Bienvenida a mi despacho.

—Señor Halford —respondió con cortesía mientras se sentaba frente a él.

El administrador abrió un voluminoso libro de cuentas y lo giró hacia ella.
—He preparado todos los registros financieros de su hermano. No encontrará lagunas; todo está aquí.

Violet bajó la vista y comenzó a recorrer las cifras. Línea tras línea, cada gasto era una espina que le subía por la garganta: clubes, apuestas, proveedores de vino, caprichos menores, nada que por sí solo representara una catástrofe… pero el conjunto formaba una cifra considerable. Su ceño se frunció al detenerse en un detalle.

—Estas partidas… están canceladas. —Señaló con el dedo una columna entera—. ¿Quién pagó esto?

Halford entrelazó las manos sobre la mesa.

—Un tercero, milady. Un benefactor que no dejó su nombre.

Violet levantó la mirada, la tensión reflejada en la dureza de sus ojos.

—¿Un tercero? ¿Con qué propósito?

—No lo sabemos. —El administrador se inclinó hacia un cajón y extrajo un sobre lacrado—. El mensajero que trajo el pago dejó esto.

Ella tomó el sobre y rompió el sello con cuidado. En su interior había una invitación grabada con un emblema dorado: un club privado exclusivo, famoso por sus reuniones discretas y por la absoluta ausencia de damas respetables.

La sangre le subió a las mejillas con un calor repentino.

—¿Pretenden que asista a este lugar? —preguntó, su voz baja pero afilada.

Halford mantuvo el tono neutral, aunque en sus ojos había una chispa de preocupación.
—No lo pretendo yo, milady. Pero parece ser el mensaje implícito del benefactor.

Violet dejó la invitación sobre la mesa con un golpe seco.
—Sea quien sea, voy a descubrirlo.

—Permítame una advertencia —dijo Halford, bajando el tono de voz—. Ese tipo de clubes no son adecuados para damas de su rango. Allí se cierran tratos que rara vez respetan la ley, y su sola presencia podría levantar rumores… peligrosos.

—¿Y qué propone? ¿Que me quede sentada aquí mientras alguien compra la lealtad de mi hermano? —La dureza en sus palabras bastaba para helar el ambiente.

El anciano dudó un instante antes de replicar:

—Si insiste en acudir, tal vez… debería hacerlo sin exponerse. Disfrazada. Como un caballero.

Violet se quedó inmóvil. Por un instante, el despacho pareció girar en silencio a su alrededor. ¿Disfrazarse? La idea era escandalosa, impropia, y sin embargo, algo en su interior —esa misma parte que siempre había luchado por mantener la dignidad familiar— sintió el desafío como un llamado personal.

—¿Vestirme de hombre? —preguntó con incredulidad.

—Es la única forma de entrar sin comprometer su reputación. —Halford bajó la vista—. Aun así, el riesgo será grande.

Violet cerró la invitación con un chasquido de dedos, como quien acaba de tomar una decisión irrevocable.

—Entonces así se hará.

—*Milady*… —intentó decir Halford, pero la frialdad de su mirada lo detuvo.

—He dicho que iré. Nadie juega con el apellido de mi familia. —Su voz era tan firme que hasta el silencio pareció contener la respiración.

Halford tragó saliva y buscó un punto de apoyo en la conversación.
—Por lo demás, su hermano mantiene las propiedades en orden, aunque los gastos personales… —se aclaró la garganta— son un descontrol absoluto.

Violet apretó los labios y golpeó la mesa con la palma abierta.

—Ese hombre necesita madurar de una vez.

El administrador inclinó la cabeza con respeto.

—Si me permite la sugerencia, milady… a veces el matrimonio corrige ciertos excesos. Un hogar estable obliga a los hombres a crecer.

Un destello de idea se encendió en la mente de Violet. Sus hombros se relajaron apenas un poco y un pensamiento se deslizó

como un cuchillo afilado: «*Sí, quizá esa sea la única manera».*

—Tal vez tenga razón… —murmuró, más para sí que para él.

Se levantó con la misma compostura con la que había entrado, y Halford hizo lo propio. Tras despedirse, salió al pasillo, donde Whendolyn aguardaba paciente. Ambas abandonaron el edificio en silencio, con el portero abriendo la puerta principal y el aire frío recibiéndolas de nuevo.

Al subir al carruaje, Violet aún sostenía la invitación entre los dedos. Miró el sello grabado y, en silencio, juró descubrir al benefactor oculto. Las deudas de Benedict podían estar saldadas, pero el precio todavía estaba por pagarse.

Se acomodó en el asiento, la tela de su falda crujió suavemente bajo su movimiento y pronunció, con la voz baja pero firme:

—Quienquiera que crea que puede manipularme… aprenderá que conmigo no se juega.



Haylock apareció en el marco de la puerta con la precisión de quien llevaba años entrenado para moverse sin ruido. Sus guantes oscuros contrastaban con el sobre lacrado que llevaba entre los dedos.

—Milord —anunció con una inclinación exacta de cabeza —. Un mensajero de Halford acaba de entregar esto. Dice que requiere su atención inmediata.

Ezra apartó la pluma que sostenía y extendió la mano, recibiendo el sobre con un movimiento lento, calculado, pero con

una chispa de impaciencia que se le escapó en el brillo de los ojos. Rompió el sello con un solo gesto y desplegó la hoja. Reconoció la caligrafía firme del administrador.

Milord,

Esta mañana recibí a Lady Violet acompañada de su dama de compañía. Llegó con gesto severo y gran determinación. Revisó las cuentas con detenimiento y, al descubrir el alcance de las deudas de su hermano, mostró indignación evidente: golpeó la mesa y exigió saber el nombre del benefactor. No lo mencioné, tal como me pidió, pero mostré la invitación.

Su respuesta fue inmediata: declaró que acudirá al club y que lo hará disfrazada de hombre, con el fin de evitar escándalos.

Queda a su juicio, milord, cómo proceder.

Con el mayor respeto,

Edmund Halford

Ezra bajó el papel con movimientos lentos y sonrió, primero con una curva ligera en los labios y luego con una carcajada corta, seca, que resonó en la estancia.

—Así que vas a venir, Violet… —murmuró, apenas audible.

Se giró hacia Haylock, que seguía firme como una estatua.

—Dile a todo el personal que prepare el club para un evento especial dentro de tres días. Quiero que se muevan como si el mismísimo rey fuese nuestro invitado de honor.

Haylock asintió.

—¿Desea que preparemos también la correspondencia, milord?

Ezra se irguió, los ojos iluminados por un destello de excitación.

—No. No quiero que las prepare uno, quiero que las preparen todos. Llama a los copistas, tres al menos. Cada invitación debe estar lista antes del anochecer. Cada sobre llevará una máscara

en su interior y el mismo mensaje: "Una sorpresa os aguarda". Ningún nombre, ninguna pista… solo la promesa de algo irresistible.

El criado se inclinó y desapareció de inmediato, dejando tras de sí un silencio que Ezra llenó con un suspiro largo. Sus manos se apoyaron sobre el escritorio, tensas. Siete años. Siete años desde que Violet había salido de su vida con el orgullo herido y los ojos ardiendo de rabia. Siete años en los que él había ascendido, escalón tras escalón, hasta un poder que pocos se atrevían a cuestionar. Y ahora, ella iba a entrar voluntariamente en su terreno.

Caminó hacia la chimenea, con pasos rápidos, casi felinos, y apoyó una mano sobre el borde de mármol. El reflejo del fuego en sus ojos parecía el de un hombre que estaba a punto de iniciar una batalla largamente esperada.

—Lo quiero todo perfecto —dijo para sí mismo—. No habrá margen para errores.

Tiró de la campanilla con fuEzra. Una doncella apareció de inmediato.

—Llama al jefe de cocina. Ahora. Y dile al maestro de ceremonias que venga también.

Minutos después, ambos hombres estaban frente a él.

—Quiero un menú de tres tiempos para la velada —ordenó Ezra sin rodeos—. Nada de experimentos. Que la mesa de bebidas esté abastecida como nunca: coñac francés, *whisky* escocés y todo el champán que podamos conseguir. Y el salón principal… —miró al maestro de ceremonias— …lo quiero despejado. El círculo de combate debe montarse en el centro.

El maestro abrió la boca para responder, pero Ezra alzó la mano.

—No me digas que no hay tiempo. Tendrás tres días. Trae a tus mejores hombres y prepara algo que la ciudad recuerde durante años. Luchadores profesionales, apuestas altas, público rugiendo. Quiero que nadie se atreva a apartar la vista ni un segundo.

Ambos asintieron, aunque no pudieron ocultar el nerviosismo. Ezra era un hombre que exigía perfección, y el temblor en sus manos al ajustar las libretas evidenciaba el peso de la tarea.

Cuando se quedaron solos, Ezra caminó por la estancia como un depredador enjaulado. Sus labios murmuraban una lista interminable:

—Iluminación en el salón, el suelo encerado, cortinas nuevas… que revisen las lámparas del vestíbulo. Que envíen a pulir las barandillas. Que la música sea discreta, un cuarteto, nada estridente. Quiero la atmósfera adecuada: lujo, misterio y… poder.

El recuerdo de Violet volvió con fuEzra. Su rostro, sus ojos llenos de desprecio la última vez que hablaron, la forma en que temblaban sus labios al pronunciar las últimas palabras de ruptura. Él había jurado que no volvería a mostrar debilidad, que la próxima vez que la tuviera frente a él sería en sus propios términos.

Sonrió, pero la sonrisa no era de burla, sino de nerviosismo contenido.

La próxima vez había llegado.

Haylock regresó, cargando una caja con sobres y máscaras.

—Los copistas ya trabajan, milord. Tendremos todas las invitaciones listas antes de la cena. ¿Desea que los mensajeros salgan esta misma noche?

—Sí. Ningún retraso. Y asegúrate de que cada invitación sea entregada en mano. No quiero criados curiosos abriendo sobres ajenos.

El hombre inclinó la cabeza.

—Así se hará, milord.

Ezra cogió una de las máscaras: un diseño negro, sencillo pero elegante, que cubría solo la parte superior del rostro. Se la llevó al rostro por un instante, mirándose en el espejo de la pared. Una máscara para todos. Un disfraz para ella.

—Ni siquiera me reconocerás, Violet —susurró, sintiendo un estremecimiento recorrerle la columna—. Pero estarás a mi lado… y no podrás huir.

Se dejó caer en el sillón con un suspiro profundo. Por primera vez en años, sentía algo parecido a miedo. No miedo al fracaso —eso no entraba en su vocabulario—, sino miedo a sí mismo, a lo que podía hacer cuando tuviera a Violet tan cerca.

Tomó la carta de Halford y la guardó en el interior de su chaqueta.

—No hay vuelta atrás —dijo en voz baja, dejando que el peso de las palabras sellara su resolución—. Esta vez será todo o nada.

El resto del día lo dedicó a supervisar personalmente cada detalle: recorrió los pasillos del club, revisó el estado de las lámparas, el pulido de la madera, la disposición de las mesas de apuestas. Dio órdenes a los mozos de limpieza con la misma severidad con la que un general prepara a su ejército. Incluso eligió personalmente el lugar donde Violet se sentaría, ajeno a que ella iría disfrazada de hombre; porque él sabía, con la certeza de un estratega, que la reconocería de inmediato, con o sin máscara.

Al caer la noche, cuando el último mensajero salió con su fajo de invitaciones, Ezra se quedó solo en el salón principal. Encendió un cigarro y aspiró el humo con calma. Frente a él, el círculo de combate comenzaba a tomar forma, delimitado por gruesas cuerdas de cáñamo y con un suelo reforzado para soportar los golpes de los luchadores.

Cerró los ojos y sonrió.

—Tres días, Violet. Tres días y volverás a estar frente a mí… esta vez, bajo mis reglas.

Capítulo 9



El carruaje redujo la velocidad hasta detenerse con un suave vaivén frente a un edificio de piedra oscura, alto y sin ningún emblema que indicara su propósito. Era de esas construcciones que parecían querer pasar inadvertidas, pero que desprendían un aura inquietante, como si en su interior se escondiera un mundo al margen de las normas. Violet inspiró hondo, sintiendo cómo el corsé comprimía un pecho ya de por sí agitado por los nervios.

Se ajustó el bigote postizo con el índice, asegurándose de que estaba en su sitio, y bajó la cabeza para que la sombra del sombrero cubriera mejor su rostro. Vestía un traje masculino de corte sencillo: pantalón oscuro, chaleco de lana y una levita larga que disimulaba sus formas femeninas. La camisa blanca estaba cerrada hasta el cuello, con un nudo de corbata demasiado rígido para su gusto, y sobre el asiento descansaba el antifaz de terciopelo negro que había decidido ponerse en cuanto cruzara el umbral, tal como indicaba la invitación.

El cochero abrió la portezuela sin decir una palabra, y Violet descendió con un movimiento estudiado, procurando imitar la manera en que los hombres colocaban el pie en el suelo: firme, pero no delicado. El aire nocturno le rozó la cara con su humedad habitual y le arrancó un estremecimiento que no tuvo nada que ver con el frío.

Un lacayo, de librea sobria y rostro inexpresivo, se adelantó para cerrarle la puerta. Sus ojos, oscuros y atentos, recorrieron la figura de Violet con la rapidez del que está entrenado para detectar impostores.

—Su invitación, señor.

Violet contuvo la respiración un segundo, como si el bigote fuera a despegarse con el mínimo movimiento. Sacó el sobre del interior de la levita y lo entregó con una mano firme, agradeciendo mentalmente haber practicado el ademán durante la tarde. El lacayo rompió el sello, comprobó el contenido y alzó la vista con una ligera inclinación de cabeza.

—Todo en orden, señor. Si me permite… —extendió las manos hacia el abrigo.

—No me lo quitaré —dijo Violet, modulando la voz hasta hacerla más grave.

Un destello de sorpresa cruzó el rostro del hombre, pero se desvaneció al instante, reemplazado por la cortesía profesional.

—Como desee, señor. Si tiene la bondad de seguirme.

Mientras caminaban por el estrecho pasillo de piedra, Violet el antifaz de su bolsillo y se lo colocó. La tela suave le cubrió el rostro con una sensación extraña, como si una parte de sí misma quedara anulada, protegida por una identidad que no era la suya. A cada paso, la tensión en su pecho se hacía más intensa, consciente de que estaba entrando en un lugar donde la ley y la moral eran simples conceptos difusos.

Al final del corredor, emergió una figura que hizo que Violet se tensara de inmediato.

Era un hombre alto, de hombros anchos y movimientos calculados, vestido con un uniforme negro que no era de librea, sino de alguien con un rango superior: el tipo de hombre que no recibía órdenes, sino que las daba. Su rostro estaba marcado por una cicatriz larga, que partía desde la sien derecha hasta la mitad de la mejilla, y sus ojos, negros como el carbón, parecían examinar cada fibra del ser de Violet. Había algo en su porte que recordaba a un depredador contenido, listo para atacar si algo salía mal.

El lacayo se detuvo, inclinó levemente la cabeza ante aquel hombre y dio un paso atrás, como si entregara a su custodia

al recién llegado.

El desconocido dejó que su mirada recorriera el disfraz de Violet, deteniéndose un instante en el bigote y el antifaz. No había hostilidad en sus ojos, pero tampoco simpatía; era la frialdad de quien está habituado a evaluar riesgos en segundos. Y entonces, sin previo aviso, su expresión cambió. La dureza dio paso a una leve inclinación de cabeza, una deferencia cargada de intención.

—Buenas noches, señor… —dijo con una voz profunda, áspera por el tabaco.

—Black —respondió Violet, recordando el apellido improvisado que había ensayado frente al espejo.

—Señor Black —repitió él, como si el nombre fuese suficiente para confirmar una sospecha—. Acompáñeme.

Hizo un gesto al lacayo, que se retiró sin una sola palabra, dejando a Violet sola con aquel hombre intimidante. Por un instante, el corazón de Violet dio un vuelco; ¿y si había cometido un error? ¿Y si sabían quién era en realidad?

Sin embargo, el hombre no se movió con hostilidad. Simplemente giró sobre los talones y echó a andar por un corredor lateral, distinto al que recorrían los demás invitados. Violet dudó un instante, pero lo siguió, notando cómo el eco de sus pasos resonaba de manera distinta en aquel pasillo más estrecho y oscuro.

Subieron por una escalera de caracol hasta llegar a una puerta gruesa, de madera oscura, con herrajes que parecían sacados de un castillo medieval. El hombre abrió sin anunciarse y se apartó, indicándole el camino con un simple gesto de cabeza.

El lugar al que accedieron parecía la terraza privada de una mansión particular. Un balcón amplio, cerrado con balaustradas, que daba a un espacio inferior donde el ruido era más intenso: voces, risas, música de violines y tambores, y un murmullo grave que parecía vibrar en el suelo. Sobre una mesa de nogal reposaban varias botellas de licor y una bandeja con frutas y pan. Dos sillas

estaban dispuestas frente al pasamanos, como si esperaran a alguien más.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Violet, incapaz de mantener la duda en silencio.

El hombre se limitó a señalar con la barbilla la invitación que aún llevaba en la mano.

—Tiene la estrella.

Violet frunció el ceño y giró la tarjeta, descubriendo, por primera vez, un pequeño sello en relieve, oculto entre los arabescos del borde: una estrella de cinco puntas.

—Eso significa privacidad, señor Black. Desde aquí podrá observar sin ser observado. Espero que disfrute de la noche.

Hizo un ademán de despedida y se dio media vuelta. Violet, impulsada por un pensamiento repentino, alzó la voz.

—Disculpe… ¿y la otra silla? ¿No es para usted?

El hombre negó con un simple movimiento de cabeza, sin volverse.

—No, señor. Es para otro caballero que ha pedido extrema intimidad.

Violet respondió con un leve movimiento de cabeza, aceptando la explicación sin más preguntas.

—Espero, señor Black, que tenga una magnífica velada —dijo Haylock con una ligera inclinación, cortés pero firme, propia de un hombre que rara vez mostraba deferencia.

—Gracias —respondió Violet, modulando la voz para mantener su fingido tono masculino.

Haylock asintió una sola vez y, sin añadir palabra, se dio media vuelta, cerrando la puerta tras de sí con un silencio casi solemne.

Violet quedó sola, con el eco de sus propios latidos resonando en los oídos. Se acercó al borde del balcón y miró hacia

abajo, donde un espacio enorme se extendía como un teatro de excesos: mesas repletas de copas, prostitutas con vestidos de colores imposibles y corsés ceñidos, humo de tabaco flotando en el aire, hombres apostando a viva voz mientras al fondo, en un cuadrilátero improvisado, dos luchadores semidesnudos se golpeaban con brutalidad bajo el rugido de la multitud.

El espectáculo acababa de comenzar, y Violet, con el antifaz ajustado al rostro y la tarjeta aún en la mano, sintió que había cruzado un umbral del que no había retorno.



Ezra permanecía de pie junto a la ventana de su despacho, con un puro entre los dedos, observando el movimiento en el patio de la mansión. Sus ojos se fijaron de inmediato en una figura que descendía del carruaje: un hombre de porte esbelto, abrigo oscuro y un antifaz que ocultaba su identidad. Pero Ezra lo sabía. La reconocería en cualquier circunstancia, aunque vistiera como un caballero y ocultara su rostro. Violet había venido.

La inquietud que lo había acompañado durante los últimos tres días se multiplicó de golpe, provocándole un vuelco en el pecho. Durante años había planeado este momento, ensayado cada palabra que le diría cuando el destino, caprichoso o cruel, le diera otra oportunidad. Y, sin embargo, ahora que ella estaba allí, en su terreno, sus pensamientos eran un caos.

El puro tembló en sus dedos y lo llevó a los labios por última vez. Un trago rápido de humo, una exhalación impaciente, y lo apagó con brusquedad en el cenicero de plata. No había tiempo para serenidad. No esta noche.

Se colocó el antifaz negro, el mismo que había ordenado enviar a cada invitado, y tomó la chaqueta que reposaba sobre el respaldo de la silla. Mientras se la ajustaba, una idea lo atravesó con la fuEzra de una descarga eléctrica: siete años había esperado para verla de nuevo, y ahora la tenía a pocos pasos.

No respondió a los saludos de los lacayos al atravesar el pasillo principal. Apenas percibía el murmullo de las conversaciones a su alrededor. Todo en él se reducía a un único objetivo: Violet.

Atravesó la galería que conectaba el ala residencial con la zona destinada al ocio prohibido. El cambio era inmediato. A su espalda quedaba la parte limpia, refinada, donde todo exudaba respeto y lujo moderado; frente a él, el aire pesado de las pasiones más oscuras. El olor a tabaco, alcohol fuerte y perfumes dulzones se mezclaba con un trasfondo de sudor y adrenalina, el rastro inconfundible de apuestas clandestinas, combates y placeres de los que la alta sociedad jamás hablaba en público.

Por un instante, un pensamiento incómodo lo asaltó: «*Este no es el mundo que quiero mostrarle*». En su mente, Violet siempre había merecido un lugar luminoso, una vida sin sombras. Pero ese instante se desvaneció tan pronto como su instinto se impuso. Ella había venido a su terreno, había aceptado su reto. Y él no pensaba desaprovecharlo.

Frente a la puerta asignada para los invitados de privilegio, se detuvo. Inspiró hondo y se obligó a contener el temblor de sus manos. Debía ser el hombre de negocios, el estratega que había sobrevivido a los golpes de la vida y que nunca dejaba nada al azar. No el hombre que solo quería abrazarla, besarla y pedirle perdón hasta quedarse sin aliento.

Posó la mano sobre el pomo, frío, metálico, y lo giró con calma, como si aquel gesto pudiera detener el torrente de emociones que le atravesaban el cuerpo. La puerta cedió con un leve crujido.

Lo primero que vio fue la figura de Violet, sola, de espaldas, apoyada con un codo en la barandilla mientras observaba

el espectáculo que bullía en el piso inferior. Su postura era tensa, alerta, como la de quien se adentra en un territorio desconocido y peligroso. El antifaz cubría su rostro, pero para Ezra no había máscara posible que pudiera ocultarle su identidad.

Durante unos segundos no se movió. Quería grabar ese instante en su memoria: Violet, en su terreno, convertida en un enigma que despertaba su deseo y su culpa por igual. Entonces dio varios pasos hacia ella, cerrando la puerta con un gesto controlado, aunque el corazón le golpeaba el pecho con violencia.

Ella aún no se había percatado de su presencia. Eso estaba bien. Le regalaba un respiro para domar la avalancha de emociones que amenazaba con romper su máscara.

Capítulo 10



Ezra inspiró hondo, recordando el hombre calculador en el que se había convertido. El mismo que había pagado deudas ajenas y orquestado la velada perfecta solo para verla allí, tan cerca que podía extender la mano y tocarla. Pero no lo hizo. No debía hacerlo.

Ella giró al escuchar el leve chasquido de la puerta y sus miradas se encontraron. Por un instante, el tiempo pareció detenerse. Ezra inclinó levemente la cabeza, con voz controlada:

—Buenas noches. Soy el señor Grey.

Violet, sin percibir el matiz del nombre falso ni la broma implícita, respondió con serenidad

—Buenas noches. Y yo el señor Black.

Ezra ocultó una sonrisa bajo el antifaz; la jugada le divertía más de lo que debería.

—Un placer conocerle, señor Black.

Con paso seguro, se acercó a la mesa y se sentó, cruzando una pierna con elegancia. Indicó con la mano la botella de brandy que descansaba sobre la mesa.

—¿Le apetece un trago?

—Por supuesto. —Violet tomó asiento en la silla opuesta, cuidando de mantener el abrigo cerrado.

Ezra sirvió dos copas y deslizó una hacia ella.

—¿Es su primera visita a este club, señor Black?

—Sí —respondió ella con una firmeza fingida, pero convincente.

Ezra alzó una ceja tras el antifaz.

—¿Por algún motivo especial?

Violet sostuvo el vaso entre los dedos antes de dar un sorbo lento.

—La ciudad de la que vengo carece de este tipo de… diversiones. Y sentí curiosidad.

—¿Es usted extranjero? —preguntó Ezra, inclinando la cabeza—. Juraría, por su acento, que es de aquí.

Ella sonrió apenas, un gesto más de seguridad que de alegría.

—No, no soy extranjero. Solo he estado demasiado tiempo lejos de Londres.

Ezra sostuvo su mirada con un brillo contenido.

—Londres ha cambiado. Aunque sospecho que ninguno de nosotros vuelve siendo el mismo.

Violet bajó la vista hacia su copa.

—Eso es cierto —susurró—. A veces uno regresa solo para cerrar cuentas pendientes.

El corazón de Ezra se tensó.

—¿Cuentas pendientes? —repitió con calma, aunque por dentro cada palabra era un disparo directo a su conciencia.

Ella levantó el rostro y lo miró sin pestañear.

—Sí, hay heridas que necesitan respuesta. Puede llamarlo venganza, si lo prefiere.

Ezra dejó el vaso sobre la mesa y sonrió con frialdad estudiada.

—La venganza es un arma peligrosa, señor Black.

—También el dolor y la decepción —replicó ella, y el aire entre ellos se cargó de tensión.

Ezra la observó con detenimiento. Su disfraz no podía ocultar la firmeza de sus manos sobre la copa, ni el leve temblor de los labios que contenían más emociones de las que estaba dispuesta a mostrar.

Abajo, el rugido de la multitud rompió el silencio. Comenzaba el combate clandestino. Los dos luchadores, casi desnudos, se golpeaban con furia, arrancando vítores, apuestas y carcajadas. La música se mezclaba con los gritos de las prostitutas que, entre bailes y risas, animaban a los combatientes.

Violet se levantó, atraída por el estruendo, y caminó hacia la baranda. Ezra la siguió con pasos medidos, colocándose a su lado.

Desde esa altura, la escena tenía algo de irreal: luces doradas de antorchas, humo de tabaco, el golpe seco de puños desnudos contra carne. Ezra no miró el combate; la miraba a ella.

La multitud estalló cuando uno de los luchadores cayó al suelo, sangrando por la nariz. Violet se sobresaltó, y Ezra percibió el temblor de sus manos. No era miedo, era adrenalina. Se inclinó un poco más hacia adelante, hasta que sus hombros casi se rozaron.

Su mente gritaba por abrazarla, por decirle la verdad, por pedirle perdón allí mismo. Pero se contuvo. Aún no. No de esta manera.

Violet apartó la vista del combate y se volvió hacia Ezra con una calma estudiada. Su cuerpo seguía rígido por la impresión de lo que había presenciado, pero sus ojos tenían un brillo distinto, uno que no pertenecía a un simple espectador curioso. Era la mirada de alguien que había acudido con un propósito.

Ezra la recibió con una inclinación de cabeza ligera, como si aquel intercambio fuera un gesto social más, una cortesía entre desconocidos que compartían un balcón privado. Sin embargo, el ambiente había cambiado. El sonido lejano de los vítores y de las

apuestas parecía un murmullo ajeno, como si el tiempo se ralentizara a su alrededor.

Violet se acercó a la mesa y dejó su copa vacía con un suave chasquido sobre el cristal. No bebió más; necesitaba una mente clara.

—Interesante lugar —comentó, su voz sin un atisbo de juicio, solo un tono neutro—. No esperaba encontrarme con algo tan… elaborado.

Ezra se permitió una sonrisa breve, como quien recibe un halago sobre un terreno que domina.

—Suele causar esa impresión en las primeras visitas. ¿Le gusta?

Violet alzó un hombro con desdén calculado.

—Supongo que es… diferente. He estado mucho tiempo lejos de Londres, ya sabe. —Se volvió un poco hacia la baranda, aparentando indiferencia—. Me sorprende la organización. Parece… sólida.

Ezra se mantuvo en silencio, midiendo el comentario. Ella, percibiendo el efecto, se volvió de nuevo hacia él con un gesto casual.

—Debe de haber una mente muy hábil detrás de todo esto.

Él ladeó la cabeza con suavidad.

—No podría asegurarlo, señor Black. Aquí todos cumplen con su parte, como en cualquier empresa.

—Claro —respondió ella, dejando una pausa pensada, como si la conversación fuera a morir ahí. Pero, de pronto, añadió con la naturalidad de quien comenta el clima—: Y supongo que esa… mente hábil también se encarga de ciertos asuntos delicados.

Ezra alzó la mirada, una chispa de alerta cruzando sus ojos.

—¿A qué se refiere?

Violet se movió un poco por la estancia, fingiendo que examinaba un candelabro de bronce.

—Oh, ya sabe… las cosas que mantienen a flote un lugar así. Los pagos, las lealtades, los… favores inesperados.

Ezra dejó la copa en la mesa con lentitud, su cuerpo tensándose de manera imperceptible.

—Los negocios tienen sus propios mecanismos, señor Black.

—Por supuesto. —Violet regresó a su asiento y cruzó una pierna, fingiendo incomodidad por la rigidez de su abrigo masculino —. Aunque me pregunto… ¿quién tiene la autoridad suficiente para asegurarse de que todo funcione con esa perfección?

Ezra no respondió al instante. La pregunta era demasiado directa disfrazada de curiosidad casual.

Ella sonrió apenas, como si rectificara su comentario.

—No me malinterprete, no busco nombres para un informe, no soy un periodista ni un inspector del Parlamento. —Tomó su copa, la giró lentamente entre los dedos—. Solo siento curiosidad. Este sitio no se improvisa en una semana.

Ezra la observó, intentando descifrar si se trataba de un comentario inocente o de una trampa. Violet percibió el leve cambio en su postura y lo aprovechó.

—Verá, llevo pocos días en la ciudad, y las cosas han cambiado. La gente habla de que ciertos problemas desaparecen de repente, como si un benefactor invisible resolviera las complicaciones ajenas.

—¿Problemas? —repitió Ezra, con un matiz calculadamente neutro.

—Sí, deudas, por ejemplo. —Sus palabras fueron suaves, pero la mirada, firme—. Mi hermano tuvo algunas, ¿sabe? Bastantes, en realidad. Y… se desvanecieron de la noche a la mañana.

Ezra no pestañeó, pero el leve movimiento de su mandíbula lo delató.

Violet dejó que el silencio se extendiera, sabiendo que el vacío obliga a la gente a llenarlo. Después, añadió con un murmullo casi confidencial:

—Me preguntaba si ese tipo de… milagros también ocurren aquí.

Ezra inspiró hondo, recobrando la calma del hombre calculador en el que se había convertido. El mismo que había pagado deudas ajenas y orquestado la velada perfecta solo para verla allí, tan cerca que podía extender la mano y tocarla. Pero no lo hizo. No debía hacerlo. Dejó la copa sobre la mesa y la miró a los ojos.

—Los milagros —repitió, dejando que la palabra flotara en el aire— rara vez ocurren sin un precio.

Violet lo miró fijamente.

—¿Un precio? ¿Quiere decir que alguien espera algo a cambio?

Ezra se apoyó con suavidad en la baranda, los brazos cruzados en un gesto de falsa despreocupación.

—Eso es lo que suele decirse. Que quien mueve los hilos de este lugar… no lo hace por caridad.

Violet afinó la voz, bajando el tono hasta volverlo casi un susurro.

—¿Y quién mueve esos hilos?

Ezra mantuvo la mirada fija en ella, sintiendo que cada pregunta era un bisturí que intentaba abrirle el pecho. Podría mentir, por supuesto. Era un experto en medias verdades, pero verla allí, tan cerca, disfrazada y dispuesta a arriesgar su reputación por su familia, lo desarmaba.

Se inclinó un poco hacia delante.

—Se rumorea —dijo con calma ensayada— que es el vizconde de Ashbourne.

Violet se incorporó bruscamente, su silla chirrió contra el suelo. El temblor en sus manos fue inmediato, como si esa sola mención despertara algo oscuro.

—Eso… no puede ser —murmuró, con la respiración alterada—. Conozco al vizconde. Él no… —se interrumpió, mordiéndose el labio, antes de añadir—: Él no haría algo así.

Ezra sostuvo su mirada sin parpadear.

—Quizá no conozca toda la historia.

Violet caminó hasta la mesa, se sirvió un trago de brandy con un movimiento casi mecánico y lo bebió de un solo sorbo. Su garganta ardió, pero el calor del alcohol no disipó el escalofrío que la había recorrido.

—Entonces, dígamela —dijo finalmente, con la voz tensa.

Ezra respiró hondo, fingiendo una calma que no sentía. Se giró, apoyando la espalda contra la baranda, mientras sus ojos la seguían sin apartarse de su rostro.

—En julio de mil ochocientos nueve, Whitmore regresó a su hogar por una carta urgente del difunto vizconde de Ashbourne. Cuando llegó, encontró su casa invadida por oficiales. Su padre había invertido en proyectos que fracasaron estrepitosamente. En menos de una semana, la fortuna Whitmore desapareció.

Hizo una pausa deliberada, no tanto para dar dramatismo como para controlar la tensión que le atenazaba el pecho.

—La familia terminó viviendo en la residencia del hermano de la vizcondesa. El antiguo vizconde murió poco después, y la viuda volvió a casarse. Fue entonces cuando el tío de Whitmore lo instruyó, lo enseñó a invertir, a identificar los negocios que jamás decaen.

Violet lo interrumpió, con la copa entre los dedos.

—¿Qué negocios?

Ezra extendió lentamente los brazos, señalando el escenario que rugía bajo sus pies: apuestas, combates, placeres comprados, mujeres que reían en exceso.

—El placer.

Violet frunció el ceño, sintiendo un peso extraño en el estómago. Siempre había creído que Ezra… que *ese hombre*… había hecho aquello porque en realidad no la amaba. Nunca se le ocurrió que la desgracia familiar pudiera haber tenido algo que ver.

—Una persona puede caer en desgracia —dijo al fin, su voz firme, aunque le costaba sostener la calma—, no sería ni la primera ni la última. Pero eso no justifica que cometa por ello un crimen.

Ezra inclinó la cabeza, una media sonrisa dibujándose en su rostro.

—¿A qué crimen se refiere, señor Black?

Violet clavó la mirada en él, un destello de rencor atravesando el antifaz.

—Si usted no ha escuchado lo que ocurrió, yo no voy a contárselo.

Ezra se permitió un silencio, dejando que sus palabras flotaran en el aire como una afrenta. Después, asintió con un tono cargado de desafío.

—Indagaré sobre ese crimen.

—Hágalo —replicó ella con una calma gélida.

Un silencio pesado se apoderó de la sala privada. Abajo, el combate había terminado y el rugido de la multitud cambiaba de tono: una mujer comenzaba a cantar. Su voz, dulce y provocativa a la vez, llenó el espacio con una melodía sensual, casi hipnótica.

Violet se levantó con un gesto automático, como si necesitara apartarse de la tensión que flotaba en la estancia. Caminó hasta la baranda y dejó el vaso sobre la mesa, evitando mirar al hombre que había removido tantas emociones en tan pocos

minutos. La melodía sensual que surgía desde abajo, acompañada de los aplausos y risas del público, le pareció lejana, casi irreal.

—Una velada interesante, señor Grey —dijo al fin, con un tono neutro que pretendía sonar educado, aunque sus dedos se cerraban con fuEzra sobre el borde de la baranda—. Pero creo que es suficiente por hoy.

Ezra inclinó la cabeza con un gesto cortés, aunque su mandíbula se tensó bajo el antifaz.

—Como desee, señor Black.

Violet no añadió nada más. Giró sobre sus talones y caminó hacia la puerta con paso firme, como si el control de su cuerpo pudiera disimular el caos de su mente. Al abrirla, se encontró con Haylock, erguido como una estatua, custodiando la entrada. El hombre miró de reojo a Ezra, esperando instrucciones. El vizconde alzó apenas la barbilla en un gesto breve.

—Acompañe al señor Black hasta su carruaje.

—Sí, milord —respondió Haylock con voz grave.

El pasillo estaba en penumbra, iluminado solo por las antorchas que proyectaban sombras alargadas contra las paredes. Violet caminó en silencio, con Haylock un paso detrás de ella, hasta salir al aire helado de la noche. El cochero la esperaba con el carruaje listo y las lámparas encendidas.

—¿Necesita ayuda para subir? —preguntó su acompañante mientras abría la portezuela.

—No, un caballero puede hacerlo solo. —Violet subió al interior y, antes de sentarse, hizo un leve gesto con la cabeza—. Gracias por su protección.

Él asintió y cerró la puerta con suavidad.

—Ha sido un placer, señor Black. Que tenga una buena noche.

El carruaje arrancó con un suave vaivén. Solo entonces, protegida por la intimidad de las cortinas, Violet se dejó caer contra

el respaldo. Se quitó el sombrero, liberando el cabello recogido, y arrancó el bigote postizo con un movimiento rápido, como si el disfraz se hubiera convertido en una carga insoportable.

El reflejo de su rostro en la ventanilla mostraba el ceño fruncido y una tensión que no lograba aliviar. Sus manos se cerraron en puños sobre el regazo mientras las palabras de Ezra —el supuesto Grey— regresaban a su mente como un eco insistente: el vizconde de Ashbourne... el hombre que domina el placer... el que paga deudas que no son suyas.

¿Había sido realmente Ezra? ¿Era él quien había pagado las deudas de Benedict? ¿Pretendía recompensarla? ¿Comprar el derecho a borrar el pasado? Una oleada de rabia le subió por la garganta. ¿Creería que el dolor que él le había causado podía saldarse con dinero? ¿Que la humillación sufrida podía enterrarse bajo la ostentación de su club y el brillo de su fortuna?

Violet cerró los ojos con fuEzra. No quería conclusiones apresuradas. No todavía. Necesitaba investigar, descubrir qué había sucedido realmente todos esos años atrás y, sobre todo, por qué Ezra había tomado esa decisión de pagar la deuda de su hermano. Apretó los labios hasta que sintió un leve temblor. No permitiría que el pasado la venciera de nuevo. No esta vez.

Se recostó en el asiento, dejando que el traqueteo del carruaje la meciera, y se juró en silencio que hallaría la verdad, aunque para ello tuviera que volver a mirar al hombre que más daño le había hecho.

Capítulo 11

El traqueteo del carruaje fue el único sonido que acompañó a Violet en la gris mañana londinense. Sus dedos jugaban con el borde de los guantes negros, un gesto repetido desde el amanecer, cuando se levantó tras una noche sin apenas haber conciliado el sueño.

La imagen volvía una y otra vez: el club, el ambiente cargado de humo y adrenalina… y aquel hombre de antifaz que se presentó como el señor Grey. Un nombre falso, lo sabía tan bien como el que ella había usado: señor Black. Había algo inquietante en él; no por la voz —disfrazada con un tono deliberadamente grave—, sino por la forma de observarla, la sutileza de sus gestos y esa distancia exacta que mantuvo, como si temiera rozarla y, al mismo tiempo, deseara hacerlo.

Se recostó contra el respaldo, cerrando los ojos unos segundos. ¿Por qué le afectaba tanto? No había acudido allí en busca de emociones, sino de respuestas. Sin embargo, la noche terminó con su corazón latiendo con una intensidad que no sentía desde hacía años. Rechazó el pensamiento con un movimiento brusco de la cabeza, como si pudiera apartar así la inquietud.

El carruaje giró hacia el barrio donde se alzaba la residencia de los marqueses de Huntingdon. Había tomado una decisión al amanecer: visitar a Emily. No para desahogarse ni hablar del señor Grey ni de la extraña sensación que había despertado en ella, sino para obtener información. Emily siempre había tenido acceso a círculos sociales más amplios y mejor informados que los

que Violet frecuentaba, y si alguien podía orientarla sobre la red de amistades de su esposo —y, con suerte, sobre aquel club—, era ella.

El aire frío de Londres la recibió en cuanto el carruaje se detuvo con un vaivén suave frente a la fachada de piedra clara. El cochero bajó de inmediato y abrió la portezuela con la precisión de quien domina cada gesto.

—Milady —saludó con una reverencia impecable.

Violet acomodó el chal sobre los hombros, inspiró el aire húmedo de la mañana y avanzó hacia la entrada principal. Allí la esperaba un lacayo uniformado, erguido como una estatua.

—Bienvenida a la residencia de los marqueses, milady —dijo con voz grave.

—Gracias —respondió ella con un tono cortés, aunque distante.

—Si tiene a bien seguirme, la marquesa la espera en el salón de visitas.

Atravesaron el vestíbulo, amplio y luminoso, con suelos de mármol y una escalera que se abría como un abanico hacia la planta superior. La calidez de aquella casa se percibía en los detalles: el brillo de la madera pulida, las flores frescas en jarrones de porcelana, el rumor lejano de una nana tarareada en la planta alta.

El lacayo abrió una puerta doble y se apartó con una reverencia.

—La marquesa está adentro, milady.

Violet cruzó el umbral y se detuvo. Emily estaba sentada en un diván junto a la ventana, con un niño envuelto en una manta azul en brazos. Dormía plácido, con los labios entreabiertos y la mejilla apoyada en el pecho de su madre.

El impacto fue inmediato. A su edad, Violet también podría haber tenido un hijo… o varios. La idea se deslizó como un cuchillo. Su difunto esposo, siempre correcto y cortés, había sido un compañero amable… demasiado amable. Durante los primeros

meses de matrimonio interpretó su distancia como delicadeza, una muestra de respeto hacia una esposa joven que se adaptaba a su nuevo papel. Pronto comprendió que no era timidez ni contención: simplemente no la deseaba. Su vida conyugal había sido un vínculo de compañía y conveniencia, nunca de pasión. Con el tiempo, entendió que su marido hallaba consuelo en brazos ajenos, brazos masculinos. Y ella… ella había aceptado aquel papel que la protegía socialmente, pero la condenó a un hogar sin risas infantiles ni el calor de una familia propia.

Sacudió el pensamiento antes de que su expresión la delatara. Emily no merecía cargar con su melancolía.

—¡Violet! —exclamó la marquesa con una sonrisa cálida—. Qué alegría tenerte aquí. Perdona que no me levante, pero si lo hago, este bribón se despertará. Desde que nació apenas salgo de casa; decidí amamantarlo yo misma, y eso me ata más de lo que pensaba.

Violet parpadeó, sorprendida. La mayoría de las mujeres de la aristocracia delegaban esa tarea en una nodriza. Emily, por el contrario, lo decía con orgullo.

—No tienes por qué disculparte. —Avanzó con paso firme, recuperando el porte a pesar del nudo que le apretaba el pecho al ver aquella escena doméstica.

—Ven, siéntate. ¿Quieres té? He pedido que lo preparen.

—Gracias. —Se acomodó, alisando el vestido negro, ese luto riguroso que la sociedad ya no exigía tras tres años de viudez, pero que ella se negaba a abandonar.

Emily sonrió con suavidad.

—¿Y cómo estás?

—Bien, Emily, ocupada con asuntos familiares —respondió con un tono controlado.

—¿Asuntos familiares? ¿Ese es el motivo de tu regreso a Londres?

—He vuelto por varias razones, aunque la más urgente es poner orden en la residencia de mi hermano. Benedict ha llevado una vida un tanto… caótica, y alguien tiene que poner límites.

Emily arqueó una ceja con esa mezcla de discreción y picardía que había perfeccionado desde su matrimonio con Alexander.

—Eso suena a un trabajo de meses.

—No me asusta el trabajo, Emily. Lo que me preocupa es que, cuando todo esté en orden, mi hermano vuelva a las andadas. He pensado incluso en buscarle una esposa adecuada. Una mujer con carácter, que logre domarlo un poco.

—Eso sí que será un reto.

Ambas rieron, y la tensión que siempre acompañaba a Violet desde su regreso pareció desvanecerse. El suave crepitar de la chimenea, el silencio del niño dormido y la calidez del salón creaban una atmósfera casi doméstica, alejada de las intrigas que la habían llevado hasta allí.

Emily aprovechó ese momento de distensión para inclinar ligeramente la cabeza, con una curiosidad sincera más que indiscreta.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Violet? Si no es un inconveniente para ti, me gustaría conocer la respuesta.

—Claro, pregunta lo que quieras —respondió ella, sorprendida por el tono casi tímido de la marquesa.

Emily bajó la mirada hacia el niño, quizá buscando las palabras adecuadas, antes de alzar de nuevo los ojos hacia su invitada.

—Es sobre tu luto. Han pasado más de tres años desde la muerte de tu esposo y sigues vistiendo de riguroso negro. Sé que cada mujer vive el duelo a su manera, pero… ¿de verdad estabas tan enamorada de él?

El aire se espesó. Violet sintió cómo aquella pregunta, aunque hecha con delicadeza, removía un recuerdo que había intentado mantener enterrado. Sus dedos se entrelazaron sobre el regazo mientras buscaba una respuesta breve y segura.

—Mi esposo fue un hombre muy bueno —respondió por fin, con voz baja pero firme—. Siempre cuidó de mí, sobre todo después del… incidente.

Emily percibió el ligero temblor de su tono y la tensión que endureció su mandíbula. Con la discreción de quien sabe leer silencios, no insistió.

—No tienes por qué explicarme nada —dijo con dulzura—. Sé lo duro que puede ser el pasado y las ganas que tenemos de olvidarlo.

Violet asintió, agradecida.

—Gracias, Emily.

Un silencio amable siguió al comentario, roto por la sonrisa renovada de la marquesa.

—Si al final decides casar a tu hermano —dijo con un brillo travieso en los ojos—, ¿has encontrado alguna candidata adecuada?

Violet dejó escapar una leve risa y su cuerpo volvió a relajarse.

—En realidad, no. Creo que lo primero que he de hacer es enmendar a Benedict, y pensé que el marqués podría ayudarlo. Su influencia podría mostrarle el camino correcto.

Emily asintió con un gesto sereno, acomodando al niño con una delicadeza maternal que, por un instante, hizo que Violet sintiera un vacío en el pecho.

—Alexander es un hombre influyente. Su círculo de amistades es amplio y, en general, de buena reputación. Podría presentarle a personas que sirvan de ejemplo para tu hermano… aunque no puedo prometerte que todos sean una buena influencia.

La respuesta despertó la curiosidad de Violet. Se inclinó ligeramente hacia adelante, como si temiera perder el hilo de la conversación.

—¿Su excelencia no tiene amigos de absoluta confianza? —preguntó con una suavidad que disfrazaba el interés real.

Emily sonrió apenas.

—Por supuesto que sí. Desde la infancia, Alexander mantiene dos amistades inquebrantables: el conde de Everton, Jackson Hastings —a quien ya conociste en la fiesta—, y el vizconde de Ashbourne, Ezra Whitmore.

El nombre cayó como un peso sobre el ambiente. Violet sintió un nudo formarse en la garganta; sus dedos se crisparon sobre la falda, aunque su rostro permaneció impasible. La marquesa, atenta al más mínimo gesto, percibió el cambio sutil en su expresión, pero no lo mencionó.

—Jackson es un hombre… complicado —continuó Emily—. Tras el incidente que sufrió hace años, apenas se relaciona con otros de su clase. Diría que los evita, quizá incluso los desprecia.

Violet asintió con educación, aunque apenas escuchaba. Todo su ser estaba centrado en el otro nombre, el que había resonado como un eco doloroso: Ezra Whitmore.

—¿Y el vizconde? —preguntó, cuidando de que su voz no revelara el temblor de su interior.

Emily ladeó la cabeza, pensativa, antes de responder:

—Ezra… es diferente. No es un buen ejemplo para tu hermano, Violet. Si deseas alejarlo del juego y del placer, él no es el hombre adecuado.

Emily no parecía dispuesta a terminar ahí. Sus dedos acariciaban el cabello del niño, que seguía durmiendo plácido en su regazo, mientras su mirada se perdía un instante en la ventana antes de volver a Violet.

—La historia de Jackson ya la conoces —dijo con voz serena—. Sin embargo, de Ezra se habla poco. Tal vez porque la mayoría le teme.

—¿Temor? —preguntó Violet sin poder contener el sobresalto.

—Sí. Tras la ruina de su familia se reinventó y, con el tiempo, se convirtió en uno de los hombres más poderosos de Londres. Nadie se atreve a juzgarlo ni a enfrentarse a él. Su reputación… impresiona, por decirlo suavemente.

Emily hizo una pausa para recolocar al bebé, que había movido las manitas en sueños, y su tono se volvió más reflexivo:

—Todos cargamos con algo terrible en la vida. En el caso de Ezra, ese algo fue la mujer a la que amaba. Hace siete años, creyó que apartarla de su lado era protegerla, pero se equivocó. Lo que le hizo fue tan horrible que, por mucho que haya logrado después, sigue arrepentido.

Un temblor recorrió el pecho de Violet. Se obligó a respirar hondo, aunque sus manos permanecían tensas sobre el regazo.

—Si fue por una mujer, quizá con el tiempo olvidó lo ocurrido y siguió adelante —comentó, fingiendo indiferencia.

Emily negó con suavidad.

—No lo creo. Nunca se le ha relacionado con otra mujer, ni como amante ni como posible esposa. A pesar de la vida que lleva, se mantiene célibe. —Una chispa traviesa brilló en sus ojos, como si quisiera restar pesadez a la conversación.

Violet desvió la mirada hacia la chimenea, fingiendo no escuchar ese último comentario. Su mente bullía con cada palabra. Ezra no había formado una familia, no había sustituido lo que perdió… o lo que destruyó.

—¿Cómo consiguió el vizconde tanto poder? —preguntó con voz neutra.

Emily arqueó una ceja.

—¿No has escuchado nada sobre él?

—No —mintió Violet, bajando la mirada.

—Lo único que sé con certeza —continuó Emily— es que es dueño de un club muy exclusivo y de varios lupanares. El más importante está en la calle Holywell.

El estómago de Violet se contrajo. Ezra, dueño de un club y de prostíbulos… ¿Qué había hecho durante esos años? ¿Qué clase de hombre se había forjado a partir de la ruina?

Un gemido suave del niño interrumpió sus pensamientos. Emily lo acunó con ternura, murmurando palabras que lo calmaron al instante. La escena doméstica golpeó a Violet con una intensidad inesperada. Ese hijo dormido, ese calor de hogar… cosas que ella nunca tuvo y que sabía que ya no tendría.

Se levantó con un movimiento contenido, recuperando el porte.

—Será mejor que me marche, Emily. Tienes que atender a tu hijo, y yo debo continuar con mis asuntos familiares.

Emily sonrió con amabilidad.

—Vuelve cuando quieras, Violet. Esta es tu casa.

—Gracias —respondió con un gesto leve de cabeza.

Abandonó el salón y recorrió el pasillo hacia la salida sin reparar en los detalles de la residencia que, minutos antes, había observado con detenimiento. Ahora solo le rondaban las palabras de Emily: Ezra, su poder, sus negocios, su arrepentimiento.

El vestíbulo la recibió con un aire frío que contrastaba con la calidez del salón. El lacayo, siempre erguido y atento, le abrió la puerta con una reverencia muda. Fuera, el carruaje esperaba con las lámparas encendidas. Violet descendió los escalones y subió sin ayuda, cerrando la portezuela por sí misma.

El vehículo arrancó con un traqueteo suave, y ella se dejó caer contra el respaldo. El chal resbaló de sus hombros sin que lo

notara. Apoyó la frente contra el cristal, cerró los ojos y exhaló despacio.

La imagen de Emily con su hijo volvió a su mente, seguida por el nombre que más daño le había causado: Ezra Whitmore.

Si lo que había escuchado era cierto, ese hombre no era el mismo que la humilló años atrás. Pero ¿acaso importaba? ¿Podía borrar el dolor de aquel pasado con arrepentimiento y dinero?

Sus manos se cerraron en puños sobre el regazo. No permitiría que su determinación flaqueara. No hasta descubrir qué había hecho exactamente Ezra durante esos años… y qué pretendía ahora.

Capítulo 12



La luz vacilante del candil proyectaba sombras alargadas sobre las paredes de la habitación, distorsionando la silueta de Violet mientras permanecía de pie frente al espejo de cuerpo entero. La mecha crepitaba suavemente, impregnando el aire con el olor tenue del aceite quemado, mientras un reloj de péndulo marcaba la hora con su monótono tic-tac. Afuera, el lejano rodar de un carruaje rompía la quietud de la noche londinense.

Se quitó la bata de seda y la dejó sobre el respaldo de un sillón antes de enfundarse en la sobria levita negra que había preparado con antelación. Se ajustó los botones con firmeza, ocultando cualquier curva femenina bajo la prenda masculina, y tomó el sombrero rígido que descansaba sobre el tocador. Su cabello, esa melena cobriza que tantos suspiros arrancó en otras épocas, desapareció bajo una redecilla oscura y, después, bajo la copa del sombrero.

—No te dejes engañar por apariencias —murmuró para sí, con un tono que oscilaba entre el reproche y el aliento.

A continuación, tomó el bigote postizo, cuidadosamente encerado, y lo fijó sobre el labio superior. El olor a cera y pegamento le resultaba desagradable; la sensación de fingir ser alguien que no era le pesaba más que la tela del abrigo. Sin embargo, se obligó a mirarse al espejo y sostener la mirada de aquel extraño reflejo: un hombre de porte sobrio, sin un ápice de la mujer elegante que había sido.

«Todo esto está justificado», se dijo, inspirando hondo. Ezra había pagado las deudas de Benedict, sí, pero ¿por qué? ¿Recompensar a la familia por lo que le hizo años atrás? ¿Intentar redimirse para que su alma, como afirmaba Emily, descansara en paz?

Si de verdad sufría por lo ocurrido, si realmente cargaba con el peso de aquel error… ¿por qué entonces Benedict le había pedido regresar con tanta urgencia? Si todo estaba resuelto, ella debería seguir en Devon, en su voluntario aislamiento, lejos de Londres y de los recuerdos que aún dolían. No… había otra razón, oculta bajo la aparente generosidad del vizconde, y tenía que descubrirla.

Se ajustó los guantes de cuero, uno por uno, tirando del puño hasta que encajaron con precisión en su muñeca. Cogió el bastón del rincón —no por estilo, sino para completar la ilusión— y se giró hacia la puerta.

Abrió con cuidado, procurando que la bisagra no chirriara. Caminó por el pasillo con el sigilo de un ladrón, midiendo cada paso, consciente de que cualquier ruido podía delatarla.

Al girar hacia la escalera, no advirtió que una figura masculina la observaba desde la penumbra del descansillo. Benedict, con el puño cerrado y el ceño fruncido, la siguió con la mirada mientras descendía. Su respiración era lenta, controlada, como si cada inspiración contuviera una lucha interna.

Había prometido a Ezra no interferir. Si él pagaba todas las deudas, Violet podría seguir con su investigación, con su necesidad de respuestas, aunque aquello implicara exponerse a peligros insospechados. Benedict apretó aún más el puño. Quería detenerla, decirle que regresara a su habitación y abandonara esa absurda idea, pero las palabras murieron en su garganta.

Solo cuando oyó el chasquido de la puerta principal al cerrarse, soltó el aire contenido.

Violet cruzó el vestíbulo y salió al frío de la noche, el aliento formando nubes blancas frente a su rostro. Se detuvo un instante en el umbral, observando a ambos lados de la calle, antes de caminar con paso firme hacia el carruaje que la esperaba.

El cochero la miró de reojo, extrañado quizá por aquel atuendo masculino, aunque su experiencia le impidió hacer comentario alguno.

—A la calle que le indiqué —dijo Violet, modulando su voz para hacerla más grave.

El cochero asintió y, con un chasquido de riendas, el vehículo se puso en marcha. Violet se recostó contra el respaldo, sintiendo el roce áspero del bigote falso cada vez que apretaba los labios. Era incómodo, sí, pero no más que la certeza de que esa noche cruzaría un umbral impropio para una mujer de su posición.

La ciudad dormía a medias; algunas farolas de aceite iluminaban tenuemente el empedrado, y de vez en cuando un transeúnte solitario se apartaba al escuchar el rodar del carruaje. Violet no apartaba la mirada de la ventana. No había vuelta atrás: descubriría qué tramaba Ezra y por qué había irrumpido de nuevo en su vida sin pedir permiso.

Mientras el vehículo avanzaba, su mente volvía una y otra vez a la imagen del vizconde, al recuerdo de sus ojos, de la forma en que la miraba aquella noche en el club. «No, no te confundas», se dijo, y cerró los puños con fuEzra sobre las rodillas. «No vine por él; vine por la verdad.»



Ezra descendió del carruaje sin aguardar la mano del lacayo y avanzó con paso firme hasta la entrada del lupanar. No era

la primera vez que acudía a aquel lugar, aunque su presencia allí solía deberse a asuntos de administración, nunca a placer. Esa noche, sin embargo, tenía un propósito distinto. Emily le había confesado que Violet había mostrado un inusitado interés por el lugar, y la sola idea de que ella, con su temple orgulloso y su inquebrantable sentido del honor, se aventurara en un sitio semejante, le provocaba una mezcla de inquietud y expectación.

El edificio destacaba en la estrecha calle, no por vulgaridad, sino por el aire casi teatral de su fachada: columnas de hierro forjado enmarcaban la puerta principal, y los cristales de color ámbar filtraban la luz del interior con un brillo cálido y sensual. No había rótulos ni símbolos que delataran su naturaleza; la discreción era parte del lujo que se ofrecía. Las ventanas del piso superior estaban cubiertas con cortinas de seda roja, apenas translúcidas, que sugerían más de lo que mostraban.

El portero inclinó la cabeza con un respeto que solo se ofrecía a los hombres cuyo nombre pesaba en la ciudad. Ezra pasó sin detenerse, subiendo directamente la breve escalinata alfombrada. La primera impresión del interior era distinta a la de cualquier otro establecimiento de su clase. No había olor a sudor ni humo agrio de tabaco barato, sino un aroma tenue de flores exóticas y vino caro. Las paredes estaban revestidas de madera oscura, tallada con relieves de enredaderas, y grandes espejos enmarcados en oro duplicaban la luz cálida de candelabros de cristal que pendían del techo abovedado.

Los suelos, cubiertos con alfombras orientales, silenciaban los pasos, y el murmullo de la música —un cuarteto de cuerdas tocaba en vivo desde un rincón— se mezclaba con risas femeninas, moduladas y estudiadas, como si incluso la diversión allí estuviera ensayada. Cada detalle revelaba que no se trataba de un burdel común, sino de un lugar diseñado para hombres con dinero y apetitos selectos.

Ezra se detuvo un momento en el rellano que daba a la planta superior. Desde allí podía ver el gran salón principal: mesas

bajas de madera pulida, sillones tapizados en terciopelo verde y rojo, y mujeres elegantemente vestidas, nada de desaliño ni vulgaridad. Sus vestidos, aunque sugerentes, estaban confeccionados con telas de calidad, y sus gestos, más propios de anfitrionas de un salón aristocrático que de prostitutas, mostraban el entrenamiento recibido para agradar sin resultar burdas.

Se apoyó contra la baranda de madera oscura, dejando que sus ojos recorrieran el lugar. Recordaba perfectamente el día en que decidió crear esos espacios: no quería que las mujeres siguieran trabajando en callejones, expuestas a la violencia y la enfermedad. Les ofreció un lugar seguro, con médicos, comida y habitaciones limpias. A cambio, ellas le dieron discreción y lealtad. El precio de todo aquello era alto: una fortuna que él había recuperado en apenas cinco años. Sin embargo, nunca se había sentido orgulloso del negocio; era rentable, sí, pero representaba la versión más oscura de sí mismo.

Movió la cabeza para apartar esos pensamientos cuando la puerta de entrada se abrió. Y entonces la vio.

Era imposible no reconocerla, aunque estuviera disfrazada. El sombrero ocultaba la característica melena rojiza, y el bigote postizo apenas disimulaba la curva de su labio superior. El abrigo masculino le quedaba holgado, casi torpe, pero esa torpeza era la prueba de su esfuerzo por pasar inadvertida. Ezra sintió cómo el pecho se le contraía: podía haberla identificado entre mil. No importaba qué rostro eligiera mostrar al mundo; para él siempre sería Violet.

Se apartó de la baranda con un movimiento controlado y se colocó las lentes de montura fina que Haylock le había hecho llegar esa misma tarde. No era un disfraz perfecto, pero bastaría. Bajó un tramo de escalera sin apartar la vista de ella, que en ese momento hablaba con el encargado de la entrada. El hombre, acostumbrado a evaluar clientes, la miró con una mezcla de sospecha y resignación antes de permitirle el paso.

Ezra no podía evitar la sonrisa que se extendía por su rostro mientras la observaba avanzar. ¿Creería ella que ese disfraz la haría invisible? ¿Que su porte, su forma de andar, podía disimularse con un sombrero y un bigote? Una mujer como Violet nunca pasaba desapercibida, ni siquiera cuando se esforzaba por ocultarse.

Su pulso se aceleró. No recordaba la última vez que había sentido algo tan visceral. No era solo deseo, era algo más profundo: el deseo de protegerla, de evitar que aquel lugar la marcara. Aunque fuera un lupanar de lujo, seguía siendo un sitio que su Violet no debía conocer… y, sin embargo, allí estaba, caminando entre sillones de terciopelo y mesas cubiertas de copas de cristal.

Ezra decidió no presentarse de inmediato. Quería observarla unos minutos más, entender qué buscaba con exactitud. Se apartó hacia un pasillo lateral, fingiendo revisar documentos que llevaba bajo el brazo, pero en realidad manteniendo sus ojos sobre ella. Violet se movía con una cautela que intentaba parecer confianza; sus ojos recorrían las paredes, los rostros, los gestos de las mujeres que pasaban, algunas con sonrisas ensayadas, otras con miradas rápidas de evaluación.

Desde detrás de una puerta entreabierta, se escucharon gemidos contenidos y risas masculinas. Ezra no reaccionó; estaba acostumbrado a esos sonidos. Lo que le incomodaba no eran los clientes ni las mujeres, sino la idea de Violet allí, expuesta a esa parte de su mundo. Sintió un ramalazo de culpa, el mismo que había sentido cuando fundó aquel negocio: una mezcla de pragmatismo y desesperación. Él lo había hecho por control, por dinero y por ofrecer una vida menos cruel a mujeres que no tenían otra opción… pero no había manera de explicarle eso a ella sin parecer un demonio.

Cuando la vio detenerse frente a uno de los arcos que daban al salón principal, decidió actuar. Ajustó las lentes sobre el puente de su nariz y se alisó la chaqueta. Su intención no era detenerla, no todavía, sino acompañarla sin que lo reconociera de

inmediato. Quería ver su reacción ante aquel mundo, observar si lo despreciaba, si lo comprendía… o si la escandalizaba.

Mientras bajaba el último tramo de la escalera, los pensamientos se agolparon. Había pagado las deudas de Benedict para abrir una puerta hacia la reconciliación, pero ¿qué ocurriría si ella descubría toda la verdad demasiado pronto? ¿Si su ira eclipsaba cualquier posible perdón? Y lo más inquietante: ¿qué haría él si la veía herida de nuevo, pero esta vez por su presente?

Respiró hondo. Esa noche no sería un empresario ni un vizconde poderoso. Sería un desconocido más, un hombre con lentes discretas y un nombre cualquiera. Todo con tal de acercarse a ella sin que el pasado irrumpiera demasiado pronto.

Capítulo 13



El ambiente del lupanar difería radicalmente del club clandestino que Violet había visitado días atrás. Si aquel desprendía adrenalina, apuestas y el humo acre de los puros impregnando cada rincón, este recordaba a un palacio convertido en templo del placer. Las paredes estaban cubiertas por tapices color crema bordados con hilos dorados; lámparas de cristal proyectaban una luz cálida que se mezclaba con un delicado perfume de jazmín y sándalo. No había rastro de suelos pegajosos ni de la decadencia propia de un burdel de mala muerte. Alfombras mullidas amortiguaban los pasos, y sillones de terciopelo rojo acogían a caballeros elegantemente vestidos mientras mujeres de corsés ajustados y escotes pronunciados se movían entre ellos con la soltura de quien se sabe reina en su propio territorio.

Violet se detuvo al cruzar el umbral, ajustando el ala de su sombrero para asegurarse de que ningún mechón cobrizo escapara al disfraz. El bigote postizo cubría su labio superior y el abrigo negro ocultaba las curvas de su cuerpo, pero aun así sentía que cualquiera con un mínimo de perspicacia podía descubrirla. Inspiró hondo y adoptó una expresión de desdén distante, la de un caballero acostumbrado a esos ambientes.

No había avanzado más de tres pasos cuando una mujer se interpuso en su camino con una sonrisa sugerente. Sus caderas se movían con estudiada lentitud, y el vestido carmesí —tenso sobre la cintura y el busto— parecía diseñado para deslizarse al suelo con un solo movimiento.

—Vaya, vaya… —ronroneó la joven con voz arrastrada—. ¿Eres nuevo por aquí, guapo?

Antes de que Violet pudiera responder, la mujer le tomó del brazo con la familiaridad de quien no está acostumbrada a recibir un rechazo. Su perfume dulzón la envolvió y el roce del satén de su vestido la hizo estremecerse bajo el abrigo masculino.

—No, no… —murmuró Violet, tratando de apartarse con cierta cortesía—. Solo estoy de paso.

—Eso dicen todos al principio —replicó la prostituta con una carcajada baja, apretando deliberadamente el pecho contra su hombro—. Ven, cariño, te enseñaré las habitaciones de arriba. La primera es cortesía de la casa…

El calor subió por el cuello de Violet, oculto tras el bigote falso, mientras retrocedía un paso con rigidez. La mujer avanzó un poco más, como un felino dispuesto a atrapar a su presa.

—Creo que se equivoca —atinó a decir, esquivando su intento de acercamiento.

La tensión se rompió cuando una voz grave y firme cortó la escena:

—Eso será suficiente, Lilith.

La mujer se apartó de inmediato, como si un resorte invisible la hubiese empujado. Sus ojos buscaron el origen de la orden, y al verlo, su expresión traviesa se convirtió en respeto contenido.

—Señor… yo solo intentaba… —balbuceó.

—Lo sé —respondió él, con un simple gesto de mano que bastó para zanjar el asunto—. Retírate.

Lilith asintió sin atreverse a replicar y desapareció entre las cortinas de terciopelo, dejando tras de sí un rastro de perfume y un silencio incómodo.

Ezra avanzó entonces con paso firme. Su porte impecable, la chaqueta negra de corte perfecto y el antifaz oscuro que cubría

parcialmente su rostro no ocultaban la autoridad natural de sus movimientos. Cuando habló, su voz mantuvo un matiz grave deliberado, diseñado para proteger su identidad.

—Señor Black, nos volvemos a encontrar.

Violet alzó la mirada, fingiendo desconcierto.

—¿Nos conocemos? —preguntó, acomodando el abrigo con un ademán despreocupado.

Ezra esbozó una leve sonrisa, esa que parecía contener tanto cortesía como diversión.

—Soy el señor Grey. Coincidimos anoche, aunque la velada fue… breve.

Ella asintió despacio, como quien recuerda un detalle difuso.

—Cierto, señor Grey. Un placer volver a verle.

—El placer es mío —replicó él, con un brillo difícil de descifrar en la mirada—. Espero que esta visita sea más… entretenida.

La tensión inicial se disipó, aunque no por completo. Había algo en aquel hombre —en la seguridad de sus gestos, en la forma en que la observaba— que generaba una inquietud extraña. Violet se obligó a mantener el tono grave de su voz y la espalda recta; no podía permitirse revelar nerviosismo.

—No estoy seguro de cuánto tiempo me quedaré —comentó, dando un paso atrás con fingida indiferencia.

Ezra, sin embargo, avanzó uno hacia adelante, acortando la distancia.

—Entonces, permita que le muestre lo mejor de este lugar.

Violet tragó saliva. Todo en su interior gritaba que debía marcharse, pero su razón le recordó por qué había ido hasta allí: respuestas. Si eso implicaba seguirle el juego, lo haría.

—Le sigo —dijo al fin, ajustando de nuevo el sombrero.

El pasillo que atravesaron estaba cubierto por una alfombra burdeos que amortiguaba los pasos. Paneles de madera oscura y espejos de marco dorado duplicaban la imagen de los clientes que entraban y salían de las habitaciones. No había gritos ni caos, sino un orden casi ceremonioso: puertas cerradas, risas amortiguadas y un murmullo constante de conversaciones en voz baja, como si aquel lugar existiera en una burbuja ajena al ruido de la ciudad.

El jazmín del vestíbulo se mezclaba ahora con un tenue aroma a vino y cera encendida. Violet había esperado paredes desconchadas, olores rancios y mujeres agotadas, pero lo que veía eran cortesanas erguidas, con labios pintados y sedas brillantes que no ocultaban su seguridad.

Ezra caminaba delante con la soltura de quien conoce cada rincón, y ni una sola vez miró atrás para comprobar si ella lo seguía. Su simple presencia imponía respeto.

—¿Le sorprende lo que ve, señor Black? —preguntó finalmente, deteniéndose en una galería desde la que se observaba el salón principal.

Desde allí, Violet pudo ver el corazón del lupanar: techos altos iluminados por lámparas de gas y candelabros de cristal, sofás verdes dispuestos en semicírculos, y mujeres que esperaban tranquilas, sin el gesto desesperado que había temido encontrar.

Violet elevó el mentón, fingiendo indiferencia.

—Esperaba… otra cosa.

Ezra dejó escapar una sonrisa breve.

—La mayoría lo hace. Creen que estos lugares están condenados al abuso y la miseria. Pero aquí no hay grilletes invisibles. Las mujeres que ve trabajan con protección, con un salario justo y libertad para marcharse cuando lo deseen. —Su voz se volvió más grave—. Ninguna de ellas pasará hambre ni dormirá en la calle.

Las palabras la desconcertaron. Había esperado arrogancia, un cinismo acorde con la imagen que tenía de él, y en su lugar encontraba un discurso casi… idealista.

—No parece muy convencido, señor Black —añadió Ezra con un matiz de reto.

Violet inspiró hondo, controlando el temblor de su estómago.

—No vine a juzgar sus… métodos.

Ezra sostuvo su mirada un segundo más de lo prudente y, finalmente, sonrió con esa peligrosa mezcla de cortesía y dominio.

—Me alegra escucharlo. Pero quizá deba juzgar mis intenciones. —Hizo un gesto hacia la escalera lateral—. Venga, aún no ha visto lo más interesante.

Subieron hacia la segunda planta, donde la decoración adquiría un matiz más íntimo. Las lámparas de gas, cubiertas con pantallas de seda roja, proyectaban una luz suave que convertía los pasillos en un corredor de sombras cálidas. Alfombras gruesas amortiguaban cualquier paso, y las cortinas de terciopelo aislaban cada habitación, creando un silencio roto únicamente por murmullos y risas apagadas tras las puertas. Por un instante, Violet se preguntó cuántas historias, cuántos secretos, se habían tejido en ese lugar y cuánto de ello era obra directa del hombre que caminaba delante de ella.

Ezra se detuvo frente a una puerta y la abrió con un movimiento medido, invitándola a mirar dentro. Era una habitación amplia, decorada con un gusto sorprendente para un lupanar: un diván de terciopelo color marfil, un biombo pintado con motivos orientales, una chimenea encendida que bañaba el ambiente con un calor acogedor y una mesa baja con un servicio de vino dispuesto como si esperara a un invitado. No había vulgaridad, ni muebles desvencijados, ni el olor agrio de la desesperación. Todo parecía pensado para transmitir una idea de seguridad y, curiosamente, de respeto.

Ezra cerró la puerta con suavidad y giró hacia Violet, con el mismo aplomo que había mantenido desde que la encontró.

—Este lugar no es solo un refugio para quienes buscan placer, señor Black —dijo con voz firme—. Es un negocio que garantiza dignidad. Aquí nadie se siente atrapado. No hay deudas eternas, ni cadenas invisibles.

Su mirada se endureció un instante, como si esas palabras fueran una declaración de principios más que una defensa de su propio negocio.

—Puede juzgarme por muchas cosas —continuó—, pero no por permitir que alguien muera de frío en la calle cuando puede tener un techo y comida.

Violet sintió un vuelco en el estómago. Todo lo que había supuesto sobre Ezra Whitmore —la imagen de un libertino sin escrúpulos, de un hombre que vivía del vicio ajeno— empezaba a resquebrajarse. La seguridad de su tono no sonaba ensayada, sino auténtica, como si de verdad creyera en cada palabra que pronunciaba.

—¿Por qué me cuenta esto? —preguntó finalmente, con la voz más baja de lo que pretendía.

Ezra ladeó la cabeza apenas un poco, examinándola con un gesto que parecía querer atravesar cualquier disfraz, físico o emocional.

—Porque sospecho que vino aquí con un juicio ya formado —respondió con calma—. Quizá esperaba un monstruo, señor Black.

Violet sostuvo su mirada, sin permitir que el desconcierto que empezaba a aflorar se reflejara en su rostro. No podía mostrarse vulnerable, no delante de él.

Ezra suavizó el tono y retrocedió un paso, dejando espacio entre ambos.

—La acompañaré a la salida. Es tarde, y sospecho que tiene mucho en qué pensar.

Descendieron de nuevo hacia el vestíbulo, envueltos en un silencio que decía más que cualquier conversación superficial. Violet intentaba recuperar el control de su respiración, mantener el porte que había adoptado al entrar, pero la realidad era que cada paso que daba la alejaba más de sus antiguas certezas. Había acudido al lupanar buscando pruebas para reforzar su desprecio hacia Ezra y, en cambio, había encontrado algo que se acercaba peligrosamente a un propósito.

En el vestíbulo, Ezra se detuvo frente a ella. Sus ojos, tras el antifaz, recorrieron cada detalle del disfraz, deteniéndose un instante en el bigote postizo que apenas conseguía disimular su feminidad. Sus labios se curvaron en una sonrisa casi imperceptible, cargada de matices.

—Espero que esta visita le haya sido útil, señor Black —dijo, con un deje de reto—. Aunque sospecho que no será la última.

Violet sintió un escalofrío en la espalda. Se obligó a asentir con un leve gesto, a mantener el papel hasta el final. No podía permitir que las emociones que bullían en su interior —la confusión, el desconcierto y una punzada de algo parecido a curiosidad— se reflejaran en su rostro.

Ezra la siguió con la mirada hasta que cruzó el umbral hacia la fría noche londinense. Cuando la puerta se cerró tras ella, dejó escapar el aire contenido en sus pulmones. Había arriesgado mucho al mostrarle su mundo, pero había algo en esa mujer, aun disfrazada de hombre, que lo impulsaba a querer ser comprendido. Aunque fuera un poco.

Violet caminó hacia su carruaje con paso mecánico, sin reparar en la escarcha que cubría el empedrado ni en el vaho que escapaba de sus labios. Las imágenes de lo que había visto giraban en su mente: mujeres que trabajaban con aparente libertad, un lugar que, pese a su naturaleza, estaba diseñado para la seguridad de quienes lo habitaban, y la voz de Ezra hablando de dignidad en un negocio que ella había condenado de antemano.

Subió al carruaje y cerró la portezuela con un golpe seco. Se dejó caer contra el respaldo y apoyó la frente contra el cristal mientras el traqueteo del vehículo la alejaba del lupanar.

Había ido en busca de motivos para odiarlo con justicia. Salía con más preguntas que respuestas.

Capítulo 14



El silencio del jardín se extendía como un velo protector sobre Violet. La tarde se había teñido de tonos dorados y rosados, y el aire traía el aroma tenue de flores tardías que el jardinero de su hermano había logrado mantener vivas pese al cambio de estación. Sentada en un banco de hierro forjado, con las manos entrelazadas sobre el regazo, permanecía inmóvil, dejando que el mundo alrededor se desdibujara en una calma aparente que no coincidía con el torbellino de su mente.

No era la primera vez que buscaba refugio allí desde su regreso a Londres. Aquel jardín había sido suyo cuando era niña; allí jugaba con Benedict mientras su madre los vigilaba desde la galería acristalada. Un rincón de recuerdos tranquilos, un lugar donde el tiempo parecía estancarse. Sin embargo, aquel día no encontraba sosiego.

Su pensamiento giraba, incesante, hacia Ezra.

El hombre al que había odiado con todas sus fuerzas. El mismo que, sin que ella lo supiera entonces, había saldado todas las deudas de Benedict y asegurado que el apellido familiar no se hundiera en la miseria y el escándalo. El hombre que la había mirado, días atrás, con una intensidad que le atravesó el alma y despertó sentimientos que creía enterrados.

Recordaba con precisión dolorosa la última noche en que se vieron antes de su boda con Karson. Su mundo se había hecho añicos con unas pocas palabras, con la certeza de que Ezra había desaparecido de su vida sin una explicación, dejándola vulnerable a

la decisión apresurada de su familia de casarla con un hombre mayor, seguro y honorable. Su dolor se había transformado en resentimiento; y con los años, en odio.

Ahora, ese odio se tambaleaba.

Había llegado a Londres con el propósito de vengarse: enfrentarlo, mirarlo con desprecio, demostrarle que la joven ingenua a la que había abandonado ya no existía. Sin embargo, la realidad era distinta a lo que imaginó. Ezra había estado siempre presente, invisible pero decisivo, interviniendo incluso cuando ella lo maldecía. Sus actos eran tan contradictorios como él mismo: dueño de un club clandestino de reputación ambigua y, al mismo tiempo, protector de mujeres que sin su ayuda habrían terminado en la calle. Un hombre frío en apariencia, pero capaz de gestos imposibles de ignorar.

Se inclinó hacia adelante, apretando las manos entre sí. ¿Qué debía sentir por él? ¿Agradecimiento? ¿Más rabia por haberse convertido en la protagonista involuntaria de sus decisiones? Su vida había sido manejada como una pieza en un tablero ajeno. Ezra había pagado todo… ¿por amor, por culpa o por puro control?

El orgullo de Violet se rebelaba.

Había aprendido a sobrevivir al desprecio de su difunto esposo y a la soledad de la viudez, y no pensaba doblegarse ante un hombre que un día la hirió de muerte emocional. No podía permitir que su corazón se ablandara solo porque Ezra parecía diferente ahora, más humano, más dispuesto a cargar con culpas pasadas.

La verdad, por más que la negara, era que cada encuentro con él la desarmaba un poco más: la forma en que la miraba como si fuera la única persona en una sala abarrotada; la manera en que había intercedido cuando un desconocido osó faltarle al respeto en el club; sus silencios, cargados de un peso que la quebraba por dentro.

Se llevó una mano al rostro, sintiendo el temblor de sus propios dedos. Quizá no era odio lo que quedaba, sino dolor. Y el dolor era un disfraz perfecto para el amor traicionado.

Entonces recordó la carta de Benedict:

«Sé que no tienes deseos de leer estas líneas… Estoy perdiendo la casa, Violet. Las tierras de padre ya no me pertenecen. El retrato de madre ya no cuelga en el vestíbulo… No te pido que me salves. Solo que vengas».

Había creído que era una súplica desesperada de un hermano vencido, por fin consciente de la magnitud de sus errores. Nunca sospechó que detrás de esa llamada estuviese Ezra. La idea de que él hubiese movido los hilos desde la sombra para traerla de vuelta a Londres encendió una furia renovada.

Se levantó del banco con un impulso repentino y caminó entre los setos. La falda de su vestido crujía con cada paso.

—¿Por qué, Ezra? —susurró, y el viento se llevó sus palabras—. ¿Por qué decidiste por mí incluso ahora?

Su corazón estaba dividido entre el resentimiento y una gratitud peligrosa. Ezra había evitado que Benedict cayera en la ruina, había salvado el apellido, había… ¿protegido también su futuro? Porque, sin esa intervención, ella no habría regresado a Londres. Y sin ese regreso, no lo habría visto de nuevo.

Se apoyó en el tronco de un roble y cerró los ojos. La imagen de Ezra acudió con nitidez: su expresión dura, sus ojos oscuros llenos de un dolor antiguo, como si también él cargara con fantasmas imposibles de confesar. ¿Había sufrido también por su separación? ¿Había actuado por remordimiento… o por amor?

—No —dijo con brusquedad, reprendiéndose a sí misma—. No voy a dejar que juegues conmigo otra vez.

Sin embargo, la imagen de él inclinándose hacia ella, conteniéndose siempre en el último instante, no desaparecía. Y eso dolía más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Sus dedos se crisparon sobre la corteza del árbol. Había prometido venganza, aunque su corazón empezaba a vacilar. Quizá la venganza no es más que un intento de protegerme del dolor, pensó. Si dejo de odiarlo, ¿qué queda? ¿Una mujer que aún lo ama?

Esa idea era tan intolerable como real.

Un murmullo en la entrada del jardín la hizo girar la cabeza. Ajustó el chal sobre los hombros, tratando de recomponerse mientras su respiración volvía a un ritmo normal.

—¿Violet? —la voz de Benedict sonó insegura, casi culpable.

Ella lo observó avanzar por el sendero de grava, con el abrigo desabrochado y el rostro demacrado, como si los últimos meses lo hubieran envejecido años. Permaneció de pie, con la espalda recta y las manos enlazadas delante de sí.

—¿Qué haces aquí, Benedict? —preguntó con frialdad—. ¿Vienes a darme otra razón para lamentar haber vuelto?

Él se detuvo a pocos pasos, tragando saliva.

—No quise… —empezó, pero la voz se le quebró.

—¿No quisiste qué? —lo interrumpió, cortante—. ¿No quisiste manipular mis emociones con esa carta?

Benedict bajó la mirada al suelo, incapaz de sostenerle la vista.

—Es cierto que te pedí que vinieras —admitió, apenas audible—. Lo hice porque Ezra me lo pidió.

La confesión cayó entre ellos como un martillo. Violet sintió el pulso desbocado en las sienes.

—¿Ezra? —su voz tembló entre incredulidad y rabia—. ¿Así que no fuiste tú, sino él quien trazó todo esto?

Benedict levantó la cabeza, desesperado:

—No me juzgues tan deprisa, Violet. No tenía otra salida. Estaba ahogándome en deudas, la casa a punto de ser embargada, los criados marchándose uno tras otro… No podía dejar que el apellido de padre terminara hecho polvo por mis errores.

—Y por eso decidiste usarme. —Su tono fue un látigo—. Decidiste que yo debía regresar porque él lo pidió.

—Ezra fue el único que me tendió la mano —replicó Benedict con voz rota—. Ningún banco me prestó un penique, ningún amigo quiso respaldarme. Ezra lo hizo, pero con una condición: que tú volvieras.

Violet sintió un nudo en la garganta, mezcla de incredulidad y furia.

—¿Y tú aceptaste ser su mensajero? ¿Su cómplice?

—No lo vi así —se defendió, las manos crispadas—. Solo pensé en salvar lo que quedaba de nuestra familia. No quería implicarte, créeme, pero… sin ti, nada tenía sentido.

—¿Sin mí? —sonrió amargamente—. ¡Me robaste la elección, Benedict! Tú, mi propio hermano.

—Lo sé —susurró él, bajando la cabeza—. Cada noche me pesa, pero ¿qué habría sido de nosotros? Yo ya no tengo nada, Violet. La casa, las tierras, todo estaba perdido. Él lo recuperó.

Violet lo observó con el rostro endurecido, aunque por dentro su corazón ardía.

—Claro que lo hizo —dijo con una frialdad helada—. Ezra siempre tiene un plan. Siempre mueve las piezas, incluso a su conveniencia.

Benedict intentó acercarse, pero ella levantó la mano en señal de alto.

—No te acerques.

El silencio se tensó, roto solo por el crujido del viento en las ramas del roble.

—Pensé que tu carta era sincera —continuó ella, la voz quebrada de furia contenida—. Que por fin reconocías la importancia de la familia. Y ahora descubro que fui arrastrada aquí como parte de una maniobra suya.

—No era una maniobra para hacerte daño —dijo Benedict con un hilo de voz—. Solo quería verte de nuevo. Y él… él no podía soportar la idea de que siguieras lejos.

—Dile a Ezra que su estrategia funcionó: estoy aquí. Pero también que no pienso perdonarlo.

Benedict dio un paso atrás, abatido.

—Violet…

—No, Benedict. No vuelvas a pedirme favores que en realidad son para él.

Avanzó hacia la salida del jardín, la falda ondeando como un estandarte de guerra. Al llegar al umbral, se detuvo sin girarse:

—Si Ezra quiere algo de mí, que venga él mismo.

Y se marchó con el corazón latiendo con furia y un dolor inesperado, más punzante incluso que el odio.

Capítulo 15



La mañana se alzaba con un tono grisáceo, casi solemne, como si Londres todavía se encontrara dormida bajo el velo de una noche demasiado pesada. Pero en el interior de Violet había algo diferente, algo que no coincidía con la tristeza de la ciudad.

Había pasado gran parte de la noche en vela, los recuerdos agolpándose como un ejército imposible de contener: Benedict, la confesión de que Ezra había sido quien movió los hilos de su regreso; la carta que creía sincera y que ahora se sentía como una trampa cuidadosamente planeada; la mirada de Ezra en sus encuentros recientes, una mirada tan intensa que había tenido que apartar la vista para no quebrarse.

El odio había sido su escudo durante años, un mecanismo de defensa contra todo lo que había perdido, contra todo lo que él le arrebató al desaparecer sin una explicación. Sin embargo, desde su vuelta, ese odio comenzaba a resquebrajarse. Y lo detestaba aún más por eso.

Se levantó de la cama con un movimiento seco, cruzando la habitación hasta el espejo de cuerpo entero. Allí estaba ella: una mujer vestida de luto, con el cabello suelto desordenado por la noche agitada, la piel pálida y los ojos enrojecidos. Pero también estaba la Violet que había sobrevivido a la muerte de un esposo al que jamás amó, a la soledad de un hogar vacío y al desprecio de una sociedad que la veía como un accesorio roto de un hombre que ya no existía.

Inspiró profundamente, enderezando los hombros. No iba a dejarse llevar por la lástima, ni siquiera por la suya propia. Había llegado el momento de mostrarles a todos que Violet Foster había cambiado.

Tiró del cordón de la campanilla con fuEzra. La respuesta fue inmediata: Clarisse, su doncella de confianza, apareció con una ligera inclinación.

—¿Me ha llamado, mi señora?

—Sí, Clarisse. Hoy saldremos. —Su voz era firme, sin la menor vacilación—. Quiero que busques a la señora Whendolyn y le informes que prepare su mejor sombrero de paseo.

La doncella arqueó una ceja, sorprendida. Desde su regreso, Violet apenas había salido y, cuando lo hacía, era con un porte silencioso, vestida con la sobriedad que imponía el luto.

—¿Qué desea ponerse, mi señora? —preguntó con cautela.

Violet giró lentamente hacia el armario, eligiendo con cuidado cada palabra.

—El vestido de seda negra con escote corazón. El que tiene bordados de hilo plata en las mangas.

Clarisse parpadeó, casi como si no hubiera escuchado bien.

—¿Ese, mi señora?

—Exactamente ese. Y quiero las perlas, no las de luto, las auténticas.

Mientras la doncella buscaba las prendas, Violet se despojó de la bata de dormir y comenzó a peinar su cabello. Cada movimiento era deliberado: alisar, recoger, trenzar los mechones con la precisión de quien construye una armadura. Se observó en el espejo: el cabello recogido en un moño alto, el cuello expuesto, el rostro sin adornos aún, pero con una expresión nueva, desafiante.

Hoy no iba a mostrarse como la viuda silenciosa, sino como una mujer viva.

Cuando Clarisse regresó con el vestido, Violet lo tomó sin titubeos. Al colocárselo, sintió el frescor de la seda contra la piel, el ajuste perfecto del corpiño marcando su cintura y realzando su figura. El escote era elegante, insinuando la línea de su clavícula y el principio de un pecho orgulloso, no provocativo pero sí decididamente femenino.

—Las perlas, Clarisse —ordenó mientras extendía el cuello.

La doncella colocó el collar alrededor de su cuello y ajustó el cierre. El peso familiar de las perlas le recordó algo esencial: su estatus, su posición, su derecho a ser vista.

Cuando Whendolyn apareció, ya vestida con su abrigo de paseo y su característico sombrero con plumas, se detuvo en seco al verla.

—Mi señora… —dijo con un leve temblor en la voz—, está… imponente.

Violet sonrió por primera vez esa mañana, una sonrisa fría pero auténtica.

—No vine a Londres para ocultarme, Whendolyn. Vamos a recordarles quién soy.



El carruaje las condujo hasta la entrada principal del parque, donde el bullicio comenzaba a formarse. Damas con vestidos claros y sombrillas caminaban del brazo de caballeros impecablemente vestidos, y los carruajes formaban una línea ordenada a lo largo del sendero. Violet descendió con una gracia

natural, colocando su mano enguantada sobre el brazo del lacayo mientras Whendolyn la seguía de cerca.

Desde el primer paso, las miradas se dirigieron hacia ella. No era solo por el vestido negro, que destacaba entre los tonos crema y pasteles de las demás damas; era por su porte. Caminaba con la espalda erguida, el mentón ligeramente alzado, los ojos adelantando cada movimiento con seguridad.

Whendolyn, siempre cuidadosa, se inclinó hacia ella en un susurro:

—Mi señora, se giran a mirarla… todos.

—Perfecto —respondió Violet con una media sonrisa—. Que lo hagan.

No tardaron en encontrarse con *Lady* Harrow, una mujer de cabello cano y porte severo, acompañada de su joven sobrina.

—*Lady* Violet —exclamó con una sonrisa cargada de cortesía—, cuánto lamentamos la pérdida de su esposo.

Violet inclinó la cabeza con serenidad.

—Agradezco vuestras palabras, Lady Harrow.

La sobrina, de mejillas sonrosadas y expresión nerviosa, intervino:

—Os veis… espléndida, mi lady.

—Gracias —respondió Violet, dejando que una sonrisa calculada suavizara su rostro.

A lo largo del paseo, más conocidos se acercaron:

Lady Montrose, con su habitual curiosidad disfrazada de afecto; el señor Kellington, un viejo amigo de su padre, quien comentó que la ciudad estaba "demasiado apagada" sin ella; incluso un joven teniente del ejército, al verla, se quitó el sombrero con un gesto reverente y un brillo curioso en los ojos.

Cada saludo era una pequeña victoria. La sociedad estaba notando el cambio. Violet podía sentir cómo las percepciones se

movían, cómo su figura se convertía en tema de conversación. La viuda silenciosa había desaparecido; ahora era una mujer segura de sí misma, atractiva, con un aura de misterio.

En un momento de calma, Whendolyn susurró de nuevo:

—Señora, los caballeros no dejan de mirarla.

—Que lo hagan —repitió Violet con el mentón erguido—. Que todos sepan que Violet Foster sigue viva.

A la altura de la avenida lateral que conducía hacia el jardín de las rosas, un pequeño grupo de tres mujeres se apartó del camino para interceptarlas con sonrisas que ocultaban una mezcla de curiosidad y juicio.

La mayor de ellas, una dama de cabello completamente blanco recogido en un moño alto y sujeto con un pasador de nácar, apoyaba ambas manos en un bastón de madera pulida. Su porte recto y el brillo severo de sus ojos claros la delataban como la matriarca de la familia. A su lado, una mujer de mediana edad, elegante, pero con el gesto algo tenso, y una joven de no más de veinte años, con mejillas sonrosadas y un aire inocente que contrastaba con la picardía de su sonrisa.

—*Lady* Violet —exclamó la mayor, inclinando apenas la cabeza en un saludo que exigía reciprocidad—. Qué inesperada sorpresa volver a verla por Londres.

Violet se detuvo con una sonrisa medida, devolviendo la inclinación con precisión.

—*Lady* Rutledge, el honor es mío.

—El honor es de la ciudad —intervino la mujer de mediana edad, seguramente la hija de la matriarca—. Todos comentaban su ausencia.

La joven, que no podía apartar la mirada del vestido negro de Violet, se adelantó un paso con la impetuosidad propia de su edad.

—Hemos oído tantos rumores… que se retiró para siempre, que no volvería jamás, que…

—Myrna —la reprendió su madre con un toque en el brazo, aunque con una sonrisa demasiado amplia como para ser verdadera—. No seas indiscreta.

Violet sostuvo la mirada de la muchacha sin molestarse. No iba a permitir que la curiosidad ajena la incomodara; más bien, le ofrecía la oportunidad perfecta para posicionarse.

—No hay indiscreción —dijo con suavidad, aunque su tono llevaba un filo claro—. Las personas siempre necesitan explicar con palabras lo que no comprenden.

Lady Rutledge ladeó la cabeza, observándola con atención.

—Lo cierto, querida, es que Londres cambia, pero a veces no para mejor. Yo misma me preguntaba si había regresado… buscando estabilidad. O tal vez… —su mirada descendió deliberadamente hasta la mano enguantada de Violet, vacía de alianza—, buscando compañía.

La frase, aunque envuelta en la cortesía de la alta sociedad, llevaba la fuEzra de un dardo. Whendolyn se tensó un instante, pero Violet no perdió la sonrisa.

—*Lady* Rutledge, soy viuda y tengo la libertad de escoger mi destino —respondió con serenidad—. No necesito buscar nada que no quiera encontrar.

Myrna se rio con un tono nervioso.

—En ese caso, le advierto, mi lady, que los caballeros de esta temporada dejan mucho que desear. Ninguno parece… bueno, adecuado.

Su madre chasqueó la lengua con teatralidad.

—Myrna, basta de comentarios.

Violet la miró con un destello divertido en los ojos.

—Tal vez la cuestión no es la adecuación de los caballeros, sino de las damas que saben lo que quieren —respondió con elegancia.

La joven abrió la boca como si fuera a responder, pero *lady* Rutledge intervino de nuevo, esta vez con un matiz de sarcasmo apenas perceptible.

—De todos modos, nos alegra que haya decidido volver. ¿Se queda mucho tiempo o será como en la ocasión anterior?

La referencia al pasado cayó como una piedra en un estanque tranquilo. Violet sintió el cambio en la atmósfera, ese silencio incómodo que precede a la crueldad disfrazada de cortesía. Enderezó la espalda un poco más, y con una voz suave, casi acariciadora, respondió:

—Uno siempre aprende de sus errores, *lady* Rutledge. La juventud es un lugar perfecto para equivocarse, y la madurez… un lugar perfecto para no repetir lo mismo.

La matriarca entrecerró los ojos un segundo, pero luego asintió con una pequeña sonrisa.

—Muy sabia, querida. Muy sabia.

Violet dio un paso adelante, con la intención clara de cerrar la conversación en sus propios términos.

—Agradezco sus palabras, damas. Espero verlas pronto en alguna velada.

La madre se apresuró a inclinarse de nuevo, tal vez buscando suavizar lo que había sido un intercambio con más filo de lo previsto. Myrna, en cambio, la observó con una mezcla de admiración y desconcierto, como si no esperara esa firmeza.

Cuando Violet y Whendolyn reanudaron el paseo, la dama de compañía murmuró:

—Mi señora, creo que ha dejado sin aliento a *lady* Rutledge.

Violet esbozó una sonrisa, esta vez genuina.

—Exactamente lo que pretendía.

Capítulo 16



La mañana se había presentado luminosa, con un sol tenue que se filtraba entre las nubes dispersas y otorgaba un brillo perlado a las avenidas del parque. Violet avanzaba despacio, del brazo de Whendolyn, su dama de compañía, que mantenía el porte erguido y la mirada alerta, como correspondía a su posición. El murmullo de conversaciones lejanas, el crujido de la grava bajo sus pasos y el aroma tenue de la hierba húmeda componían una escena casi idílica, aunque ella la percibía con una intensidad nueva.

Hacía años que no paseaba por ese lugar y, sin embargo, nada había cambiado: los bancos de hierro forjado seguían donde siempre, las hileras de árboles permanecían ordenadas con un cuidado casi obsesivo, y la fuente central continuaba arrojando el mismo murmullo acuático de antaño. Lo único distinto era ella misma.

A cada paso, sus ojos captaban detalles que antes pasaban inadvertidos: damas de su edad del brazo de sus maridos, exhibiendo sonrisas perfectas; algunas eran genuinas, otras tan forzadas que resultaban incómodas de contemplar. Había debutantes con miradas ansiosas, señoras mayores que cuchicheaban tras sus abanicos, caballeros que, al notar su presencia, dejaban vagar la vista hacia su silueta con una mezcla de curiosidad y admiración.

Violet caminaba erguida, con la frente alta y el paso sereno, como si aquel mundo que en otro tiempo la había humillado tuviese ahora que inclinarse ante ella. Su vestido negro, discreto, pero con un escote elegante y adornado con finas joyas, proyectaba

una imagen deliberada: una mujer que había pasado por la adversidad y había salido fortalecida.

—*Milady* —susurró Whendolyn, inclinando apenas el rostro hacia ella—, nunca pensé que su presencia haría que tanta gente murmurara.

—Que lo hagan —respondió Violet con frialdad calculada —. Desde hoy, voy a provocar muchos cuchicheos.

Whendolyn asintió, aunque no añadió comentario alguno. Ella misma sentía el peso de aquellas miradas: la sociedad siempre olfateaba debilidades y, cuando no las encontraba, inventaba rumores para llenarlas.

Un grupo de tres mujeres se aproximó con la típica cadencia estudiada de quienes pretendían parecer casuales, pero habían planeado el encuentro. Eran abuela, madre e hija; generaciones distintas de la misma familia, reconocibles por el sello de su apellido, que Violet conocía demasiado bien.

—*Lady* Violet —saludó la mayor, inclinando la cabeza con solemnidad—. Sentimos mucho la pérdida de su esposo.

—Les agradezco sus palabras —replicó Violet con una sonrisa breve, impecable.

La mujer de mediana edad inclinó el abanico con un gesto más inquisitivo que amable.

—Dicen que está de vuelta de manera definitiva.

—Así es —respondió Violet con un tono neutro—. Londres sigue siendo el mismo, ¿no es cierto?

La joven, apenas una debutante con ojos demasiado ávidos, intervino con una mezcla de curiosidad y descaro:

—¿Ha venido buscando esposo, lady Violet?

Una chispa de diversión cruzó el rostro de Violet antes de responder.

—He venido buscando paz, querida —dijo, modulando la voz para que resultara ambigua—. Y ya sabe cómo es la paz: suele

tener un precio elevado.

La abuela soltó una risa seca, la madre bajó la vista, y la hija no supo si sentirse avergonzada o fascinada por la respuesta.

—Se comenta —continuó la mayor con picardía— que los caballeros de hoy en día no están a la altura de damas como usted.

—La altura se mide de formas muy distintas, señora —contestó Violet, con un ligero asentimiento de cabeza—. A veces basta con que un hombre sepa mantener la palabra dada.

El grupo quedó en silencio unos segundos, incómodo por la indirecta que todos entendieron como un recordatorio de su pasado. Violet lo había hecho adrede: no huía del tema, lo dominaba.

—En fin —añadió ella con suavidad—, me alegra verlas disfrutar del día. El parque parece más animado de lo que recordaba.

Las tres hicieron una leve reverencia y se apartaron con sonrisas tensas, comentando entre sí en cuanto se alejaron lo suficiente como para no ser escuchadas. Violet percibió su propio pulso acelerado, no por nerviosismo, sino por la satisfacción de saberse en control de la situación.

—Bien respondido, milady —susurró Whendolyn con sincera admiración.

—No he hecho más que lo necesario —replicó Violet—. Que la sociedad sepa que ya no me intimida.

Continuaron caminando por el sendero central, hasta que una voz conocida se alzó entre el murmullo general:

—¡Violet!

Emily, marquesa de Holbrook, avanzaba hacia ella con la elegancia natural de quien no necesitaba esforzarse para destacar. Alexander, su esposo, la seguía un paso por detrás, con su habitual porte firme y la expresión tranquila pero atenta de un hombre acostumbrado a la responsabilidad.

Violet se detuvo, el corazón latiéndole con un extraño matiz de satisfacción. Ese encuentro no era casual: lo había previsto, casi provocado, y ahora debía manejarlo con la misma precisión con la que había respondido al grupo anterior.

Emily llegó hasta ella con los ojos brillantes de afecto genuino.

—¡Qué alegría verte, Violet! Te ves… distinta, ¿lo sabías?

—Eso dicen —respondió Violet con una media sonrisa—. Parece que Londres ha decidido convertir mi regreso en el rumor favorito de la temporada.

Alexander inclinó ligeramente la cabeza en señal de respeto.

—*Lady* Violet.

—Milord —contestó ella con una reverencia precisa.

Emily estrechó las manos de Violet, observándola con esa curiosidad amistosa pero también inquisitiva que solo una mujer podía ejercer con naturalidad.

—Te ves radiante. No sé si es el aire del campo o simplemente… que has cambiado.

Violet sostuvo la mirada de su amiga, dejando que el silencio hablara un instante antes de responder:

—Las personas maduran con la edad, Emily. Se cometen muchos errores en la juventud… y, si se sobrevive, se aprende.

La marquesa sonrió, pero no pudo evitar bajar la voz en un tono de confidencia.

—Se dice que has vuelto en busca de marido.

Violet inclinó ligeramente la cabeza hacia ella, adoptando una expresión de aparente conspiración.

—Ahora me ven como una viuda rica que busca rehacer su vida —dijo en un susurro que solo Emily escuchó—. Y lo acepto. Mejor eso que la joven humillada que recordaban.

Emily parpadeó, sorprendida por la franqueza. Alexander, atento, no perdió el intercambio: el brillo de advertencia en sus ojos delató que comprendía el mensaje implícito.

—Tienes derecho a rehacer tu vida —afirmó Emily con calidez.

—Lo sé —respondió Violet, recuperando el tono social, mientras se erguía—. Pero ya sabes cómo es Londres: siempre juzga, nunca olvida.

El marqués intervino, con esa voz grave que imponía respeto sin esfuerzo:

—Londres siempre encontrará un rumor nuevo; el desafío está en saber usarlo a tu favor.

Violet sonrió apenas, reconociendo el matiz de la frase.

—Eso intento, milord.

Hubo un instante de silencio cargado de significados no dichos. Emily lo rompió con un gesto afectuoso.

—No quiero entretenerte más; seguro que tienes compromisos. Pero, Violet, cuando quieras visitarme… sabes que siempre tendrás un lugar en mi casa.

—Lo tendré en cuenta —dijo ella, dejando escapar una sonrisa más sincera—. Quizá pronto aparezca con rumores nuevos, algo para animar tus mañanas.

Alexander llevó la mano al ala del sombrero, un gesto impecable de despedida.

—*Lady* Violet.

—Milord. Emily, nos veremos pronto.

Con una leve inclinación de cabeza, Violet retomó el paseo, del brazo de Whendolyn. Mientras avanzaba, un destello de satisfacción le cruzó por el pecho: había dejado caer el anzuelo, y ahora solo era cuestión de esperar que el pez —Ezra— lo mordiera.

Capítulo 17



El paseo había avanzado lo suficiente como para que Violet sintiera el murmullo constante de Londres diluirse en un eco lejano, mientras el parque desplegaba ante ella un ordenado abanico de avenidas y senderos bordeados de árboles. El aire fresco arrastraba el aroma húmedo de la hierba y el tenue perfume de las flores tardías, componiendo un escenario que, en otro tiempo, le habría parecido anodino. Hoy, sin embargo, tenía un matiz diferente: cada paso se sentía como una declaración silenciosa de que ya no era la misma mujer que se marchó de Londres humillada.

Su dama de compañía, la seguía un paso por detrás, la mirada atenta y la espalda erguida, tal como dictaba el protocolo. En sus manos sostenía una sombrilla de encaje crema, preparada para ofrecerla a su señora en caso de que el sol, filtrándose entre las copas de los árboles, se volviese incómodo.

—*Milady* —murmuró con tono comedido—, el sol se intensifica; ¿desea resguardarse?

—No, gracias, Whendolyn —respondió Violet, sin volver la vista—. Prefiero sentir el calor directamente.

Era cierto: el contacto del sol sobre su piel, tras años de ocultarse tras velos y lutos rígidos, tenía algo liberador. El negro de su vestido, deliberadamente elegido con un escote discreto pero elegante y un corpiño ceñido, absorbía parte de esa luz. Sus joyas discretas, pero de evidente calidad, destacaban en el conjunto, proyectando un mensaje que no necesitaba palabras: no soy una viuda débil, sino una mujer que ha sobrevivido.

Su andar era firme, y el ligero movimiento de su falda al compás del paso realzaba la seguridad de su porte. Lo percibió en las miradas: caballeros que alzaban levemente las cejas al reconocerla, damas que murmuraban tras el abanico, jóvenes debutantes que intercambiaban comentarios apenas disimulados. Violet no se inmutó; su mentón se mantuvo alto, la expresión serena, como si cada cuchicheo fuese una brisa irrelevante.

A su izquierda, una pareja madura paseaba del brazo, la mujer fingiendo una sonrisa que no alcanzaba a los ojos. A la derecha, un joven caballero saludaba con una inclinación exagerada, demasiado consciente de su propia osadía. Violet respondió con un saludo medido, sin ralentizar el paso. Que hablen, pensó. Que me miren. Esta soy yo ahora.

Whendolyn, sin alterar su ritmo, comentó en voz baja:

—No había visto tantas cabezas girarse a la vez, milady.

—Es la naturaleza de la sociedad —dijo Violet con un deje irónico—. Huelen la diferencia como los sabuesos huelen la sangre.

El sendero curvó hacia una pequeña glorieta desde la que se dominaba la fuente central. Violet se detuvo un instante, no para descansar, sino para contemplar la escena: el agua elevándose en un arco cristalino, los niños que reían a la distancia, las nodrizas vigilando con expresión paciente. Todo lucía igual que en su juventud… salvo que ahora ella se sentía distinta.

—La ciudad parece inmutable, Whendolyn —comentó—. Y, sin embargo, yo ya no soy la misma mujer que partió de aquí.

—Es cierto, milady. Usted tiene otra presencia ahora.

La observación de la dama de compañía no era aduladora, sino sincera. Violet había trabajado ese efecto con precisión: el peinado recogido que alargaba su cuello, la elección de un vestido que marcaba su figura sin caer en excesos, y el dominio de sus gestos, aprendidos en años de silenciosa supervivencia.

El sonido de pasos sobre la grava interrumpió la calma medida de su paseo. Violet giró apenas el rostro y distinguió, a unos

metros, la silueta inconfundible de Emily Beaumont, marquesa de Huntingdon, avanzando con gracia innata, acompañada por su esposo, Alexander Beaumont, cuya presencia imponía sin necesidad de palabras.

Emily se adelantó unos pasos con una sonrisa luminosa, extendiendo ambas manos hacia Violet.

—¡Violet! —exclamó con un entusiasmo genuino—. Por fin puedo verte de cerca.

Violet detuvo el paso y permitió que Emily tomara sus manos, correspondiendo al gesto con una leve inclinación de cabeza.

—Emily —respondió con calidez medida—. Me alegra encontrarme contigo en un día como este.

Alexander se aproximó con el porte tranquilo de quien sabía exactamente quién era y qué lugar ocupaba en la sociedad.

—*Lady* Violet —saludó, inclinando la cabeza con cortesía.

—Milord —replicó ella, ejecutando una reverencia impecable.

Emily la observó con atención, como si no terminara de reconocer a la mujer que tenía frente a sí.

—Estás distinta. —Su tono mezclaba admiración y sorpresa—. ¿Te lo han dicho?

Violet sonrió con un matiz enigmático.

—Al parecer, Londres se ha quedado sin otro tema de conversación. Mi regreso es el rumor de la temporada.

Alexander, con las manos detrás de la espalda, examinó a Violet con discreta curiosidad. Sus ojos no mostraban juicio, pero sí el análisis silencioso de un hombre acostumbrado a evaluar cada gesto.

Emily se inclinó un poco hacia su amiga, bajando la voz con una intimidad reservada:

—Te ves radiante. ¿Es el aire del campo o simplemente… que has cambiado?

Violet sostuvo esa mirada unos segundos antes de responder, modulando cada palabra:

—Las personas maduran con la edad, Emily. Se cometen muchos errores en la juventud… y, si se sobrevive a ellos, se aprende.

Un leve destello cruzó los ojos de Emily, mezcla de sorpresa y comprensión.

—Se comenta que has vuelto para… rehacer tu vida —susurró con la discreción de quien sabe que cualquier oído puede convertirse en rumor.

Violet inclinó ligeramente la cabeza, acercándose lo justo para que solo Emily la escuchara.

—Ahora me ven como una viuda rica que busca marido. —Una sonrisa se dibujó en sus labios, calculada pero no fría—. Y lo acepto. Es mejor eso que la joven humillada que recordaban.

Emily parpadeó, sorprendida por la franqueza de su amiga. Alexander, aunque permanecía un paso más atrás, captó el intercambio y frunció apenas el ceño: entendía que aquellas palabras tenían un destinatario indirecto.

—Tienes derecho a rehacer tu vida, Violet —respondió Emily, estrechando sus manos con un calor sincero—. Nadie puede negártelo.

Violet se irguió, recuperando la postura perfecta, la sonrisa controlada que ahora parecía natural.

—Lo sé. Pero ya sabes cómo es Londres: siempre juzga, nunca olvida.

Alexander intervino entonces, con voz grave pero cortés:

—Londres siempre encontrará un rumor nuevo, Lady Violet; el desafío es aprender a usarlo a su favor.

—Eso intento, milord —dijo Violet con una serenidad que ocultaba el leve cosquilleo de satisfacción en su pecho.

Un silencio cargado de significados no expresados flotó por un instante entre los cuatro. Emily, con su habitual diplomacia, lo rompió con una sonrisa amplia.

—No quiero entretenerte más; seguramente tendrás otros compromisos. Pero, Violet, cuando quieras visitarme… sabes que siempre tendrás un lugar en mi casa.

—Lo tendré en cuenta, Emily. Quizá pronto aparezca con rumores nuevos, algo con lo que animar tus mañanas.

Alexander llevó una mano al ala de su sombrero y la inclinó con impecable corrección.

—*Lady* Violet.

—Milord. Emily, nos veremos pronto.

Con una leve inclinación de cabeza, Violet retomó su paseo, seguida a prudente distancia por Whendolyn. Sentía el pulso sereno, la respiración acompasada, pero el interior palpitaba con la satisfacción de haber lanzado el anzuelo con precisión. Ahora solo quedaba esperar a que el pez —Ezra— mordiera el cebo.

Capítulo 18



El péndulo del reloj francés oscilaba con precisión hipnótica sobre la repisa de mármol de la chimenea, cada vaivén marcando un compás sereno que se fundía con el crepitar de los leños encendidos.

La noche había descendido con suavidad sobre Londres, envolviendo la ciudad en un manto de luces de gas y brumas tenues. En el interior de la mansión Whitmore, el ambiente contrastaba con la humedad fría del exterior: calor, silencio contenido y un lujo pensado para la discreción masculina.

Las paredes, revestidas de paneles de madera oscura, estaban adornadas con paisajes rurales y marinas de autores reconocidos; una mesa baja de nogal sostenía un decantador de brandy ámbar y varias copas de cristal tallado. Unas sillas de respaldo alto y dos sofás de cuero, amplios y mullidos, completaban la escena. La quietud tenía un aire de permanencia, como si el tiempo, al menos allí dentro, estuviera dispuesto a obedecer.

Ezra, vestido con chaleco de seda gris y pantalones de corte impecable, observaba cómo un criado vertía el *brandy* con la precisión silenciosa de quien había convertido el servicio en arte. Cuando la tarea se completó, el hombre se inclinó con una leve reverencia y abandonó la sala, cerrando la puerta tras de sí. La privacidad era ahora absoluta.

—Se agradece este respiro de la sociedad —comentó Alexander Beaumont, marqués de Huntingdon, mientras se acomodaba en uno de los sillones y cruzaba una pierna sobre la otra

—. Londres está especialmente ruidoso esta temporada. Demasiados compromisos, demasiados pretendientes buscando alianzas estratégicas… uno termina agotado.

—No me hables de eso —replicó Jackson Hastings, conde de Everton, mientras encendía un puro con gesto pausado—. Mi mayordomo casi tiene que programar mis días como si fuera un secretario del Parlamento. Entre los negocios de manufacturas textiles y las invitaciones sociales, apenas hay espacio para respirar.

Ezra sonrió de forma contenida y llevó la copa a los labios.

—Londres nunca duerme, caballeros, y menos cuando huele dinero nuevo.

El vizconde se recostó en su asiento, su figura imponente suavizada por la penumbra de la sala. Tenía esa forma de dominar un espacio sin esfuerzo aparente, una cualidad que tanto Alexander como Jackson reconocían en él desde hacía años. Cuando se reunían, la conversación fluía sin testigos incómodos ni rumores maliciosos: podían hablar de lo que realmente importaba.

Alexander aceptó un cigarro y lo encendió, dejando que el humo se elevara en espirales perezosas hacia el techo.

—Hablando de dinero nuevo —continuó—, ¿habéis oído lo que ocurre con la Compañía del Norte?

Jackson soltó una carcajada breve.

—¿Qué ocurre? Que están haciendo fortuna, eso es lo que pasa. Han asegurado el contrato de suministro de hierro para los ferrocarriles. Una década atrás, cualquiera que apostara por ese sector habría sido considerado un insensato. Ahora parecen profetas.

—La expansión ferroviaria es inevitable —dijo Ezra con calma—. Une ciudades, reduce tiempos, abre mercados. Quien posea hierro y carbón en estos tiempos, posee poder.

—Y quien posea barcos, aún más —añadió Alexander—. Hace unos días hablé con el conde de Wetherby; sus astilleros en Liverpool están construyendo buques mercantes a un ritmo que

dobla el de hace tres años. La demanda hacia las colonias es casi inabarcable.

Jackson apoyó el codo en el brazo del sillón, girando la copa con un movimiento lento.

—Yo mismo he invertido en el transporte marítimo. El té de la India y la seda china generan beneficios insultantes para quienes saben adelantarse a las fluctuaciones de precios.

—¿Y el riesgo? —preguntó Ezra—. Demasiados capitanes poco fiables, demasiados cargamentos perdidos por negligencia o tormentas.

—Por eso invertí en aseguradoras —replicó Jackson con una sonrisa ladeada—. Si el barco llega, gano. Si no llega… también gano. El truco está en diversificar.

Alexander soltó una risa grave.

—El pragmatismo de un conde con los pies bien puestos en la tierra.

—Pragmatismo, sí, pero con visión de futuro —respondió Jackson—. Muchos de nuestros colegas siguen creyendo que la riqueza solo proviene de las tierras heredadas y las rentas agrícolas. Están condenados a la ruina si no despiertan.

Ezra escuchaba con ojos entrecerrados, como un estratega que evalúa un tablero invisible.

—La aristocracia se sostiene porque sabe adaptarse, o porque sabe disfrazar sus cambios —dijo al fin—. El viejo dinero invierte en el nuevo mundo, pero lo hace desde las sombras, como si fuera indigno confesar que gana dinero fuera de sus haciendas.

—Una hipocresía necesaria —comentó Alexander—. Si dijeran abiertamente que especulan en la bolsa o que financian fábricas, perderían ese halo romántico de custodios del honor ancestral.

—Un halo cada vez más caro de mantener —añadió Jackson con ironía—. Los bailes, las cacerías, las residencias de

verano… todo consume y poco produce. En cambio, un par de acciones bien elegidas pueden generar en meses lo que una finca produce en años.

Ezra dio un sorbo lento a su copa.

—Eso es lo que separa a los hombres que entienden el poder de los que solo lo heredan. El primero crea, el segundo consume.

El comentario quedó flotando en el aire unos segundos, acompañado por el crepitar de la chimenea. Alexander sonrió con una chispa de complicidad.

—Hablas como si fueras un industrial, Ezra.

El vizconde arqueó una ceja.

—Tal vez lo soy. No poseo tierras extensas ni un título más allá del vizcondado, pero tengo lo suficiente para actuar con libertad. Prefiero invertir en lo que veo crecer con mis propios ojos, no en hectáreas de cultivo que dependen del clima y del capricho de los arrendatarios.

—Siempre te he admirado por eso —dijo Jackson—. Eres un hombre que sabe adaptarse… y eso es raro entre los nuestros.

—No tanto como creéis. Hay un puñado de hombres que piensan igual, pero se callan porque temen ser juzgados. Londres necesita que la vieja aristocracia parezca intocable, aunque la realidad sea muy distinta.

Alexander lo miró con un brillo astuto.

—Y hablando de realidades distintas… hoy vi a alguien que seguro te interesa. Lady Violet.

El nombre cayó con el peso de un martillo. Ezra no parpadeó, pero el leve temblor en su mano no pasó desapercibido.

—¿Ah, sí? —su tono fue contenido.

—Sí —respondió Alexander con fingida inocencia—. Y debo decir que los rumores alrededor de ella son abundantes. La mitad del parque parecía girar en torno a su presencia. Los caballeros la

miraban como si jamás hubiesen visto a una viuda. Y si no te das prisa… acabará casándose con otro.

Ezra dejó la copa con un golpe seco sobre la mesa.

—¡Haylock!

La puerta se abrió de inmediato; su hombre de confianza parecía haber estado esperando.

—¿Señor?

—Quiero que te conviertas en la sombra de Violet. Necesito saber qué hace, con quién habla, si recibe cartas… todo, absolutamente todo.

—Así será, señor. —Haylock se inclinó y salió con la rapidez de un soldado bien entrenado.

Ezra exhaló con fuEzra. Volvió a su asiento, pero la compostura anterior había desaparecido. Se sirvió otro trago, más generoso.

Alexander lo observaba con una sonrisa ladeada.

—Vaya, vaya… el rey de los clubes clandestinos, el hombre que hace temblar a los acreedores con una firma… perdiendo la calma por una viuda. Quién lo diría.

Ezra le lanzó una mirada helada.

—No te ofendas —añadió Alexander, divertido—. Me resulta refrescante. Todos tenemos nuestro talón de Aquiles.

Jackson giró la cabeza hacia el fuego, intentando escapar de la tensión. En su mente apareció un nombre: Felicity. ¿Dónde estaría? ¿Por qué cada intento de hallarla acababa en un muro?

Alexander retomó la palabra, como quien no puede resistir un golpe final:

—No te preocupes, Ezra. Nadie te la arrebatará… siempre que te decidas a moverte con la misma eficacia con la que manejas tus negocios. —Se inclinó hacia atrás, sonriendo con provocación—.

Claro que… hay caballeros con menos escrúpulos que tú. Y Violet parece muy abierta a nuevas atenciones.

Ezra cerró el puño sobre la rodilla.

—Eso no pasará.

—Eso espero, amigo —dijo Alexander, levantándose con calma—. Porque, si no, Londres tendrá un espectáculo que ni la Bolsa podría igualar.

El silencio se instaló unos segundos, roto solo por el péndulo y el chisporroteo del fuego. Jackson dejó la copa sobre la mesa.

—Deberíamos irnos. Ha sido una velada… instructiva.

—Muy instructiva —dijo Alexander, con media sonrisa dirigida a Ezra.

Ezra los acompañó hasta el vestíbulo, su mente en otro lugar: un lugar donde Violet caminaba entre murmullos y miradas, y cada hombre era un rival potencial.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, el vizconde regresó al salón, se dejó caer en el sillón y llenó su copa hasta el borde. La sostuvo un instante, con la mandíbula apretada.

—Mía —susurró antes de beber de un trago.

Capítulo 19



El espejo ovalado reflejaba a una mujer que, siete años atrás, habría dudado en reconocerse. Violet se observó en silencio, midiendo cada detalle con la precisión de quien se prepara para una batalla más que para un baile. Su vestido negro, de seda ligera, caía en un vuelo elegante que realzaba la esbeltez de su figura sin una sola concesión a la timidez. El escote discreto, apenas insinuado, dejaba ver la curva de sus clavículas, adornadas con un sencillo collar de ónix, herencia de su madre.

Clarisse ajustaba el último broche de la manga mientras Whendolyn, la dama de compañía, sostenía la capa de satén y una pequeña bolsa de mano de cuentas negras.

—*Milady* —murmuró Whendolyn, con el tono correcto de deferencia—, el carruaje estará listo en unos minutos.

—Bien —respondió sin apartar la vista de su reflejo—. ¿Está todo dispuesto tal como lo pedí?

—Sí, señora. La invitación fue aceptada de inmediato. La anfitriona parecía… complacida con su asistencia.

Violet dejó escapar una pequeña sonrisa. Claro que lo estaba. Tras siete años de ausencia, su presencia en una fiesta iba a despertar a todos los espíritus aburridos de Londres.

—Clarisse, tráeme los guantes largos de encaje negro. — Su voz sonó firme, segura.

—Sí, señora.

Mientras la doncella se movía con diligencia, Violet ajustó la caída del vestido. Había elegido deliberadamente aquel color y aquel corte: sobriedad mezclada con un toque de desafío. No era una viuda que se ocultaba detrás de un velo de luto; era una mujer que lo llevaba como un estandarte.

Whendolyn, que observaba con el ceño ligeramente fruncido, no pudo evitar comentar:

—*Milady*, si se me permite… ¿desea realmente asistir a esta fiesta? Podría ser incómodo después de tanto tiempo.

Violet giró la cabeza hacia ella, con la serenidad de alguien que había ensayado la respuesta durante días. Entendía la preocupación de su dama de compañía, puesto que habían vivido juntas desde que se casó con Foster. Sin embargo, era el momento del cambio.

—Precisamente por eso, Whendolyn. He pasado años evitando estas fiestas, evitando miradas y comentarios. ¿Y qué conseguí? Ser invisible. —Ajustó la hebilla de su bolso con un chasquido seco—. Hoy, no. Hoy voy a recordarles quién soy.

Clarisse volvió con los guantes y los entregó con cuidado. Violet los deslizó sobre sus brazos, disfrutando de la sensación del encaje sobre su piel. Luego tomó la capa y dejó que Whendolyn la colocara sobre sus hombros.

—No olvide la invitación, *milady* —recordó la doncella.

Violet alzó la tarjeta de cartulina grabada con letras doradas. Aquella pieza de papel era mucho más que un pase social: era la llave de su venganza. La anfitriona, una condesa más dada a las intrigas que a la filantropía, había enviado la invitación con una nota especial: Será un honor verla de nuevo entre nosotros, *lady* Violet. No había duda de que la noticia correría.

Se giró hacia la ventana. La noche londinense, envuelta en un halo de faroles de gas, parecía otra ciudad distinta de la que había dejado atrás. Entonces, tembló un instante, no de miedo, sino de adrenalina pura: ¿y si Ezra no iba? Toda la puesta en escena,

toda la frialdad calculada… ¿para nada? Se obligó a respirar con calma.

Si él no asistía, se aseguraría de que al día siguiente supiera que había coqueteado con medio salón. Que había vuelto como una mujer libre, deseada y, sobre todo, fuera de su alcance.

—*Milady*, su hermano la espera —anunció Whendolyn.

Violet recogió su bolso, avanzó hasta la puerta y se detuvo un instante, girando la cabeza hacia el espejo. No vio una viuda dolida, sino una reina dispuesta a reclamar su escenario.

Al situarse en lo alto de la escalera observó a Benedict. Había decidido perdonarlo, no por altruismo, sino por necesidad. Lo necesitaba como escolta y como garante de su respetabilidad social. En un mundo donde la viuda sin compañía masculina era objeto de escrutinio implacable, contar con su hermano era un escudo perfecto.

Bajó despacio, sin prisa. Sintiendo cómo sus emociones la recorrían. Hoy iba a ser el principio del final para el hombre que le destrozó la vida.

—¿Lista? —preguntó Benedict, ofreciéndole el brazo con una formalidad que rozaba la rigidez.

—Más que lista —dijo, con una serenidad ensayada. Aquella noche no pertenecía a la Violet herida del pasado, sino a la mujer que había aprendido a convertir el rencor en estrategia.



El carruaje se detuvo con suavidad frente al palacio urbano de los anfitriones, un edificio de piedra clara con columnas jónicas y ventanales altos que dejaban escapar el resplandor cálido

de los candelabros. Benedict bajó primero y le ofreció la mano a su hermana. Violet aceptó el gesto con naturalidad, descendiendo con la misma elegancia con la que había planeado cada detalle de esa noche.

Una vez en el suelo, él le tendió el brazo. Ella lo tomó sin vacilar, consciente de la imagen que proyectaban: una viuda distinguida, acompañada por un hermano que sellaba con su presencia su respetabilidad social. Cada paso que daban sobre el empedrado era parte de su estrategia: aquella noche no había espacio para la improvisación.

El vestíbulo los recibió con el murmullo de un centenar de conversaciones y el reflejo vibrante de la luz sobre el mármol. Más allá, el salón de baile desplegaba un mar de colores: candelabros de cristal que derramaban un resplandor dorado, mesas con fuentes de frutas y copas de vino, cortinas bordadas que caían como cascadas sobre los ventanales.

Atravesó el umbral con paso firme, el brazo de Benedict guiándola con seguridad, pero sin robarle protagonismo. Cada detalle de la escena parecía diseñado para intensificar aquel momento: el resplandor de los candelabros de cristal reflejándose en los espejos dorados, el vals en do menor interpretado por la orquesta, el perfume de rosas y vino impregnando el aire.

El rumor comenzó de inmediato, primero como un murmullo apenas audible, luego como un murmullo evidente:

—Es ella…

—Lady Violet…

—¡Qué sorpresa, después de tantos años!

Violet mantuvo la barbilla elevada, sin una sola vacilación. La curva de sus labios, apenas perceptible, se inclinó hacia una sonrisa que no pedía permiso. La sensación de control la envolvía con una claridad brutal: ella había planeado cada gesto, cada mirada y cada respuesta para esa noche.

Algunas mujeres reaccionaron con sonrisas tensas, ocultas tras abanicos apresurados; otras, con la frialdad calculada de quienes no soportaban ver interrumpida su jerarquía social. Los hombres, en cambio, la observaban con un interés sin disimulo, como si siete años de ausencia hubieran convertido su figura en una leyenda viva.

Violet percibió todo aquello con una mezcla de satisfacción y un leve cosquilleo de ansiedad. ¿Estaría Ezra entre esas miradas? ¿La contemplaría desde algún rincón oscuro, como solía hacer cuando la tensión entre ellos amenazaba con romperse? No lo sabía, pero lo sentía posible. Y si no estaba… bueno, se encargaría de que alguien le contara cada detalle de su triunfo social.

Benedict bajó la voz mientras la guiaba hacia el centro del salón, con una media sonrisa que mezclaba asombro y resignación.

—Has logrado exactamente lo que querías.

Violet ladeó apenas los labios, permitiendo que una chispa de diversión se filtrara en su expresión sin perder la compostura.

—Todavía no —respondió con suavidad, como si sus palabras fuesen un secreto compartido—. Para eso necesito un favor.

—Dilo —pidió él, aunque intuía que no sería una simple petición.

—Baila conmigo, Benedict. Si vas a ser mi escolta esta noche, al menos gánate el perdón que te he concedido.

Él parpadeó, sorprendido por el matiz de su tono: mitad broma fraterna, mitad orden incuestionable. Durante un segundo pareció querer replicar, pero se limitó a asentir con seriedad.

—Como desees.

El maestro de ceremonias, atento a cada movimiento del salón, anunció el siguiente vals con una voz clara que se alzó sobre el murmullo general. Las primeras notas del piano llenaron la estancia, seguidas por la melodía de los violines. Los pasos de las

parejas comenzaron a marcar el compás, pero cuando los Whitmore se situaron en el centro del salón, el ambiente cambió.

Violet extendió su mano con una seguridad estudiada, dejándola reposar sobre el hombro de su hermano, mientras la otra se deslizaba con precisión hasta la palma de Benedict. En su porte había una elegancia deliberada, un mensaje silencioso que nadie podía malinterpretar: no era una viuda tímida regresando a la sociedad; era una mujer que reclamaba su espacio como si nunca lo hubiese abandonado.

Las miradas se intensificaron. Hubo abanicos que se cerraron con un chasquido repentino, conversaciones que se interrumpieron a media frase y un par de jóvenes caballeros que intercambiaron una mirada rápida, como si estuvieran evaluando las posibilidades de acercarse en cuanto la música cesara.

Violet lo notó todo y sonrió para sus adentros. Había calculado con precisión ese efecto. Cada pliegue de su vestido, cada joya y cada paso eran parte de una estrategia: deslumbrar, incomodar y, sobre todo, recordarle a Londres que la niña que una vez humillaron había desaparecido, dejando en su lugar a una mujer imposible de ignorar.

El vals transcurrió con una solemnidad perfecta. No hubo un gesto de exceso, ni una carcajada inapropiada, ni una cercanía fraterna exagerada; solo la armonía de dos personas que sabían que todos los ojos estaban puestos en ellos. Benedict, consciente del escrutinio, mantuvo el porte erguido y la expresión serena, aunque por dentro no podía dejar de preguntarse si este era el precio inevitable del perdón de su hermana: convertirse en el primer acto de un espectáculo que no terminaba de comprender.

Cuando la música llegó a su último acorde, Benedict se inclinó con una cortesía impecable, marcando la distancia con un protocolo irreprochable. Violet respondió con una reverencia exacta, calculada para transmitir respeto y, al mismo tiempo, control absoluto de la escena.

El murmullo regresó con más fuEzra, como un enjambre despertando de golpe. Conversaciones se encendieron en todos los rincones del salón, y el brillo curioso de docenas de ojos siguió cada movimiento de Violet mientras retiraba la mano del brazo de su hermano. Ya no caminaba: desfilaba, aunque sus pasos parecieran casuales.

Varios caballeros, con la excusa de saludar a Benedict, comenzaron a avanzar con sonrisas medidas y la postura estudiada de quien busca una oportunidad social. Violet percibió la intención antes incluso de que abrieran la boca: querían hablar con ella, acercarse, medir su disposición.

Su plan había funcionado a la perfección. Había captado la atención, había hecho que su nombre corriera por el salón como un rumor recién nacido.

La primera parte de su venganza estaba oficialmente en marcha.

Benedict apenas tuvo tiempo de ajustar el puño de su guante cuando el primer caballero llegó hasta ellos, inclinando la cabeza con el respeto debido.

—Lord Hargrove —saludó con formalidad—, no podía dejar pasar la oportunidad de felicitaros. Ha sido un baile memorable.

Benedict sostuvo su mirada con la cortesía exacta, respondiendo con una leve inclinación.

—Os agradezco vuestras palabras, sir Robert. Permitidme presentaros a mi hermana. Violet, este es sir Robert Elstone, un amigo de la familia.

Ella curvó los labios en una sonrisa ligera, suficiente para transmitir elegancia sin abrir la puerta de la intimidad.

—Encantada, sir Robert.

El hombre, que había comenzado la conversación con una seguridad fingida, titubeó apenas un instante ante el brillo calculado de sus ojos.

—El placer es mío, milady. Vuestro regreso es… una sorpresa grata para todo Londres.

—Londres siempre aprecia lo inesperado —replicó ella, con un tono que dejaba flotando un matiz ambiguo.

No hubo tiempo para que él desarrollara su respuesta. Otro caballero, más joven, intervino con un gesto ensayado.

—*Milady*, soy lord Felton. —Su reverencia fue impecable, pero sus ojos traicionaban una curiosidad nada disimulada—. Os ruego me disculpéis la osadía, pero ¿aceptaríais un lugar en mi lista de baile?

Violet sostuvo su mirada un instante más de lo socialmente aceptable, sin perder la sonrisa.

—Os lo haré saber, lord Felton, si mi agenda lo permite.

Un leve carraspeo de Benedict interrumpió la tensión creciente, recordando a todos que, al menos de momento, Violet estaba bajo su protección. El tercero en acercarse, un capitán del ejército con uniforme de gala, aprovechó la pausa.

—Lady Violet, soy el capitán Andrews. Me honra finalmente conoceros. He oído hablar de vuestra estancia en Devon; dicen que vuestro jardín rivaliza con los mejores del condado.

—El mérito es de la tierra —respondió Violet, dejando que un atisbo de sonrisa curvara sus labios—. Yo solo me limité a mantener alejadas las malas hierbas.

El comentario provocó una breve risa entre los presentes, aunque el doble sentido no pasó desapercibido. El capitán, con un destello de audacia, añadió:

—Un talento digno de admiración. No todo el mundo sabe distinguir qué debe permanecer y qué debe cortarse.

Violet bajó un poco la barbilla, estudiando su expresión antes de contestar:

—Esa lección, capitán, la enseñan los años… y la paciencia.

Benedict, que había permanecido en silencio hasta entonces, decidió intervenir.

—Señores, agradecemos su cordialidad. Mi hermana acaba de regresar y aún tiene mucho que descubrir esta noche.

El tono era correcto, pero el mensaje era claro: Violet no quedaría cercada por atenciones excesivas. Aun así, cuando los hombres se retiraron, la sala seguía vibrando con susurros. Violet lo percibió y sonrió interiormente. Cada palabra, cada mirada, cada gesto, estaba creando justo el rumor que había planeado.

—Te observan todos —murmuró Benedict, inclinando apenas la cabeza hacia ella.

—Ese era el objetivo —replicó Violet con frialdad contenida —. Que sepan que volví y que no pienso ocultarme.

Las siguientes notas de música comenzaron a flotar en el salón, un vals más rápido que el anterior. Dos damas al fondo cuchicheaban detrás de sus abanicos, y un grupo de jóvenes debutantes la seguía con la mirada como si fuera un ejemplo de audacia difícil de imitar.

Violet avanzó un paso, dejando que la falda del vestido girara apenas, suficiente para captar la atención de algunos hombres cercanos. No se trataba de coquetería vulgar, sino de control absoluto: estaba dictando el ritmo de la velada.

Y entonces lo sintió. Una mirada distinta, fija, desde el otro extremo del salón. No era la curiosidad superficial de los demás, sino una tensión conocida, capaz de erizarle la piel. Violet no necesitó buscar demasiado para confirmar lo que ya intuía: Ezra Whitmore había llegado.

No se movió. No se permitió el más mínimo cambio en su expresión. Si él quería acercarse, tendría que hacerlo delante de todos, sin la ventaja de la sombra ni de la discreción.

El juego apenas comenzaba.

Capítulo 20



La puerta principal del salón se abrió con un leve chirrido amortiguado por la alfombra persa del vestíbulo. Un lacayo anunció con voz firme la llegada de dos invitados más, y un murmullo expectante recorrió la estancia. Ezra y Jackson hicieron su entrada con la naturalidad de quienes están acostumbrados a convertirse en el centro de las miradas. Ambos vestían impecables: Ezra con un traje oscuro que realzaba la amplitud de sus hombros y el porte recto de su figura; Jackson con chaleco gris perla y la elegancia sobria que lo caracterizaba.

El murmullo del salón no se detuvo por cortesía, sino por sorpresa. No era habitual que Ezra acudiera a fiestas sociales; muchos se preguntaban si aquello no era una señal de que algo había cambiado. Los más suspicaces ya intuían el motivo: Violet.

No necesitó buscarla demasiado. Bastó un barrido lento de su mirada para encontrarla en el centro del salón. Y por un instante, la memoria le jugó una trampa cruel: recordó con absoluta claridad la primera vez que vio a Violet en un baile, durante su debut, cuando era apenas una jovencita temblorosa que bailaba con su padre, el difunto barón de Hargrove. Entonces, sus pasos eran inseguros y sus mejillas ardían cada vez que alguien la miraba demasiado.

Pero aquella joven había desaparecido.

El sonido de la orquesta llenaba el espacio con un ritmo envolvente, y Violet giraba tomada del brazo de Benedict con la ligereza de quien domina cada paso. Llevaba el cabello recogido en un peinado de bucles, con pequeños destellos de luz atrapados en el

tono rojizo de su melena, como si cada hebra ardiera al contacto con los candelabros. Su vestido negro, de seda ligera, caía con la precisión de un corte hecho para seducir sin vulgaridad: el escote discreto sugería más de lo que mostraba, la cintura marcada dibujaba la curva perfecta de su silueta, y la falda, al girar, dejaba entrever apenas el movimiento de sus zapatos de satén.

Ezra sintió que el pecho se le contraía. No había visto a Violet de esa manera en años: radiante, segura, dueña absoluta de cada mirada que se posaba sobre ella. Y sabía, con la certeza de un golpe en el estómago, que aquello no era casualidad. Se había vestido para provocar. Para recordarle que no le pertenecía, que podía estar en un salón rodeada de pretendientes y no necesitarlo a él para nada. Alexander había tenido razón: si no actuaba pronto, la perdería.

Jackson notó el leve endurecimiento en el rostro de su amigo, la forma en que sus dedos se tensaron al ajustar el guante de la mano izquierda.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, bajando la voz.

Ezra no respondió de inmediato. Sus ojos seguían fijos en ella. Cada giro de Violet con Benedict parecía un desafío. Y aunque sabía que era su hermano, la imagen de otra mano rodeando su cintura encendía un fuego incómodo en sus entrañas.

El vals llegó a su último acorde. Benedict se inclinó con una cortesía impecable, marcando la distancia con un protocolo irreprochable, y Violet respondió con una reverencia perfecta, calculada para transmitir respeto y, al mismo tiempo, control absoluto de la escena. No había dulzura fraterna en sus gestos, sino una teatralidad medida para la audiencia.

Ezra lo percibió con claridad: Violet había planeado cada detalle de esa entrada, de ese baile, de esa sonrisa breve mientras caminaba con paso deliberadamente pausado hacia un rincón del salón.

No está aquí para esconderse, está aquí para desafiarme.

Pensó en avanzar, en interponerse entre ella y cualquier otra mirada masculina, pero contuvo el impulso. El aire le pesaba en los pulmones. Solo se movió cuando vio cómo varios caballeros, con la excusa de saludar a Benedict, empezaban a acercarse. Sus gestos eran estudiados: sonrisas medidas, reverencias exactas, un brillo demasiado evidente de interés cuando sus ojos se posaban en Violet. Ella lo notó, por supuesto, y sonrió con una calma que lo desconcertó.

Su mandíbula se tensó. Podía sentir la sangre bombeando en las sienes. Cada vez que uno de esos hombres inclinaba la cabeza hacia ella, algo en su interior gritaba. El vaso de cristal que había tomado de una bandeja tembló ligeramente en su mano; lo apoyó con rapidez para evitar romperlo.

Jackson, que llevaba años leyendo sus cambios de humor, le dio una palmada ligera en la espalda, interrumpiendo esa espiral de celos que comenzaba a consumirlo.

—Vamos a beber, amigo —dijo con tono neutro—. Creo que esta velada va a ser bastante peculiar.

Él giró la cabeza apenas, como si saliera de un trance.

—Sí —respondió con voz baja.

Ambos caminaron hacia el lugar donde varios lacayos servían copas de champán y brandy. Ezra avanzaba con la espalda recta, el porte de un hombre acostumbrado a los desafíos, pero sus ojos no se apartaron de Violet ni un segundo. Ella, mientras tanto, inclinaba la cabeza con ese movimiento suave que había perfeccionado en su juventud, aceptando los cumplidos de uno de los caballeros con una sonrisa breve pero suficiente para encender más rumores. El modo en que ella desvió la mirada hacia otro pretendiente, con un destello casi travieso en sus ojos, fue como una daga girando en el pecho de Ezra.

Se sirvió una copa de brandy con un movimiento seco, y el cristal tintineó con un sonido más fuerte de lo necesario. Jackson,

apoyado con naturalidad en el mostrador improvisado, lo observó de reojo.

—Si la miras con esa intensidad —comentó con una media sonrisa—, cualquiera pensará que estás a punto de cruzar el salón para arrancarla de su grupo de admiradores.

Ezra no respondió, pero el músculo de su mandíbula se movió.

Desde su posición, podía ver con claridad el modo en que Violet inclinaba ligeramente el cuerpo hacia uno de los hombres, escuchando con atención sus palabras, aunque sin acercarse demasiado. No era vulgar, no era torpe: era sutil, deliberada, una mujer que sabía cómo manejar el interés de los demás sin entregar nada. Eso lo enfureció aún más porque comprendió el mensaje oculto: estaba jugando un papel, y él era su espectador obligado.

—Esto es una provocación —murmuró sin darse cuenta.

Jackson arqueó una ceja.

—¿Qué lo es?

—Ella. Todo esto. Su vestido, su entrada, su baile.

—Es una viuda joven y hermosa, Ezra. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Sentarse en un rincón con una taza de té y esperar a que el mundo la olvide?

—Esperaba… —Ezra se detuvo.

¿Qué esperaba exactamente? ¿Que Violet siguiera siendo aquella joven herida, encerrada en su orgullo? La realidad era otra: ahora estaba frente a una mujer dueña de sí misma, y el hecho de que no lo necesitara lo golpeaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Su mirada volvió a fijarse en ella. Cada risa que escapaba de sus labios lo empujaba un paso más cerca del límite. Recordó lo que Alexander había dicho días atrás: «Si no te mueves con rapidez, alguien más ocupará tu lugar».

La idea de perderla de nuevo era insoportable. Había pasado demasiados años arrepintiéndose, demasiado tiempo imaginando otra oportunidad, y ahora que estaba frente a él, esa oportunidad se le escurría como agua entre los dedos.

Violet giró ligeramente, y sus ojos se encontraron por un segundo. No hubo vacilación en sus ojos: lo miró con la serenidad de quien tiene el control, y luego volvió a su conversación con otro caballero, dejando claro que su atención no le pertenecía.

Ezra sintió una punzada en el estómago. Su respiración se volvió más lenta, pesada, mientras apoyaba la copa en la mesa con más fuEzra de la necesaria.

—No va a pasar —dijo, casi para sí mismo.

Jackson se giró hacia él.

—¿Qué no va a pasar?

Ezra se tomó un segundo antes de contestar, con un tono bajo y helado:

—Que vuelva a perderla.

Capítulo 21



Violet sabía que se acercaba sin necesidad de verlo.

No porque alguien se lo advirtiera, sino porque lo sintió: esa presión única que el vizconde de Ashbourne siempre llevaba consigo, una mezcla de rabia contenida y control forzado que alteraba el aire. Sus dedos, enguantados en encaje negro, se afirmaron sobre el brazo de Benedict mientras inclinaba la cabeza con fingido interés hacia un caballero que acababa de saludarla. Su oído registraba palabras triviales, aunque toda su atención estaba centrada en la figura que avanzaba desde el otro extremo del salón.

El porte seguía intacto: espalda recta, paso firme, mirada fija. A su lado, Jackson Hastings irradiaba elegancia, casi amortiguando la dureza del momento, como si su sola presencia pudiera suavizar el filo de lo que se avecinaba.

Una sonrisa mínima se dibujó en los labios de Violet. Lo había conseguido. La había visto hablar con otros hombres y, en lugar de retirarse con orgullo herido, Ezra cruzaba el salón con determinación.

Benedict lo notó un segundo después. Sus hombros se tensaron bajo la chaqueta, y un brillo húmedo le asomó a la frente.

—Oh, no… —susurró, apenas moviendo los labios.

—¿Qué ocurre? —preguntó Violet con fingida inocencia, manteniendo la sonrisa.

—Vienen hacia aquí —explicó con un tono propio de quien contempla una catástrofe inminente.

—Perfecto.

Apretó con suavidad su brazo, tranquilizándole con un gesto calculado. Disfrutaba de esa incomodidad: Benedict era un hombre correcto, incapaz de afrontar un conflicto social, y ahora tenía junto a él a su hermana, la misma que medio Londres había dado por acabada, frente al vizconde de Ashbourne, el autor del escándalo que había marcado sus vidas, y al conde de Everton, cuya sola presencia bastaba para suscitar rumores.

El ambiente cambió. Como una ola invisible, el rumor de conversaciones se apagó. Abanicos que antes latían con nerviosismo quedaron inmóviles. Miradas de todos los rincones confluyeron hacia el pequeño núcleo formado por Violet, Benedict, Ezra y Jackson.

Todos conocían la historia.

Todos habían escuchado sobre aquel compromiso roto y el escándalo que lo rodeó. Y ahora, la protagonista de aquel drama enfrentaba sin titubeos al hombre que la había humillado.

Ezra se detuvo a menos de un metro. Jackson, siempre atento a la etiqueta, rompió el silencio:

—Lord Hargrove —saludó con una inclinación de cabeza hacia Benedict—, un honor coincidir al fin en persona.

Benedict, con la boca seca, apenas logró asentar.

—Lord Everton… el honor es mío.

Jackson dibujó una sonrisa cortés antes de dirigirse a Violet. Tomó su mano enguantada y la rozó con los labios en un gesto impecable.

—Lady Violet, un placer conocerla por fin.

—Lord Everton, el placer es mío —replicó ella con una dulzura medida que sonó a desafío.

Ezra avanzó un paso. Su turno había llegado. La tensión se reflejaba en la rigidez de su mandíbula, en las manos que aparentaban calma sin tenerla. Inclinó la cabeza con un gesto breve.

—Lady Violet.

Ella lo miró sin pestañear. Siete años había esperado este instante, siete años para poder observarlo sin miedo, sin el temblor del dolor, con el fuego del resentimiento y la serenidad de una mujer que había dejado de ser una víctima.

—Buenas noches… señor Grey.

El murmullo del salón se quebró. Un silencio pesado cubrió el espacio. Abanicos inmóviles, copas detenidas, pasos que no alcanzaban el siguiente compás. Incluso la orquesta titubeó una nota.

Ezra permaneció inmóvil, clavando la vista en ella. No era solo la sorpresa de ser reconocido a pesar del disfraz con el que se había ocultado en el club y en el lupanar. Era el descubrimiento de que Violet lo había sabido siempre, que había caminado junto a él, lo había escuchado, tolerado… y callado.

Una oleada de incredulidad le recorrió el cuerpo. ¿Cuánto tiempo lo había sabido? ¿Desde la primera vez que se encontraron en el club? No importaba. Lo esencial era evidente: ella no había huido, no lo había delatado, no había puesto un océano entre ellos. Había permanecido a su lado.

Un destello de esperanza se abrió paso en su pecho con tanta fuEzra que dolió. Si Violet había reconocido su voz, sus gestos, la forma en que la observaba, y aun así había continuado allí, había una posibilidad de recuperar lo perdido.

Ezra inspiró hondo y clavó los ojos en ella. Su voz salió controlada, casi ceremoniosa:

—Buenas noches… señor Black.

Jackson giró la cabeza hacia él, incrédulo; Benedict, tenso, no entendía nada. Sus miradas iban de Violet a Ezra y de Ezra a Jackson, buscando una respuesta que nadie ofrecía. La tensión era tal que parecía poder cortarse con un cuchillo.

Violet sonrió con una curva medida. Movió el abanico con lentitud provocadora, cada gesto un desafío calculado.

—¿Pensabas que no te reconocería con ese disfraz absurdo? —inquirió, su tono impregnado de sarcasmo, orgullo herido y un dolor que resonaba tras la fachada fría.

Ezra sostuvo la mirada sin ceder terreno.

—Jamás he dudado de tu inteligencia, querida —replicó con voz firme—. Creí que siete años eran tiempo suficiente para que olvidaras cómo era.

El murmullo regresó, suave al principio, luego creciente. La alta sociedad de Londres contenía el aliento, cada abanico alzado ocultando sonrisas, cuchicheos o miradas descaradas. El escándalo se estaba gestando ante sus ojos, y Violet lo sabía.

Ella dejó que el abanico continuara su danza un segundo más, luego sonrió con insolencia y lo cerró de golpe, el chasquido seco resonando como un látigo.

—Jamás olvidaría al hombre que me hizo tanto daño —expresó con firmeza.

La frase cayó como un desafío en medio del salón. Violet giró el rostro, tomó el brazo de Benedict con un gesto tajante y comenzó a caminar con la determinación de quien abandona un campo de batalla en el momento exacto.

Benedict, sorprendido por la firmeza de su hermana, apenas alcanzó a seguirle el paso.

Jackson, que había seguido cada matiz en la expresión de Ezra, percibió el riesgo inminente. Conocía demasiado bien a su amigo: la vena marcada en la sien, la presión de sus dedos sobre el bastón, la mandíbula tensa… todo indicaba que la compostura podía quebrarse en cualquier instante.

Se adelantó un paso, interponiéndose con naturalidad entre ambos bandos.

—No les molestamos más —intervino con voz tranquila pero cargada de autoridad—. Confío en que disfruten de la velada.

Benedict asintió con un alivio evidente, casi agradecido por la salida que se le ofrecía.

—Muchas gracias, lord Everton —pronunció, esforzándose por recuperar un tono cordial.

Violet giró la cabeza con elegancia estudiada y lo miró con una expresión sorprendentemente serena.

—Ha sido un placer —afirmó, y su voz sonó tan suave como la hoja de un cuchillo recién afilado.

Ezra seguía inmóvil, como si el suelo hubiera atrapado sus botas. Todo su cuerpo pedía permanecer allí, enfrentarse a esa lengua afilada que había decidido usar su nombre falso como un arma. Sentía el impulso de dar un paso, de replicar, de derribar cada muro que ella había levantado entre los dos. Sin embargo, la presencia de un centenar de ojos atentos y oídos hambrientos de escándalo lo frenó.

Respiró hondo, inclinó la cabeza con una solemnidad medida y se apartó. Dio un paso atrás, luego otro, hasta colocarse de nuevo junto a Jackson.

Mientras avanzaban hacia la salida, Jackson no pudo contenerse:

—¿Vas a explicarme qué ha pasado ahí dentro? Esa forma de llamaros señor Grey y señor Black… ¿qué demonios significa?

Ezra se detuvo un instante y lo miró con una chispa distinta en la mirada, mezcla de reto y camaradería.

—Te lo contaré —prometió— si aceptas beber conmigo toda la noche.

Jackson arqueó una ceja, sorprendido, aunque una sonrisa torcida cruzó su rostro.

—Hecho.

Siguieron caminando. La tensión del salón pareció liberar un suspiro contenido al verlos salir. Abanicos volvieron a agitarse, conversaciones renacieron como un coro ahogado, y alguna

carcajada nerviosa estalló en el rincón más alejado. Todo Londres sabría al amanecer que Violet Merrinton y Ezra Whitmore habían cruzado espadas en medio de una fiesta.

En el exterior, el aire frío de la noche les golpeó el rostro. Subieron al carruaje con un movimiento automático, como si los pies aún se resistieran a aceptar el final de la escena.

Ezra se acomodó en el asiento, apoyó el codo en la ventanilla y cerró los ojos por un momento. La imagen de Violet permanecía fija: la sonrisa altiva, el movimiento calculado de su abanico, el fuego de su mirada al pronunciar esas palabras que seguían resonando en su cabeza:

«Jamás olvidaría al hombre que me hizo tanto daño».

No podía borrar esa herida, aunque sí podía intentar algo distinto: tender un puente sobre las ruinas. Lo haría, costara lo que costara. Esa noche había comprendido que, pese al dolor y el orgullo, Violet había decidido permanecer a su lado cuando pudo haber huido.

El carruaje se puso en marcha, alejándose del murmullo de la fiesta. Dentro, el silencio era denso, cargado de determinación y una esperanza peligrosa. Ezra abrió los ojos, miró la oscuridad de Londres a través de la ventanilla y pensó en una sola cosa: la próxima vez que la tuviera delante, no la dejaría escapar.

Capítulo 22



Había pasado una semana desde aquella noche en la que Violet se enfrentó a Ezra delante de toda la alta sociedad londinense.

Siete días en los que su sonrisa altiva, sus palabras cargadas de hielo y la réplica de él —esa réplica seca, afilada, pronunciada con un control que apenas logró sostener— seguían resonando en su memoria. Creyó que sentirse dueña de la situación apagaría el fuego que llevaba dentro, que su venganza comenzaba a cumplirse. No fue así.

Ezra había desaparecido de Londres.

Los clubes, las cenas privadas, incluso las reuniones donde siempre se le veía rodeado de los hombres más influyentes, habían dejado de mencionar su nombre. Era como si la ciudad lo hubiera tragado.

«¿Por qué me importa?».

No debería de hacerlo. Si se había marchado, si había huido, la lógica decía que ella había ganado. Y, sin embargo, una punzada incómoda se instalaba en su pecho cada vez que pensaba en él lejos, inaccesible.

«¿Cómo continuar mi venganza si no está aquí?».

Violet se obligó a apartar la mirada del recuerdo y centrarse en el periódico de la mañana. Estaba sentada en el salón principal de su vivienda, un espacio elegante, con paredes cubiertas de seda gris, un reloj de pie marcando el ritmo pausado del silencio y la luz de la chimenea aportando un resplandor cálido al ambiente.

El olor a cera pulida y flores frescas de un jarrón sobre la consola flotaba en el aire.

Extendió el diario sobre la mesa de té y lo abrió directamente en la sección social. Como esperaba, su nombre aparecía varias veces:

«La viuda de lord Meriden hace su reaparición y causa tanto revuelo como hace siete años».

«¿Es Violet Merrinton la nueva reina del escándalo o un ejemplo de independencia femenina?».

Alzó una ceja con desdén. Esos cronistas solo veían el brillo superficial y el morbo de un enfrentamiento social. Ninguno se preguntaba por qué había elegido aquel vestido negro ni por qué había decidido enfrentarse de forma tan directa al hombre que la había humillado.

El chasquido de la puerta interrumpió sus pensamientos. La señora Whendolyn entró con paso firme, llevando una bandeja plateada con un solo sobre.

—*Milady* —anunció con su tono suave pero eficaz—, ha llegado correspondencia para usted.

Violet no levantó la cabeza de inmediato. Desde aquella noche, las invitaciones se habían multiplicado. Cenas, bailes, meriendas en jardines y hasta almuerzos de damas, todos querían su presencia. No por cortesía, sino porque esperaban otro escándalo que convirtiera su fiesta en la más comentada de Londres.

—¿De quién se trata esta vez? —preguntó con un deje de cansancio.

Whendolyn, sin embargo, tenía una expresión distinta. Una leve sonrisa apareció en su rostro, casi un destello de satisfacción.

—Esta carta no es una invitación, *milady*. El remitente es un tal señor Dalton, director de un orfanato.

Eso captó la atención de Violet al instante. Dejó el periódico a un lado y extendió la mano.

—¿Un orfanato?

Whendolyn asintió, colocando el sobre sobre la bandeja con un gesto ceremonioso.

—Sí. Refugio del Buen Corazón se llama.

Un latido se le escapó con fuEzra en el pecho. El nombre evocó un recuerdo inmediato: su madre, con un chal gris sobre los hombros, colocándole un lazo en el cabello y diciéndole con dulzura: «Recuerda, hija, ellos no necesitan lástima, necesitan respeto.»

Tomó el sobre con cuidado y observó el sello: sencillo, con una rama de olivo rodeando el nombre de la institución. Rasgó la cera y desplegó la hoja:

«Lady Violet Merrinton:

Nos hemos enterado de su regreso a Londres y sería un honor recibirla en el orfanato que su madre fundó y sostuvo con tanta generosidad.

Deseamos mostrarle el estado actual de la institución y de los niños a los que tanto bien hizo la difunta baronesa Hargrove.

Con el mayor respeto,

Gregory Dalton, Director».

Violet se quedó inmóvil, con la vista fija en la firma. Gregory Dalton… ese nombre no le decía nada. En su infancia había otro director, severo y con un ceño permanente, al que su madre, con su ternura inagotable, lograba suavizar.

El recuerdo regresó con fuerza: ella, con apenas ocho años, esperando a su madre en la cocina mientras el pan recién horneado llenaba la casa con su aroma. «Vas a repartir sonrisas hoy, Violet», le decía la baronesa mientras la ayudaba a ponerse un abrigo demasiado grande para su talla. «Estos niños necesitan ver que alguien se preocupa por ellos tanto como yo me preocupo por ti».

Violet sintió un nudo en la garganta. Había abandonado aquel legado al casarse y más tarde al aislarse en Devon. Benedict nunca se interesó, siempre ocupado con juegos y apuestas. ¿Qué habría sido del orfanato durante esos siete años? Se levantó, dobló la carta con cuidado y se la guardó en el bolsillo de su chal.

—Que preparen el carruaje, Whendolyn. Partiré en media hora.

La dama de compañía asintió con una leve inclinación, y su expresión adquirió un matiz de aprobación.

—Enseguida, *milady*.

Cuando se quedó sola, Violet se detuvo frente al espejo del salón. Observó su propio reflejo: no la joven ingenua de antaño, sino una mujer con cicatrices invisibles y una determinación férrea.

Por primera vez en mucho tiempo, la decisión que acababa de tomar no tenía nada que ver con la venganza. Era por su madre.



El carruaje aminoró la marcha al tomar el último recodo del camino. Violet apartó la cortinilla y sintió que el aliento se le detenía. Siete años habían pasado desde la última vez que pisó aquel lugar. Su memoria guardaba una imagen gris: paredes manchadas por la humedad, ventanas pequeñas y oscuras, un portón que siempre chirriaba al abrirse y un ambiente opresivo que parecía pesar sobre los hombros de todos los que allí vivían.

El paisaje que tenía frente a ella era otro.

El Refugio del Buen Corazón se alzaba elegante y sólido, con una fachada de piedra clara recién restaurada y contraventanas verdes que brillaban bajo el sol de la mañana. Las antiguas rejas

oxidadas habían sido reemplazadas por un portón de hierro forjado con delicados arabescos que enmarcaban el camino principal. A ambos lados, un jardín perfectamente cuidado ofrecía un mosaico de colores: arbustos recortados con precisión, parterres de flores de temporada y dos robustos árboles bajo cuya sombra se habían colocado bancos de madera pulida.

Pero lo que más impactó a Violet fueron las risas.

Un grupo de niños jugaba a la pelota con entusiasmo desbordante; otros saltaban a la comba cerca del porche mientras una niña con trenzas desordenadas reía a carcajadas. Incluso un pequeño con el cabello alborotado la miró con curiosidad desde la distancia antes de esconderse detrás de un banco, riendo con timidez.

Ese sonido infantil —vivo, libre— hizo que su pecho se apretara. Recordaba perfectamente el silencio tenso de antaño, cuando los niños apenas se atrevían a hablar más allá de un murmullo.

El carruaje se detuvo y el cochero bajó con rapidez para abrirle la portezuela.

—*Milady* —dijo con una inclinación respetuosa.

Violet descendió con calma, acomodando el chal sobre sus hombros. El aire olía a tierra húmeda, flores frescas y un leve toque metálico proveniente de la fuente situada en el centro del jardín. Sintió una punzada de orgullo al ver semejante transformación, seguida de otra de culpa: ella no había estado allí para contribuir.

La puerta principal se abrió entonces, revelando a un hombre de mediana edad, delgado, de cabello canoso cuidadosamente peinado hacia atrás. Vestía un traje oscuro impecable, un chaleco gris claro y llevaba unas gafas redondas que le conferían un aire erudito.

—*Milady* —saludó con una reverencia medida—. Soy Gregory Dalton, director del Refugio del Buen Corazón. Es un honor recibirla hoy.

—Gracias, señor Dalton. —Violet le sostuvo la mirada—. No imaginaba encontrar el lugar tan… cambiado.

El hombre sonrió con una modestia sincera.

—Me alegra escuchar eso, milady. Hemos trabajado mucho para cumplir el deseo de su madre: un orfanato alegre, un hogar en el sentido pleno de la palabra. ¿Me permite mostrarle nuestras instalaciones?

—Por supuesto.

Dalton se apartó, abriendo la puerta con un gesto. Violet entró y detuvo el paso en el umbral.

Un aroma cálido la envolvió: pan recién horneado procedente de la cocina, flores frescas dispuestas en jarrones de cerámica a lo largo del pasillo y ese olor inconfundible de madera recién encerada. La luz entraba con generosidad por las ventanas, reflejándose en el suelo pulido y en las paredes claras. La última imagen que ella recordaba era un pasillo estrecho, mal iluminado, con un olor a humedad difícil de ignorar. Ahora todo parecía respirar vida.

—Hace siete años esto era muy distinto —comentó casi sin darse cuenta.

—Así me han dicho, *milady* —respondió Dalton—. Nos hemos esforzado por hacer que los niños se sientan orgullosos de este lugar.

El eco de voces infantiles atrajo su atención hacia una amplia estancia que se abría a la derecha. Dalton avanzó primero y sostuvo la puerta.

—Si me acompaña, este es nuestro comedor principal.

Violet entró y contuvo un suspiro. La sala era luminosa, con techos altos y ventanales por los que se filtraba el sol de la mañana. Las largas mesas de madera estaban cubiertas con manteles sencillos y limpios, y sobre ellas reposaban tazones de sopa humeante, rebanadas de pan recién hecho y jarras de leche.

Una docena de niños comía en orden, supervisados por dos institutrices que sonrieron al verla. El tintinear de cubiertos se mezclaba con las risas y conversaciones discretas de los pequeños.

Un recuerdo incómodo le cruzó la mente: la sopa aguada y agria de su infancia, servida en bandejas metálicas, el silencio impuesto y las miradas esquivas. Apretó un momento la mano enguantada contra su falda y volvió al presente.

Una niña de ojos grandes levantó la mano tímidamente, saludándola. Violet respondió con un gesto suave de los dedos y recibió como respuesta una sonrisa radiante que le calentó el corazón.

Dalton la guio por un pasillo lateral hacia una estancia contigua. Allí se encontraban las aulas. Dos maestros, un hombre joven y una mujer de expresión severa pero amable, guiaban a un grupo de alumnos en la lectura. Las paredes mostraban mapas de Inglaterra y del mundo, y una pizarra con una frase escrita en tiza: «La educación abre todas las puertas». Las estanterías repletas de libros y cuadernos usados, pero bien cuidados daban fe de un cambio radical respecto a la pequeña sala improvisada que ella recordaba.

—Estos niños tienen ahora acceso a estudios regulares —explicó Dalton con orgullo—. Varios de ellos podrán continuar en Ton cuando cumplan la edad adecuada.

Violet se detuvo, impresionada. Ton era una aspiración lejana incluso para muchos hijos de comerciantes acomodados.

—Eso es… extraordinario —susurró.

—Su madre siempre creyó que la educación era la llave de la libertad —añadió Dalton—. Hemos intentado honrar esa visión.

Salieron por la parte posterior del edificio hacia los jardines. Allí el cambio era aún más evidente: un terreno seguro, con columpios de madera y zonas de juegos delimitadas. Un grupo de niños corría tras una mariposa, mientras otros, armados con pequeñas regaderas, cuidaban un parterre de flores. Una institutriz

los observaba con paciencia, corrigiendo con suavidad cuando uno de los pequeños intentaba regar sus propios zapatos.

Violet respiró hondo, absorbiendo el aroma de hierba fresca y flores silvestres. Recordaba aquel patio como un terreno baldío con un pozo inseguro, donde los niños rara vez jugaban. Ahora veía senderos de piedra, bancos nuevos y hasta un pequeño estanque con peces rojos que arrancaba risas de dos niños que intentaban contarlos en voz alta.

—Parece un lugar completamente distinto —dijo con la voz cargada de emoción.

—Ese era nuestro objetivo. Hacer que estos niños se sientan en casa, no en una institución —respondió Dalton.

Cuando llegaron a los dormitorios, Violet contuvo un suspiro al ver las literas de madera clara, cada una con su manta doblada a los pies y un pequeño cofre para pertenencias personales. La luz natural entraba a raudales por las ventanas, y un anexo con grifos y lavabos mostraba que había agua corriente. Agua corriente. En su infancia, el orfanato no tenía ni cubos suficientes para todos.

Un movimiento en el pasillo atrajo su atención. Una niña de unos diez años, con el cabello castaño recogido en dos coletas y un vestido sencillo de algodón azul, se acercó con un pequeño ramo de flores silvestres en la mano. Sus mejillas se sonrojaron cuando habló:

—Disculpe… —levantó la vista con timidez—. ¿Es usted la señora que se parece a la de la estatua del jardín?

Violet parpadeó, sorprendida.

—¿Una estatua?

La niña asintió con entusiasmo.

—Sí, *milady*. Dicen que esa señora creó este lugar para que tuviéramos cama y comida. Y usted se parece mucho a ella.

Dalton intervino con una sonrisa suave.

—Se refiere al busto de la baronesa, *milady*. Hace dos años encargué a un escultor local que lo hiciera a partir de un retrato antiguo que uno de sus parientes nos envió. Creí que era importante que los niños supieran quién hizo posible su hogar.

Violet tragó saliva, incapaz de responder de inmediato. Sus ojos se humedecieron al imaginar la imagen de su madre convertida en bronce, cuidando simbólicamente de esos niños incluso después de muerta. Se inclinó hacia la niña y aceptó el ramo con ambas manos.

—Gracias, cariño. Es un regalo muy especial.

La niña sonrió antes de salir corriendo por el pasillo, dejando tras de sí el aroma fresco de las flores silvestres. Violet se enderezó, con el corazón latiéndole con fuEzra.

—Mi madre estaría orgullosa de ver lo que han hecho aquí, señor Dalton —dijo, con la voz apenas controlada.

Dalton inclinó la cabeza con respeto.

—Y nosotros estamos orgullosos de mantener vivo su legado, milady.

Un silencio cargado de emociones se instaló entre ellos por un instante, hasta que Dalton, con un gesto profesional pero cordial, añadió:

—¿Le apetecería tomar un té en mi despacho? Hay algo más que me gustaría contarle sobre la historia reciente del Refugio.

Violet asintió, sujetando con cuidado el pequeño ramo.

—Acepto encantada.

Mientras lo seguía por el pasillo, pensó que por primera vez en mucho tiempo no se sentía movida por la venganza, sino por algo mucho más profundo: el legado de su madre y la inesperada esperanza que ese lugar transmitía.

Capítulo 23

El silencio del pasillo se sentía distinto ahora que Violet lo recorría con calma. Gregory caminaba unos pasos por delante, guiándola hacia su despacho, mientras ella sostenía con delicadeza el ramo que la niña le había entregado. Cada paso resonaba suave sobre el suelo de madera, impecable, pulido hasta reflejar la luz que entraba por los ventanales.

Al doblar la esquina hacia el ala administrativa, Violet se detuvo de pronto. Una de las paredes estaba cubierta con dibujos infantiles, cuidadosamente enmarcados o pegados con cintas de colores. No eran los bocetos tímidos que ella recordaba de su niñez, con tonos apagados y líneas desordenadas, sino explosiones de color: cielos de un azul vivo, casas con jardines y flores, figuras humanas sonrientes, animales corriendo bajo soles radiantes.

Se acercó despacio, incapaz de apartar la vista. Un dibujo mostraba a un grupo de niños abrazados junto a un árbol frondoso; otro, un carruaje pasando frente a un edificio que reconoció de inmediato como el propio Refugio, rodeado de mariposas de colores imposibles. Uno más representaba a una mujer con un vestido largo sujetando la mano de un niño pequeño. En el papel, aquella mujer sonreía con tanta calidez que el pecho de Violet se apretó sin remedio.

¿Sería su madre? ¿O una versión de ella misma? La duda la conmovió más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Son preciosos… —susurró, sin darse cuenta de que lo decía en voz alta.

Dalton se detuvo a su lado, sus gafas redondas brillando con el reflejo de la luz.

—Todos los hicieron nuestros pequeños artistas, milady. Cada semana tienen clase de dibujo. La idea es que aprendan a expresar cómo se sienten.

Violet alzó una ceja, todavía observando los colores vivos y trazos seguros.

—¿Siempre han dibujado así?

El director negó suavemente.

—Antes, los colores eran grises, oscuros, casi siempre paisajes vacíos o figuras solitarias. Estos —señaló los dibujos más recientes— llegaron después de que tuviéramos los recursos para darles materiales y, sobre todo, esperanza. Una vida con algo que esperar cambia la forma de ver el mundo, incluso en un papel.

Violet pasó la yema del dedo, sin tocarlo, sobre un dibujo que mostraba un arco iris sobre una casa de piedra con contraventanas verdes. Su voz salió más baja de lo que pretendía:

—Han encontrado un hogar de verdad.

Gregory inclinó la cabeza con respeto.

—Ese era el objetivo de su madre, *milady*. Y, gracias al apoyo recibido en los últimos años, hemos podido lograrlo.

Ella se volvió hacia él, intrigada por el tono que había usado al decir *apoyo*.

—Me dijo que quería hablarme de la historia reciente del Refugio.

El director asintió, recuperando el paso.

—Así es. Por aquí, si me permite.

El despacho del director era un lugar cálido, sencillo, con estanterías repletas de libros, carpetas y un par de mapas enmarcados del condado. Una chimenea de mármol claro estaba encendida, proporcionando un calor suave que aliviaba el fresco de

la mañana. Frente a ella, dos sillones tapizados en terciopelo verde estaban dispuestos alrededor de una pequeña mesa de té.

Una sirvienta entró con una bandeja, sirvió té en dos tazas de porcelana blanca con ribetes dorados y dejó un plato de pastas de mantequilla antes de retirarse con una reverencia. Gregory esperó a que Violet tomara asiento antes de ocupar el suyo.

Ella sostuvo la taza entre las manos, agradeciendo el calor.

—Me dijo que hubo… dificultades.

El rostro del director se ensombreció apenas.

—Cuando llegué, hace cinco años, encontré que las cuentas del Refugio estaban en ruinas. Se destinaba muy poco a los niños y, sin embargo, el presupuesto oficial estaba agotado cada mes.

Violet apretó los labios.

—¿Malversación?

—Exactamente, *milady*. El director anterior desviaba fondos. Tardé poco en reunir pruebas y entregarlas a las autoridades. Fue un momento difícil, pero necesario.

Violet dejó la taza sobre el platillo con un suave tintineo.

—Mi madre confiaba en él…

—Y él traicionó esa confianza —respondió Dalton con tono firme—. Pero, una vez resuelto ese problema, nos encontramos con otro: no había dinero para continuar.

El silencio se extendió unos segundos. Violet recordó su infancia, cuando su madre llevaba ropa y pan, intentando compensar con donaciones lo que el presupuesto oficial nunca cubría. Ahora entendía por qué el lugar siempre había parecido tan triste: estaba siendo saqueado.

—¿Cómo se resolvió? —preguntó finalmente.

Dalton respiró hondo, como si anticipara la sorpresa de su respuesta.

—Apareció un benefactor anónimo. Bueno, casi anónimo: aceptó que yo supiera su nombre, pero pidió discreción absoluta. Dijo que no buscaba reconocimiento, solo resultados.

Violet arqueó una ceja, desconcertada.

—¿Y lo consiguió? —preguntó, recordando los colores vivos de la pared, el patio lleno de risas, la niña que le había entregado un ramo de flores como si hubiera querido decirle "esto es nuestro hogar".

—Lo consiguió y más —respondió Dalton con una leve sonrisa—. No solo aportó el dinero necesario, sino que se involucró en el proyecto. Propuso contratar maestros adicionales, crear talleres de arte, mejorar la seguridad y la alimentación, instalar agua corriente y organizar actividades para que los niños aprendieran oficios básicos. Todo lo que ve hoy existe gracias a él.

Violet frunció el ceño, intrigada y, de algún modo, inquieta.

—¿Quién es?

Gregory se inclinó hacia delante, como si compartiera un secreto que había guardado demasiado tiempo.

—El vizconde de Ashbourne.

El corazón de Violet dio un vuelco.

—¿Ezra…?

—Sí, *milady*. Desde hace cuatro años financia todo el Refugio. Cuando nadie quiso hacerse cargo, él firmó el primer cheque y cada mes desde entonces ha cumplido sin falta. Fue él quien pidió la creación del taller de dibujo —hizo un gesto hacia la pared llena de colores— porque dijo que la infancia sin color era una injusticia que debía borrarse.

Violet sintió cómo el calor del té se le escapaba de las manos y dejó la taza con cuidado. Su mente giraba con una confusión que la desarmaba. Ezra, el hombre al que había jurado hacer pagar, había sido el sostén del legado de su madre. Ezra había

hecho realidad el sueño de un orfanato alegre, mientras ella misma se había mantenido alejada.

—¿Por qué…? —Su voz se quebró—. ¿Por qué lo haría?

Gregory la observó con seriedad.

—No lo sé, milady. Nunca explicó sus motivos. Solo dijo que era lo correcto.

Ella se recostó en el sillón, incapaz de sostener la mirada del director. En su mente, Ezra aparecía con la misma intensidad que aquella noche del baile, cuando se enfrentaron con sarcasmos y orgullo herido. Pero ahora, ese mismo hombre se alzaba rodeado de niños sonrientes, de paredes llenas de colores y de cambios profundos que ella misma había soñado de niña.

El nudo en la garganta era insoportable. Se levantó y caminó hacia la ventana, buscando un respiro en el aire fresco que se colaba por la rendija. Su reflejo en el cristal mostraba unos ojos húmedos que se negaban a derramar lágrimas.

—No sé qué decir… —murmuró.

—No tiene por qué decir nada, *milady* —contestó Dalton con respeto—. Solo pensé que debía conocer la verdad. Este lugar existe gracias a su madre, pero también gracias a alguien que creyó en su legado cuando estaba a punto de perderse.

Violet asintió con la mirada perdida. Su madre estaría orgullosa de ver el Refugio así, pero… ¿qué haría su madre con la información de que Ezra era el artífice de todo? ¿Qué debía hacer ella con esa revelación?

Se giró hacia Gregory, intentando recomponerse.

—Gracias por decírmelo.

—Siempre a su servicio, *milady*.

Salió del despacho con pasos lentos, el ramo de flores todavía en la mano. Al cruzar de nuevo el pasillo de dibujos, su mirada se detuvo en el que mostraba a una mujer sonriendo y sujetando la mano de un niño. No supo si era un recuerdo de su

madre o un reflejo de ella misma, pero lo que sí supo era que algo dentro de su corazón había cambiado.

El carruaje se puso en marcha, alejándose del Refugio. Violet se dejó caer en el asiento, el ramo de flores sobre su regazo. No miró el paisaje; sus ojos estaban fijos en el vacío, mientras su mente giraba en círculos. Ezra. Su madre. Los niños.

Llevó una mano a la frente, intentando ordenar el torbellino de emociones. Ese hombre no puede ser tan sencillo de odiar, pensó, con una punzada incómoda. Había hecho lo que ella había evitado durante años: cuidar el legado de su madre. Y lo había hecho en silencio, sin buscar aplausos ni reconocimiento, cuando podría haber usado aquello para limpiar su nombre socialmente.

El carruaje atravesó una calle estrecha y ella apretó con más fuEzra el ramo, como si necesitara algo que anclar a la realidad. ¿Y si yo me equivoqué sobre él? ¿Y si nunca dejó de ser el hombre que conocí antes de todo aquel desastre? El repiqueteo de los cascos sobre el empedrado fue la única respuesta. Cerró los ojos un momento, sintiendo que la venganza que la había impulsado hasta ese momento se tambaleaba. Ezra no era solo el hombre que la había herido. Era también el hombre que había salvado a cincuenta niños, que había dado color y esperanza a sus vidas.

Cuando abrió los ojos, supo que algo había cambiado dentro de ella. No podía seguir viendo a Ezra solo como su enemigo y su venganza comenzaba a tambalearse.

Capítulo 24



El comedor estaba preparado con un esmero que rozaba lo ceremonial: vajilla de porcelana con bordes dorados, cubiertos de plata perfectamente alineados y una jarra de cristal donde el vino tinto brillaba como un rubí líquido. Las cortinas de encaje filtraban la luz del mediodía, dibujando sobre la mesa un mosaico de sombras irregulares. El aroma del pan recién horneado y de la carne asada llenaba el aire, cálido y sereno… al menos en apariencia.

Violet estaba sentada en el extremo de la mesa, impecable con su vestido de seda azul, que realzaba el tono marfil de su piel y el brillo oscuro de su cabello recogido en un moño elegante. Mantenía la espalda recta y las manos sobre el regazo, pero sus dedos jugaban con el borde de la servilleta, inquietos. Frente a ella, el consomé humeaba intacto. Su mirada, perdida en un punto fijo de la pared, no registraba nada del entorno.

Su mente seguía lejos, en el Refugio del Buen Corazón. En los dibujos llenos de colores vivos, en las risas infantiles resonando como ecos felices, en la voz grave del señor Dalton pronunciando un nombre que había desarmado sus certezas: Ezra.

Unas pisadas rápidas quebraron el silencio. Benedict entró con su habitual informalidad, como si nunca se le hubiese pasado por la cabeza que los modales fueran una herramienta de supervivencia social. Llevaba un chaleco crema con el primer botón desabrochado, un pañuelo de seda anudado con cierto descuido y el cabello rubio revuelto, necesitado de peine. En la mano derecha giraba un guante como quien necesita algo con lo que distraerse.

—Hermana mía —saludó con una sonrisa mientras tomaba asiento frente a ella—. Qué extraño verte tan callada cuando la mesa está servida. ¿Acaso el cocinero te ha ofendido?

Violet alzó la vista con expresión serena pero distante.

—El cocinero no tiene la culpa de que no tenga apetito.

Benedict arqueó una ceja, sorprendido. Dejó el guante sobre la mesa y acomodó la servilleta con un movimiento automático.

—¿No tiene apetito lady Violet? Eso sí merece un titular en la prensa social. ¿Debo preocuparme? ¿Se trata de lo que ocurrió en la fiesta? —bajó un poco el tono, más serio—. ¿Por Ezra?

El nombre la golpeó como un dardo. Apartó la mirada hacia el ventanal, donde la luz dibujaba un resplandor pálido en el cristal.

—No es exactamente por eso… —respondió con la voz más baja de lo que pretendía—. Benedict, ¿sabías que Ezra ha estado financiando el Refugio del Buen Corazón todos estos años?

Su hermano parpadeó, descolocado, y el cuchillo que sostenía tintineó al rozar el plato. El gesto relajado que siempre llevaba se tensó en cuestión de segundos.

—Lo sabía… —admitió al fin, bajando la vista hacia sus manos, que de pronto parecían no saber dónde posarse.

Violet se incorporó ligeramente, con el cuerpo rígido, como si la distancia entre ambos se hubiese acortado peligrosamente.

—¿Lo sabías? ¿Durante todo este tiempo y no me lo dijiste?

Benedict tragó saliva, incómodo. Se llevó una mano a la nuca y luego la dejó caer pesadamente sobre la mesa.

—No creí que quisieras saberlo. Además… —sus ojos buscaron los de su hermana, sin atreverse del todo a encontrarlos—, todos daban por hecho que yo seguía manteniendo el orfanato. Y si Ezra no lo mencionó, supuse que debía callar.

El silencio cayó como una losa. Violet apoyó la cuchara con un golpe seco sobre el plato, y el sonido metálico pareció más fuerte de lo que realmente era.

—¿De modo que preferiste que la sociedad creyera que tú estabas haciendo una labor que nunca realizaste? ¿Que mientras tú te dedicabas a los naipes y las botellas, otro hombre —ese hombre— mantenía vivo el legado de nuestra madre?

—Violet, yo… —empezó él, nervioso, moviendo el pie bajo la mesa con un tic que ella no recordaba haberle visto nunca.

—¿Qué clase de hermano eres, Benedict? ¿Qué clase de hijo? ¿Dejaste que todos te vieran como un benefactor mientras Ezra sostenía el Refugio sin recibir nada a cambio?

El rostro de Benedict se ensombreció; la sonrisa pícara con la que siempre escapaba de sus errores se desvaneció por completo. Sus hombros se encorvaron ligeramente, como si la acusación tuviese peso físico.

—No pensé que te importara tanto el Refugio —dijo con un hilo de voz—. Creí que para ti solo era un recuerdo doloroso, algo que preferirías olvidar.

—¿Y decidiste por mí? —La voz de Violet se quebró, no de debilidad, sino de un orgullo herido que latía con fuerza—. ¿Acaso era tu lugar tomar decisiones sobre lo que debía o no saber? ¡Ni siquiera Ezra, con todo lo que ocurrió entre nosotros, hizo algo semejante!

El mayordomo, que había entrado con una fuente de carne asada, se detuvo al notar la tensión. Bajó la cabeza y dejó la bandeja con una reverencia casi silenciosa, retrocediendo sin esperar órdenes, cerrando la puerta con un clic suave que acentuó aún más el ambiente cargado.

Benedict dejó el cuchillo sobre la mesa y apoyó los codos con un gesto derrotado. Pasó las manos por su cabello rubio, despeinándolo aún más, y exhaló con un suspiro que parecía llevar semanas acumulado.

—Supuse que era lo mejor —admitió con voz tensa—. Nadie preguntaba, nadie dudaba. Y, de algún modo, me convenía. Que creyeran que mantenía el orfanato de nuestra madre apagaba los rumores sobre mi… decadencia económica.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, densas, casi palpables. Violet lo miró incrédula, sintiendo que la sangre le hervía en las venas.

—¿Te convenía? ¿Has usado el legado de nuestra madre como escudo para tu reputación? ¿Mientras Ezra, de todos los hombres posibles, pagaba de su propio bolsillo para mantener vivo ese lugar?

—Violet… —murmuró Benedict, alzando la mano en un gesto casi suplicante—. No pensé que importara tanto quién firmaba el cheque, mientras el Refugio siguiera funcionando.

Ella se levantó con brusquedad, la silla raspando contra el suelo encerado con un sonido áspero. Su respiración se agitó apenas, aunque mantuvo la voz firme.

—¡Claro que importa! —exclamó, la voz vibrando de indignación—. Importa porque nuestra madre dedicó su vida a esos niños, y tú, su hijo, decidiste usar su memoria para cubrir tus excesos.

Benedict también se puso de pie, aunque con menos firmeza, como si el peso de sus actos comenzara a caerle encima por primera vez en años. Sus manos temblaron levemente al aferrarse al respaldo de la silla.

—Tienes razón. No lo pensé. Y sí, me beneficié de ese silencio… pero no era por maldad.

—No era por maldad, dices, pero era egoísmo. —Violet se acercó un paso, el rostro tenso, los ojos húmedos por la rabia contenida—. Mientras tú te entregabas a las apuestas y al vino, ese hombre —ese al que yo no he podido perdonar— honró el legado de nuestra familia. Él, Benedict. ¡No tú!

Su hermano abrió la boca, pero ningún argumento salió. Se limitó a bajar la mirada, incapaz de sostener la de ella. Por un instante, el único sonido en la habitación fue el tictac del reloj de la repisa.

—He sido un necio —dijo al fin, con voz baja—. Un irresponsable. No tengo excusa.

Violet apretó los labios con fuEzra, intentando recuperar el control. Caminó hacia la ventana, posó la mano sobre el marco y se tomó un instante para respirar. Después se giró con la determinación de quien acaba de tomar una decisión importante.

—Esto termina hoy. No quiero volver a escucharte mencionar una sola apuesta, ni ver una sola deuda tuya en los periódicos. Es hora de que empieces a vivir con dignidad, Benedict.

Él asintió lentamente, como si aquellas palabras fueran una sentencia inevitable. Se dejó caer de nuevo en la silla, las manos entrelazadas sobre la mesa.

—Lo intentaré.

—No. —Violet lo miró con firmeza, clavando en él una mirada que recordaba a la de su madre cuando reprendía con dulzura, pero sin concesiones—. No se trata de intentar. Se trata de hacerlo.

El silencio volvió a instalarse, denso y casi sofocante. El reloj marcó dos campanadas, llenando la habitación de un eco suave que solo hizo más evidente la tensión. Benedict bajó la cabeza, con el rostro entre las manos, como si por primera vez sintiera el peso real de sus errores.

—Quizá… —empezó, con un tono casi tímido—, ¿esto significa que vas a reconciliarte con Ezra?

Violet se quedó quieta, sorprendida por la pregunta. Su primer impulso fue negarlo con la misma seguridad con la que había repetido que lo odiaba. Pero las imágenes del Refugio se le cruzaron con la fuEzra de un latigazo: los niños corriendo por el jardín, el

muro lleno de colores, la voz de Dalton diciendo que todo eso era posible gracias al vizconde de Ashbourne.

No respondió. Se limitó a recoger la servilleta de su regazo, la dobló con precisión casi mecánica y la dejó sobre la mesa.

—Significa que necesito pensar —dijo con calma, aunque su pecho ardía de emociones encontradas—. Y tú también deberías hacerlo. Quiero un hermano del que sentirme orgullosa.

Benedict alzó la mirada. Por un instante, sus ojos azules —tan parecidos a los de su madre— dejaron ver una chispa de vergüenza y algo parecido a la determinación.

—Te daré motivos para estarlo —susurró.

Violet no contestó. Giró sobre sus talones y salió del comedor con pasos medidos, el sonido de sus tacones perdiéndose por el pasillo.

Subió a su habitación sin prisa, cerró la puerta y se dejó caer en el diván junto a la ventana. El silencio era absoluto, salvo por el rumor distante de los carruajes en la calle. Cerró los ojos y se llevó las manos al rostro, intentando recuperar la calma.

Por primera vez en mucho tiempo, había hablado con su hermano con una dureza que la sorprendía. Pero, a pesar de todo, sentía que no había sido injusta: Benedict había cometido un error grave y debía cambiar.

Ezra, sin embargo, era un problema distinto. Su nombre seguía quemándole la lengua. Sí, había salvado el Refugio, había honrado el legado de su madre y había dado esperanza a niños que no tenían nada. Pero nada de eso borraba la humillación que él le había causado, la traición que había marcado su vida.

Se levantó y caminó hacia la ventana, apoyando la frente en el cristal frío. El recuerdo de los dibujos de los niños se mezcló con la imagen de Ezra aquella noche, cuando la miró con el mismo orgullo con el que antaño la había mirado antes de destrozarla.

Apretó los puños.

—No, esto no cambia nada —susurró—. Puedo admirar lo que hizo y aun así hacerle pagar por lo que me hizo a mí. Que su conciencia se quede tranquila con su obra de caridad; la mía no descansará hasta que lo vea arrodillado, pidiendo perdón.

Inspiró hondo, enderezándose con el mismo porte que había aprendido de su madre. Su odio seguía ahí, tal vez menos claro, tal vez más pesado, pero intacto. Y junto a él, una nueva certeza: cuando ese juego con Ezra llegara a su final, la victoria sería todavía más amarga para él.

Violet apartó la cortina con un gesto firme. Londres seguía su rutina al otro lado del cristal, indiferente a su guerra silenciosa. Ella no. Ella tenía un propósito y no pensaba detenerse.

Capítulo 25



Ezra llevaba una semana encerrado en uno de los salones privados del ala donde había soñado vivir con Violet. Aquella estancia, que siempre había estado impecable, con sus cortinas de seda claras y el mobiliario dispuesto con cuidado casi obsesivo, ahora era un reflejo de su ruina.

Las cortinas permanecían corridas, negando la entrada del día. El aire, encerrado demasiado tiempo, olía a una mezcla agria de alcohol, tabaco apagado y telas húmedas. Sobre la mesa baja se amontonaban botellas vacías y vasos sucios; dos copas yacían rotas en el suelo, una cerca de la chimenea, otra a los pies del sofá, como testigos mudos de un arrebato de rabia o de un simple descuido. Una silla había sido volcada y nadie se había molestado en enderezarla.

El mantel de lino estaba arrugado, con manchas oscuras allí donde el licor había dejado su rastro. Entre esas huellas de abandono había un pañuelo de mujer, uno que Violet había dejado semanas atrás. Ezra lo había conservado con la absurda idea de que todavía guardaba su perfume, pero ahora estaba empapado del mismo olor rancio que todo lo demás.

En medio de ese desastre, Ezra estaba hundido en el sofá. Llevaba la camisa blanca arrugada y con los dos primeros botones desabrochados, el chaleco torcido, el cabello despeinado cayéndole sobre la frente y una barba de varios días sombreándole la mandíbula. En la mano sostenía un vaso con restos de whisky, y con la otra se sujetaba la sien, intentando calmar el dolor de cabeza que el alcohol y el insomnio habían hecho permanente.

No había dormido más de un par de horas seguidas desde aquella noche del baile. Cada vez que cerraba los ojos la veía: Violet, con el abanico moviéndose despacio y esa sonrisa cargada de desdén, diciéndole «Jamás olvidaría al hombre que me hizo tanto daño». La recordaba alejándose de él, ignorándolo como si no existiera, y esa imagen lo perseguía con una insistencia cruel.

Ezra dio un sorbo de su vaso, el líquido ardiendo en su garganta. No le importaba el dolor; nada importaba salvo encontrar la forma de recuperarla, pero no tenía ni una sola idea. Solo quedaba el alcohol y el silencio.

Un golpe seco en la puerta quebró la quietud. Ezra frunció el ceño, molesto.

—¡No quiero ver a nadie! —gritó, con la voz ronca y áspera de quien lleva días sin pronunciar palabra más allá de maldiciones.

Por un momento, creyó que quien estuviese fuera obedecería, pero un chasquido de cerradura anunció lo contrario. La puerta se abrió y apareció Haylock, el mayordomo. Su figura alta y recta llenaba el umbral, y su expresión, aunque impasible, llevaba una leve sombra de desaprobación.

—Milord, los marqueses de Huntington desean verle.

Ezra no levantó la cabeza.

—Diles que no estoy.

El mayordomo, uno de los pocos que se atrevían a contradecirlo, no se movió.

—Me temo que no puedo hacer eso, milord.

Ezra alzó la vista con dificultad, el ceño fruncido.

—¿Por qué no, Haylock?

Una voz femenina respondió desde el pasillo:

—Porque no acepto negativas, Ezra.

Emily, marquesa de Huntington, cruzó el umbral sin esperar permiso. Su porte, impecable como siempre, se veía reforzado por la firmeza con la que sostenía la mirada. Tras ella entró su marido, Alexander, con esa mezcla de calma y resignación propia de quien ya está acostumbrado a los impulsos de su esposa. Cerró la puerta con suavidad, apoyó la mano en el pomo y comentó con media sonrisa:

—Lo siento, amigo. Si mi esposa quiere verte, lo consigue.

Ezra se dejó caer de nuevo contra el respaldo del sofá, cubriéndose los ojos con el antebrazo.

—No estoy de humor para visitas —masculló.

Emily avanzó, y al observar el estado del lugar frunció el ceño con una mueca de disgusto.

—Por el amor de Dios, Ezra… ¿este es el salón en el que planeabas vivir con Violet? Parece un escondite de borracho.

Alexander ladeó la cabeza, como intentando suavizar el comentario, pero acabó asintiendo.

—En eso tiene razón, amigo.

Ezra no respondió. Sus dedos giraron el vaso lentamente, como si ese gesto mecánico pudiera distraerlo de su humillación.

La marquesa chasqueó la lengua y se giró hacia el mayordomo:

—Haylock, abra esas cortinas. Y también las ventanas. Quiero aire aquí dentro, ahora.

El mayordomo obedeció sin replicar. En cuestión de segundos, la luz del mediodía entró a raudales, revelando el polvo acumulado en los muebles y la suciedad del suelo. El aire fresco desplazó el hedor encerrado, trayendo consigo el murmullo de la calle.

Ezra gruñó y apartó el rostro de la claridad.

—Cierra eso…

Emily no se movió de su sitio.

—Si no te levantas ahora mismo, Ezra, te juro que te levanto yo misma.

Alexander, que ya había colocado una silla frente al sofá, se encogió de hombros.

—Créeme, no quieres comprobar cómo se ve Emily cuando cumple una amenaza.

Ezra bajó el brazo lentamente, mostrando un rostro agotado, con los ojos enrojecidos y los hombros caídos. Se incorporó con torpeza, pasó una mano por su cabello despeinado y miró a sus amigos con una expresión que mezclaba derrota y hastío.

—¿Estáis contentos ahora? —gruñó.

Emily no pestañeó.

—No, todavía no. Aunque lo estaré cuando te sientes y me escuches.

Alexander colocó otra silla junto a la suya y se sentó con serenidad. Emily hizo lo mismo, cruzando las piernas con elegancia, pero con los brazos firmes, como si estuviera conteniendo un impulso de sacudirlo. Ezra, resignado, se dejó caer en la silla frente a ellos.

El silencio que siguió fue pesado, roto solo por el rumor de un carruaje en la calle. Emily lo observó con una intensidad que lo incomodó, examinando cada detalle de su aspecto, cada signo de abandono. Finalmente, habló con calma, pero con un filo que no admitía réplica:

—Ahora que por fin nos prestas atención, vamos a hablar en serio.

Emily no apartaba la vista de Ezra. Sus ojos, normalmente dulces con quienes apreciaba, tenían ahora un brillo firme, una determinación que no dejaba espacio a excusas.

—Mírate —dijo con voz clara—. Llevas una semana comportándote como un hombre derrotado.

Ezra bajó la mirada hacia sus manos, que descansaban sobre las rodillas, y resopló con cansancio.

—No estoy de humor para sermones.

La marquesa avanzó un paso, moviéndose con esa autoridad que no necesitaba elevar el tono.

—No es un sermón, Ezra. Es la realidad que te niegas a ver.

Él pasó una mano por su cabello despeinado, intentando despejar su mente de aquella voz firme que lo empujaba a reaccionar.

Alexander, que había observado en silencio, intervino con tono sereno:

—Emily tiene razón. Nadie aquí ha venido a juzgarte, aunque… mírate y mira este lugar. No eres el hombre que conocemos.

Ezra levantó la mirada, y por primera vez desde que habían entrado mostró un destello de incomodidad.

—¿Y qué esperabais? —preguntó con un hilo de rabia—. ¿Que sonriera después de lo que pasó en esa maldita fiesta?

Emily se cruzó de brazos, estudiándolo antes de responder:

—No esperamos que sonrías, Ezra. Lo que esperamos es que te levantes del suelo. Te equivocaste, lo sabemos. Tomaste una decisión estúpida cuando eras joven y no supiste reaccionar de otro modo. Alexander y yo lo entendemos.

Alexander asintió con una leve sonrisa.

—Créeme, todos hemos hecho tonterías a los veinte… la diferencia es que la tuya acabó en todos los círculos sociales.

Ezra dejó escapar una risa amarga, bajando la vista.

—Eso no me consuela.

La marquesa se inclinó un poco hacia él, fijando sus ojos en los suyos.

—No busco consolarte. Solo recordarte que ese error no te define por completo. Sí, la fastidiaste, aunque ahora eres un hombre distinto. Tienes que hacer que Violet escuche tu versión de la historia.

El vizconde frunció el ceño.

—¿Y crees que me escuchará? Después de cómo me habló…

—Si no lo intentas, jamás lo sabrás —replicó Emily con firmeza—. Ahora mismo solo ve al hombre que la humilló, y mientras te encierres aquí, se lo confirmas.

Alexander se acomodó en la silla, entrelazando las manos con tranquilidad.

—Vamos, Ezra. Ni tú eres un monstruo ni ella es de piedra. Si te odiara por completo, no te miraría con tanta furia.

Ezra levantó la cabeza con un brillo de duda en los ojos.

—¿Eso creéis?

—Lo sé —aseguró Emily, sin vacilar—. Y precisamente por eso tienes que actuar.

Ezra permaneció en silencio, con la vista fija en el suelo. Por primera vez desde que habían entrado, parecía pensar en algo más que su propia desgracia.

Emily volvió a sentarse, alisando con un gesto el vestido.

—Escúchame bien. Has pasado una semana hundiéndote. Ya basta. No pienso quedarme de brazos cruzados viendo cómo tiras cualquier posibilidad que te quede.

Alexander asintió, aunque con una sonrisa ligera para suavizar la tensión.

—Además, ¿te has visto? Pareces un mendigo que ha perdido hasta el perro. Y ni siquiera tienes perro.

El vizconde no pudo evitar esbozar una sonrisa breve.

—No sé si sois mis amigos o mis carceleros.

—Ambas cosas —respondió Emily sin dudar—. Y mientras yo esté aquí, no volverás a encerrarte otra semana en este salón inmundo.

Ezra se llevó la mano a la cabeza, masajeando la sien, antes de asentir con un movimiento breve.

—De acuerdo… escucho.

La marquesa entrelazó las manos sobre el regazo y lo miró con la determinación de quien está a punto de dar un golpe maestro.

—Perfecto. Porque tengo un plan.

La marquesa se inclinó hacia delante, apoyando las manos sobre las rodillas, y fijó su mirada en el vizconde.

—Vas a pedirle que se case contigo.

El silencio se instaló con un peso inusual. Incluso el ruido de los carruajes en la calle pareció desvanecerse. El marqués parpadeó un par de veces, desconcertado.

—¿Perdón? —murmuró, girando el rostro hacia su esposa —. ¿Acabas de decir matrimonio?

Ella asintió con naturalidad, como si acabara de sugerir un paseo por Hyde Park.

—Exactamente.

Ashbourne se echó hacia atrás en la silla, incrédulo.

—¿Has perdido la razón? ¿Por qué querría Violet casarse conmigo?

—Porque le darás justo lo que ansía —replicó la marquesa, con un brillo de astucia en los ojos—. Venganza.

El marqués dejó escapar una carcajada incrédula.

—¿Qué demonios te pasa hoy? No sabía que tenías inclinaciones tan… peligrosas.

Ella lo miró con calma, sin rastro de arrepentimiento.

—Desde que decidí que alguien debía recordarle a este hombre que la única forma de recuperar a Violet es darle lo que desea. Y lo que quiere es hacerle pagar.

El vizconde tensó la mandíbula, incapaz de ocultar una chispa de curiosidad.

—¿Quieres que le proponga matrimonio para que me castigue el resto de la vida?

—Exacto. —La marquesa se recostó, cruzando las piernas con elegancia—. Si acepta, tendrá todo el poder para recordarte tu error cada día. ¿No es eso lo que busca?

Huntingdon apoyó un codo en el brazo de la silla, contemplando a su esposa con una mezcla de sorpresa y diversión.

—Me estás dando miedo, querida. Creía que eras la voz de la razón en esta familia.

—Y lo sigo siendo —contestó con una sonrisa calculada—. Solo que, a veces, la razón necesita un poco de audacia.

Ashbourne se pasó una mano por el rostro, intentando ordenar sus pensamientos.

—¿Y crees que eso funcionará? ¿Que aceptará casarse conmigo solo para tener la oportunidad de hacerme la vida imposible?

—Estoy segura —aseguró ella sin pestañear—. Violet es orgullosa, está herida… y tú eres la causa de ese dolor. No puedes apartarla de su mente, ni ella a ti de la suya. Si se casa contigo, sentirá que tiene el control absoluto.

El marqués negó con la cabeza, aunque una sonrisa empezaba a curvarle los labios.

—Debo admitirlo… es brillante y aterrador a la vez.

—Gracias —respondió la marquesa con tranquila satisfacción.

El vizconde apoyó los codos en las rodillas y dejó caer la cabeza entre las manos. Una semana antes, la sola idea de matrimonio con Violet habría parecido imposible. Ella lo odiaba, y él había perdido la última batalla pública que la sociedad recordaría por años. Aun así, la propuesta de su amiga tenía sentido: casarse podía ser la única manera de mantenerse a su lado y demostrarle que ya no era el joven arrogante que una vez tomó la decisión equivocada.

—Esto es una locura… —murmuró al fin.

—Exacto —respondió ella con serenidad desconcertante—. ¿Y qué? Las grandes historias nunca nacen de actos sensatos.

El marqués dejó escapar una carcajada suave.

—Si haces esto, tu vida cambiará para siempre. Estás hablando de entregar tu cuello a la mujer que más motivos tiene para apretarlo.

El vizconde levantó la mirada, y algo había cambiado en sus ojos: el brillo apagado de la semana había desaparecido, sustituido por una chispa de determinación.

—Tal vez eso sea justo lo que necesito.

La marquesa asintió con aprobación.

—Entonces hazlo. No busques el momento perfecto. Habla con ella cuanto antes, antes de que levante otro muro entre los dos.

Ashbourne se puso de pie de golpe, como si la energía perdida regresara de pronto. Se acercó a la ventana y apoyó la mano en el marco, mirando la calle.

—Si acepta… —empezó, y una sonrisa nerviosa se dibujó en sus labios—, si acepta, tendrá todas las oportunidades del mundo para vengarse. Y yo… tendré la oportunidad de ganármela de nuevo.

El marqués lo observó en silencio antes de levantarse también.

—Me preocupa que te guste esta idea demasiado rápido, amigo.

—No me gusta, Huntingdon. Me aterra. —Su voz sonaba firme ahora—. Pero es lo único que me queda.

La marquesa se incorporó con un leve movimiento de cabeza, satisfecha.

—Pues deja de perder el tiempo y prepárate. Si vas a presentarte ante Violet con una propuesta así, más te vale no oler a *whisky* ni parecer un vagabundo.

Ashbourne soltó una carcajada seca, sorprendido de escucharse reír después de tantos días.

—Tienes razón.

El marqués observó a su esposa con una mezcla de orgullo y alarma fingida.

—Debo admitirlo, querida… desconocía esa faceta tuya tan maquiavélica.

Ella le lanzó una mirada divertida por encima del hombro.

—¿De verdad creías que la dulzura y el té eran todo lo que había en mí?

—Empiezo a temer por mi propio matrimonio —bromeó él, colocando una mano teatralmente sobre el corazón—. Que Dios me libre de enfadarte.

Una ceja arqueada y una media sonrisa peligrosa fueron su respuesta.

—Ese es el comentario más sensato que te he escuchado en todo el día.

El vizconde los contemplaba, sintiendo por primera vez en días algo parecido al alivio. Tenía un plan, absurdo o no, pero un plan al fin. Y con él, un atisbo de esperanza.

Se pasó las manos por la nuca, respiró hondo y dejó escapar la decisión como un juramento.

—Lo haré —murmuró, aunque había un matiz de duda en su voz.

Huntingdon lo miró con curiosidad.

—¿Qué te ocurre?

Ashbourne desvió la vista hacia la ventana, con los labios tensos.

—No sé cómo hacerlo para que el resultado sea el que deseo. No quiero que me rechace de plano… no otra vez.

La marquesa chasqueó la lengua y, con un gesto de mano, señaló el desorden del salón.

—Lo primero, darte un baño y deshacerte de ese horrible olor que desprendes. Y que alguien limpie este desastre.

—Eso no le ayudará, querida —comentó el marqués, divertido.

Ella lo fulminó con la mirada antes de continuar:

—Después te presentas en la residencia de los Hargrove y solicitas verla.

El marqués soltó una carcajada sonora.

—¿De veras crees que será tan fácil que ella te reciba?

—Lo recibirá —aseguró sin vacilar—. Violet está inquieta por no verte, se pregunta dónde estás y qué te ha ocurrido. Y no hay mayor placer que meter a tu enemigo en tu propio territorio, donde tú ordenas y mandas.

Huntingdon respiró hondo, con una sonrisa torcida.

—Que el cielo nos ampare…

El silencio posterior fue distinto: ya no había derrota en aquella sala, sino una tensión expectante, el primer paso de un plan improbable que cambiaría sus vidas. Afuera, Londres seguía su curso; dentro, el vizconde había recuperado un propósito.

Capítulo 26



El carruaje avanzaba por las calles húmedas de Londres con un traqueteo irregular que parecía acompasar el desorden de sus pensamientos. Afuera, la mañana se desplegaba bajo un cielo gris, apenas roto por un sol débil que no lograba atravesar del todo la bruma. Dentro, el vizconde mantenía las manos cerradas sobre las rodillas, ejerciendo una presión inútil para contener el temblor de sus dedos.

Había decidido presentarse ante Violet sin aviso previo, sin intermediarios que suavizaran el encuentro, sin el amparo de una invitación formal. Era una temeridad, lo sabía, pero ya no veía otra alternativa. Emily había asegurado que Violet lo recibiría, pronunciando aquellas palabras con la convicción férrea que siempre lograba convertir un disparate en certeza. Aun así, él no podía apartar de su mente la imagen de la puerta cerrándose en sus narices o, peor, a Benedict apareciendo con esa sonrisa mordaz para informarle de que su hermana jamás querría verlo.

El carruaje giró por la calle donde se alzaba la residencia de los Hargrove, una construcción de piedra clara, elegante y sobria, con ventanales amplios y una verja de hierro forjado que imponía distancia con el mundo exterior. La última vez que había cruzado ese umbral había sido un hombre distinto: arrogante, seguro de su futuro y de que Violet formaría parte de él sin oposición. Esa arrogancia había muerto el mismo día en que la humilló. Ahora, cada piedra de la fachada parecía juzgarlo con su silencio.

Se inclinó hacia la ventanilla y exhaló un suspiro que empañó el cristal.

—Adelante —ordenó con voz ronca al cochero.

El vehículo se detuvo con un chirrido suave frente a la escalera de mármol. Ezra descendió con lentitud, alisándose el abrigo oscuro con un gesto casi mecánico. Había escogido ese atuendo con esmero: camisa impecable, chaleco ajustado, el cabello recogido con precisión. No podía permitirse el aspecto descuidado que había mostrado durante la última semana; Emily había insistido en que debía parecer el hombre digno que Violet había conocido, no un mendigo ahogado en *whisky*.

Subió los escalones y tocó el llamador. El eco seco del metal contra la madera retumbó en su pecho más que en el interior de la casa. La puerta se abrió de inmediato, revelando al mayordomo.

Carther era un hombre alto, de cabello canoso peinado con precisión casi militar, rostro severo y uniforme tan impoluto como la reputación de la familia a la que servía. Sus ojos se posaron en el visitante con una mezcla de profesionalidad y juicio silencioso, ese tipo de mirada que solo un mayordomo experimentado podía sostener sin perder la compostura.

—Buenos días, milord —saludó con una leve inclinación de cabeza—. ¿Qué desea?

Ezra devolvió el gesto, manteniendo el tono controlado.

—He venido a hablar con lady Violet.

Unos pasos firmes resonaron en el pasillo antes de que Carther pudiera responder. Benedict apareció ajustándose el chaleco con gesto apresurado. Sus facciones, primero sorprendidas, adoptaron enseguida un brillo oscuro de rabia contenida.

—¿Qué demonios haces aquí, Ashbourne? —preguntó con un tono bajo, pero cargado de filo.

Ezra se mantuvo erguido, aunque su mano derecha se cerró en un puño junto al costado, no como amenaza, sino como un acto reflejo de autocontrol.

—He venido a hablar con Violet.

El barón se detuvo, estudiándolo de arriba abajo con frialdad. La tensión se instaló en el aire como un muro invisible. Sus dedos se crisparon sobre el borde del chaleco, y la mandíbula se endureció hasta que un músculo palpitó en su sien.

—¿Y se supone que debo dejarte entrar así, como si nada? —preguntó con sarcasmo—. Después de lo que hiciste…

Ezra sostuvo la mirada, consciente de que cualquier palabra equivocada podía costarle más que un portazo.

—Sé lo que hice.

Benedict avanzó un paso, y su sombra se alargó sobre el umbral. Su voz descendió a un tono ronco, casi gutural:

—Violet me contó tu pequeño espectáculo. El disfraz, el club, el burdel… —escupió la última palabra con asco—. ¿Qué demonios pensabas? ¿Arruinarle la reputación para luego presentarte como su salvador?

Ezra no se movió, aunque la tensión en su cuello era evidente; el pulgar de su mano rozó el borde de la manga, un gesto involuntario de quien contiene la rabia.

—Solo quise que conociera lo que he construido y el motivo por el que lo hice —respondió con calma forzada.

El barón soltó una carcajada breve y sin humor. Sus nudillos palidecieron por la presión con que cerraba el puño, y por un instante el aire se volvió denso, peligroso. Ezra lo notó y, de forma instintiva, flexionó ligeramente las rodillas, preparado para reaccionar si era necesario.

Benedict respiró hondo, conteniéndose, hasta que la tensión de sus hombros cedió un ápice.

—Yo debería echarte a la calle de una patada —masculló —. Y créeme, lo haría con gusto.

—No he venido a enfrentarme a ti —replicó Ezra, firme—. Solo quiero hablar con ella.

El barón apretó los labios, tragando su propia furia. Cuando habló de nuevo, el tono seguía afilado, pero más controlado:

—Te ayudé con tus malditas deudas porque tenías razón en algo: ella merece saber quién eres ahora. Pero recuerda tu palabra: si Violet no te acepta, la dejas tranquila.

Ezra inclinó levemente la cabeza, sin apartar la mirada:

—Cumpliré esa promesa.

—Más te vale —replicó Benedict, bajando el puño al costado.

El sonido medido de pasos anunció el regreso del mayordomo. Carther se colocó entre ambos con la compostura imperturbable de siempre:

—Milord, *lady* Violet lo recibirá. Por aquí, si es tan amable.

Ezra asintió y dio un paso al frente. Pudo sentir la mirada del barón clavada en su espalda, una advertencia silenciosa, casi física: Un paso en falso y no habrá pacto que te salve.

El pasillo parecía más largo de lo que recordaba. Siguió al mayordomo con el pulso desbocado y la certeza de que cada paso lo acercaba al juicio más importante de su vida. No prestó atención a las molduras ni a las alfombras; nada de aquello importaba. Solo pensaba en lo que iba a decir y en cómo evitar que su voz se quebrara antes de terminar la primera frase.

Carther abrió la puerta del salón de música con un movimiento preciso y se retiró con una leve inclinación. Ezra cruzó el umbral con la sensación de estar entrando en un tribunal, no en un salón privado.

Violet estaba de pie junto a la ventana, el perfil delineado por la luz de la mañana. Su vestido de seda marfil caía con una suavidad casi etérea, y el cabello recogido dejaba al descubierto la curva perfecta de su cuello. No se volvió de inmediato; parecía necesitar esos segundos para controlar su expresión.

Cuando giró al fin, sus ojos se encontraron con los de él. No había ira explosiva ni afecto contenido, solo una calma calculada, peligrosa en su serenidad.

—Ezra… —dijo con voz suave, casi neutra—. Qué inesperado.

Él inclinó la cabeza, intentando controlar la agitación de su pecho.

—Violet, necesito hablar contigo.

Ella avanzó con elegancia hasta la butaca más cercana y tomó asiento con la dignidad de quien sabe que domina la situación:

—Te escucho.

Capítulo 27



Ezra permanecía de pie, las manos entrelazadas detrás de la espalda, como si la tensión pudiera escapar por los dedos si no las mantenía quietas. Sabía que cualquier palabra equivocada podía sellar su condena definitiva, por eso decidió comenzar desde el principio, con aquella noche que había marcado sus vidas. No había forma de suavizar el recuerdo, pero sí de explicar que su intención no había sido humillarla, sino protegerla de un destino que él consideró peor que el escándalo.

—Aquella noche… —comenzó con voz ronca—. Fue lo primero que se me ocurrió para salvarte. Teníamos encima los embargos que dejó mi padre, mi madre al borde de quitarse la vida, y los acreedores persiguiéndonos como lobos hambrientos. Todo se desmoronaba, Violet, y lo único que pensé fue en ponerte a salvo, aunque fuera con un acto que ahora sé que fue una locura.

Ella alzó una ceja, su mirada fija, fría, como el filo de una daga.

—¿Apareciendo con dos prostitutas, Ezra? —replicó con voz cortante—. ¿Esa era tu brillante forma de salvarme?

Él bajó la mirada un segundo, como si el recuerdo todavía tuviera el poder de golpearlo en el pecho. La volvió a alzar con una sinceridad que temblaba.

—Jamás imaginé que la sociedad te humillaría a ti. Creí que toda la vergüenza caería sobre mí, que te mirarían con lástima y te apoyarían por el dolor.

Su voz vaciló un instante, la emoción rompiendo el control que había intentado mantener.

—Pero te destrocé la vida.

Violet se levantó de golpe, el movimiento de su falda generando un roce seco contra el respaldo de la butaca.

—¡Me destrozaste la vida! —exclamó, con los dedos crispados sobre la tela—. ¿Sabes lo que fueron siete años de miradas, de cuchicheos, de burlas y aislamiento? ¿Sabes lo que es perder la confianza de todos y tener que reconstruirte desde la nada?

Ezra extendió una mano hacia ella, pero no se atrevió a tocarla.

—Violet… te prometo que no quise ese final. No lo pensé bien.

Ella soltó una risa amarga, sin rastro de humor.

—¿Que no lo pensaste bien? ¿Esa es tu excusa? ¿Eso es lo que traes hoy para que te perdone?

Él negó con un movimiento seco de la cabeza.

—No te pido perdón —dijo con voz firme—. Solo quiero compensar tu dolor.

—¡Al diablo con la compensación! —replicó ella, avanzando un paso—. ¿Crees que puedo borrar todo lo que he pasado durante estos siete años?

El vizconde la miró con el pecho subiendo y bajando con fuEzra, sintiendo cómo cada palabra era un golpe directo a la herida que él mismo había abierto.

—No… —susurró.

—¿Entonces qué pretendes al hablar ahora, Ezra?

Su respuesta salió sin filtro, casi con desesperación:

—Quiero darte mi vida.

Violet frunció el ceño, incrédula.

—¿Tu vida?

Ezra asintió, avanzando un paso.

—Quiero que te cases conmigo.

El silencio cayó como un manto sobre el salón. Ella lo estudió de arriba abajo, incrédula, con los labios tensos y la mirada fría.

—¿Casarme contigo? —repitió, con un tono que mezclaba asombro y desprecio—. ¿Esa es tu gran idea de compensación?

Ezra apretó la mandíbula, dispuesto a asumir el riesgo.

—Prefiero tu odio cerca de mí que tu ausencia. No pido tu amor ni tu perdón, solo la oportunidad de estar a tu lado.

Violet ladeó la cabeza, examinándolo como si se tratara de un desconocido.

—Así que quieres entregarte voluntariamente al verdugo.

Él sostuvo su mirada con una determinación quebrada por el temblor de su voz.

—Si eso es lo que soy para ti, sí. Puedes usar mi vida como te plazca.

La risa de Violet sonó amarga, un eco de los siete años de humillación y rabia que había soportado.

—¿Y qué gano yo con eso? —preguntó, cruzando los brazos con gesto desafiante.

Ezra tragó saliva, un sudor frío recorriéndole la espalda. Sabía que, si no lograba derribar la muralla que ella había erigido, no tendría otra oportunidad.

Entonces, sin pensarlo demasiado, apoyó una rodilla en el suelo y luego la otra. Su voz salió rota, humillada, sincera:

—Te lo ruego, Violet. No me rechaces sin pensarlo. Si te casas conmigo, todo lo que tengo será tuyo. Jamás tendrás que agachar la cabeza ante nadie.

La sorpresa cruzó fugazmente por el rostro de ella. Ver al orgulloso vizconde arrodillado frente a sus pies era una imagen que nunca habría imaginado. Por un instante, algo en su interior titubeó, como si la visión de aquel hombre, reducido a una súplica tan desnuda de orgullo, removiera recuerdos que creía enterrados.

—Ya no la agacho, Ezra —dijo al fin, con voz firme, casi feroz.

Él asintió despacio, como si aceptara esa respuesta como una estocada necesaria.

—Entonces déjame acompañarte… aunque me odies por el resto de tu vida.

Por un instante, algo dentro de Violet vaciló. La mujer que un día lo había amado apareció como un destello fugaz, un eco del pasado que amenazó con quebrar su determinación. Sintió compasión, sí, un atisbo de la joven ingenua que había creído en él, que había soñado con una vida a su lado.

Pero esa imagen se disipó tan rápido como llegó. En su lugar se alzó la otra Violet, la que había aprendido a sobrevivir al desprecio de la sociedad, la que reconstruyó su vida desde la rabia y el orgullo. El amor antiguo se desvaneció, reemplazado por la determinación fría de quien no olvida una herida.

Dio un paso hacia él y, con un solo dedo, levantó su barbilla obligándolo a mirarla. Los ojos de Ezra, húmedos y tensos buscaban perdón, esperanza, algo que ella no estaba dispuesta a ofrecerle.

—Si me caso contigo —murmuró con una calma que helaba la sangre—, voy a destruirte.

Ezra sostuvo la mirada, sin retroceder ni un centímetro.

—Si te casas conmigo, puedes hacer con mi vida lo que te plazca… si eso te hace feliz.

Violet retiró el dedo lentamente, giró sobre sus talones y caminó unos pasos, dándole la espalda. Permaneció unos segundos

en silencio, con la respiración controlada, sopesando el peso de aquella decisión. Podía rechazarlo y seguir adelante, mantener intacto su odio y su orgullo, pero algo en su interior le gritaba que aceptar sería un golpe más profundo, una victoria a fuego lento.

—Me casaré contigo —dijo al fin, sin mirarlo.

Ezra se puso de pie de un salto, como si le hubieran devuelto la vida. Una sonrisa amplia, rota por la emoción, iluminó su rostro.

—Gracias, Violet.

Ella giró apenas la cabeza, lanzándole una mirada glacial.

—Si estuviera en tu lugar, no lo agradecería.

Él no borró la sonrisa, aunque ahora era más tenue, más vulnerable.

—Te daré la boda que te mereciste… la que te mereces.

Violet alzó una mano, señalando la puerta con un gesto sereno pero implacable.

—Vete.

Ezra obedeció, caminando hacia la salida con el pulso acelerado y la mente enredada en emociones contradictorias: alivio, temor y una chispa de esperanza. Había obtenido el sí, aunque sabía que ese sí podía convertirse en un campo de batalla emocional.

Al llegar al vestíbulo, el mayordomo lo esperaba con la serenidad propia de un hombre que había presenciado demasiadas escenas tensas en su vida. Antes de que pudiera abrir, otra figura emergió del corredor: Benedict, con los brazos cruzados y una ceja arqueada, mezcla de burla e incredulidad.

—¿Te has rendido ya, Ashbourne? —preguntó, con mordacidad evidente.

Ezra lo miró de frente, con la misma mezcla de orgullo y alivio que aún le latía en el pecho.

—Me complace decirte que me casaré con Violet en cuanto le prepare la boda que se merece.

El comentario cayó como una piedra en medio del silencio. Benedict descruzó los brazos lentamente, como si necesitara tiempo para asimilar lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo dices?

Ezra se acercó con un gesto casi fraternal y, sin pedir permiso, le dio un leve golpe en el hombro.

—Lo que has oído… cuñado.

Benedict parpadeó, incrédulo, antes de soltar una risa seca y breve, más de desconcierto que de diversión.

—¿Estás diciendo que Violet… aceptó?

—Exactamente.

El barón lo observó con gesto ambiguo, incapaz de decidir si debía felicitarlo, advertirle o darle un puñetazo por haber logrado lo que él consideraba impensable. Al final, optó por un suspiro pesado y un asentimiento lento.

—Que Dios te ampare, Ashbourne.

Ezra sonrió, amplia y genuinamente.

—No te preocupes, cuñado. Sé exactamente lo que hago.

Benedict arqueó las cejas, todavía incrédulo.

—Eso está por verse.

El mayordomo abrió la puerta principal, y una ráfaga de aire frío atravesó el vestíbulo. Ezra salió al exterior con paso firme. El cielo estaba cubierto de nubes grises, presagiando lluvia, pero para él aquel era el día más espléndido de su vida.

Descendió las escaleras y avanzó hacia el carruaje con el pecho cargado de alivio y determinación. Tenía un compromiso, uno que podía convertirse en una guerra emocional, pero también en su única oportunidad de demostrar que no era el mismo hombre que la había herido siete años atrás.

Cuando subió al carruaje y dio la orden al cochero, su mente ya trabajaba en el siguiente paso: preparar la boda perfecta. No como una celebración social, sino como una declaración silenciosa de que estaba dispuesto a entregarse por completo.

Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos un instante. La imagen de Violet, con la mano señalando la puerta y la voz fría aceptando la unión, se grabó con un peso indescriptible. Era una victoria amarga, sí, pero también un nuevo comienzo.

Por primera vez en mucho tiempo, el vizconde sonrió con un brillo auténtico en la mirada. No importaban las nubes ni el riesgo de aquella unión: había vuelto a entrar en la vida de Violet, aunque fuera a costa de su propia rendición.

Capítulo 28



El amanecer del día de la boda llegó con un cielo sorprendentemente claro, un azul pálido que en Londres parecía casi un milagro. Para algunos, era un presagio de buen augurio; para Violet, solo una ironía del destino.

Desde muy temprano, la residencia de los Hargrove bullía de actividad: criados entrando y saliendo con bandejas de plata, modistas ajustando los últimos detalles del velo y un ir y venir de flores blancas que llenaban el ambiente con su fragancia dulce y serena. Para cualquier extraño, aquello era la imagen de un día perfecto; para Violet, era un escenario calculado, el telón de fondo de un pacto que había aceptado con plena conciencia: casarse con un hombre al que había jurado hacer pagar.

Frente al espejo de cuerpo entero, estudió su reflejo con una serenidad fría, como si contemplara a otra persona. Llevaba un vestido de seda marfil con un velo largo de encajes trabajados, una tiara familiar coronando su peinado recogido y un ramo abundante de rosas blancas y lirios, tan opulento que contrastaba con la sencillez de su primera boda. Aquella vez, siete años atrás, había llevado un vestido casi fúnebre, sin adornos ni brillo, acompañado por cuatro rosas blancas que ella misma había elegido, incapaz de soñar con algo mejor.

Hoy, pese a su resentimiento hacia Ezra, no había escogido un atuendo oscuro ni un ramo mustio como símbolo de venganza. Había elegido un vestido digno, una pieza que proyectaba poder y orgullo. ¿Por qué? Quizá por la frase que él mismo le había dicho días antes: «tendrás la boda que mereces». Y, aunque odiaba

admitirlo, una parte de sí misma había querido sentir lo que no pudo entonces: la experiencia de parecer una novia que empezaba una nueva vida, aunque fuera con un propósito oculto.

Cuando la modista terminó de ajustar la tiara, Violet tomó el ramo y respiró hondo. «No es amor… es justicia», se recordó a sí misma. Ezra no era un hombre al que amar, sino un adversario al que había aceptado como compañero de vida para devolverle, cada día, algo del daño recibido.

Un murmullo diferente la sacó de sus pensamientos. Al pie de la escalera, Benedict la esperaba, vestido con un traje impecable y un gesto mitad orgullo, mitad ironía. Al verla descender, su sonrisa fue tan mordaz como fraternal.

—Si me hubieran dicho hace un mes que te llevaría al altar del brazo de Ashbourne, me habría reído en su cara —comentó con ese tono que solo un hermano podía usar sin consecuencias—. ¿Estás segura de que no has perdido el juicio, Violet?

Ella sonrió apenas, con una chispa de desafío en la mirada.

—Tan segura como de que tú no serás quien arruine esta ceremonia.

Benedict arqueó una ceja y extendió el brazo con solemnidad teatral.

—Entonces, condesa viuda de Meriden, permítame cumplir mi papel de honorable hermano.

Violet apoyó su mano en el brazo de Benedict y, por un instante, un nudo invisible apretó su pecho. Aquella escena evocaba un recuerdo que había querido enterrar: la certeza que tuvo años atrás de que su padre la llevaría del brazo hacia Ezra. Ahora, en su lugar, estaba Benedict, el último vestigio de su familia directa. «Padre, madre… hoy dejo esta casa y esta vida atrás», pensó mientras avanzaban juntos por el vestíbulo.

Al cruzar el umbral, sintió que algo quedaba atrás: la presencia invisible de sus padres, la inocencia de su juventud,

incluso la Violet que había soñado con un amor sencillo. Subió al carruaje del brazo de su hermano, con la cabeza erguida y la mirada firme, decidida a encarar un futuro que había elegido conscientemente, aunque naciera de heridas pasadas.

El carruaje arrancó con un suave traqueteo, dejando atrás la residencia de su infancia. Violet apoyó un codo en el marco de la ventanilla, la mantuvo ligeramente bajada y dejó que el aire fresco de la mañana rozara su rostro. Afuera, Londres se agitaba al paso del vehículo: damas con abanicos y caballeros con sombreros de copa se detenían para observar, algunos inclinando la cabeza en saludo, otros sin poder ocultar la curiosidad.

—¿La condesa viuda de Meriden casándose con el vizconde de Ashbourne? —susurró una mujer a su acompañante, creyendo que su tono bajo la mantenía discreta.

—Quién lo hubiera dicho… después de todo lo que pasó entre ellos —replicó el hombre, con una sonrisa ladeada.

—Dicen que ella lo odia, que es una boda por venganza… o por conveniencia —añadió otra voz femenina, arrancando una risita sofocada.

—O tal vez ambas cosas —remató un joven con tono mordaz.

Cada palabra llegó clara hasta el interior del carruaje. Violet no cerró la ventanilla ni desvió la mirada. Sus labios se curvaron apenas, en un gesto tan sereno como gélido, como si cada murmullo confirmara que la sociedad no comprendía absolutamente nada… y que así era mejor.

Reacomodó el ramo sobre su regazo, enderezó los hombros y fijó la vista en el horizonte. Ese día no se trataba de rumores, ni de la aprobación ajena. Era su decisión, tomada con plena consciencia y un objetivo tan frío como calculado: casarse con Ezra y hacerle en mil pedazos su corazón.



El interior de la iglesia resplandecía con una solemnidad que parecía contener el tiempo mismo. Los vitrales filtraban la luz del mediodía en tonos de azul y ámbar, proyectando destellos suaves sobre los arreglos de flores blancas que decoraban cada banco. El murmullo de los invitados había cesado en cuanto la música del órgano anunció el inicio de la ceremonia, dejando que un silencio expectante llenara el aire.

Ezra estaba de pie frente al altar, impecablemente vestido con un frac negro de corte perfecto, chaleco marfil y una corbata de seda anudada con precisión. Su cabello, recién peinado, brillaba bajo la luz, y su mentón afeitado mostraba un esfuerzo evidente por lucir tan presentable como su posición exigía. Sin embargo, las ojeras bajo sus ojos delataban la realidad: no había dormido bien desde que ella aceptó casarse con él. Su mayor temor había sido que, llegado el día, Violet no se presentara, y la sola posibilidad había convertido cada noche en una vigilia interminable.

Y entonces la vio.

El sonido de los pasos acompasados del cortejo nupcial hizo que levantara la vista y el mundo se detuviera por un instante. Violet avanzaba por el pasillo central, del brazo de su hermano, con un porte tan sereno que parecía deslizarse más que caminar. El vestido de seda marfil realzaba cada línea elegante de su figura, y el velo caía en ondas suaves, como un río de encaje que se deslizaba detrás de ella.

Ezra sintió que el aire abandonaba sus pulmones de golpe. La emoción lo golpeó con tal intensidad que sus ojos comenzaron a humedecerse sin que pudiera evitarlo. Un nudo en la garganta le impidió tragar, y apenas se dio cuenta de que una lágrima resbalaba por su mejilla.

Emily, sentada en la primera fila junto a Alexander, lo notó al instante. Dio un leve codazo a su esposo y susurró con un brillo de ternura y picardía en los ojos:

—Dale tu pañuelo.

El marqués de Huntington frunció el ceño por un instante, pero obedeció. Se puso de pie, avanzó dos pasos y extendió un pañuelo de lino bordado hacia el vizconde.

—Toma, viejo amigo —susurró con una media sonrisa—. No queremos que la novia piense que ya te has deshecho antes de empezar.

Ezra, sin apartar la vista de Violet, tomó el pañuelo con manos temblorosas y se secó rápidamente las lágrimas. No había vergüenza en aquel gesto; solo un amor tan profundo que, por un momento, todos los presentes entendieron que no era un simple matrimonio por conveniencia o poder: era un hombre que se había roto y reconstruido solo para estar allí, frente a ella.

Mientras la marcha nupcial llenaba la iglesia, Ezra no dejó de mirarla. En su mente, cada instante de sufrimiento, cada noche de insomnio, cada reproche de los últimos siete años, había valido la pena porque ahora, contra toda probabilidad, Violet caminaba hacia él. Su corazón martillaba con tal fuEzra que temió que los invitados lo escucharan.

Benedict, consciente de las miradas, mantenía un porte impecable mientras guiaba a su hermana. Pero cuando llegaron al altar y la colocó frente a Ezra, no pronunció las palabras clásicas de "cuídala" ni nada similar. Por el contrario, su mirada fue un cuchillo afilado, una advertencia muda que decía: "Si la lastimas, no habrá lugar donde puedas esconderte."

Ezra asintió apenas, aceptando el mensaje con la solemnidad de un juramento.

Extendió la mano hacia Violet y, en el instante en que sus dedos tocaron los de ella, notó que temblaban. No era un temblor

de inseguridad, sino de pura emoción contenida. Su respiración estaba agitada, casi incontrolable, y Violet lo percibió al instante.

Ezra, el hombre más poderoso de Londres, aquel cuya presencia hacía temblar a los caballeros porque conocía demasiado bien sus pecados, estaba temblando por ella.

Violet inspiró profundamente y apretó con suavidad su mano, no como un gesto de ternura, sino de control, para que pudiera mantener el equilibrio cuando el sacerdote, con voz solemne, pronunció:

—Milord, coloque el anillo en la mano de su esposa.

El vizconde movió la otra mano, donde sostenía la pequeña alianza, pero sus dedos temblaban tanto que estuvo a punto de dejarla caer. Violet, consciente del momento, sostuvo su mano con firmeza, ayudándolo a estabilizarla. Ezra alzó la mirada, sorprendido por la acción, y por un segundo el mundo se redujo a esos ojos grises fijos en los suyos.

Respiró hondo, se serenó, y con un movimiento lento deslizó el anillo en el dedo de Violet. Luego, sin poder contenerse, tomó su mano y llevó el anillo recién colocado hasta sus labios, depositando un beso breve pero cargado de reverencia.

El sacerdote asintió con aprobación y giró hacia Violet.

—Ahora, milady, coloque usted el anillo en la mano de su esposo.

Ella no dudó ni un instante. Tomó la alianza y la deslizó con seguridad en el dedo de Ezra, sus manos firmes, sin un solo temblor. Su serenidad contrastaba con la emoción palpable de él, y por primera vez en toda la ceremonia, Ezra sonrió con una mezcla de alivio y orgullo.

Los votos continuaron con la solemnidad esperada, las palabras sagradas que unían sus vidas ante Dios y la sociedad. Cuando el sacerdote finalmente los declaró marido y mujer, un murmullo de aprobación recorrió la iglesia, seguido de un aplauso

contenido y el suave sonido de pétalos cayendo desde el coro superior.

Violet permaneció erguida, con la misma compostura de siempre, pero dentro de ella había una grieta incipiente, un espacio en el que la realidad de lo que acababa de hacer comenzaba a instalarse: se había entregado, al menos de forma pública, al hombre que odiaba… y amaba al mismo tiempo.

Capítulo 29



El carruaje que transportaba a los recién casados se detuvo frente al salón de recepciones con un crujido suave de ruedas sobre la grava. Desde la entrada, Emily, Alexander y Jackson observaron en silencio, tensos, temiendo que la calma de la ceremonia fuera solo el preludio de un estallido. Pero cuando la puerta del carruaje se abrió y Ezra descendió primero para ofrecer la mano a su esposa, todos contuvieron el aliento: Violet aceptó su ayuda sin dudar, y al bajar sonrió con una elegancia serena hacia los invitados reunidos.

Aquello bastó para relajar el gesto de Alexander, quien murmuró apenas audible:

—Siguen enteros.

Emily asintió con un suspiro de alivio, aunque no perdió de vista el modo en que Ezra miraba a Violet, con una devoción que pocas veces había visto en un hombre. Jackson, por su parte, cruzó los brazos y masculló algo entre dientes, aunque su expresión suavizada lo delató: tal vez, solo tal vez, ese matrimonio tenía una oportunidad.

Violet giró el rostro y sus ojos se encontraron un instante con los de Ezra. En esa mirada fugaz vio algo que no esperaba: gratitud y un brillo húmedo que había estado conteniendo desde la iglesia. Había cumplido su promesa de ofrecerle una boda que la sociedad recordaría.

La fachada del salón se alzaba ante ella como un monumento al lujo y la ostentación: columnas corintias de mármol

blanco, ventanales de cristal tallado y detalles dorados que capturaban la luz como un faro de riqueza. Violet contuvo la respiración un segundo y miró de reojo a su esposo; por un instante, la certeza de que aquel hombre estaba dispuesto a todo por complacerla la desestabilizó.

—Ven —susurró Ezra, ofreciéndole el brazo.

Juntos, avanzaron hacia la entrada, seguidos por el murmullo expectante de los invitados. No eran simples comentarios: eran exclamaciones de asombro, murmullos incrédulos y hasta alguna que otra interjección ahogada:

—¡Por Dios bendito!

—Jamás había visto algo igual…

—Ni los príncipes se casan con tal fasto…

Dos empleados del salón, impecablemente uniformados, los esperaban junto a la imponente puerta doble de madera de caoba con incrustaciones de nácar. Al ver acercarse a la pareja, empujaron ambas hojas con un movimiento solemne y ensayado.

El interior arrancó un murmullo colectivo de asombro:

—¡Oh, santo cielo!

—¡Increíble!

—¿Habéis visto las lámparas?

Violet se quedó inmóvil un instante, contemplando el espacio. El salón era un rectángulo de dimensiones palaciegas. Un cuarenta por ciento del espacio estaba ocupado por mesas redondas con manteles de seda bordada en hilos de plata, rodeadas de sillas tapizadas en terciopelo burdeos. Sobre cada mesa, candelabros de cristal tallado sostenían velas encendidas que proyectaban destellos cálidos sobre la porcelana fina y la cubertería de plata con iniciales grabadas.

A lo largo de las paredes, más de treinta criados de librea permanecían de pie en perfecta formación, con guantes blancos y semblante imperturbable, aguardando la señal para atender a los

invitados. El solo hecho de ver tal despliegue de personal recordaba la magnificencia reservada, hasta entonces, a banquetes reales. El otro extremo estaba reservado como zona de baile: un piso de madera pulida que reflejaba la luz como un espejo, delimitado por columnas finamente labradas. Al fondo, sobre un pequeño escenario, se encontraba un grupo de músicos vestidos con chaquetas negras y camisas almidonadas, nada menos que la Philharmonic Society de Londres, reconocida en toda Inglaterra por sus interpretaciones exquisitas. Los violines afinaban con un suave murmullo, el contrabajo emitía notas graves de prueba y el oboe soltaba un par de acordes que prometían una velada musical digna de la realeza.

Cortinas de seda carmesí caían desde el techo hasta el suelo, enmarcando los ventanales y un pequeño balcón al fondo desde el que se divisaba la ciudad. Un delicado aroma a flores frescas mezcla de lirios y gardenias, impregnaba el ambiente, mientras el murmullo de los invitados se transformaba en un coro de elogios ahogados.

Ezra, consciente de que Violet aún no había dicho palabra, se inclinó ligeramente hacia ella, sin soltar su mano. Su respiración seguía algo agitada; había temido que ella no llegara, había pasado noches sin dormir pensando en ese momento, y ahora la veía allí, con el velo cayendo como un río de seda sobre su espalda.

—¿Te gusta, querida? —preguntó con voz baja, como si temiera romper el hechizo del instante.

Violet lo miró un segundo, sorprendida de encontrar esa vulnerabilidad en el hombre que había visto dominar salas enteras con solo una ceja arqueada. No respondió con palabras: solo inclinó la cabeza, un gesto sereno pero firme, que encerraba mucho más de lo que él podía imaginar.

El vizconde tomó con suavidad la mano de su esposa, conduciéndola con un gesto ceremonioso hacia la mesa principal situada en un extremo del gran salón, donde ellos dos serían el centro de todas las miradas. La delicadeza con la que la guiaba contrastaba con la fuEzra que solía mostrar en su porte habitual,

como si temiera que aquella mujer —orgullosa, hermosa y peligrosa en su silencio— pudiera quebrarse como una frágil figura de cristal.

Se detuvieron frente a dos sillas altas y elegantemente tapizadas en terciopelo burdeos, reservadas solo para ellos. Ezra retiró la suya con un movimiento preciso, inclinando ligeramente la cabeza mientras la invitaba a sentarse. El roce de su mano en el respaldo, el gesto de apartarla con tanto cuidado provocó un murmullo entre algunos invitados: no todos los días se veía al imponente vizconde de Ashbourne, temido en las mesas de juego y respetado en el Parlamento, adoptando la actitud de un hombre completamente rendido ante su esposa.

Ella se sentó con una serenidad estudiada, apoyando el ramo de lirios y rosas blancas sobre la mesa, justo al lado de un candelabro de cristal de roca cuyas velas, altas y delgadas, proyectaban destellos dorados sobre la mantelería. En cuanto estuvo acomodada, él ocupó su lugar a su derecha, y como si se tratara de una coreografía previamente ensayada, el resto de los invitados tomaron asiento solo después de ella. Era una señal inequívoca de respeto hacia la nueva vizcondesa, un reconocimiento tácito de su posición y de la solemnidad del momento.

El mantel que cubría la mesa principal era de lino irlandés, bordado a mano con delicados hilos de plata, mientras que la cubertería —cuchillos, tenedores y cucharas— brillaba con un pulido impecable que delataba su procedencia francesa. Los platos, decorados con filigranas en oro, parecían más piezas de exhibición que vajilla para un banquete. Entre cada servicio, pequeños arreglos florales de lirios y camelias blancas, perfumando el aire con una fragancia fresca y ligera, se intercalaban con candelabros de bronce bruñido y copas de cristal de Bohemia cuya transparencia capturaba la luz como si fuese diamante líquido.

La mujer observó aquel despliegue con un leve alzamiento de cejas, sin pronunciar palabra. Nunca había imaginado un nivel de ostentación semejante. En su primera boda, el mantel era sencillo, la cubertería heredada, y el ambiente impregnado de un recogimiento

casi fúnebre. Ahora, en cambio, cada detalle parecía gritar poder, riqueza y un mensaje silencioso: Ezra Ashbourne cumple sus promesas.

—Violet, están esperando tus órdenes —dijo él con tono suave, apenas audible para quienes estaban más próximos.

Ella lo miró, confundida.

—¿Mis órdenes? —preguntó con un matiz de incredulidad.

Él sonrió apenas, con una chispa de orgullo en la mirada.

—Exactamente. Todos ellos —hizo un gesto hacia los camareros de librea que aguardaban en fila, inmóviles como estatuas—, así como la Filarmónica de Londres, harán lo que digas.

El brillo de los ojos de la vizcondesa cambió, como si un destello de picardía se encendiera de pronto. Una sonrisa casi imperceptible curvó la comisura de sus labios.

—¿Todo?

Ezra tragó saliva antes de asentir, completamente serio.

—Todo.

El murmullo de abanicos y las miradas contenidas de las damas cercanas fueron inevitables cuando ella se volvió hacia el criado situado a su lado, un hombre de rostro joven y porte impecable, que aguardaba con una inclinación respetuosa. Su aparición había sido tan silenciosa que Violet apenas lo había percibido hasta ese momento.

—Comiencen a servir —ordenó con una voz tranquila pero firme, como quien prueba el alcance de un poder recién adquirido—. Y que la orquesta toque para nosotros ritmos muy suaves, que no entorpezcan las charlas.

El criado inclinó la cabeza y se retiró con pasos ágiles, cumpliendo al instante cada instrucción. Como si hubiese sido una señal esperada, los treinta camareros distribuidos estratégicamente por el salón se pusieron en movimiento, abriendo botellas, llenando copas y sirviendo los primeros aperitivos con una sincronización

perfecta. En el escenario, los músicos de la Filarmónica de Londres, con sus instrumentos afinados al límite de la perfección, comenzaron a ejecutar una pieza suave y envolvente, un vals ligero que parecía acariciar los sentidos sin opacar el murmullo de las conversaciones.

El efecto fue inmediato: un movimiento de abanicos entre las damas, algunos suspiros y no pocos susurros cargados de asombro y envidia. La imagen de la recién casada dando órdenes en un salón de semejante prestigio, con músicos que usualmente tocaban solo para reyes y príncipes, bastó para provocar un torbellino de comentarios apenas contenidos.

—¿Escuchaste eso? —murmuró una dama de cabello canoso a su acompañante—. Ha mandado tocar la Filarmónica como si fuera cosa suya.

—Y lo es ahora —respondió el caballero, observando al vizconde con cierta mezcla de respeto y recelo.

Violet, sin embargo, permanecía impasible ante las reacciones, más atenta al detalle de los candelabros y de las flores que al murmullo generalizado. Le resultaba fascinante, casi desconcertante, comprobar que el hombre a su lado —el mismo que la había destrozado siete años atrás— ahora parecía un simple ejecutor de su voluntad, alguien dispuesto a convertirse en su marioneta con tal de verla complacida.

No le importaba que al día siguiente Londres entero comentara la extravagancia de aquel banquete ni que intentaran calcular el coste desorbitado de aquella noche. Lo que realmente pesaba en su mente era esa sensación de control absoluto, la constatación de que cada mirada y cada gesto en el salón giraban en torno a ella y al hombre que había jurado someter a su propio juego.

Ezra la observaba en silencio, intentando descifrar sus pensamientos. Por un instante sintió el impulso de agradecerle simplemente estar allí, de tomarse un segundo para decirle lo hermosa que estaba y cuánto significaba ese momento. No lo hizo. En cambio, se inclinó ligeramente hacia ella y dejó escapar un murmullo cargado de emoción:

—¿Está a tu gusto?

Violet giró la cabeza y lo miró. Por un instante, sus ojos se suavizaron y asintió con un leve movimiento. No pronunció palabra, pero esa afirmación silenciosa bastó para él: la tensión que llevaba anudada en el pecho cedió, y su mano, rígida hasta entonces sobre la mesa, se relajó.

A su alrededor, los murmullos seguían, pero ya no importaban. La música suave llenaba el ambiente, los platos eran servidos con precisión impecable y la nueva pareja presidía la sala con una quietud que, paradójicamente, resultaba más poderosa que cualquier exceso de lujo.

Capítulo 30

El tintineo de la cucharilla contra el cristal aún resonaba cuando el salón volvió a sumirse en un silencio expectante. El brindis del marqués había dejado un eco solemne, coronado por el beso inesperado de Ezra, un gesto que arrancó vítores y exclamaciones, aunque no consiguió suavizar la mirada de Violet.

La Filarmónica, con la precisión de una maquinaria perfecta, enlazó un acorde triunfal con las primeras notas de un vals majestuoso. Los violines elevaron una melodía suave, casi un susurro, que fue creciendo con cada compás hasta envolver la estancia en un halo de magia suspendida.

Ezra se puso de pie sin apartar la vista de su esposa. Su expresión era distinta: el hombre altivo y seguro de antaño había desaparecido. Ahora, en su lugar, había un hombre con la mandíbula tensa, ojeras que ni el mejor afeitado ni el impecable peinado podían ocultar, y una emoción tan intensa que humedecía sus ojos. Extendió la mano hacia ella con una leve inclinación.

—¿Me concedes esta pieza? —preguntó, lo bastante bajo para que solo ella pudiera oírlo.

Violet lo miró unos segundos, evaluando cada gesto. Acostumbrada a verlo implacable, aquel temblor en la mano ofrecida la desconcertó. Cientos de miradas estaban fijas en ellos; rechazarlo no era una opción. Colocó suavemente sus dedos sobre los suyos.

Los murmullos cesaron y el centro del salón se despejó como si todo hubiese sido ensayado. El vizconde la condujo hacia la pista con una delicadeza que contrastaba con el pulso acelerado de

su respiración. Era el hombre más poderoso de Londres, aquel cuya sola presencia silenciaba ministros y jueces, y sin embargo temblaba por ella.

El primer giro del vals los envolvió como un remolino de seda y música. El vestido de Violet, marfil casi blanco con bordados que atrapaban la luz de los candelabros, se desplegó en ondas perfectas a cada paso, dibujando círculos delicados alrededor de sus pies. Ezra la sostenía con firmeza, pero cada movimiento estaba impregnado de un cuidado reverente, como si temiera romper algo irremplazable. Su mano, firme en su cintura, no dejaba espacio para dudas; la otra guiaba cada giro con una precisión suave, casi devota.

Los invitados contenían el aliento. Algunos seguían el compás con palmas suaves, otros sonreían con admiración, y más de una dama murmuró un suspiro tras el abanico. Era una escena que parecía arrancada de un cuento: la novia altiva, el esposo vulnerable, la música envolviéndolos en una burbuja ajena al resto del mundo.

Pero Violet no podía evitar recordar. Durante años había imaginado su primer vals con Ezra, cuando todavía creía en promesas de juventud y futuros compartidos sin sombras. Aquella ilusión murió la noche en que él la humilló públicamente, y el vals que soñó se convirtió en una realidad torcida: él la guiaba con ternura, sí, pero bajo un pacto sellado por la venganza, no por el amor. Su pecho se endureció con ese recuerdo; sus dedos se tensaron sobre el hombro de su esposo.

Ezra lo notó de inmediato. Su mirada dulce se transformó en una súplica silenciosa y, sin pensarlo, la atrajo un poco más hacia sí. La cercanía fue tal que un par de abanicos se detuvieron a mitad de un gesto y un caballero carraspeó incómodo. Nadie, sin embargo, apartó la vista: el atrevimiento del vizconde era el de un hombre que no pensaba soltar lo que había recuperado.

El contacto era innegable: la presión firme de su mano en la cintura, el calor que traspasaba la seda, el roce de su mejilla cerca de la línea de su cabello. Violet sintió el temblor contenido en su

respiración, el anhelo que se le escapaba en cada movimiento. Por fuera mantuvo un porte sereno, casi regio; por dentro, algo se removía. ¿Cómo era posible que aquel hombre, antaño arrogante y cruel, ahora la sostuviera como si su vida dependiera de ello?

—Eres magnífica… —susurró él, tan bajo que solo ella pudo escucharlo.

Ella no respondió. Su mirada se perdió en la multitud que los observaba con una mezcla de fascinación y envidia. Esto no era amor, se recordó con fuerza: era poder. Poder sobre él, poder sobre una situación que siete años atrás la había destruido. Y sin embargo, en lo profundo, sentía el pulso acelerado de él, el temblor que delataba lo mucho que estaba arriesgando al mostrar esa vulnerabilidad pública.

El vals alcanzó su clímax. Ezra giró con precisión impecable, inclinándola lo justo para que sus rostros quedaran peligrosamente cerca. Por un segundo, el mundo se detuvo: solo existían sus respiraciones mezcladas, el temblor del pulso de él y el leve rubor que, contra su voluntad, subió a las mejillas de ella.

El silencio estalló en aplausos atronadores. La Filarmónica remató la pieza con una nota prolongada que vibró en el mármol y en los candelabros. Ezra, todavía sosteniéndola, llevó la mano de Violet a sus labios y la besó con una solemnidad casi ceremonial. No fue un beso pasional, pero sí un acto público de entrega que arrancó un coro unánime:

—¡Vivan los novios!

Violet sostuvo la mirada de su esposo un instante antes de inclinar ligeramente la cabeza, aceptando el gesto, aunque sin conceder más de lo que estaba dispuesta a dar.

La orquesta retomó el compás con un ritmo animado, invitando a otros a unirse a la pista. Pero todos sabían que esa primera pieza, con su mezcla de tensión, osadía y belleza incómoda, quedaría grabada en la memoria de la alta sociedad londinense

como una de las escenas más deslumbrantes —y comentadas— de los últimos años.

A un lado del salón, Emily apretó suavemente la mano de su esposo.

—¿Has notado su expresión al final? —preguntó la marquesa.

Alexander asintió con gesto grave.

—Lo noté. Él lo dio todo en ese baile… y ella no cedió ni un centímetro.

Violet, mientras tanto, se recomponía con la calma estudiada de quien sabe que todos la observan. Su respiración seguía acelerada, no por romanticismo, sino por el torrente de recuerdos que la golpeó de improviso. Por un momento, había sentido la tentación de dejarse llevar, de bajar la guardia y permitir que el hombre que la miraba con tal devoción tomara un lugar más profundo en su corazón. Pero su voluntad recuperó el control.

«Esto es el principio», se recordó al apartarse un mechón del rostro con un gesto sereno. Miró de reojo a Ezra, que aún la contemplaba con la intensidad de quien atesora un momento irrepetible, y se obligó a mantener el porte altivo.

Cuando se sentó de nuevo en su lugar, la espalda erguida y el mentón alto, sus labios formaron una sonrisa medida. Nadie podía cuestionarla, pero tampoco interpretarla como una rendición. Ezra tomó asiento a su lado con un brillo genuino en los ojos, pero Violet ya había recuperado el control absoluto de sí misma.

A su alrededor, la celebración continuaba, pero dentro de ella, una certeza se repetía como un juramento silencioso: ese vals no había cambiado nada… al menos, no de la forma en que él deseaba.

Capítulo 31



El carruaje se detuvo frente a la residencia Ashbourne. Violet, al mirar por la ventanilla, sintió un nudo en el estómago: conocía esa fachada. Era el mismo lugar al que había acudido disfrazada, el mismo club que marcó un antes y un después en su vida. Se giró hacia Ezra, buscando una respuesta en su expresión, pero él simplemente tomó su mano y la ayudó a descender.

No la soltó.

—Ven —dijo con suavidad, y la condujo hacia la derecha, bordeando la estructura conocida.

Entonces, como si un mecanismo oculto hubiera despertado, una fila de faroles se encendió uno tras otro, desvelando una construcción completamente distinta, hasta ahora oculta. Ante sus ojos se alzó una residencia majestuosa, con una simetría impecable y detalles propios de un palacio real.

Ezra sonrió, complacido por su reacción.

—Entra en nuestro hogar. Lo he preparado durante cinco años. Si hay algo que no te guste, puedes cambiarlo. Y si necesitas algo… tienes la libertad de adquirirlo.

Violet entrecerró los ojos.

—¿Lo que necesite?

—Todo —aseguró él sin vacilar.

Un lacayo abrió la puerta con un movimiento preciso.

—Milord, *milady*, bienvenida a su hogar.

—Gracias —respondió Violet, esbozando una sonrisa ligera, más por educación que por emoción.

Ezra le quitó el abrigo con una suavidad inesperada. El contacto breve de sus dedos sobre sus hombros le provocó un estremecimiento que le recorrió la columna. Rechazando aquella sensación, se apartó un paso y se centró en el vestíbulo.

El impacto fue inmediato: retratos. Diez grandes marcos, todos con su propio rostro, en diferentes vestidos y escenarios, colgaban de las paredes como si la casa entera estuviera dedicada a su imagen. La seda de las cortinas caía en pliegues perfectos, los candelabros de oro macizo lanzaban destellos cálidos sobre alfombras de hilo fino y la madera pulida de las escaleras parecía recién trabajada. Aquello no era solo lujo; era exceso. Era como caminar dentro de una devoción transformada en un espacio físico que la observaba desde cada ángulo.

Se giró lentamente hacia él, incrédula.

—¿Por qué has hecho esto, Ezra?

Él sostuvo su mirada con seriedad.

—Te he extrañado todos estos años. Necesitaba sentir que estabas a mi lado… aunque fuera así.

Violet no respondió. Tocó el marco dorado de uno de los retratos con la yema de los dedos, sintiendo el frío metálico que contrastaba con el calor de su piel. Por un instante, un pensamiento la atravesó: ¿y si aquello no era un hogar, sino una prisión con barrotes de seda?

Ezra rompió el silencio con voz más suave:

—Ven, no te quedes aquí. Quiero enseñarte todo.

—Estoy cansada —replicó con seriedad.

Él asintió, girándose hacia un criado cercano.

—Arnold, busca a las doncellas que deben atender a la señora.

—Sí, milord —respondió con una leve inclinación antes de desaparecer por el pasillo.

El eco de sus pasos apenas se había apagado cuando un grupo perfectamente alineado de diez doncellas apareció, todas con uniformes impecables y un saludo sincronizado que parecía ensayados cientos de veces.

—Llevad a mi esposa a su alcoba y atendedla como se merece.

—Sí, milord —respondieron al unísono.

Una de ellas se adelantó un paso.

—*Milady*, por favor, sígame.

Ezra le dirigió una última mirada.

—Buenas noches, querida. Que descanses.

Violet lo observó unos segundos, intentando descifrar qué sentía: asombro, desconfianza… y un eco de inquietud difícil de ignorar. ¿Había conseguido su venganza o solo había caído en un plan más complejo, diseñado por un hombre que no dejaba nada al azar?

—Vamos —ordenó con voz firme a las doncellas, siguiéndolas con un porte que ocultaba cualquier duda. Dentro de sí, un pensamiento se clavó como un anzuelo: No importa qué haya planeado. Yo tengo mis propios planes, y los cumpliré.

La alcoba destinada a Violet superaba cualquier expectativa. Las doncellas la guiaron por un pasillo cubierto con alfombras de seda espesa, mientras las cortinas de terciopelo rojo oscuro suavizaban el eco de los pasos. Al cruzar el umbral, la impresión fue inmediata: el techo se alzaba tan alto que los candelabros de cristal parecían estrellas atrapadas, proyectando destellos dorados sobre las paredes paneladas de caoba pulida. Cada superficie brillaba como si hubiese sido pulida ese mismo día, y cada detalle evidenciaba un esmero casi obsesivo.

Un biombo de seda bordada ocultaba una tina ya preparada, con vapor elevándose en suaves espirales perfumadas con sales de lavanda y pétalos de rosa. A la izquierda, una chimenea crepitaba suavemente, desprendiendo un calor reconfortante y el sutil aroma de la madera de roble. A la derecha, un enorme lecho con dosel forrado en satén marfil ocupaba el centro de la estancia, vestido con sábanas de lino egipcio y un edredón grueso, mullido, que parecía una nube dispuesta a recibirla. Sobre la mesilla de noche, un reloj de bronce y porcelana marcaba el paso de los minutos con un tictac casi imperceptible, mientras un pequeño florero con lirios blancos ponía un toque de frescura a tanta opulencia.

Las doncellas se movían como un solo organismo, con una coordinación que rozaba la perfección militar. Una se adelantó con una reverencia impecable.

—*Milady*, la tina está lista.

Violet experimentó un extraño escalofrío. Nunca había tenido tantas manos dispuestas a atenderla; su única compañía en esas situaciones había sido Whendolyn, su dama de confianza. Ahora, diez pares de ojos aguardaban sus órdenes.

—Gracias… —respondió, la voz más baja de lo que pretendía.

Le retiraron el vestido con la delicadeza de quien manipula un objeto frágil y valioso, apenas rozando su piel con las yemas de los dedos. Esa sensación le provocó un estremecimiento involuntario: no era desagradable, pero sí invasiva, como si cada gesto le recordara que había entrado en un mundo diseñado por Ezra, donde cada detalle estaba bajo su control.

Una a una, las capas de seda cayeron como pétalos. Todas, salvo una doncella, dieron un paso atrás y se giraron respetuosamente, mientras la que quedó frente a ella tendía la mano.

—Permítame ayudarla a entrar.

Violet dudó un segundo antes de aceptarla. El agua caliente la envolvió en un abrazo relajante, disolviendo la tensión acumulada en los últimos días. El vapor aromático inundaba la estancia con notas de lavanda y limón, una mezcla que la hizo cerrar los ojos con un suspiro involuntario.

—Cuando termine, mueva la campanilla —indicó la doncella—. Entraremos a prepararla para la noche.

Violet asintió. El nivel de atención era excesivo, casi sofocante. Acostumbrada a manejar su intimidad con autonomía, aquella servidumbre sincronizada despertaba en ella sentimientos encontrados: gratitud por el confort y, al mismo tiempo, un nudo en el estómago. ¿Era esto amor, cuidado… o una jaula de oro disfrazada de paraíso?

Dejó que el agua caliente y la fragancia disiparan poco a poco sus pensamientos. Su mente, no obstante, regresó a la imagen de los retratos colgados en el vestíbulo. ¿Era posible que Ezra la hubiera extrañado tanto como para llenar un hogar con su imagen? ¿O aquello era un intento de poseerla incluso antes de cruzar el umbral como su esposa?

Sacudió la cabeza, salpicando el agua, y decidió dejar de pensar. Se sumergió por completo unos segundos y emergió con el cabello pegado al rostro y la respiración alterada. Tomó la campanilla colocada sobre un taburete de madera tallada y la agitó suavemente.

La puerta se abrió con rapidez. Las doncellas entraron portando toallas de lino caliente, aceites aromáticos y un secador de cobre que acercaron a la chimenea para templar el aire. Una secó su cabello con movimientos expertos, otra calentó la cama con un brasero portátil y otra retiró la tina con eficacia silenciosa.

—*Milady*, su cama está lista —informó la más veterana con una reverencia perfecta.

Violet sintió una punzada de incomodidad al ver cómo todas trabajaban con precisión de reloj, como si fueran una

extensión más de la voluntad de Ezra. Sin embargo, estaba demasiado cansada para cuestionarlo. Se dejó guiar hasta el lecho, donde las sábanas, suaves como la seda más fina, la envolvieron de inmediato.

Mientras cerraba los ojos, el calor del edredón y el crepitar lejano de la chimenea la acunaban. Pensó en su venganza, en cómo comenzar su plan al día siguiente, pero el cansancio pudo más. La última imagen que cruzó su mente antes de caer dormida fue la de un marco con su propio retrato, oscilando por una corriente de aire en el pasillo.

«¿Una jaula de oro?» pensó, y el sueño la atrapó sin piedad.



Ezra se quedó quieto al pie de la escalera, con una mano apoyada en el pasamanos y la mirada fija en la mujer que acababa de convertirse en su esposa. Violet ascendía acompañada de un grupo de doncellas que se movían con la coordinación perfecta de un mecanismo bien engrasado. Su vestido de seda, delicadamente plisado, se deslizaba con suavidad sobre cada peldaño, y la luz de los candelabros arrancaba reflejos casi dorados en su cabello.

«Mi esposa…» pensó, saboreando cada sílaba como si fuese la primera vez que pronunciaba esas dos palabras. Era un pensamiento extraño, casi irreal. Después de años de humillaciones, de una distancia que había parecido insalvable, ahora ella estaba aquí, casada con él y en su hogar.

Cuando desapareció tras el recodo del pasillo superior, Ezra sonrió, una sonrisa breve y sincera, desprovista de arrogancia. Por primera vez en mucho tiempo, su corazón se sentía ligero.

—Milord, ¿desea que preparemos algo de beber? —preguntó Arnold, el criado que siempre estaba cerca de él.

—Más tarde —respondió con voz suave.

Se quedó unos segundos en silencio, mirando la escalera por la que Violet había desaparecido, antes de caminar hacia un panel de madera en una de las paredes del vestíbulo. Era un acceso secreto, discreto y casi invisible, que él mismo había ordenado construir años atrás, pensado para situaciones de emergencia o para desplazarse sin ser visto.

Esa noche, sin embargo, lo usó con un motivo distinto: asegurarse de que ella estuviera cómoda.

«Solo quiero comprobar que todo esté bien», se dijo mientras atravesaba el pasadizo de piedra iluminado con pequeñas lámparas de aceite. Avanzó hasta una abertura oculta que daba directamente a la alcoba principal. Desde allí, con una visión parcial, pudo observar la escena sin ser notado.

Las doncellas rodeaban a Violet como si fuera una reina. Con movimientos silenciosos y perfectamente sincronizados, desabrochaban el vestido, capa por capa, hasta dejarla con la ropa interior. Ezra apartó la mirada de inmediato; no había ido para invadir su intimidad. Giró el rostro, apoyando la frente en la pared del pasadizo, y cerró los ojos un instante.

«Está bien. Solo necesitaba saber que la atendían como merece».

Los sonidos del agua llenando la tina y el aroma que llegaba hasta su posición le dieron una imagen clara: sales perfumadas, pétalos de rosa flotando en la superficie, vapor acariciando el aire. Por un momento imaginó el alivio que sentiría Violet al sumergirse en aquel baño, el calor fundiendo la tensión del día.

Una de las doncellas habló con voz respetuosa:

—Cuando termine, milady, mueva la campanilla y entraremos a atenderla.

Ezra sonrió, complacido. Había elegido personalmente al personal que la acompañaría, asegurándose de que fueran mujeres discretas, eficientes y respetuosas.

Se apoyó en la pared, respirando con calma.

«Todo esto es por ti, Violet. Todo lo que soy ahora, todo lo que tengo, lo hice pensando en ti».

Esperó hasta que escuchó el sonido de la campanilla, señal de que su baño había terminado. Entonces emprendió el camino de regreso por el pasadizo, saliendo otra vez al vestíbulo. Subió la escalera principal despacio, como si quisiera prolongar cada segundo de aquella primera noche juntos.

En el corredor superior vio cómo la puerta de la alcoba se abría. Las doncellas salieron en fila, llevando toallas húmedas, una pequeña tina portátil y utensilios de aseo. Cada una saludó con una inclinación antes de desaparecer por el pasillo, dejando tras de sí un silencio casi solemne.

Ezra esperó un momento. Luego, con paso firme pero silencioso, se dirigió al panel oculto dentro del pasillo secundario, conectando con la habitación de Violet. Empujó la madera con cuidado y entró.

La alcoba estaba bañada por la luz cálida de la chimenea. El fuego proyectaba sombras ondulantes sobre los paneles de caoba y el dosel del lecho, cubierto por sábanas de lino egipcio que brillaban suavemente con cada destello de las llamas. Violet dormía de lado, el cabello suelto cayendo sobre la almohada y la respiración tranquila marcando el compás del silencio.

Ezra se acercó despacio, sin atreverse a perturbarla. Se arrodilló a un lado del lecho y se quedó mirándola, sintiendo que el pecho se le encogía de una manera que hacía mucho no experimentaba.

«Te quiero, Violet. Siempre te he querido».

Levantó una mano y, sin tocarla, dibujó el contorno de su perfil: la frente, la nariz recta, el arco de los labios. Era una caricia

sin contacto, un gesto reverente más que íntimo, como si cualquier roce físico fuera demasiado atrevido en ese instante.

Retrocedió con la misma lentitud con la que se había acercado, cuidando cada paso para no emitir el más mínimo ruido. Volvió a cerrar el panel y recorrió el pasadizo hasta llegar a su estudio.

El estudio no era un refugio, sino un símbolo. Cada detalle —los estantes repletos de libros encuadernados en cuero, el escritorio macizo de caoba, el globo terráqueo de bronce, las alfombras gruesas— hablaba del poder que había acumulado durante años, del ascenso que había logrado tras tocar fondo.

Se dejó caer en uno de los sillones y miró las llamas del hogar. Por primera vez en siete años, sintió paz.

«Lo he conseguido. Está aquí, en nuestra casa, como mi esposa. Sé que no será fácil, que su corazón aún me rechaza, pero al menos ya no estoy fuera de su vida. Ahora comienza nuestra verdadera batalla, y pienso ganarla con paciencia, con dedicación… con amor».

Permaneció así durante un buen rato, en silencio, dejando que esa certeza se grabara en él como un juramento.

—Bienvenida a casa, Violet —susurró antes de levantarse y dirigirse a su propia habitación, con el corazón extraño y profundamente sereno.

Capítulo 32



Violet abrió los ojos con la sensación de haber despertado en un lugar ajeno. Durante años, su dormitorio había sido un espacio funcional y sencillo, donde cada objeto cumplía un propósito concreto: una cama firme, una mesilla discreta, una lámpara de aceite y un armario sin pretensiones. Ahora, al girar la cabeza sobre la almohada de satén, se encontró rodeada de un lujo que aún no terminaba de asimilar.

Cortinas de seda marfil caían desde un dosel imponente, dibujando pliegues perfectos hasta rozar el suelo. La luz de la mañana se filtraba entre las telas, bañando el cuarto en un resplandor cálido que realzaba el color crema de las paredes. Las alfombras eran tan gruesas que sus pies apenas percibirían el suelo. Un aroma floral, delicado y fresco, impregnaba el ambiente, distinto al que recordaba haber percibido la noche anterior antes de dormirse.

Se incorporó despacio, ajustando la bata sobre los hombros. Por un instante esperó escuchar pasos firmes, la voz grave de Ezra saludándola con alguna cortesía matinal. «Seguro que querrá desayunar conmigo…», pensó, pero el silencio fue absoluto, roto únicamente por el suave crepitar del fuego en la chimenea.

Tiró del cordón junto a la cabecera. Unos segundos después, la puerta se abrió con precisión militar. Entraron las diez doncellas que la habían atendido la noche anterior, alineadas con una sincronía que parecía ensayada. Vestían uniformes oscuros con delantales blancos inmaculados y el cabello recogido en moños idénticos, como si hubieran salido de un mismo molde.

—Buenos días, *milady* —entonaron al unísono, inclinando la cabeza en un saludo medido.

Violet arqueó una ceja. Aquello no era simple servicio doméstico, sino una coreografía. Sintió un escalofrío leve, no por el frío —la habitación estaba caldeada—, sino por la sobreactuación de su cuidado. «Esto no es atención, es control», pensó mientras mantenía la compostura.

—Buenos días… —respondió con un tono medido, sin mostrar emoción.

Una doncella avanzó para sostenerle la bata con una reverencia ensayada; otra corrió las cortinas, dejando que la luz invernal inundara el dormitorio; dos más sacudieron las sábanas con un movimiento sincronizado, mientras otra recogía con suavidad las toallas usadas la noche anterior. Cada gesto era ágil, silencioso, preciso.

«Esto tiene que cambiar», reflexionó mientras permitía que una de ellas ajustara el cinturón de la bata. «No pienso vivir como una muñeca rodeada de autómatas».

Cuando por fin estuvo lista, salió de la alcoba. La claridad del día reveló con crudeza detalles que la noche anterior había pasado por alto: columnas de mármol blanco con vetas doradas, alfombras orientales de diseño intrincado, tapices con escenas mitológicas bordados a mano, candelabros de bronce pulido que reflejaban la luz como espejos líquidos.

Al llegar al descansillo de la escalera principal, su respiración se detuvo un instante: frente a ella se extendía un muro completo cubierto con retratos… todos suyos. Diez marcos dorados, cada uno mostrando un vestido distinto, una pose distinta, una expresión distinta. Su pulso se aceleró. «Esto roza lo enfermizo…», pensó, aunque mantuvo el rostro sereno. No podía retirar esas pinturas de inmediato sin despertar sospechas ni parecer ingrata.

—Buenos días*, milady*.

La voz provenía del pie de la escalera. Allí estaba el mayordomo que la había recibido la noche anterior. Alto, de porte erguido y expresión imperturbable, parecía un centinela más que un empleado.

—Mi nombre es Peter Mirren—dijo, inclinando ligeramente la cabeza—. Estoy aquí para atender cualquier necesidad que tenga.

Violet lo observó unos segundos, midiendo cada gesto.

—Buenos días, señor Mirren.

—¿Qué desea hacer hoy?

La pregunta la tomó por sorpresa. Tenía tanto por planear: su posición como nueva dueña de la casa, la relación con el servicio… y, por supuesto, la venganza contra Ezra. Todo ello sin perder la apariencia de una esposa perfecta.

—En primer lugar, deseo un desayuno. Después, quiero recorrer la casa y conocer al personal —respondió con tono pausado pero firme.

Peter inclinó la cabeza con absoluta obediencia.

—Como desee, *milady*. Si es tan amable de seguirme, le indicaré dónde está el comedor.

Violet asintió, siguiendo al mayordomo mientras su mente comenzaba a diseñar el primer movimiento de un juego silencioso. «Si Ezra quiere control absoluto, tendrá que probar también mi paciencia».

El sonido de sus pasos sobre la alfombra gruesa era casi imperceptible mientras seguía al mayordomo por el pasillo. Cada rincón de la residencia revelaba un nivel de riqueza imposible de pasar por alto: molduras florales con ribetes dorados, candelabros de cristal colgando como racimos de luz y espejos venecianos que duplicaban la sensación de amplitud. El perfume de cera pulida y flores frescas impregnaba el aire, reforzando la impresión de que cada detalle había sido pensado para impresionar.

A primera vista, Violet interpretó todo aquello como una demostración de poder, una ostentación calculada para que cualquiera que cruzara el umbral entendiera el nivel de riqueza del vizconde. «Todo esto es para exhibirse ante la sociedad, para que todos vean lo mucho que tiene», pensó con frialdad, aunque mantuvo el porte erguido, como si estuviera desfilando ante un tribunal invisible.

—¿Cuánto tiempo lleva sirviendo al señor? —preguntó de pronto, sin dejar de observar las columnas de mármol y los tapices bordados.

El mayordomo, que caminaba con la vista al frente y las manos tras la espalda, respondió con serenidad:

—Desde que adquirió esta casa.

—¿Han venido muchas personas a… confirmar la riqueza del vizconde? —añadió ella, con una sutil carga de ironía en la voz.

Peter se detuvo en seco y se giró hacia ella, sorprendido.

—Disculpe, *milady*, pero… nadie ha entrado aquí.

—¿Nadie? —Violet frunció el ceño, incrédula.

—No. Milord no permite que nadie acceda a esta zona del hogar, salvo el servicio y él mismo. Jamás ha recibido visitantes aquí.

Violet parpadeó, desconcertada.

—¿Y por qué?

Peter sostuvo su mirada con total naturalidad, como quien enuncia un hecho conocido por todos:

—Porque milord no quiere que se profane una vivienda que siempre ha sido preparada para usted.

La respuesta le cayó encima como un jarro de agua fría. Por un instante, el paso se le trabó y el silencio entre ambos se volvió casi palpable. «¿Preparada… para mí?», se repitió en su mente, aunque su rostro no mostró ningún cambio. Simplemente asintió con un gesto neutro y reanudó la marcha.

Mirren, ajeno a su desconcierto, abrió las puertas dobles del comedor con un movimiento fluido y ceremonioso.

El interior era otra muestra de la magnificencia del lugar. Rectangular, de proporciones palaciegas, estaba recubierto con paneles de roble bruñido que desprendían un brillo cálido bajo la luz de los candelabros. En la pared opuesta, una serie de espejos venecianos multiplicaba el espacio y reflejaba los destellos plateados de la cubertería.

Una mesa de caoba pulida ocupaba el centro, tan larga que podría acoger a más de veinte comensales sin estrecheces. Las sillas, tapizadas en terciopelo verde oscuro, mostraban tallas florales en las patas y respaldos, pequeñas obras de arte que demostraban el mimo invertido en cada detalle.

Sobre el mantel de lino blanco, bordado a mano con hilos dorados, descansaba un juego de cubertería de plata con las iniciales de la familia grabadas con precisión, junto a la vajilla de porcelana de Sèvres pintada con delicados motivos azules y dorados. Las copas de cristal de Bohemia atrapaban la luz y la dispersaban en destellos de arco iris. En el centro, un arreglo floral compuesto por lirios blancos y rosas crema impregnaba el ambiente con una fragancia suave y elegante que se mezclaba con el aroma de pan recién horneado.

Junto a la chimenea, dos lacayos aguardaban: uno con una jarra de café humeante y el otro con una bandeja de bollos aún tibios. Todo parecía dispuesto para un banquete oficial, no para un desayuno íntimo.

Peter, con la precisión de un maestro de ceremonias, apartó una silla.

—El señor partió temprano —comentó con voz neutra—, pero dejó instrucciones para que cualquier cosa que necesite esté a su disposición.

Violet sintió una punzada de alivio, aunque su rostro se mantuvo imperturbable. «Así que no está… mejor. Me da margen

para comenzar lo que vine a hacer».

Tomó asiento con calma estudiada, aceptó la taza que le ofrecía un lacayo y probó el café. El sabor era impecable: el tueste exacto, la temperatura precisa, el toque de azúcar tal como siempre lo había preferido. Ezra no había olvidado sus gustos; incluso había adiestrado a su personal para que aprendieran cada uno de ellos.

Apoyó la taza sobre el platillo y entrelazó los dedos sobre el regazo. «Si altero algo tan simple como esto, algo que siempre le gustó darme perfecto, ¿lo incomodará? ¿Hará que dude de lo que cree saber de mí? ¿Que sienta que ya no me conoce?».

Una sonrisa se dibujó en sus labios, lenta y calculada. Era la expresión de quien encuentra la primera ficha que mover en una partida que piensa ganar.

—¿Señor Mirren? —llamó, sin borrar la sonrisa medida que aún jugaba en su boca.

Peter, que permanecía en el extremo de la estancia, se aproximó de inmediato con paso firme, manos cruzadas tras la espalda.

—¿Sí, *milady*? —respondió con una inclinación precisa.

—Deseo que le comunique al señor que el té disponible en la casa no es de mi agrado. Para la hora del té quiero algo… más apropiado. Que él mismo se encargue de traerlo.

Un brillo de sorpresa cruzó el rostro del mayordomo, aunque su compostura siguió impecable.

—¿Tiene algún tipo en mente, *milady*?

—Sí. Té amarillo de Huoshan, de la región de Anhui. Lo prefiero fresco, directamente de su punto de origen.

El silencio que siguió fue corto, pero pesado. Ese té era famoso por su rareza y difícil acceso; incluso en Londres solo algunos comerciantes orientales podían conseguirlo, y casi siempre mediante encargos especiales en los puertos de Southampton o Liverpool.

Mirren inclinó la cabeza con la formalidad de quien recibe una orden que sabe que exigirá un esfuerzo considerable.

—¿Para cuándo desea el té?

—Quiero tomármelo mañana en el desayuno —contestó ella, con una suavidad que contrastaba con la dureza de su mirada —. Confío en que el señor comprenderá la importancia de mi petición.

—Así será, *milady* —afirmó Peter, inclinándose con una reverencia antes de salir con pasos firmes que resonaron en el pasillo.

Violet se recostó en la silla, relajando los hombros. Sus dedos tamborilearon una vez sobre el mantel antes de entrelazarse de nuevo sobre el regazo.

«Veamos, Ezra… ¿qué estás dispuesto a hacer para complacer a tu esposa?».

El comedor quedó en un silencio reverente, roto solo por el crepitar de la chimenea y el murmullo lejano de los pasos del mayordomo. A ojos de cualquiera, aquella orden podía interpretarse como un capricho trivial de recién casada. Pero para Violet era la primera jugada, una pieza colocada con precisión sobre el tablero: obligar a Ezra a moverse, a salir de su zona de control, a esforzarse personalmente por ella.

Llevó la taza de café a los labios y saboreó el último sorbo como si fuera una pequeña victoria.

«Hoy es un té imposible; mañana… quién sabe».

Capítulo 33



Ezra caminaba por el pasillo central del club con las manos enlazadas a la espalda. Sus pasos eran medidos, firmes, resonando sobre el suelo de madera encerada que había visto demasiadas historias de sangre, alcohol y silencio comprado. El lugar, aunque recién renovado, aún conservaba el aroma inconfundible de humo de opio, sudor y licor caro; una mezcla que impregnaba las paredes como una promesa peligrosa. A un lado, un grupo de jugadores de cartas se interrumpió al verlo pasar: bajaron la voz, recogieron apuestas y fingieron interés en sus copas. En el otro extremo, un par de mujeres se deslizaron discretamente hacia las sombras. Nadie quería llamar la atención del hombre que controlaba cada rincón de Londres con puño de hierro.

Esa mañana el club no estaba abierto al público. Solo estaban los que debían estar, y uno de ellos, amordazado y con las manos atadas, se encontraba en el centro de la escena. Un charco de sangre se extendía lentamente sobre el suelo mientras el hombre de confianza de Ezra se secaba los nudillos con un paño blanco que ya había dejado de serlo.

—Habla —gruñó Haylock, plantándose frente al prisionero con una presencia que bastaba para helar la sangre de cualquiera.

El hombre, un tipo delgado con la nariz rota y la ropa hecha jirones, levantó la mirada con un gesto de pánico. Su respiración era irregular, y la mezcla de sudor y sangre le pegaba el cabello a la frente.

—Ya os lo he dicho… no sé nada —balbuceó.

Haylock lo miró un segundo, giró la cabeza hacia Ezra como esperando una señal. El vizconde ni siquiera parpadeó, pero el ligero asentimiento bastó. Un nuevo puñetazo seco resonó en la sala. El cuerpo del hombre se dobló sobre sí mismo, tosiendo sangre.

Ezra no levantó la voz; no era necesario.

—Sabes quién soy, ¿verdad? —preguntó, con una calma que resultaba más peligrosa que cualquier grito.

El prisionero asintió con un movimiento torpe de la cabeza.

—S-sí, milord… usted es Ashbourne.

—Bien —Ezra se agachó un poco, hasta estar a la altura de su mirada—. Entonces sabes también que no me gustan las mentiras. Ni los hombres que las cuentan.

El silencio que siguió fue pesado como una losa. El hombre tragó saliva y rompió por fin:

—Es Matthias Krol… —jadeó—. No es de aquí… viene de Hamburgo… quiere el control del puerto, de los almacenes, de… de todo.

Ezra arqueó una ceja.

—¿Matthias Krol? —Su voz sonó como si saboreara el nombre, registrándolo, archivándolo en un lugar oscuro de su memoria—. ¿Y tú trabajas para él?

—No… yo… yo solo entregaba mensajes, milord. Lo juro.

Haylock se movió, preparado para asestar otro golpe, pero Ezra levantó una mano, deteniéndolo.

—Suficiente. Déjalo respirar, o no nos servirá para nada.

El prisionero cayó hacia atrás, exhausto. Ezra se incorporó, se acomodó el puño de la chaqueta y dio un paso atrás.

—Llévalo al sótano —ordenó sin siquiera mirar al hombre —. Que descanse hasta que sepa algo más. Y si mañana sigue con

ganas de mentir… que lo piense dos veces antes de abrir la boca.

Haylock sonrió de lado y arrastró al prisionero con la facilidad de quien mueve un saco de trigo.

Ezra se giró hacia el almacén del club, donde varias cajas recién llegadas estaban apiladas, selladas con cera roja. Las abrió una a una, comprobando la mercancía: licores exclusivos, especias caras, una caja oculta de opio cuidadosamente camuflada entre fardos de té corriente. Su mundo se sostenía sobre esas transacciones, sobre esos silencios comprados, sobre el respeto —y el miedo— de quienes sabían lo que pasaba si se interponían en su camino.

Se disponía a cerrar la última caja cuando un ruido extraño interrumpió la quietud. Pasos apresurados resonaban en el pasillo. Ezra frunció el ceño. Nadie corría en su club sin una razón de peso.

La puerta se abrió de golpe y el mayordomo de su casa, apareció en el umbral, con el rostro sonrojado y el cabello algo desordenado, un espectáculo inusual en un hombre cuya compostura era legendaria. La visión hizo que varios empleados del club bajaran la mirada; la presencia del mayordomo allí era tan inesperada que parecía fuera de lugar.

—¡Milord! —exclamó Peter, haciendo una reverencia apresurada.

Ezra lo miró con sorpresa contenida. Su mayordomo jamás había pisado ese lugar.

—¿Qué ocurre, Mirren? —preguntó mientras se acercaba con paso decidido.

El mayordomo se llevó la mano al pecho, intentando recuperar el aliento.

—Vengo… de parte de su esposa, milord. Tiene… una petición.

Por un instante, el rostro de Ezra se suavizó. «Mi esposa», pensó, y el recuerdo de Violet subiendo la escalera de su nuevo hogar apareció en su mente con la fuEzra de una promesa cumplida. Una sonrisa lenta, casi peligrosa, curvó sus labios.

—¿Una petición?

—Sí, milord. Quiere que usted personalmente consiga té amarillo de Huoshan… para el desayuno de mañana.

Ezra dejó escapar una risa breve, más una exhalación cargada de emoción que un sonido alegre. «Así que empieza el juego…», reflexionó, sintiendo el hormigueo de un desafío. « Muy bien, Violet. Si me pides el cielo, te traeré las estrellas».

Se giró hacia Haylock, que acababa de volver con las manos manchadas de sangre y una sonrisa de satisfacción mal disimulada.

—Prepara los caballos —ordenó Ezra—. Vamos a hacer un viaje.

El hombre lo miró un segundo, entendiendo sin necesidad de detalles.

—¿Hasta dónde, milord?

—A donde sea necesario —respondió con una determinación que no admitía réplica.

Un murmullo de expectación recorrió a los presentes. Ezra, el mismo hombre que acababa de ordenar una paliza brutal y hablar de amenazas de muerte, estaba dispuesto a dejar todo para traerle té a su esposa. Nadie osó comentarlo, pero todos lo pensaron: ese matrimonio, recién forjado, iba a cambiar cosas.

Mientras salía del club, el vizconde se detuvo un segundo y se limpió la mano con un pañuelo blanco, borrando cualquier rastro de la violencia anterior. Peter lo seguía a una distancia prudente, aún desconcertado por la velocidad de la respuesta de su señor.

—Si quiere té amarillo, lo tendrá —murmuró para sí mismo, con una sonrisa determinada.



Eran las tres de la tarde cuando los cascos de dos caballos resonaron sobre el empedrado húmedo de Southampton. El viaje había sido implacable: un recorrido de horas a galope tendido con paradas mínimas, solo las necesarias para que los animales recuperaran el aliento. La ropa de ambos estaba cubierta de polvo, las capas pesadas por el sudor seco y el viento había dejado sus cabellos desordenados y sus rostros enrojecidos.

—Aferra las riendas, Haylock. Bajemos el paso —indicó Ezra sin apartar la vista del camino que descendía hacia el puerto.

El galope se transformó en un trote tranquilo. El ruido metálico de los cascos marcaba un ritmo regular sobre la piedra, mezclándose con la algarabía de una ciudad que nunca parecía dormir: vendedores voceando sus mercancías, carretas chirriando, gaviotas graznando sobre el muelle y el murmullo constante de la multitud. El olor a sal marina se mezclaba con el del pescado fresco, el alquitrán de los barcos y el humo de las herrerías cercanas.

Southampton no era desconocida para Ezra. Allí había cerrado tratos importantes años atrás, cuando su influencia aún se estaba forjando. Era un lugar de oportunidades y peligros, un puerto donde los rumores corrían tan rápido como el dinero y donde se podían encontrar artículos imposibles en Londres, siempre que uno supiera a quién preguntar y qué precio pagar.

Ambos caballos avanzaban ahora a trote corto por la calle principal, flanqueada por casas de madera y cal con techos inclinados y tiendas de escaparates pequeños. Ezra se incorporó un

poco en la silla de montar para aliviar la tensión de su espalda, rígida tras horas de viaje.

—¿Ves esa calle lateral? —dijo señalando con la fusta hacia la derecha—. Al final está la tienda.

El cartel colgante, pintado de verde y dorado, apenas se balanceaba con el viento: «Wu & Co. – Té y Especias del Lejano Oriente».

Ezra desmontó con un movimiento firme, dejando que las botas cayeran sobre el suelo con un golpe sordo. Sus piernas acusaron el esfuerzo del viaje, y por un segundo estiró los hombros para destensar la espalda. Acarició el cuello de su caballo en un gesto breve y se giró hacia su acompañante.

—Llévalos a una posada con buenas caballerizas —ordenó Ezra, sacudiéndose el polvo del viaje de la chaqueta—. Mientras nosotros nos aseamos y descansamos unas horas, quiero que nuestros corceles reciban el mejor cuidado. Agua fresca, forraje limpio y que les froten bien las patas.

—Así se hará, milord —respondió Haylock, sujetando las riendas con una mano mientras se ajustaba el sombrero polvoriento con la otra.

—Cuando termines, vuelve aquí. No tardaré.

Haylock asintió y se alejó tirando de ambos caballos, perdiéndose entre la multitud. Ezra se quedó solo frente a la tienda.

Se tomó un momento para observar el entorno: marineros descargando barriles, mujeres con cestas de pescado fresco regateando en voz alta, niños descalzos corriendo con risas agudas entre los carros, mientras un organillero intentaba hacerse oír por encima del ruido del puerto. Southampton siempre había tenido ese pulso: ruidosa, viva, impredecible.

Ajustó el abrigo, sacudió el polvo de sus mangas con un gesto rápido y cruzó el umbral de la tienda. La campanilla metálica sonó con un timbre agudo y un aroma denso lo envolvió de inmediato: té, especias, madera vieja y un toque de humedad salina.

Ezra respiró hondo, casi satisfecho.

—Veamos si sigues teniendo lo que busco —murmuró.

Ezra empujó la puerta del establecimiento y una campanilla de bronce tintineó con suavidad. El aire del interior estaba impregnado de té, especias orientales y madera envejecida. Detrás del mostrador, un hombre de mediana edad, vestido con un chaleco de brocado color vino y una cadena de reloj cruzándole el pecho, levantó la vista. Su rostro pasó de la cordialidad automática al respeto inmediato.

—¡Buenas tardes, lord Ashbourne! —exclamó, inclinando la cabeza con una sonrisa nerviosa—. ¡Cuánto tiempo sin verle! ¿Qué le trae a mi humilde establecimiento?

Ezra se quitó el sombrero, sacudiendo el polvo del viaje, y se aproximó con pasos seguros.

—Necesito té amarillo de Huoshan. Lo quiero fresco. Una libra para llevarme ahora mismo… y otras cinco libras listas para enviar a Londres mañana.

El comerciante se quedó con la boca entreabierta, incrédulo.

—¿Cinco libras…? —repitió, como si necesitara asegurarse de que había escuchado bien—. Milord, comprenderá que se trata de un té de importación extremadamente raro. Viene desde Anhui, en cofres lacados, y su precio es… —se interrumpió al notar la mirada del vizconde, fría y cortante como una hoja.

—Pregunté cuánto, no su historia —replicó Ezra con voz tranquila, pero firme.

El hombre tragó saliva, asintió y tomó un ábaco del mostrador. Sus dedos se movieron con torpeza sobre las cuentas, como si temiera equivocarse.

—El precio por libra es de veinticinco guineas, milord… eso hace ciento cincuenta guineas por las seis libras en total.

Ezra apoyó un guante de cuero sobre la madera del mostrador y se inclinó apenas hacia él.

—Le pagaré el doble. Y lo tendrá listo para mañana al mediodía.

El comerciante pestañeó con sorpresa.

—¿El doble? Milord… es una suma muy considerable, y…

Ezra lo interrumpió con una calma peligrosa.

—Le pago el doble para que nadie más tenga prioridad sobre mi pedido. Y si algo falla, si por alguna razón el té no llega a Londres mañana, recordaré su nombre y su dirección.

El hombre sintió un escalofrío, aunque Ezra no había levantado la voz ni mostrado amenaza explícita. Era la forma en que lo miraba: directa, sin pestañear, como si ya conociera la respuesta antes de escucharla.

—Por supuesto, milord. —El comerciante se apresuró a abrir una caja detrás del mostrador, sacando un cofre lacado de bambú, sellado con caracteres chinos pintados a mano—. Aquí tiene la primera libra, recién llegada en el último cargamento. Y… —escribió con rapidez en un papel grueso, sellándolo con lacre— … aquí tiene mi compromiso por el resto. Nadie tocará esa mercancía hasta que su gente venga por ella.

Ezra tomó el cofre, lo examinó un instante y luego dejó sobre el mostrador una bolsa pesada de monedas de oro. El sonido metálico resonó en la pequeña tienda como un trueno.

—Eso cubrirá el doble, más un extra por su diligencia.

El comerciante se inclinó con una reverencia casi teatral.

—Lord Ashbourne, puede confiar en mí. Su pedido estará listo.

Ezra asintió con un gesto breve, como quien cierra un trato sin necesidad de más palabras, y salió del establecimiento.

En la acera de enfrente, Haylock lo esperaba con los brazos cruzados, la capa polvorienta y una mirada dura que bastaba

para hacer retroceder al hombre más osado.

—¿Todo listo? —preguntó, enderezándose al verlo salir.

Ezra levantó el cofre.

—Listo. ¿Y la posada?

—Encontré una con buenas caballerizas. El posadero promete cuidar los caballos como si fueran suyos.

El vizconde sonrió, satisfecho.

—Perfecto. Descansaremos unas horas y mañana regresaremos a Londres.

Mientras cruzaban la calle, el sol comenzaba a descender sobre los tejados de Southampton, tiñendo el cielo de un tono ámbar. Ezra ajustó su guante izquierdo y pensó en la expresión que pondría Violet al ver el té imposible servido a la hora del desayuno.

Capítulo 34



La cena transcurría en un silencio casi ceremonial. El crujido del fuego en la chimenea era el único sonido que acompañaba el repiqueteo ocasional de los cubiertos contra la porcelana. Matthias Krol cortó con precisión quirúrgica un trozo del bistec y lo llevó a la boca, degustándolo con calma, como si cada fibra de carne fuera una victoria personal.

El comedor era amplio, ostentoso, pero con un detalle que delataba su carácter provisional: algunos cuadros aún tenían cuerdas de embalaje detrás, los marcos parecían recién colgados y había un olor a barniz fresco que se mezclaba con el perfume caro de las velas. No era su hogar. Era una residencia alquilada a las afueras de Londres, lo bastante lujosa para impresionar y lo bastante discreta para ocultar reuniones que no convenía realizar en la ciudad.

En el centro de la mesa había un candelabro de plata maciza que reflejaba la luz de las llamas, proyectando destellos en las copas de cristal y en el anillo de oro grueso que adornaba el dedo índice de Krol. Era un hombre que amaba la riqueza, aunque la suya aún no estaba cimentada. Todo aquello era un anticipo, un escenario temporal hasta conquistar lo que realmente deseaba: el control absoluto de Londres.

Unos golpes rápidos en la puerta interrumpieron el ritual.

—Entre —ordenó sin alzar la voz, dejando el cuchillo sobre el plato.

La puerta se abrió y apareció un hombre vestido de negro, con la capa y el sombrero aún húmedos de la lluvia. Su respiración

agitada y la suciedad en las botas delataban un viaje apresurado.

—Señor… traigo noticias importantes —dijo el recién llegado, inclinando la cabeza con respeto.

Matthias tomó la copa de vino, girando el líquido en círculos lentos mientras observaba al mensajero por encima del borde.

—Habla.

—He investigado al vizconde de Ashbourne, tal como ordenó. Y… su único punto débil es su esposa.

La copa se detuvo a medio giro.

—Su esposa… —murmuró Matthias, recostándose en la silla con una sonrisa torcida. La idea fue inmediata, cruda: un secuestro, una humillación pública, una mancha imposible de borrar. Visualizó a la vizcondesa atrapada en esta misma casa, temblando bajo su control, reducida a un trofeo con el que despojar de toda dignidad a su enemigo.

—No obstante, señor… —continuó el hombre, ajeno al pensamiento oscuro que cruzaba por la mente de su patrón—, está demasiado protegida. Ni siquiera cuando visita a la modista lo hace sola. Siempre la acompañan seis doncellas y cuatro hombres armados.

El brillo en los ojos de Matthias se apagó un instante, reemplazado por un destello frío de cálculo.

—Vaya… eso complica las cosas —susurró, aunque no parecía decepcionado, sino retador.

—Hay… otra forma —añadió el mensajero.

Krol levantó la mirada, interesado.

—Repite lo que has dicho.

—El vizconde tiene un cuñado: el barón de Hargrove. Hasta hace cuatro meses estaba al borde de la ruina, con deudas que habrían acabado con su legado familiar. Fue Ashbourne quien pagó todo y, poco después, se casó con su hermana.

Matthias alzó una ceja, dejando la copa sobre el mantel.

—Interesante…

—Según mis informaciones, el barón asegura estar reformado, lejos del juego y de la mala vida, pero… —el hombre sonrió con malicia— …todos esos vicios pueden regresar con el empujón adecuado.

Krol apoyó un codo en la mesa y entrelazó los dedos, pensativo. Si no puedo herir el cuerpo de Ezra, heriré su alma.

—¿Quieres decir que debo centrar mi atención en ese barón? —preguntó, aunque su tono ya denotaba que la idea lo seducía.

—Exacto, señor. Si recibe una invitación a una partida de cartas con un premio lo bastante grande para ser irresistible, irá. Y una vez bajo su control… ¿qué hombre no haría lo que fuera por salvar al hermano de su amada esposa?

Matthias entornó los ojos, saboreando el plan.

—Un cebo fácil… una trampa limpia… y un golpe directo al corazón del vizconde.

—Eso mismo, señor.

Krol chasqueó los dedos.

—¡Harrison!

Un lacayo rubio apareció de inmediato.

—¿Señor?

—Recompensa a este hombre como se merece… y prepara mi estudio.

—Gracias, señor —dijo el mensajero con una reverencia, pero el anfitrión no respondió. Su mirada estaba fija en las llamas de la chimenea, como si ya viera arder algo más que madera.

Un pensamiento oscuro se le formó en la mente: «Si el oso quiere la miel, primero hay que poner la trampa».



El reloj de péndulo de la biblioteca marcaba las doce del mediodía cuando Benedict entró, todavía con el eco de las risas de la pista de caballos en los oídos, en su hogar. Había perdido un par de apuestas pequeñas, nada relevante. «Lo que se gasta en unas carreras nunca arruina a nadie», pensó, colgando la chaqueta sobre un perchero y acomodándose en el sillón junto a la chimenea.

Su vida era otra desde la boda de su hermana. El apellido Hargrove, antes empañado por las deudas y los rumores, ahora era sinónimo de solvencia. Ezra había pagado las deudas familiares y le había devuelto la dignidad que creía perdida. Por eso, cada vez que alguien en White's le pedía su opinión sobre un tema de comercio o política, Benedict sentía un orgullo nuevo. «Soy un hombre respetado», se decía, «y eso se lo debo a mi cuñado.»

El mayordomo interrumpió sus pensamientos con una bandeja de plata.

—Milord, acaba de llegar esto.

Un sobre grueso, lacrado en rojo, reposaba sobre la bandeja. Benedict arqueó una ceja. Invitaciones no le faltaban últimamente, pero el sello desconocido y la textura del papel llamaron su atención.

—Gracias, Carther, puedes retirarte.

Una vez solo, rompió el lacre y desplegó la hoja:

Estimado barón de Hargrove:

Hemos tenido el privilegio de observar su talento natural en la mesa de juego y su refinado criterio en la vida social londinense.

Es por ello por lo que me complace ofrecerle una invitación exclusiva a una partida privada de cartas que tendrá lugar mañana por la noche en mi residencia de campo, a las afueras de la ciudad.

El premio de la velada es tan singular como generoso:

un lingote de oro de veinticuatro quilates, valorado en mil guineas, además de un contrato mercantil reservado únicamente para caballeros de visión amplia y espíritu intrépido.

Será una reunión discreta, entre iguales, donde la fortuna favorece a quienes saben reconocer una oportunidad cuando se presenta.

La dirección se adjunta al dorso de este sobre.

Espero con entusiasmo la posibilidad de contar con su presencia.

M. K.

Benedict releyó la carta y sintió un estremecimiento. «Matthias Krol…». Recordaba ese nombre de las antiguas partidas: hombres que hablaban de él con respeto y miedo.

Debería haber dejado la carta sobre la mesa y olvidarse. Su vida era buena, ordenada, sin excesos. Pero algo más poderoso que el recuerdo del juego se abrió paso: «Ezra me ayudó a levantarme cuando estaba en el barro… ¿y si puedo devolverle algo? Si Krol es tan influyente como dicen, quizá pueda abrir puertas para sus negocios.»

Se levantó, caminó unos pasos por la alfombra, con la carta apretada entre los dedos. «No iré como jugador. Iré como un posible socio… por Ezra.» Un cosquilleo de anticipación le recorrió el estómago. «Esto no es recaer… esto es ayudar», se dijo, aunque la voz interior que le recordaba las viejas ruinas del pasado quedó ahogada por el crujido del fuego cuando arrojó el sobre a las llamas.

El lacre se derritió como sangre sobre la leña, y Benedict observó cómo las palabras se reducían a ceniza.

«Ashbourne me dio su apoyo cuando todos me dieron la espalda. Yo también puedo abrirle una puerta», pensó mientras se servía un *brandy* y se acomodaba en el sillón, seguro de su decisión.

Capítulo 35



Violet dejó las riendas en manos de un mozo de cuadra y subió los escalones de mármol que conducían a la entrada principal de la residencia. El galope matinal había despejado su mente durante un breve instante, pero a medida que avanzaba por el vestíbulo sintió que aquella sensación se diluía, reemplazada por una inquietud sorda.

«Tres meses de matrimonio», pensó mientras entregaba su sombrero a una doncella. «Tres meses y ni una sola noche bajo el mismo techo».

No era que Ezra no durmiera en la casa; sabía que lo hacía, porque escuchaba sus pasos de madrugada cuando creía que ella descansaba. Sin embargo, nunca cruzaban palabra al caer la noche. Solo desayunos esporádicos —cuatro, contados con exactitud — en los que él permanecía atento a cada gesto suyo, esperando que ella iniciara una conversación que nunca llegaba. Siete almuerzos compartidos, si acaso, y siempre en compañía de alguien más: Alexander, Jackson o algún socio de Ezra que encontraba la manera de monopolizar la charla. Cenas, ninguna.

Ezra prefería el club, ese lugar del que el servicio murmuraba con voces bajas, hablando de disputas que acababan en amenazas, de socios que apostaban más de lo que podían pagar, de tratos sellados con puños en lugar de plumas. «Y cada noche entra ahí… por mí», reflexionó Violet, cruzando el vestíbulo hasta el pie de la escalera. La idea la atravesó con una punzada breve, como si una mano invisible le cerrara el pecho.

En esos tres meses, había hecho todo lo posible por complicarle la vida. Caprichos que rozaban lo absurdo, exigencias sin previo aviso, silencios gélidos cada vez que él se acercaba con intención de hablarle. Había creído que sentiría satisfacción al verlo maniobrar para cumplir sus órdenes, que la venganza llenaría el hueco que él había dejado cuando la humilló años atrás. Pero, por alguna razón, no sentía plenitud.

«Su promesa era cierta», admitió en silencio. «Dijo que me daría todo… y lo ha hecho».

El antiguo vizconde había dejado el apellido Ashbourne arruinado, casi borrado de la sociedad londinense. La anterior vizcondesa huyó con un duque y, aunque vivía como amante mantenida, su reputación no se había derrumbado tanto como la de su esposo, que se ahogó en *whisky* hasta la tumba. Ezra heredó el título bajo la protección de un tío, y con inteligencia, cálculo y ambición, levantó un imperio que nada tenía de respetable, pero sí de efectivo. «Un hombre sin moral aparente, pero con resultados», se dijo, subiendo el primer tramo de escaleras.

Llegó al pasillo de los retratos. Antes, esa galería la inquietaba; ver su rostro multiplicado en distintas poses y vestidos le resultaba opresivo, como si caminara bajo la mirada de un centenar de Violet silenciosas. Ahora, en cambio, solo sentía tedio. «Diez retratos, diez poses iguales con colores distintos. Hasta para obsesionarse, es monótono».

Un destello de ironía cruzó su pensamiento al recordar una de sus últimas peticiones: que contratara al pintor de retratos más prestigioso de París. Y, como siempre, Ezra lo había hecho sin pestañear. El elegido había sido Auguste Charpentier, célebre por retratar a damas de la nobleza francesa y cuya agenda, normalmente, estaba cerrada con meses de antelación. Ezra había movido hilos suficientes para traerlo a Londres, hospedarlo en una de sus propiedades y darle todos los recursos necesarios.

«Por supuesto, no estaré sola», meditó con un amago de sonrisa amarga. Las sesiones se desarrollaban bajo vigilancia

constante: dos hombres armados, cuatro doncellas, y su inseparable dama de compañía. Ese último detalle la escocía más que cualquier escolta armada. Whendolyn, la mujer que había compartido sus peores años ahora adoraba a Ezra con un entusiasmo que Violet no lograba digerir. Por él, sus cinco sobrinos estudiaban en los mejores colegios de la región, y por él su hermana poseía la casa de campo con la que había soñado durante décadas. Cada vez que Whendolyn lo elogiaba, una chispa de traición prendía en el pecho de Violet. «Hasta ella…», pensaba, reprimiendo la punzada de decepción.

Bajó la escalera con paso ligero, cruzando de nuevo el vestíbulo. Su mirada se detuvo en el piano Broadwood & Sons de la sala de música. Aquello había sido otra frase suelta, un comentario sin intención real de convertirse en petición: Hace tiempo que no disfruto de la música de un piano Broadwood…. Diez días después, Peter la había informado de que un grupo de hombres esperaba instrucciones con un piano enorme embalado a las puertas de la casa. Ezra lo había conseguido, como siempre.

«Todo lo que hago para ponerle barreras, él lo convierte en puentes», reflexionó, posando una mano sobre la superficie pulida del piano. Había escondido su emoción la primera vez que lo vio, fingiendo indiferencia, pero no había tarde en la que no practicara al menos un par de horas. Ese instrumento era la prueba de un patrón innegable: Ezra no se limitaba a complacerla; anticipaba sus necesidades y las resolvía con precisión quirúrgica.

Y, sin embargo, no se sentía feliz. Había logrado lo que se propuso: casarse con él para recuperar su orgullo y vengar los años de humillación. «¿Por qué, entonces, siento esta inquietud?», se preguntó, apoyando ambas manos en el piano como si buscara apoyo físico para equilibrar sus emociones.

La respuesta no llegaba.

Se enderezó justo cuando escuchó pasos en el corredor. Peter apareció, impecable como siempre, con su chaqueta negra y el cabello perfectamente peinado.

—*Milady*… —dijo con una reverencia breve—. Hay un sirviente del hogar de lord Hargrove solicitando verla con urgencia.

Violet frunció el ceño.

—¿De Benedict?

—Así es.

No esperó a que terminara la frase. Giró sobre sus talones y caminó con rapidez hacia la entrada. Un joven con gorra la esperaba, nervioso, sosteniendo una bandeja con una carta.

—*Milady* —saludó quitándose la gorra—. El señor Carther me ha dado esta misiva para usted.

—Gracias —respondió Violet, tomando el sobre. Se giró hacia Peter—. Dale un par de chelines al muchacho.

—Por supuesto, *milady*.

No esperó intimidad para abrir la carta. La rasgó mientras cruzaba el pasillo que unía el vestíbulo con la pequeña sala de estar. La caligrafía de Carther apareció ante sus ojos, y su corazón comenzó a latir con fuEzra antes de llegar al segundo renglón.

A la atención de la vizcondesa de Ashbourne:

Milady, tal como solicitó, le informo de todo suceso extraño en esta residencia. Ayer, lord Hargrove recibió una carta; logramos abrirla con vapor antes de entregársela. En su interior se encontraba una invitación para participar en una partida privada de cartas con una suma extraordinaria como premio. El remitente firmó únicamente con las iniciales M. K. La partida está prevista en la Residencia Claymore, camino de Guildford, un antiguo coto de caza reconvertido en salón privado. Pensamos que el señor no acudiría, pero se marchó a escondidas y todavía no ha regresado. Considero que usted debe saberlo de inmediato.

Su humilde lacayo,

Arthur Carther.

Violet apretó la carta con tanta fuEzra que el papel crujió. Sintió un nudo en la garganta y un vacío en el estómago.

«¡Otra vez, Benedict…!», pensó, con una mezcla de furia y miedo. Su hermano, el hombre al que Ezra había salvado de la ruina y la humillación social, el que había prometido cambiar, estaba volviendo a la misma senda peligrosa.

Su pecho se contrajo al pensar en que el remitente no había firmado con su nombre, sino con sus iniciales. Eso quería decir que guardaba su identidad. ¿Por qué motivo? De repente, una palabra apareció en su mente con tanta fuEzra, que parecía golpearle. «Esto no es una simple partida», razonó mientras su respiración se aceleraba. «Esto es una trampa».

Con los ojos nublados por una punzada de lágrimas contenidas, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta que conectaba con el largo corredor hacia el club. No pensó en la etiqueta, en la compostura o en el decoro de una vizcondesa. Solo pensó en encontrar a Ezra.

Capítulo 36



Las puertas dobles del club se abrieron con un golpe seco que retumbó en el vestíbulo. El murmullo de conversaciones cesó de inmediato. Los hombres que estaban junto a la barra, con copas a medio alzar, se giraron como si un trueno hubiese estallado a pocos pasos de ellos.

No era habitual que alguien entrara con esa fuEzra. Y mucho menos una mujer. No una cualquiera. La vizcondesa de Ashbourne había irrumpido como un huracán, con el cabello apenas sujeto por las horquillas y el rostro encendido de angustia. Sus manos temblaban al sujetar un sobre arrugado contra el pecho. Su respiración era irregular, como si hubiera corrido sin descanso o como si el corazón estuviera a punto de quebrarse.

Ezra estaba al fondo del salón, de pie frente a Haylock y dos de sus socios de confianza, revisando un mapa de rutas de transporte. Tenía las manos enlazadas a la espalda, el porte erguido, la serenidad fría de quien mantiene el control absoluto de cada situación.

Cuando la vio, ese control se rompió.

—Violet… —su voz salió ronca, cargada de sorpresa. Desde su boda, ella nunca había cruzado el umbral de aquel lugar, un mundo de apuestas clandestinas, sangre pagada y silencios comprados.

Ella avanzó unos pasos, pero las fuerzas la abandonaron de golpe. Su cuerpo se inclinó hacia adelante justo cuando él llegó hasta ella, atrapándola por los hombros antes de que cayera.

—¿Qué ocurre? —Ezra la sostuvo con firmeza. Su tono, habitualmente contenido, había adquirido un filo que tensó a todos los presentes. Verlo perder la neutralidad era señal de que el asunto era grave.

Violet intentó hablar, pero su voz se quebró:

—Be… Benedict…

Extendió la mano con el sobre. Ezra lo tomó con cuidado, casi con reverencia, y lo abrió de un tirón. Sus ojos recorrieron cada línea con rapidez. Invitación a una partida privada de cartas, premio desmesurado, iniciales M.K., Residencia Claymore.

Matthias Krol…

El nombre ardió en su mente como una herida abierta. Así que por fin muestras los colmillos, bastardo… Has usado a Benedict como carnada.

La carta tembló un instante en su mano. No por miedo, sino por la rabia contenida. Su mirada volvió a Violet, que lo observaba con los ojos llenos de lágrimas, la respiración rota, como si él fuese su única esperanza.

La sujetó por los brazos, obligándola a mirarle:

—Tranquila. Haré todo lo posible para que regrese.

Los labios de Violet temblaron. No quería llorar frente a aquellos hombres curtidos por la violencia, pero no pudo evitarlo. Las lágrimas rodaron por su rostro mientras sus dedos se aferraban con fuEzra al antebrazo de Ezra.

—Te lo ruego, Ezra… —su voz se quebró—. Haré lo que me pidas, lo que sea, pero tráelo de vuelta. No puedo perderlo… no a él.

Ezra sintió cómo cada palabra atravesaba su coraza. Verla así, frágil, vulnerable, suplicándole, derrumbó las murallas que había construido a lo largo de los años. La abrazó con fuEzra, atrayéndola contra su pecho como si quisiera absorber su dolor.

—Tranquila, cariño —susurró, su voz áspera por la tensión —. Estoy aquí… y voy a traer a tu hermano, aunque sea lo último que haga.

Ella hundió el rostro en su hombro, soltando un sollozo. Ezra la sostuvo, sintiendo el temblor de su cuerpo y jurando en silencio que nada ni nadie volvería a romperla.

Detrás de ellos, los hombres intercambiaban miradas tensas. No entendían qué podía haber hecho que el siempre imperturbable vizconde mostrara tanta urgencia. Aquello no era un favor doméstico; algo grave se avecinaba.

Ezra apartó a Violet con suavidad, entregándola a Whendolyn, que acababa de entrar con el rostro pálido:

—Acompáñala a casa —ordenó con firmeza—. No la dejes sola. Quiero dos hombres armados escoltándolas hasta la residencia y que vigilen la residencia completa.

—Sí, milord —respondió Haylock, ya girándose para dar órdenes.

Violet se dejó llevar, aunque sus ojos seguían fijos en Ezra:

—Por favor, vuelve con él… vivo.

Ezra sostuvo su mirada y asintió, lento, con un gesto cargado de promesa. Cuando la puerta se cerró tras la vizcondesa, el silencio se volvió casi sólido. El vizconde se giró hacia sus hombres, con la mandíbula apretada:

—Matthias Krol tiene a mi cuñado.

Un murmullo denso recorrió el salón. Los presentes, curtidos en peleas y negocios turbios, se miraron con gravedad: Krol no era un nombre que se pronunciara a la ligera.

—Esto no es un ajuste de cuentas cualquiera —continuó Ezra con un tono gélido—. Es un ataque directo. Y no lo voy a permitir. Haylock, reúne a todos los hombres disponibles. Quiero veinte caballos listos en menos de veinte minutos, armas revisadas y provisiones para un día de viaje.

Haylock asintió con un brillo peligroso en la mirada.

—Entendido.

Los hombres se dispersaron como una bandada, el ambiente del club transformándose al instante. Las mujeres de la limpieza se apartaron, presionando los paños contra el pecho mientras observaban el cambio: el lugar que segundos antes parecía un salón vacío y desordenado se convirtió en un centro de operaciones de guerra.

Ezra caminó hacia su despacho, abrió el cajón inferior del escritorio y sacó dos revólveres, revisando el tambor de cada uno antes de guardarlos en su cartuchera de cuero. Luego deslizó un cuchillo de hoja corta en su bota derecha y tomó un rifle de repetición, apoyándolo sobre el hombro. Se miró un instante al espejo colgado de la pared: el reflejo ya no era el de un empresario elegante, sino el de un hombre dispuesto a matar para proteger lo suyo.

«Si tocas un pelo de Benedict, te arrancaré la mano, Krol. Si amenazas a Violet, no habrá lugar donde puedas esconderte».

Volvió al vestíbulo. Haylock ya lo esperaba, con un grupo de hombres armados y listos. Algunos revisaban cinturones, otros ajustaban las monturas de sus caballos fuera, bajo la llovizna matinal.

—Todo preparado, milord —informó.

Ezra asintió y se colocó los guantes de montar.

—Nos vamos.

Salieron al exterior. Los caballos resoplaban, nerviosos, contagiados por la tensión de sus jinetes. Los hombres montaron con destreza, revisando la pólvora y la munición. Ezra tomó las riendas de su corcel negro, acariciando el cuello del animal para calmarlo.

Capítulo 37



El aire de Surrey olía a tierra húmeda y a madera quemada. El sol, bajo, pero aún visible, teñía el horizonte de un tono anaranjado que comenzaba a desvanecerse bajo la bruma de la tarde. Ezra redujo el ritmo de su caballo al llegar a la cima de una pequeña colina. A su lado, Haylock hizo lo mismo, y detrás, los cinco hombres seleccionados para la misión formaban una línea perfecta, sin necesidad de órdenes verbales. Nadie hablaba; el sonido de los cascos sobre el terreno fangoso bastaba para llenar aquel silencio tenso.

—Ahí está —murmuró Ezra, señalando con la barbilla hacia la construcción al fondo del valle.

La Residencia Claymore se alzaba imponente en medio de un terreno cercado por altos muros de ladrillo rojizo. Era un edificio rectangular de dos plantas, con un tejado inclinado de pizarra y varias chimeneas humeando con constancia. Alguna vez había sido un coto de caza; sus ventanales grandes, ahora reforzados con postigos de madera, miraban hacia los bosques que lo rodeaban como si temieran al mundo exterior. En la fachada principal, un camino de grava conducía a unas escaleras anchas y una puerta doble protegida por dos faroles de gas. A un lado, se distinguía el tejado de los establos, con un ligero destello metálico del herraje de los caballos que se movían en su interior.

—Bonito sitio para un secuestro —dijo Haylock con voz baja, casi un gruñido.

Ezra desmontó con un movimiento ágil y tomó las riendas de su caballo, acariciando el cuello del animal para calmarlo. El viaje había sido rápido y sin descanso prolongado; el sudor seco formaba marcas oscuras sobre el pelaje de los caballos y en las capas de los hombres. El aliento de los animales creaba nubes blancas que se disipaban en segundos bajo el aire helado.

—Dividíos —ordenó Ezra, su tono grave y firme—. Quiero reconocimiento del perímetro en cinco minutos. Nada de ser vistos.

Los hombres asintieron sin dudarlo. Uno a uno, se escabulleron entre los arbustos y las sombras de los árboles, acostumbrados a moverse con la discreción de cazadores. Haylock permaneció a su lado, cruzando los brazos mientras observaba la construcción con ojos afilados.

Ezra se permitió un instante de quietud. Cerró los ojos un segundo y el rostro de Violet apareció en su mente, con los ojos rojos por el llanto y esa súplica que todavía retumbaba en sus oídos: «Te lo ruego, Ezra… Haré cualquier cosa que me pidas, pero tráelo de vuelta. No puedo perderlo».

Apretó la mandíbula, endureciendo el gesto.

«No te fallaré, Violet. No pienso volver con las manos vacías».

El sonido de un silbido corto lo sacó de sus pensamientos. Uno de los exploradores regresaba, inclinándose ligeramente al desmontar.

—Milord, la entrada principal tiene dos hombres armados con mosquetes —informó—. Llevan el uniforme de criados, pero no hay duda de que saben disparar.

—¿Puerta trasera? —preguntó Ezra.

—Un guardia y un perro. Grande.

—Ventanas del ala oeste, segundo piso, sin rejas —intervino otro de los exploradores—. Probablemente conectan con la

galería superior. Si trepamos por los soportes del tejado bajo, podemos entrar sin ser vistos.

—¿Establos? —Ezra miró al último que llegaba.

—Dos mozos, ambos armados con cuchillos de monte. Nada de armas de fuego allí, por lo que parece.

Ezra escuchó cada palabra con atención. Tomó de su bolsillo un trozo de carbón y, usando la parte lisa de un tablón cercano, dibujó un croquis improvisado: la residencia, los accesos, la posición de los guardias. El carbón manchó sus dedos, pero no le importó. Cada punto representaba una decisión crucial.

—Haylock —dijo sin apartar la vista del dibujo—, prepara dos grupos. Uno distraerá al perro y al guardia trasero. El otro se encargará de trepar por el ala oeste. Yo entraré por la galería.

—¿Y la retirada? —preguntó su hombre de confianza.

—Tú coordinarás. Asegura las rutas y mantén a los caballos listos para una salida rápida. Nadie dispara a menos que sea necesario. No quiero un baño de sangre… salvo que Krol lo busque.

Haylock asintió con un brillo oscuro en los ojos. Sabía que cuando Ezra hablaba así, era porque estaba dispuesto a todo.

Ezra guardó el carbón y limpió su mano con un pañuelo, mientras echaba otro vistazo a la residencia. No era solo un edificio ostentoso; era una declaración de poder de un hombre que creía estar por encima de la ley.

«Hoy termina tu juego, Krol. Te enseñaré lo que ocurre cuando tocas a mi familia».

Un soplo de viento helado agitó las ramas de los árboles cercanos. Ezra montó de nuevo y señaló un grupo de arbustos al oeste.

—Esperamos ahí hasta que oscurezca un poco más. Luego nos movemos.

Los hombres obedecieron, guiando a sus caballos hacia la cobertura natural. La tensión se podía cortar con un cuchillo: era el silencio de quienes estaban a punto de arriesgarlo todo.



El sol había desaparecido casi por completo cuando Ezra y sus hombres terminaron de situarse entre los arbustos del ala oeste. La bruma del anochecer comenzaba a envolver la Residencia Claymore, suavizando sus contornos y dándole un aspecto casi fantasmal. Los ventanales encendidos del primer piso parecían ojos vigilantes, brillando con una luz amarillenta que delataba actividad en el interior.

Ezra desmontó sin hacer ruido y se arrodilló junto a una roca cubierta de musgo, extendiendo sobre ella el croquis improvisado que había hecho con carbón. Con un movimiento rápido, marcó sobre el dibujo tres rutas de entrada: el acceso trasero, la escalera de servicio que desembocaba en la cocina y el ala oeste con sus ventanales altos pero sin rejas.

—El guardia de la puerta trasera no es problema —dijo uno de los hombres, un veterano con el rostro surcado de cicatrices —. Lo reducimos en silencio. El perro es otra cosa.

—Lo distrajimos con carne —añadió otro, señalando una bolsa de cuero—. Le puse un sedante.

Ezra asintió.

—Perfecto. Haylock, dirigirás esa parte. Asegúrate de que ni el guardia ni el animal den la alarma.

Haylock, de pie con las manos cruzadas sobre la empuñadura de su espada corta, se inclinó con la cabeza.

—¿Y usted?

—Yo entraré con el segundo grupo por el ala oeste —respondió Ezra—. Quiero acceder a la galería superior y desde ahí moverme hacia el ala este. Si Benedict está aquí, lo tendrán encerrado en una habitación interior.

La brisa nocturna movía las capas y levantaba el olor a tierra húmeda y estiércol de caballo de los establos cercanos. Uno de los hombres lanzó un silbido suave, la señal para que todos guardaran silencio. A lo lejos, el ladrido del perro rompió el aire, profundo y amenazante, pero aún no había olido la trampa que lo esperaba.

Ezra levantó la cabeza y recorrió con la mirada el muro de ladrillo rojizo que rodeaba la propiedad. En algunos puntos, el tiempo había hecho su trabajo, derrumbando parte del muro hasta dejar huecos estrechos, suficientes para que un hombre pudiera pasar con esfuerzo. Era la ventaja que habían estado buscando.

—Por ahí —señaló uno de los huecos—. Dividimos a los grupos antes de cruzar el muro. Cada uno sigue su ruta hasta el punto de reunión: la galería superior.

Haylock arqueó una ceja. —¿No es arriesgado reunirnos dentro?

—Toda esta operación es arriesgada —replicó Ezra con una frialdad controlada—. Necesito que cada hombre sepa su función y que nadie actúe por cuenta propia.

Su mirada se detuvo en cada uno de ellos, asegurándose de que la orden quedaba grabada. No eran soldados profesionales; eran hombres curtidos por las calles de Londres, mercenarios que respetaban una sola cosa: el mando de Ezra Whitmore. Y en ese instante, nadie dudaba de que él era el líder al que seguir.

«Matthias Krol cree que puede jugar conmigo… con Violet… con todo lo que he construido. Hoy descubrirá que está equivocado.»

El croquis ya no era solo un dibujo; era un mapa de guerra. Ezra deslizó un cuchillo de hoja corta desde su bota y lo clavó con fuerza sobre la ruta principal.

—Esta será nuestra entrada primaria. Si algo sale mal, nos replegamos hacia la cocina y salimos por la parte trasera. Haylock, tendrás a dos hombres cubriendo la retirada.

—Entendido.

El guardia de la puerta trasera silbó una melodía monótona, sin imaginar que su noche terminaría antes de la primera estrofa. Un búho ululó en lo alto de los árboles, ocultando el sonido de pasos suaves acercándose.

Ezra giró el rostro hacia la colina donde habían dejado sus caballos ocultos entre los matorrales.

—No quiero que ningún animal quede expuesto. Mantenedlos tranquilos y listos para moverse. Cuando demos la señal, debemos salir de aquí en segundos.

Uno de los hombres, el más joven, tragó saliva con nerviosismo.

—Milord, ¿y si el barón ya no está aquí?

Ezra lo miró directamente, su voz baja pero firme:

—Entonces buscaremos a Matthias Krol hasta que no quede piedra sobre piedra de sus escondites. Y cuando lo encontremos, no tendrá dónde huir.

El joven asintió, tragando de nuevo, esta vez con más control. La determinación del vizconde era contagiosa; incluso el miedo más primario se transformaba en disciplina cuando él hablaba.

El viento cambió de dirección, trayendo consigo el olor de leña quemada desde el interior de la residencia y un sonido apenas perceptible: risas apagadas y el choque de copas. Krol y sus hombres estaban celebrando algo… probablemente, la trampa que habían tendido a Benedict.

Ezra se puso en pie, ajustando el cinturón de la cartuchera y comprobando por última vez sus revólveres.

—A vuestras posiciones. Que el ruido del bosque sea nuestra única compañía hasta que lleguemos dentro.

Se movieron como sombras, deslizándose entre arbustos y árboles. Uno de los hombres arrojó un trozo de carne impregnada en sedante hacia la zona del perro, que pronto dejó de ladrar y comenzó a masticar con voracidad. El guardia trasero se giró por un instante, extrañado, y en ese momento sintió una mano que lo arrastraba al suelo. El golpe fue seco y breve; el cuerpo cayó inconsciente sin oportunidad de dar la alarma.

Desde su posición, Ezra observó la operación con atención.

«Bien hecho. Uno menos.»

Se acercó al muro y pasó por el hueco derrumbado, con la respiración controlada y la mente fija en su objetivo: Benedict.

«No importa cuántos hombres tenga Krol. Esta noche el hermano de Violet vuelve a casa.»

Capítulo 38



La galería superior de la residencia estaba iluminada por lámparas de aceite que proyectaban sombras alargadas sobre la madera encerada. Desde el ala este llegaban risas, el sonido de copas chocando y el inconfundible murmullo de una victoria celebrada. Matthias disfrutaba del triunfo, convencido de que el mundo seguía girando a su antojo.

Ezra avanzaba en silencio, la espalda pegada a la pared, el revólver listo. Dos de sus hombres le seguían con armas cortas y cuchillos; Haylock y otro grupo subían por la escalera de servicio. Ninguno emitía un solo sonido innecesario; las órdenes eran solo miradas y gestos precisos.

Un crujido del suelo detuvo el avance. Ezra levantó el puño, señal de alto, y se agachó. Un guardia apareció al final del pasillo, con una porra colgando del cinturón. No llegó a gritar: uno de los hombres del vizconde lo dejó inconsciente con un golpe seco, depositándolo sobre la alfombra para evitar ruido.

«Uno menos. Quedan los que creen haber ganado.»

—Al salón del ala este —susurró Ezra.

Llegaron a una puerta doble entreabierta. A través de la rendija se distinguían ocho hombres, algunos armados, otros entregados a las cartas y al alcohol. Sobre la mesa central descansaba un botín variado: fajos de billetes, joyas, un reloj de oro y una pistola reluciente, exhibida como un trofeo.

Ezra apoyó la espalda contra la pared y respiró hondo.

«Esta es la entrada al infierno… y yo soy quien traerá el fuego.»

—Dos a la izquierda, dos a la derecha. Nadie dispara hasta que yo lo haga —ordenó en voz baja.

Un tintineo metálico interrumpió el ambiente: una copa cayó y se hizo añicos. Uno de los hombres dentro se giró hacia la puerta.

—¿Quién anda ahí?

Ezra empujó la puerta con un golpe seco.

—Se acabó la partida —anunció con voz grave.

El silencio duró un segundo. Un matón sacó un cuchillo y se abalanzó sobre él. El disparo de Ezra retumbó en la estancia; el hombre cayó, sujetándose el hombro ensangrentado.

El caos estalló.

Haylock y el resto irrumpieron con precisión letal. Un segundo disparo, un choque de metal contra metal y gritos de dolor llenaron el aire. El olor a pólvora se mezcló con el alcohol derramado. Uno de los hombres de Matthias intentó alcanzar una escopeta colgada en la pared, pero Haylock lo interceptó, derribándolo con un rodillazo y un puñetazo demoledor.

—¡Benedict! —gritó Ezra.

—¡Aquí abajo! —respondió una voz apagada desde una puerta lateral.

Ezra se dirigió hacia la voz cuando otro adversario le salió al paso con una espada corta. El acero rozó su rostro; esquivó por centímetros, contraatacó con la culata del revólver y dejó al hombre inconsciente. Abrió la puerta lateral: Benedict estaba atado a una silla, el rostro hinchado por los golpes y un ojo amoratado.

—Tranquilo, cuñado. —Ezra cortó las cuerdas—. ¿Puedes caminar?

—S-sí… creo que sí.

Le pasó el brazo por los hombros y lo sacó mientras Haylock cubría la retirada. Entonces, una figura surgió al otro extremo del pasillo: Matthias, con el rostro deformado por la sorpresa y una sonrisa helada. Una bala pasó rozando su cabeza, arañándole la mejilla.

El burgués se llevó la mano al fajín y sacó un arma.

—¡Te mataré aquí mismo, Ashbourne!

Ezra dejó a Benedict con uno de sus hombres y avanzó, apuntando al pecho de su enemigo.

—Ven a intentarlo.

Sus miradas se cruzaron, tensas como un cable a punto de romperse. Ambos dispararon casi al mismo tiempo. El proyectil de Matthias rozó el hombro izquierdo de Ezra, arrancándole un gemido apagado, mientras su propio disparo impactaba contra la pared.

Sin tiempo para recargar, arrojaron las armas al suelo y desenfundaron los cuchillos. Matthias, más corpulento, lanzó un tajo descendente. Ezra esquivó por centímetros, sintiendo el desgarro en su chaqueta. Respondió con un corte en diagonal que alcanzó el antebrazo de su rival.

—¡Te haré pedazos! —rugió Matthias, girando la hoja con la otra mano.

Ezra bloqueó con el antebrazo, el dolor del hombro haciéndole temblar por un segundo, pero su mirada permaneció fría. Atacó con un rodillazo al torso del burgués, obligándolo a retroceder. Volvieron a cargar. El choque de acero y cuerpos resonó por el corredor. Matthias intentó una embestida baja, buscando el abdomen, pero Ezra lo atrapó por la muñeca, giró con fuerza y la hoja cayó al suelo.

El vizconde hundió su cuchillo en el costado del enemigo. Matthias se arqueó, soltando un gruñido gutural, con los ojos abiertos de incredulidad.

—Esto es por tocar a mi familia —susurró Ezra.

El cuerpo del burgués cayó de rodillas, las manos inútilmente presionando la herida, antes de desplomarse sin vida. Ezra retrocedió un paso, la respiración entrecortada y el hombro ardiendo por el roce de la bala. Se apoyó en la pared, la vista nublándose.

«Aguanta… tienes que volver con ella… con Violet…»

Haylock apareció con la pistola todavía humeante. Se detuvo al ver el cadáver y la sangre de la chaqueta del vizconde.

—¿Milord?

—Ha terminado… —murmuró Ezra—. ¿Y Benedict?

—Fuera, con los nuestros. Está a salvo.

Ezra suspiró con alivio antes de que sus rodillas cedieran. Haylock lo sostuvo con fuerza.

—¡Vendajes, ahora! —ordenó—. ¡Y preparad la salida! Nos vamos de inmediato.

Ezra, casi inconsciente, dejó que lo sacaran de allí.

—¡Cúbranme la espalda! —rugió Haylock, acomodando el peso del vizconde sobre su hombro.

Uno de los hombres avanzó con el revólver en alto, otros dos despejaban el corredor manchado de sangre y pólvora. Cada paso retumbaba como un tambor de guerra en medio de los gemidos de los heridos.

—¡Barricad la puerta del ala este! —ordenó Haylock—. ¡No quiero a nadie siguiéndonos!

Dos hombres empujaron un aparador hasta encajarlo contra el marco, trabando el pestillo con una barra de hierro. Otro vigilaba la escalera superior, listo para frenar cualquier intento de persecución.

—Llevad al barón a un caballo y aseguraos de que no caiga —añadió Haylock.

Benedict, tambaleante y con el rostro magullado, era sostenido por un soldado veterano que lo escoltó hacia la salida. Aun débil, su orgullo lo mantenía erguido.

Ezra soltó un gruñido apenas audible. Haylock inclinó la cabeza para escuchar.

—Resista, milord. Solo unos minutos más.

El grupo atravesó el vestíbulo impregnado del hedor metálico de la pólvora y el alcohol derramado, y salió al exterior. El aire frío del bosque les golpeó los rostros como una descarga eléctrica.

—¡Caballos listos! —gritó uno de los hombres apostados afuera.

Los animales relinchaban, nerviosos por el eco de la refriega. Benedict fue montado con rapidez y sujeto con una correa improvisada. Pero Haylock no colocó a Ezra sobre un caballo: giró hacia la izquierda, donde aguardaba un carruaje de refuerzo, oculto entre los árboles para no alertar a la residencia.

—Dentro, rápido —ordenó, mientras otros dos hombres abrían las puertas traseras.

Con movimientos medidos, colocaron a Ezra sobre los cojines, ajustando mantas para estabilizar su cuerpo inclinado. El vizconde soltó un quejido ahogado al sentir cómo su hombro herido chocaba contra la pared lateral.

—Dos hombres con él —añadió Haylock, señalando a un veterano y a un joven con la mirada fría de quien entiende que esa guardia es cuestión de vida o muerte.

El resto de la columna montó a caballo, rodeando el carruaje. Haylock subió al pescante, tomó las riendas y chasqueó el látigo.

—¡En marcha, sin mirar atrás!

El carruaje arrancó con un salto, las ruedas hundiéndose en la grava húmeda del camino, seguido por el galope de los

escoltas. El estrépito de cascos y madera se mezclaba con el crujir de ramas rotas bajo el peso de la fuga.

Un disparo aislado estalló desde la residencia, partiendo una rama sobre sus cabezas. Uno de los jinetes respondió con un tiro seco hacia el fogonazo, ganando segundos de ventaja.

El grupo se internó en el bosque, cubriendo los flancos, atentos a cualquier movimiento en la penumbra. Haylock no miró atrás hasta que la silueta de la residencia Claymore quedó oculta por completo entre los árboles.

Apretó la mandíbula, tensando las riendas.

—Resista, milord —murmuró, lanzando una mirada de reojo al interior del carruaje, donde Ezra yacía pálido, con los ojos cerrados—. Lo llevaremos a casa… lo prometo.

Capítulo 39



El sonido de cascos y ruedas irrumpió en el silencio de la madrugada. En el patio de la residencia Ashbourne, las antorchas recién encendidas proyectaban un resplandor tembloroso sobre el empedrado húmedo. Los criados, que hasta hacía un instante dormían, salieron con el cabello desordenado y las ropas a medio ajustar. Nadie esperaba movimiento a esas horas, y menos aún de esa magnitud.

Violet bajó las escaleras de mármol sin detenerse a vestirse con esmero. La bata de seda se ceñía a su figura y el cabello, suelto y ligeramente despeinado, oscilaba con cada paso apresurado. Whendolyn apareció tras ella, descalza, intentando seguirle el ritmo.

—*Milady*, espere, puede hacer frío… —susurró su dama de compañía, extendiendo la mano para cubrirle los hombros con un chal.

Violet no respondió. Su mirada estaba fija en la entrada principal, donde un grupo de hombres desmontaba de sus caballos. El corazón le latía con una fuerza dolorosa, tan intensa que sintió un nudo en el estómago. Sus manos temblaban, aunque se obligó a mantener el mentón erguido.

Entre los recién llegados, reconoció de inmediato a Benedict. Su hermano descendía de un caballo con la ayuda de un hombre corpulento. Tenía la ropa rota en varios puntos, la mejilla inflamada y un ojo casi cerrado por la hinchazón. Al verlo, un gemido escapó de su garganta antes de que pudiera contenerlo.

—¡Benedict! —exclamó, corriendo hacia él.

El barón de Hargrove giró la cabeza con esfuerzo. Cuando la vio, una mezcla de vergüenza y alivio se dibujó en su rostro maltrecho. Violet se arrojó a sus brazos, cuidando de no herirle más de lo que ya estaba. Sintió su respiración agitada, el olor a sudor y hierro de la sangre seca.

—Estás vivo… —susurró contra su hombro, apretando los párpados.

—Sí, hermana… —respondió él con un hilo de voz—. Vivo… gracias a Ezra.

La mención del nombre la hizo incorporarse. Sus ojos buscaron entre el grupo de hombres, pero no encontró la figura alta y firme del vizconde. Se apartó un paso, girando sobre sí misma.

—¿Dónde está Ezra? —preguntó, la voz quebrada por el temor.

Nadie respondió de inmediato. Fue entonces cuando escuchó el traqueteo de un carruaje que se aproximaba desde la parte trasera del grupo. No era uno de los vehículos de la casa Ashbourne; su diseño era más tosco, usado normalmente para transporte rápido de suministros. La madera crujía con cada bache, y los caballos que lo arrastraban relinchaban con evidente cansancio.

Violet se llevó la mano a la boca, como si su cuerpo ya supiera lo que su mente aún no se atrevía a aceptar. Dio un paso hacia atrás, sintiendo que las piernas le fallaban.

El carruaje se detuvo con un chirrido de frenos y, en cuestión de segundos, dos hombres abrieron la portezuela. Haylock bajó primero, el rostro endurecido y salpicado de sangre ajena. Tras él, otros dos aparecieron, sujetando con cuidado un cuerpo inerte.

Ezra.

El mundo de Violet pareció detenerse. Su esposo colgaba de los brazos de los hombres como una marioneta sin hilos, la

cabeza ladeada, el cabello pegado al rostro por el sudor y la sangre que teñía parte de su camisa. La visión le cortó la respiración.

«No… no puede ser él… no así…»

Su mente intentaba negarlo, pero su corazón ya había sucumbido al miedo. Quiso gritar, correr hacia él, pero sus pies no obedecían. La rigidez de su cuerpo era un muro invisible que la mantenía clavada al suelo.

—*Milady*… —susurró Whendolyn, tomándole del brazo—. Debe apartarse, están bajándolo…

Violet reaccionó como si despertara de una pesadilla. Dio un salto hacia adelante, apartando la mano de su dama de compañía, y se interpuso en el camino de Haylock.

—¿Está vivo? —preguntó con un hilo de voz, sus ojos anegados en lágrimas.

Haylock, un hombre curtido que rara vez mostraba emoción, bajó la mirada antes de responder.

—Respira, *milady*. Pero la bala ha hecho daño. Necesitamos al médico de inmediato.

El corazón de Violet dio un vuelco. Sintió cómo las lágrimas que había contenido hasta ese momento rodaban por sus mejillas. Cerró los puños con fuerza, intentando recuperar la compostura. Sabía que no podía perder el control; Ezra dependía de ella.

Respiró hondo y, con un gesto firme, se giró hacia la entrada de la residencia.

—¡A mi alcoba! —ordenó con voz clara, sorprendiéndose incluso a sí misma—. ¡Y que alguien traiga al doctor Henderson ya!

El personal se movió con rapidez. Peter, el mayordomo, apareció corriendo desde el interior, abrochándose el chaleco mientras daba órdenes a gritos para despejar el camino. Dos criados tomaron lámparas para iluminar la escalera principal, mientras un

grupo apartaba alfombras y objetos frágiles para permitir el paso del cuerpo del vizconde.

Violet se volvió hacia su hermano, que la observaba con un rostro mezcla de culpabilidad y alivio.

—Estás a salvo, Benedict. Quédate con Whendolyn —le pidió, aunque su voz se quebró al final—. No me falles otra vez.

El joven asintió, incapaz de articular palabra. Whendolyn lo sujetó del brazo, ayudándole a caminar hacia una de las salas laterales, mientras Violet se mantenía firme al lado de Haylock y los hombres que cargaban a Ezra.

El grupo avanzó por el vestíbulo, subiendo los escalones con paso rápido pero medido. Cada crujido de la madera bajo sus pies resonaba en los oídos de Violet como un recordatorio del frágil límite entre la vida y la muerte. Ezra, el hombre que había jurado protegerla y que ella misma había rechazado durante meses, yacía ahora inconsciente, dependiente de sus órdenes y de su fe en que podría salvarlo.

Al llegar al rellano, Violet se adelantó, abriendo ella misma las puertas de su habitación.

—Aquí —indicó con la voz más firme que pudo reunir.

Los hombres depositaron a Ezra sobre la cama, con cuidado de no empeorar la herida. La sábana blanca se tiñó de rojo al instante. Violet sintió un nudo en el estómago, pero se obligó a mantener la calma. Dio un paso atrás, inspiró profundamente y habló con una autoridad que hizo callar a todos.

—Haylock, quédate conmigo. El resto, despejad la estancia y traed agua caliente, paños limpios y todo el alcohol medicinal que haya en la casa.

Nadie osó contradecirla. La habitación, por un momento, se llenó de un silencio reverente.

Ezra seguía inconsciente, con el pecho moviéndose apenas bajo la camisa ensangrentada. Violet se sentó a su lado, tomó su

mano fría y la apretó con fuerza.

—Aguanta… —susurró, inclinándose hasta que su frente rozó los nudillos de él—. No puedes dejarme ahora, Ezra… no después de todo.

El sonido de pasos apresurados llenó el pasillo. Criados entraban y salían llevando cubos de agua humeante, toallas limpias y frascos de vidrio con alcohol medicinal. Violet no apartó la vista de Ezra ni un segundo; su mano seguía aferrada a la de él como si con ese simple contacto pudiera evitar que se desvaneciera para siempre.

Haylock se situó al otro lado de la cama, con la expresión implacable de quien había visto demasiada sangre pero que, por primera vez, parecía afectado.

—*Milady*, el médico está en camino —dijo, manteniendo el tono controlado—. Tardará unos minutos.

—Entonces tenemos que ganar tiempo —respondió ella, sin levantar la vista.

Su propia voz la sorprendió: firme, directa, sin titubeos. Hasta hacía poco, Ezra había sido un muro de hielo para ella, una figura tan distante como temida. Y ahora, al verlo tan vulnerable, se encontraba dando órdenes como si aquella habitación fuese un campo de batalla.

Peter entró con un barreño de agua humeante. Su respiración era entrecortada, señal de que había subido los escalones corriendo. Detrás de él, una criada sostenía un montón de paños limpios, y otra traía una botella de brandy.

—Déjalo todo ahí —indicó Violet, señalando la mesita auxiliar.

Se levantó, soltando con cuidado la mano de Ezra. El calor de su piel le había transmitido una energía extraña, una necesidad de actuar. Tomó un paño, lo sumergió en el agua y lo retorció con fuerza. El vapor ascendió entre sus dedos, quemándole ligeramente, pero no se quejó.

—Haylock, necesito que me ayude a abrir la camisa —pidió.

El hombre obedeció sin decir palabra, usando su navaja para cortar la tela ensangrentada. El pecho de Ezra quedó al descubierto, marcado por la herida que atravesaba el hombro izquierdo y bajaba unos centímetros hacia el pecho. La sangre manaba de forma irregular, no con la presión de una arteria rota, pero lo suficiente como para alarmar a cualquiera.

Violet tragó saliva y acercó el paño al borde de la herida, limpiando con delicadeza.

—Esto va a dolerle cuando despierte —susurró, más para sí misma que para los presentes.

Su mano tembló apenas un instante, pero lo controló. Había pasado noches enteras ideando cómo vengarse de él, cómo hacerle sentir el mismo dolor que ella había sentido. Sin embargo, verlo así, desvanecido y vulnerable, era un golpe inesperado a su propio corazón.

—Sujétele la cabeza —ordenó a Haylock, que se colocó tras Ezra, sosteniendo el peso de su cuello.

Violet vertió un chorro del brandy sobre la herida. El líquido limpió la sangre coagulada y, al mismo tiempo, impregnó el aire de un aroma áspero que quemó la garganta. Ezra se estremeció levemente, un gemido ronco escapó de sus labios, y ella sintió un alivio extraño al comprobar que todavía había reacción.

—Ezra… —murmuró, inclinándose hacia él—. Resiste, por favor.

Whendolyn apareció entonces con un pequeño botiquín, las manos temblando al ver al vizconde cubierto de sangre.

—Milady, el doctor ya está subiendo las escaleras —avisó.

Violet asintió.

—Bien. Quiero que todos salgan salvo Haylock y usted —dijo, señalando a Whendolyn—. Y que alguien espere en el

descansillo para traer lo que el doctor pida.

Peter hizo una reverencia y comenzó a retirar al resto del servicio. Los pasos se alejaron hasta que la habitación quedó en un silencio interrumpido únicamente por la respiración irregular de Ezra.

Violet apretó la mano de su marido de nuevo y susurró:

—No me dejes sola ahora. Todavía no hemos terminado, tú y yo.

Cuando el médico Henderson entró, portando su maletín de cuero, encontró a la vizcondesa con la mirada fija en la herida y las manos manchadas de sangre.

—*Milady*, tendré que pedirle que se aparte… —comenzó, con cortesía.

—No —lo interrumpió ella, sin apartar la vista de Ezra—. Me quedaré. Usted hable, yo obedezco.

El médico intercambió una mirada con Haylock y asintió. Sabía que aquella mujer no iba a moverse.

—Muy bien. Necesitaré espacio. Sostenga el brazo izquierdo. *Milady*, presione aquí cuando yo extraiga la bala.

Violet obedeció, colocando el paño justo donde él le indicó. El médico trabajó con precisión, sus instrumentos tintineando mientras exploraba la herida. Ezra gimió en un estado semiconsciente cuando la pinza metálica atrapó el proyectil alojado bajo la carne.

—Ya casi está… —murmuró Henderson.

Un chasquido metálico indicó que la bala había sido extraída. La sostuvo un instante, cubierta de sangre, antes de dejarla en un pequeño cuenco.

—Ahora hay que coser. Milady, no se impresione.

Violet negó con la cabeza, apretando los labios. No había tiempo para delicadezas; aquel hombre era su marido y no iba a permitir que se muriera.

El hilo y la aguja se deslizaron con precisión quirúrgica. Cada puntada parecía un latido más de esperanza. Finalmente, Henderson limpió la zona y colocó un vendaje ajustado.

—Vivirá, milady —aseguró—. Pero necesita reposo absoluto. Nada de esfuerzos y, sobre todo, que no intente levantarse por unos días.

Violet sintió cómo la tensión de su cuerpo cedía, aunque el corazón seguía desbocado.

—Gracias, doctor. —Se giró hacia Haylock—. Usted y yo nos turnaremos. No dejaré que nadie entre aquí sin mi permiso.

El hombre inclinó la cabeza, respetuoso.

Ezra, inconsciente todavía, parecía dormir. Violet se inclinó y le susurró al oído:

—No te atrevas a dejarme, Ezra Ashbourne… porque no pienso dejarte yo.

Se acomodó en una silla junto a la cama, todavía sujetando su mano. La batalla había terminado, pero la guerra contra el miedo apenas comenzaba.

Capítulo 40



El médico había hecho su trabajo con precisión, pero sus palabras seguían resonando en la alcoba: «Ha tenido suerte. Si la bala hubiera entrado un centímetro más abajo, no estaríamos hablando de recuperación».

Violet permanecía de pie junto al lecho, con la mirada fija en el rostro pálido de Ezra. Las vendas blancas cubrían su hombro izquierdo, limpias y ajustadas, pero el contraste con la sangre seca en el resto de la ropa resultaba insoportable. Se arrodilló lentamente junto a la cama, tomó su mano fría entre las suyas y la apretó con fuerza, como si temiera que pudiera escapar de su alcance.

—Aguanta… —susurró, inclinando la frente hasta rozar sus nudillos—. No puedes dejarme ahora, Ezra… no después de todo.

Su dama de compañía, que observaba desde la puerta con el rostro tenso, dudó antes de acercarse un par de pasos.

—*Milady*, debería descansar un poco… —murmuró, con cautela, como si temiera romper algo sagrado.

Violet no levantó la vista.

—No pienso moverme de aquí. —Su voz sonó firme, cargada de una determinación que no admitía réplica.

El silencio se adueñó de la estancia, roto solo por el crujido leve de la chimenea y el murmullo lejano de criados llevando barreños de agua caliente, paños limpios y frascos de alcohol medicinal. El olor a tela húmeda y desinfectante llenaba el ambiente, denso y áspero, mezclado con el aroma tenue del sudor frío de la fiebre. La casa entera parecía contener el aliento; hasta el más

mínimo golpe de tacón sobre el suelo se apagaba en un intento por no quebrar aquella quietud.

La noche cayó, pero Violet no se apartó. Cada tanto, humedecía un paño y lo pasaba por la frente de Ezra, intentando mantener baja la fiebre que lo hacía sudar. Las instrucciones del médico resonaban una y otra vez en su mente: hidratarlo, controlar la temperatura, vigilar la herida. Cumplía cada indicación con la precisión de quien se aferra a la única tarea que puede darle paz. No sentía ya el cansancio, aunque su espalda ardía y el cabello caía desordenado sobre sus mejillas; el vestido arrugado había dejado de importarle.

Haylock entró con paso firme, deteniéndose al verla arrodillada al borde del lecho.

—*Milady*, los hombres están de guardia. Nadie se acercará a la casa sin mi permiso.

Ella asintió sin apartar la vista de Ezra.

—Gracias, Haylock. —Su voz era suave, pero cargada de un agotamiento que él jamás le había escuchado antes.

El hombre dudó un instante y luego habló con sinceridad:

—Nadie esperaba… esto de usted.

Violet alzó la cabeza, arqueando una ceja.

—¿Qué esperaba? ¿Que lo dejara morir?

Haylock negó de inmediato, con gesto grave.

—No, *milady*. Solo… confirma lo que todos sospechábamos: el vizconde eligió bien.

Aquella frase la acompañó mucho después de que Haylock saliera de la habitación. «¿Elegir bien?», pensó, acomodando la cabeza de Ezra sobre la almohada, asegurándose de que respiraba con regularidad. Sus dedos temblaron al apartar un mechón de cabello húmedo de su frente. «Quizá siempre te he juzgado mal…».

Las horas se alargaron hasta confundirse con el amanecer. Cada gemido del vizconde era un latido contenido en el pecho de

Violet, cada pausa en su respiración un espasmo de miedo. No permitió que nadie lo atendiera, ni siquiera su dama de compañía, que intentó acercarse con medicinas.

—No. —Su respuesta fue tajante—. Yo me ocuparé de él.

Su cabello, antes perfectamente recogido, ahora caía en mechones sueltos, y sus manos, acostumbradas al piano y la escritura, estaban rojas por el contacto constante con el agua caliente y la presión de ajustar vendas. Los criados la miraban en silencio cada vez que pasaban por la puerta: la mujer que antes parecía hecha de hielo ahora luchaba con uñas y dientes por mantener con vida al hombre que había jurado odiar.

Por la tarde llegaron Alexander, Emily y Jackson. Se detuvieron en el umbral, sorprendidos al ver a Violet inclinada sobre el lecho, alimentándolo con cucharadas de caldo templado, hablándole en voz baja como si cada palabra pudiera traerlo de vuelta.

—No la había visto así nunca —murmuró Emily, conmovida.

—Déjala —susurró Alexander, apretando la mano de su esposa—. Está haciendo lo correcto.

Jackson, siempre contenido, inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Si necesita más hombres, están listos.

—Gracias, Jackson —respondió Violet sin apartar la vista de Ezra—. Lo único que necesito es que él viva.

Su voz quebrada provocó un silencio reverente. Los tres intercambiaron una mirada de mutua comprensión: algo en la vizcondesa había cambiado de raíz.

La noche trajo otra ronda de fiebre. Violet pasó un paño frío sobre la frente del vizconde mientras le susurraba:

—Has cumplido todo lo que te pedí… incluso lo imposible. ¿Por qué ahora no puedo pedirte lo único que realmente necesito?

—Se inclinó, apoyando la frente sobre la mano de él—. Vuelve conmigo, Ezra. No me dejes.

Su dama de compañía, que llevaba horas en la puerta, la miró con ojos brillantes.

—Le amáis… —dijo en voz baja.

Violet levantó la cabeza, sorprendida, casi dispuesta a negarlo, pero no halló fuerzas para fingir. Una lágrima rodó por su mejilla.

—Sí… —admitió, apenas audible—. Y he tardado demasiado en darme cuenta.

El resto de la casa ya lo había entendido: la frialdad de la vizcondesa se había derretido. Cada criado la miraba con un respeto silencioso, incluso con una pizca de admiración.

Al séptimo día, la fiebre empezó a ceder. Ezra seguía inconsciente, pero su respiración era más tranquila, sin el temblor inquietante de los días anteriores. Violet, agotada pero firme, apenas había abandonado la habitación más que para cambiarse de ropa con rapidez. Ahora, con un sencillo vestido limpio, volvió a su sitio junto a él. Sus dedos recorrieron con suavidad el cabello despeinado del vizconde.

—Ezra… vuelve conmigo —susurró con la voz quebrada—. Siempre dije que te haría la vida imposible, y lo hice… pero ahora… necesito que me la compliques tú a mí, porque sin ti no hay nada.

Se quedó así, con la frente apoyada sobre la mano de él, mientras la habitación entera permanecía en un silencio expectante, como si toda la casa aguardara el mismo milagro: que Ezra abriera los ojos.

Epílogo



Había pasado un mes desde la noche del asalto a la residencia Claymore. Un mes en el que Violet no había descansado un solo día, ni había permitido que el miedo o la duda la paralizaran. Desde la mañana siguiente a aquella batalla, tomó el control absoluto de la casa, del club y de todo lo que antes dependía exclusivamente de Ezra. Y lo hizo con una firmeza que sorprendió incluso a los hombres más leales del vizconde.

El primer cambio se notó en la residencia Ashbourne. Los pasillos que antes parecían fríos y silenciosos cobraron vida bajo la nueva organización de la vizcondesa. Las órdenes eran claras y se cumplían con precisión: horarios, prioridades, seguridad reforzada y una disciplina impecable en cada detalle doméstico. El personal, acostumbrado a una autoridad masculina, encontró en Violet una líder inesperada, que no alzaba la voz, pero tampoco dejaba espacio para réplica. Cualquiera que osara cuestionar sus decisiones comprendía al instante que ella no necesitaba la presencia de Ezra para imponer respeto.

El segundo cambio alcanzó al club y a los negocios que lo rodeaban. Violet cruzó por primera vez sus puertas con la cabeza erguida, ignorando las miradas sorprendidas de los socios, y se sentó en la misma mesa que solía usar Ezra para negociar. Ese mismo día, reorganizó las cuentas, ordenó auditorías y modificó el sistema de control de las ganancias, cerrando las fugas de dinero que siempre habían parecido inevitables. En menos de dos semanas, cada socio entendió que la esposa del vizconde no era un adorno, sino una pieza central del nuevo orden. Nadie se atrevía ya a hablar

de ella a sus espaldas o a insinuar que estaba ocupando un lugar que no le correspondía.

La noticia de su carácter y de su inteligencia se extendió con rapidez. Se decía que la vizcondesa tenía una visión fría para los negocios y un corazón de hierro cuando se trataba de proteger lo suyo. Pero los que la habían visto cuidar a Ezra durante aquellas semanas sabían que había algo más: una mujer que amaba profundamente a su esposo y que había decidido protegerlo con la misma ferocidad con la que él había protegido su mundo durante años.

En ese mes, Ezra permaneció inconsciente gran parte del tiempo, luchando contra la fiebre y la debilidad provocadas por la herida. Violet no se separó de su lado. No hubo sirviente, ni médico, ni amigo que pudiera convencerla de dormir en una cama diferente o de alejarse de él más de unos minutos. Pasaba horas sentada a su lado, humedeciéndole los labios con agua, acomodando las vendas, vigilando cada cambio en su respiración.

Su vida entera giraba en torno a esa habitación. Por la mañana atendía al personal, revisaba las cuentas del club y del resto de las propiedades; por la tarde regresaba a su puesto junto a la cama de Ezra, con un libro, una taza de té y una determinación inquebrantable. Incluso cuando el cansancio le vencía, dormía allí mismo, con la cabeza apoyada en el colchón y su mano entrelazada con la de él.

Ese mes también trajo otras sorpresas. Benedict, ya recuperado de los golpes y de la humillación sufrida, acudió a la casa del marqués de Blenting para pedir la mano de su hija Beatrice. Nadie sabía que había una mujer que había conquistado su corazón mucho antes del matrimonio de Violet, pero él lo había ocultado porque en aquel entonces no era un hombre digno de un compromiso serio. Ahora lo era y no estaba dispuesto a perder la oportunidad de formar una familia con la mujer que amaba.

El amor parecía crecer en todos los rincones. Violet, centrada en su marido, apenas reparó en la relación discreta que su

dama de compañía y Haylock habían comenzado semanas después de su boda. Whendolyn, siempre tan prudente, había mostrado una angustia especial durante la misión de rescate de Benedict, y ahora Violet comprendía el motivo. No dijo nada, pero lo aceptó con naturalidad, como si fuera lo más lógico del mundo que dos personas tan leales encontraran apoyo mutuo.

Para el resto de Londres, la imagen de Violet había cambiado por completo. Aquella mujer que muchos habían considerado fría y orgullosa era ahora vista como la verdadera dueña de la ciudad. Nadie se atrevía a levantar rumores contra ella, ni a cuestionar su poder. La combinación de su carácter firme, su inteligencia para los negocios y el amor inquebrantable que mostraba hacia Ezra había conquistado incluso a quienes antes la miraban con recelo.

Y mientras todo cambiaba a su alrededor, ella seguía en la misma habitación, velando por el hombre que lo había hecho todo posible. Cada día comprobaba sus signos vitales con manos expertas gracias a la experiencia adquirida durante ese mes, reemplazando las vendas con una precisión que sorprendía al médico, y humedeciendo sus labios con pequeñas cucharadas de agua o caldos ligeros.

En más de una ocasión, cuando la fiebre lo hacía murmurar palabras incoherentes, ella se inclinaba para escucharlo, acariciándole el cabello con dedos temblorosos. Algunas de esas palabras eran su nombre, pronunciado con un susurro que parecía pedirle que no se fuera.

Su dedicación se volvió un ejemplo para toda la casa. Los criados la observaban con una mezcla de respeto y asombro: la mujer que había llegado con el corazón congelado ahora se desvivía por un hombre que había arriesgado su vida por su familia.

Cuando, semanas después, Ezra comenzó a mostrar signos de mejoría —respiración más estable, un ligero movimiento de los dedos, el color regresando lentamente a su rostro—, la casa entera contuvo el aliento. Los hombres del club, los socios, incluso

los vecinos, comentaban con discreción que la vizcondesa había tomado el control de todo, y que nadie se atrevía a desafiarla porque sabían que lo hacía por amor.



La luz de la tarde se filtraba por los visillos de lino, tiñendo la habitación de un tono cálido y sereno. El aire olía a lavanda y alcohol medicinal, una mezcla que se había vuelto parte de la rutina diaria de Violet desde hacía semanas. Ezra yacía inmóvil sobre la cama, el rostro relajado, pero aún pálido, la respiración tranquila pero demasiado frágil para su gusto.

Violet estaba sentada al borde del colchón, con la mano de él entre las suyas. Sus dedos acariciaban la piel fría, casi por instinto, como si con ese gesto pudiera devolverle la vida por completo. Su cabello, antes perfectamente recogido, caía suelto sobre sus hombros; hacía mucho que había dejado de preocuparse por su aspecto. Su vestido era sencillo, sin adornos ni joyas. Nada de eso importaba: lo único importante estaba justo ahí, respirando.

—Ezra… —susurró, su voz rota por el cansancio acumulado—. Ya no sé qué más puedo hacer para traerte de vuelta. He puesto tu mundo en orden, el mío… incluso el de Benedict. Todo está donde debería estar… pero nada de eso importa si tú no estás conmigo.

Una lágrima cayó, resbalando por su mejilla hasta perderse en la sábana. Bajó la frente hasta el borde del colchón, apretando con fuerza la mano de él. «¿Por qué fuiste tan testarudo? ¿Por qué siempre tienes que ser tú el que protege a todos, incluso a costa de tu propia vida?».

Fue entonces cuando lo sintió.

Un leve movimiento, apenas un roce, como un reflejo débil pero inequívoco. Violet alzó la cabeza con el corazón desbocado. Por un segundo creyó que lo había imaginado, pero sus ojos se encontraron con los de Ezra, abiertos por primera vez en semanas.

—Violet… —murmuró él, su voz áspera, quebrada por el esfuerzo.

El mundo se detuvo. Sus dedos temblaron al apretar los de él, y un sollozo escapó de su garganta.

—¡Estás despierto! —exclamó, inclinándose hacia él con lágrimas que no intentó contener—. Ezra, mi amor… pensé que te perdería.

Él la miró como si fuese la primera vez que la veía. Sus ojos, todavía nublados por el dolor y el letargo, brillaban con algo más profundo: alivio, ternura y un reconocimiento silencioso.

—¿He muerto… y estoy en el cielo? —preguntó en un hilo de voz, con una sonrisa casi invisible—. Porque solo así puedo explicar que me hables con tanto cariño.

Violet sonrió entre lágrimas, inclinándose para rozar su frente con los labios.

—No, Ezra. Estás vivo. Estás conmigo… y esto es real. — Sus manos enmarcaron su rostro, acariciando la línea de su mandíbula como si temiera que se desvaneciera—. Te quiero. Siempre te he querido, aunque me negara a admitirlo, aunque mi orgullo intentara destruirte. Pero mi corazón… mi corazón siempre fue tuyo.

Ezra cerró los ojos, como si aquellas palabras fueran un bálsamo que aliviaba cada herida. Cuando los abrió de nuevo, una chispa de emoción brillaba en ellos.

—Yo también te quiero, Violet —murmuró, su voz débil pero segura—. Y pensé que no volvería a escucharte decir eso… que tal vez ya no habría un buen futuro para los dos.

Violet lo besó. No un beso breve ni temeroso, sino uno profundo, cargado de todo el amor, el arrepentimiento y la pasión contenida durante meses. Sus lágrimas se mezclaron con el roce de sus labios, y Ezra respondió con la poca fuerza que tenía, como si en aquel gesto se aferrara de nuevo a la vida.

Cuando se separaron, ella apoyó la frente en la de él, sonriendo entre sollozos.

—No vuelvas a asustarme así —susurró—. No pienso perderte, Ezra. Nunca.

Él levantó una mano temblorosa y la posó sobre su mejilla húmeda, acariciándola con el pulgar.

—No tendrás que hacerlo —dijo en un murmullo ronco—. Prometí protegerte… y lo haré, aunque… tenga que aprender a dejarte ganar alguna vez.

Violet soltó una carcajada breve y temblorosa, tomando la mano de él para besarla con ternura. Después se acomodó con cuidado a su lado, apoyando la cabeza sobre su pecho, escuchando el latido firme que confirmaba que seguía vivo.

—Te amo, Ezra —susurró, cerrando los ojos.

Él besó su cabello, la voz cargada de una emoción que no podía ocultar:

—Y yo a ti, mi esposa. Siempre.

Fuera, la tarde moría lentamente, pero en esa alcoba todo seguía detenido, como si el mundo entero contuviera la respiración. Por primera vez desde su boda, Violet sonrió sin reservas, segura de que lo que tenían ya no era una promesa rota, sino el comienzo de una vida entera por delante.

No te pierdas el último libro de la serie:

MIEDO A PERDERTE OTRA VEZ

(Amor Recuperado 3)

Sinopsis

Jackson Hastings, conde de Everton, siempre estuvo enamorado en secreto de Felicity Chatham, la hija de un barón. Cuando finalmente deciden huir para casarse en secreto, el destino interviene cruelmente.

Al despertar, descubre que Felicity ha abandonado Londres para casarse con un duque irlandés. Devastado y creyendo que lo ha traicionado, Jackson intenta reconstruir su vida, aunque nunca pudo olvidarla.

Siete años después, Felicity regresa a Londres con un solo propósito: vengarse de Jackson, a quien cree responsable de su desgracia.

La pasión y el resentimiento se entrelazan en un juego peligroso donde Jackson ha de demostrar que jamás la abandonó y que está dispuesto a todo para no perderla otra vez.


Adelaide Sinclair
Miedo a
Perderte
Otra Vez
AMOR RECUPERADO III

Aquí tienes todos los libros publicados con el seudónimo de Adelaide Sinclair.

SERIE REGENCIA 1:

Un amor orgulloso

Sinopsis

Una tarde tormentosa, el destino de Vivian cambia cuando rescata a un hombre herido en los vastos terrenos de su hogar. Este hombre es lord Alaric Montagu, el enigmático marqués de Windermere.

Desde el momento en que los labios de ella tocaron los suyos para salvarle la vida, Alaric queda irremediablemente enamorado.

Sin embargo, Vivian, acostumbrada a la indiferencia y el rechazo de la sociedad, duda de sus intenciones, creyendo que él solo busca retribuir su gratitud.

«Un amor orgulloso» es una historia apasionante de redención y romance, donde dos almas valientes descubren que el destino y el amor pueden superar cualquier adversidad.


ADELAIDE SINCLAIR
Un Amor ORGULLOSO

Un corazón como garantía

Sinopsis

Tras la muerte de su madre y con un padre devastado, Marianne Roselind se ve obligada a tomar las riendas de la familia, manteniendo su dignidad a pesar de la precaria situación económica que los asfixia.

Aunque su belleza natural y porte elegante no pasan desapercibidos, el peso de las deudas y la falta de una dote considerable la relegan a los márgenes de la alta sociedad.

La oportunidad de salvar a su familia llega en forma de una proposición inesperada: un matrimonio con Merrick Carrington, el imponente y enigmático marqués de Wexford. Para Marianne, esta unión podría significar la salvación, pero también implica sacrificar su libertad. A pesar de todo, decide casarse y buscar la forma de ser feliz.

Cuando ella comienza a descubrir el motivo por el que Merrick decidió elegirla como esposa, llega un peligro que creará un terrible dolor a ambos.

Ahora, Marianne y Merrick deberán enfrentar desafíos que pondrán a prueba su amor y su capacidad para mantenerse unidos.


Adelaide Sinclair
Un Corazón como Garantía

El encanto de lady Books

Sinopsis

Obligado por su tía a encontrar esposa para asegurar la continuidad del título familiar, Louis Langston, conde de Langley, ha rechazado a más de veinte candidatas, utilizando su ingenio y carácter agrio para esquivar el matrimonio.

Sin embargo, su determinación comienza a tambalear cuando conoce a lady Bárbara, la hija de un barón y una lectora apasionada, conocida por su lengua afilada.

Bárbara es la única mujer en todo Londres que no tiene interés en casarse y su desinterés despierta en Louis un inesperado deseo.

Al principio, él cree que su indiferencia es solo una estrategia, pero pronto descubre que ella realmente no quiere enamorarse.

Ahora, más intrigado que nunca, Langston se ve envuelto en un inesperado y divertido juego de seducción, donde el amor podría ser el premio final.


ADELAIDE SINCLAIR
El Encanto de Lady Books

SERIE AMOR RECUPERADO

Bajo el Umbral del Amor

Sinopsis

La muerte de su padre liberó a Alexander Beaumont, marqués de Huntingdon, y regresa a Londres decidido a reclamar su lugar en la sociedad y confirmar que la vida de la mujer a quien nunca dejó de amar está resuelta, tal como le informaron.

Sin embargo, el reencuentro con Emily lo deja atónito: las noticias sobre su matrimonio y felicidad resultaron ser falsas.

Enfadado por conocer la verdad y más decidido que nunca a no dejarla escapar, Alexander hará todo por recuperar su amor.

Pero… ¿Emily será capaz de enamorarse otra vez del hombre que se marchó sin decir adiós?


Adelaide Sinclair
Bajo El Umbral del Amor
AMOR RECUPERADO I

Enamorarte de Nuevo

Sinopsis

Ezra Whitmore, Vizconde de Ashbourne, lo tenía todo: juventud, amor y una prometida con la que soñaba compartir su vida. Sin embargo, cuando su familia cae en la ruina debido a una mala inversión, toma la dolorosa decisión de abandonar a la mujer que ama, convencido de que estará mejor sin él.

Siete años después, ya recuperado económicamente y con un estatus renovado, Ezra hará todo lo posible para recuperar su antiguo amor. Pero ella no es la misma. Ahora es una mujer que ha soportado el dolor del rechazo, la pérdida y la traición.

Ezra tendrá que enfrentar la realidad de que, para ganar su corazón de nuevo, primero ha de reparar el daño que él mismo causó.


Adelaide Sinclair
Enamorarte de Nuevo
AMOR RECUPERADO II

Miedo a Perderte otra Vez

Sinopsis

Jackson Hastings, conde de Everton, siempre estuvo enamorado en secreto de Felicity Chatham, la hija de un barón. Cuando finalmente deciden huir para casarse en secreto, el destino interviene cruelmente.

Al despertar, descubre que Felicity ha abandonado Londres para casarse con un duque irlandés. Devastado y creyendo que lo ha traicionado, Jackson intenta reconstruir su vida, aunque nunca pudo olvidarla.

Siete años después, Felicity regresa a Londres con un solo propósito: vengarse de Jackson, a quien cree responsable de su desgracia.

La pasión y el resentimiento se entrelazan en un juego peligroso donde Jackson ha de demostrar que jamás la abandonó y que está dispuesto a todo para no perderla otra vez.


Adelaide Sinclair
Miedo a
Perderte
Otra Vez
AMOR RECUPERADO III

Espero que sigas leyendo mis próximas novelas...